Una jugada arriesgada



ANDREA LÓPEZ

UNA JUGADA ARRIESGADA

ANDREA LÓPEZ

Título: Una jugada arriesgada
© 2026, Andrea López

De la maquetación: 2026, Editorial Choco
De la corrección: Rosario Naranjo (Calista Sweet)
De la portada: David Benzal

Primera edición: mayo de 2026

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Que viva la empatía
Capítulo 2
Por favor…, los extintores a mano
Capítulo 3
Un pimiento, un coche sucio y una colleja
Capítulo 4
Preparar las botas de cowboy
Capítulo 5
Ofrenda de paz
Capítulo 6
A veces te escucho cuando hablas
Capítulo 7
El chocolate del delito
Capítulo 8
La maruja de Brad
Capítulo 9
Bañus interruptus
Capítulo 10
Un plan inesperado
Capítulo 11
Biberones y confesiones
Capítulo 12
La presidenta del club de fans
Capítulo 13

La mejor tía del mundo y la peor hermana del universo
Capítulo 14
Los archienemigos
Capítulo 15
Una locura de familia
Capítulo 16
Mi legado
Capítulo 17
Muchos polvos de colores y un melocotonero
Capítulo 18
Un buen negociador
Capítulo 19
¿Vivir o sobrevivir?
Capítulo 20
Una ducha, una visita y una llamada imprevista
Capítulo 21
El plan
Capítulo 22
El acosador del año
Capítulo 23
Una de patatas, por favor
Capítulo 24
Más y más sorpresas
Capítulo 25
Cuerpo, cabeza y corazón
Capítulo 26
Las vendidas de mis amigas
Capítulo 27
La tía Lizeth
Capítulo 28

¿Te firmo un papel?
Capítulo 29
Camino a Kentucky
Capítulo 30
Scott
Capítulo 31
Sorpresa…
Capítulo 32
Micrófono en mano
Capítulo 33
Consecuencias
Capítulo 34
La hora de la verdad
Capítulo 35
Por los pelos…
Epílogo
Tu valoración me importa
Biografía
Otros libros de la autora

Prólogo

Aria

Entro en el edificio arrastrando los pies mientras le doy un sorbo largo al café solo doble que acabo de comprar en la cafetería de la esquina.

Por norma general lo prefiero con leche, pero es sábado, anoche estuve hasta tarde con las chicas y son las ocho de la mañana, así que necesito un buen chute de cafeína para despejarme o no me voy a enterar de nada.

Entro en el ascensor de cristal y pulso el botón de la quinta planta a la vez que me pregunto qué narices le habrá picado a Logan para citarme en su despacho a estas horas.

Lo adoro, en serio, lo quiero un montón, somos casi de la misma edad y eso ha implicado una infancia llena de travesuras conjuntas y momentos que siempre voy a recordar, así que diría que a lo largo de los años se ha ganado el honor de ser una de mis personas favoritas, y ese es un título difícil de conseguir, porque vengo de una gran familia y somos un montón de primos; dicho esto, también quiero aclarar que como el motivo de esta reunión no sea importante me lo voy a cargar, sin miramientos ni remordimientos de ningún tipo. Vamos que o la cosa vale la pena o ni por ser el dueño del club y, por consiguiente, mi jefe se va a librar de la bronca que le voy a echar.

Porque sí, Logan Henderson, además de ser mi primo, es el flamante propietario de Los Lobos de Nueva York, equipo de fútbol americano de la NFL en el que trabajo desde hace años como responsable principal del Departamento de *Marketing*, Relaciones Públicas y Publicidad.

La puerta del ascensor se abre y me dirijo hacia su despacho desde el cual, de repente, me llega el sonido de una risa inesperada que reconocería en cualquier parte del mundo y que me hace detenerme con brusquedad, como si acabase de estamparme contra un muro.

—No puede ser —murmuro frunciendo el ceño.

Intento aguzar el oído, no obstante, el sonido ha parado y no consigo escuchar nada más, así que, dispuesta a descubrir si estoy en lo cierto o solo ha sido una jugarreta de mi mente causada por la falta de sueño, echo a andar de nuevo a toda velocidad.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto de mala gana sin disimular mi sorpresa y dejando a un lado la profesionalidad de la que suelo hacer gala cuando, al abrir la puerta, descubro que, en efecto, Liam Jackson, receptor del equipo y una de mis pesadillas más recurrentes, está sentado como si tal cosa, con actitud relajada y más fresco que una lechuga recién recolectada en uno de los sillones del despacho de Logan.

—Aria, te estábamos esperando —me recibe mi primo indicándome que entre con un gesto de la mano—. Creo que ya conoces a Theodore Smith —añade señalando al hombre que los acompaña, quien me dedica una sonrisa afable.

Theodore es uno de los encargados de la imagen y el *marketing* del Ayuntamiento de Nueva York y, aunque nunca hemos trabajado juntos, sí que hemos coincidido en diferentes galas y eventos.

—Es un placer colaborar por fin contigo en un proyecto —afirma él extendiendo la mano que me apresuro a estrechar.

Lo estudio con atención.

Desde su traje de diseño hasta su pelo castaño cuidadosamente peinado, todo en él es impecable, incluso su rostro es armónico, y su tono de voz, agradable.

Justo lo contrario que el jugador que, espatarrado en el sillón y vestido con unos vaqueros rotos y una sudadera del equipo, me observa con una mezcla de burla y arrogancia bailando en sus impresionantes ojos verdes al ver el desconcierto dibujado en mi rostro.

—¿Qué proyecto? —cuestiono desviando la mirada hacia Logan quien parece estar de lo más satisfecho e ilusionado.

—El Ayuntamiento y el equipo van a participar en un proyecto conjunto para dar visibilidad a ciertas partes de la ciudad que no son tan conocidas o populares. Es una campaña dirigida tanto a los propios neoyorkinos como a los visitantes —anuncia mi primo con una sonrisa que le atraviesa la cara de lado a lado.

—Queremos demostrar que Nueva York es mucho más que Manhattan, la Estatua de la Libertad o Central Park; hay zonas y lugares preciosos que pasan desapercibidos para muchos de nuestros ciudadanos y para los turistas que cada temporada recorren nuestras calles, por lo que pensamos que ya es hora de revitalizarlos y darles la relevancia que merecen.

—Estoy de acuerdo —afirmo.

Es cierto que hay muchos rincones perdidos que merecen más reconocimiento del que tienen y me parece una gran idea ponerlos en alza.

—¿Habéis pensado en alguna forma de enfocarlo? —me intereso.

—Nos gustaría organizar una especie de yincana —responde sin perder en ningún momento la sonrisa.

Comienzo a imaginar las diferentes maneras de desarrollo.

—Me parece una buena idea. Para cada uno de los emplazamientos escogidos podría designarse una prueba sencilla que los participantes tendrían que superar. —Mi mente trabaja a toda velocidad—. Se les puede pedir como requisito una foto realizando el reto que tendrán, que subir a la página de la campaña para recibir la localización del siguiente lugar, así, cuanta más gente suba las fotos, más movimiento y mejor posicionamiento habrá.

—¿Veis como es la mejor? —pregunta mi primo sacando pecho.

—Lo que no tengo claro es cuál sería el papel de Los Lobos dentro de esa acción publicitaria —comento.

—Liam será la imagen de la campaña —anuncia Logan con orgullo.

—¿Liam? —repito arqueando las cejas.

—¿Quién mejor que el MVP de la temporada? —cuestiona Theodore.

Empiezo a entender por dónde va todo esto y no me gusta nada.

—En realidad, todo el equipo estará involucrado, pero Liam va a ser el elemento central —comenta mi primo.

—Ya ves, Rizos —susurra el aludido aprovechando que mi primo y Theodore están distraídos comentando algo entre ellos—. Soy el premio gordo —añade señalándose a sí mismo con los dos pulgares a la vez que una sonrisa petulante asoma a su rostro.

—Si dependiese de mí, no serías ni el de consolación —siseo entre dientes observándolo de reojo.

—¿Decías algo, Aria? —pregunta mi primo dedicándome una mirada de advertencia.

—El premio, preguntaba que cuál será el premio —me apresuro a contestar.

—Ahí es donde entra el resto del equipo —responde Theodore —. El premio para el ganador de la yincana será un pase especial para que dos personas puedan disfrutar del último partido en casa de la temporada, que incluirá una visita al vestuario para conocer y fotografiarse con todos los jugadores de Los Lobos.

—Ya veo —murmuro—. Cuando tengas la imagen corporativa, organizaré una sesión de fotos en la que Liam…

Theodore niega con la cabeza.

—Su papel en todo esto va mucho más allá de aparecer en unas simples fotos promocionales.

—Disculpa si te he entendido mal. ¿No has dicho que queréis que Liam sea el elemento central de la campaña?

—Exacto, pero necesitamos que sea algo dinámico y especial —me aclara.

Casi me da miedo preguntar…

—Ya… ¿Y vuestra idea para lograrlo es…?

—Eso era algo que quería abordar contigo; sin embargo, ahora se me está ocurriendo algo.

Hace una pequeña pausa, como si quisiese darle más emoción al momento, y sigue hablando.

—Tenemos que aprovechar la imagen de Liam para motivar a la gente a participar, y por ello estoy convencido de que sería maravilloso que los dos realizaseis cada una de las pruebas de la yincana y que tanto los vídeos como las fotos que tomaseis durante las mismas fueran el material a utilizar en la página web que crearemos para dar visibilidad a la campaña.

Lo pienso durante unos segundos…

—En realidad, es una gran idea que él… Espera, ¿los dos? ¿Cómo que los dos? —pregunto al darme cuenta de lo que acabo de escuchar, abriendo mucho los ojos.

—Dado que el premio es un *pack* de dos entradas, me parece que lo lógico sería que haya que participar en la yincana por parejas.

—En pareja —repito de nuevo como si de repente me hubiese vuelto medio tonta y me costase procesar una información tan sencilla como esa.

—¡Exacto! —exclama él, cada vez más entusiasmado con la idea—. Pueden ser un padre y un hijo, dos amigos, unos enamorados, un par de hermanos…

—Lo que quieran, pero habrá que inscribirse de dos en dos —comenta Theodore—. Y, como representante del Ayuntamiento que conoce tu trabajo y sabe que eres una de las mejores del sector, creo que nadie mejor que tú para acompañar a Liam durante todo el proceso de las pruebas, así podrás vivirlas y seguirlas de cerca y estarás involucrada al cien por cien en el proyecto —añade.

—¿Crees que es completamente necesario? —pregunto con reticencia.

Lo que me propone no solo supone mucho, muchísimo trabajo, sino pasar una cantidad indecente de horas aguantando a Liam.

—Tiene todo el sentido, dado que vas a ser quien supervise y organice toda la gestión de postproducción —suelta mi primo como si tal cosa.

—Tendrás que hacer la búsqueda para elegir los lugares, y después los dos acudiréis al sitio indicado y realizareis la prueba pertinente como si fueseis una pareja de participantes más —explica Theodore.

—Será un proyecto con tu sello personal —añade Logan que, por lo visto, le tiene poco cariño a su vida, porque en cuanto lo pille a solas lo voy a matar. Mi primo sabe de sobra que Liam y yo no nos soportamos y, a pesar de ello, ahí está, metiéndonos a los dos en el mismo saco, porque está tan emocionado por la propuesta del Ayuntamiento que lanzarme directa a los leones le da igual.

—A no ser que haya algún problema… —vacila Theodore al ver mi escaso entusiasmo.

—¿Qué problema va a haber? —replica Logan dedicándome una mirada de advertencia—. Tenemos al jugador más valioso de la temporada y a la mejor y más profesional directora de *Marketing* y Relaciones Públicas de la ciudad.

Por mucho que me fastidie, tengo que reconocer que es una gran oportunidad tanto para el equipo a nivel publicitario como para mí a nivel curricular y, como a pesar de las palabras de mi primo, Theodore todavía me estudia con cierta reticencia, me obligo a dedicarle una sonrisa tan falsa como animada antes de asegurar con convicción:

—Va a ser todo un éxito. Estoy deseando empezar y ponerme en acción.

Debo ser una actriz estupenda, porque el hombre sonríe complacido y continúa concretando detalles con Logan.

—Por lo visto, vamos a pasar muuucho tiempo juntos… —susurra Liam en tono jocoso para que solo yo, que estoy justo a su lado, lo escuche—. ¿No estás contenta, Rizos?

—Uy, sí, no te haces una idea del esfuerzo que estoy haciendo para controlarme y no ponerme a dar saltitos de felicidad —ironizo.

—Se nota que tu ilusión es desbordante —se burla.

—Nada podría apetecerme más —replico mientras me pregunto qué gran mal habré causado yo a la humanidad para merecer una condena tan brutal.

Capítulo 1

Que viva la empatía

Aria

—¿No crees que deberías dejar ya el helado? Te has comido casi toda la tarrina, y es de litro y medio —pregunta Maddy intercambiando una mirada con Savannah.

Me encojo de hombros y me llevo a la boca una nueva cucharada del delicioso manjar de fresa que he robado del congelador de la casa que mi amiga comparte con Ryan.

Es sábado por la tarde y, aunque a partir de mañana pienso encerrarme en el despacho de mi casa para empezar a preparar la dichosa campaña que me han endosado esta mañana, ahora toca disfrutar de unos merecidos momentos de paz a solas con las chicas, sobre todo, teniendo en cuenta que estoy convencida de que durante algún tiempo se me va a olvidar el significado de esa palabra.

—A grandes males, grandes remedios —replico tras saborearla.

—Venga, no es para tanto —intenta animarme Maddy.

—Eso lo dices porque no eres tú la que va a tener que recorrerse la ciudad entera llevando a cabo las *estúpidas* pruebas de esa *estúpida* yincana con el *estúpido* de Liam. —El énfasis que pongo en el apelativo es incuestionable.

—No estoy de acuerdo en que la idea de la yincana sea estúpida, de hecho, me parece muy buena; ni mucho menos en que Liam lo sea —me contradice mi amiga.

—Opino igual, creo que es una muy buena estrategia de *marketing* —la apoya Savannah—. Y, mal que te pese, Liam es un amor.

—Hay amores que matan —rumio mientras la contemplo con los ojos entrecerrados.

Maddy y Savannah son mis mejores amigas y las quiero a rabiar, pero, cuando de Liam se trata, no son objetivas y prefiero ignorarlas sin más.

La primera es la entrenadora jefa de Los Lobos y la segunda, una de las fisioterapeutas del equipo. Las dos son mujeres fuertes y luchadoras que han trabajado duro para hacerse un hueco en un mundo dominado por los hombres, y no podría estar más orgullosa de ellas por haberlo conseguido, sin embargo, Maddy es la novia de Ryan Hart, y Savannah, la prometida de Bradley Wood, que son, a su vez, el *quarterback* y el ala cerrada del equipo respectivamente, y para más inri, los mejores amigos de Liam…, lo que se traduce en que, por culpa de mis amigas y sus novios (que, a diferencia del idiota de Liam, son increíbles y me caen genial), para mi desgracia, suelo pasar bastante tiempo con él más a menudo de lo que me gustaría.

—Además de que es lógico que lo hayan escogido para la campaña siendo el MVP de la temporada y uno de los jugadores más atractivos y carismáticos de Nueva York —declara Maddy.

Las aniquilo a las dos con la mirada porque, como buena publicista que soy, sé que tienen razón.

Liam es pretencioso, pedante, insufrible y tiene la capacidad de cabrearme y sacar lo peor de mí cada vez que respira el mismo aire que yo, pero su pelo rubio alborotado, sus indescriptibles ojos verdes (Los dos compartimos ese color, con la diferencia de que los míos son claros como las aguas de un mar en calma y los suyos, profundos e impenetrables como una selva inexplorada) y esa sonrisa que me saca de mis casillas, pero con la que podría protagonizar cualquier anuncio de televisión, unido a que en este momento es uno de los jugadores más valorados de Nueva York, lo hacen perfecto para ser la imagen de la puñetera campaña que voy a tener que preparar yo.

—Vuestro cometido esta noche no es razonar —anuncio señalándolas con la cuchara.

—Ah, ¿no? —Savannah coloca un mechón de su media melena rubia tras la oreja mientras sus cristalinos ojos azules rezuman diversión.

—¡Por supuesto que no! —exclamo—. ¡Sois mis amigas! ¡Deberíais compadeceros de mí y no regodearos en mi desgracia!

—Uy, sí… Pobrecita, vas a tener que visitar un montón de sitios interesantes con un chico encantador —comenta Maddy.

—Tu concepto de encantador difiere mucho del mío.

—Eso es porque tu concepto está un poco distorsionado —me acusa Savannah.

Hago un mohín; estaba claro que las dos iban a ponerse de su parte porque tienen debilidad por él.

—Por no hablar del aumento que supondrá este trabajito para tu cuenta bancaria. Imagino que esas horas extra estarán muy bien cobradas —añade Maddy conteniendo una sonrisa.

—Poco me parece para lo que voy a tener que aguantar… —murmuro llevándome una nueva cucharada de helado a la boca—. Eso por no mencionar que estoy segura de que él va a cobrar mucho más.

—Obviamente, él es la estrella —comenta Savannah encogiéndose de hombros.

—Más que la estrella, el estrellado diría yo —resoplo.

—Bueno, si tanto te molesta, siempre puedes renunciar al encargo… —sugiere mi amiga conteniendo una sonrisa, porque me conoce lo suficiente como para saber que eso no lo haría ni en mil años.

—¿Por quién me tomas? ¡Soy una profesional! —le aclaro elevando el mentón—. Solo que por parte de mis dos mejores amigas esperaba un poco más de apoyo en esta situación.

—Es cierto —afirma Maddy con un brillo de diversión brillando en su mirada color miel—. ¡Qué malas personas somos! ¡Deberíamos sentirnos avergonzadas!

—Un día de estos voy a buscarme otras amigas —las amenazo —. Unas más empáticas y comprensivas.

—Al menos, estamos en plenas vacaciones y no en medio de la temporada —replica ella pensativa.

—¿Eso te consuela? —cuestiono.

—Mucho —responde—. No tengo demasiadas esperanzas en que los dos salgáis con vida de esto, y necesito a Liam en perfecto estado cuando empiecen los entrenamientos.

—Ja, ja, ja. ¿Por quién me tomas? Que no me apetezca pasar tiempo con él no significa que no sepa comportarme.

—Te recuerdo que la última vez que dijiste eso perdiste una apuesta y acabaste fregando los platos —murmura Savannah.

Aprieto la mandíbula. Liam me provoca cada vez que abre la boca, y yo parezco tener un efecto bastante similar sobre él, por eso es complicado conseguir que estemos en el mismo espacio sin que alguno de los dos empiece a lanzar dardos, la mayoría envenenados y bastante afilados.

—No digo que sea mal tío… —trato de sonar neutral.

—Es que si lo dijeses, estarías mintiendo —me interrumpe la entrenadora recogiéndose su larga melena castaña en una coleta alta.

—Es solo que no congeniamos, somos tan diferentes que siempre chocamos —continúo diciendo.

—Yo creo que el problema es justo el contrario —me corrige Savannah.

—¿Perdona? —la increpo, incapaz de creer lo que acabo de escuchar—. Pensé que me conocíais un poco mejor —bufo.

—Y lo hacemos —afirma ella—. Por eso sabemos que vuestro problema no es ser muy diferentes, sino justo todo lo contrario. Estáis hechos de la misma pasta y por eso chocáis tanto.

—Lo que me faltaba por escuchar. —Niego con la cabeza al mismo tiempo que cruzo los brazos sobre mi pecho, indignada.

—Por si te sirve de consuelo —dice Maddy en un claro intento de compensar el comentario anterior—, estoy segura de que con Liam o sin él conseguirás que esta campaña sea todo un éxito.

—¡Eso no lo dudes, en mi trabajo soy la mejor!

Ambas sonríen, conscientes de que lo digo completamente en serio. Es cierto que en lo que respecta a mi vida privada puedo llegar a ser un poco alocada, pero en mi faceta laboral no hay persona más profesional, metódica, imaginativa y organizada.

Soy una *crack*, una de las mejores en lo mío, así que sí, el equipo, el Ayuntamiento y el puñetero Liam Jackson deberían sentirse afortunados de poder contar conmigo.

Liam

Después de unos cuantos largos que me ayudan a relajar los músculos de mis hombros salgo de la piscina climatizada y me dejo caer en una de las tumbonas cerrando los ojos.

Anoche, los chicos y yo quedamos en la casa de Brad (que ahora comparte con Savannah, su flamante prometida, a la que por cierto aprecio un montón) para ver el partido, y al final una cosa llevó a la otra y, cuando llegué a casa, pasaban de las tres de la madrugada.

Por norma general no suelo trasnochar, es cierto que desde fuera parezco extrovertido y despreocupado, pero jugar como receptor en Los Lobos es un sueño, un sueño del que espero poder seguir disfrutando muchos años, y soy consciente de que para lograr mantenerme al máximo nivel debo cuidarme y ser disciplinado con la mayoría de mis hábitos.

Sin embargo, estamos en temporada baja y acabamos de empezar las vacaciones, lo que se traduce en tiempo libre para pasarlo bien, desconectar y descansar.

El zumbido del móvil, que vibra sobre la mesita baja que tengo al lado, capta mi atención y alargo la mano para desbloquearlo.

Es un wasap de Aria y, como no podía ser de otra forma, el mensaje es escueto y directo y tan seco como ella.

> Aria: Mañana a las nueve en punto te recojo en tu casa. No me hagas esperar.

Lo leo y soy incapaz de resistir el impulso de picarla.

> Yo: ¿Tan pronto? ¿No me digas que ya me echas de menos?
>
> Aria: Pufff, no te haces una idea de cuánto.

Me echo a reír al imaginarla torciendo el gesto y poniendo los ojos en blanco.

Yo: Ahora en serio: ¿Sabes que estoy de vacaciones? ¿De verdad es necesario hacerme madrugar tanto?

Aria: Sí, vamos a probar la primera actividad para la yincana, a ver si conseguimos hacer algo decente que se pueda usar para la campaña.

Estoy convencido de que, a pesar de estar en pleno fin de semana, Aria se habrá pasado horas planificando el desarrollo de las pruebas desde que salió del despacho de Logan, y lo cierto es que me muero de curiosidad.

Yo: ¿Piensas contarme cómo vas a organizarlo todo?

Aria: No entraba en mis planes más inmediatos, la verdad.

Yo: Pues igual deberías, sobre todo, porque soy el reclamo principal.

Aria: No te lo creas tanto, podrían haber elegido a cualquiera.

Yo: Pero me han elegido a mí…

Estoy casi convencido de que va a dejarme en visto y ni siquiera va a contestar, pero justo cuando me dispongo a dejar de nuevo el teléfono en la mesa compruebo que está tecleando de nuevo.

Aria: La yincana se compone de siete retos que los participantes deben completar, cada vez que terminen uno de ellos tendrán que sacarse una foto que demuestre que lo han llevado a cabo y la subirán a una web que crearemos y vincularemos a la página y las redes sociales del equipo y también del Ayuntamiento.

»En ese momento recibirán un correo electrónico que contendrá una pista como premio y la información sobre la siguiente prueba, y así sucesivamente hasta terminar todas y cada una de ellas. En ese momento los participantes recibirán un último correo que contiene un enigma que deberán resolver ayudándose de las

pistas conseguidas. Al resolverlo, si la respuesta es correcta, se les dará un número para entrar en el sorteo del *pack* de entradas que se efectuará ante notario el día indicado en las bases de la campaña.

Yo: Es una gran idea.

Admito, porque lo cierto es que me parece original y bien planteado, sobre todo, teniendo en cuenta que ni siquiera han pasado cuarenta y ocho horas desde que recibió el encargo.

Aria: Por supuesto que es una gran idea.

Yo: ¿Quién es ahora la que no debería creérselo tanto?

Aria: No es que me lo crea, es que no me gusta la falsa modestia.

Me encantaría meterme un poco más con ella (durante los últimos meses hacerla perder los estribos parece haberse convertido en uno de mis pasatiempos favoritos), pero siento curiosidad, así que me centro en preguntar.

Yo: ¿Cuáles van a ser las ubicaciones y las pruebas?

Aria: No pienso decírtelo, lo irás descubriendo cuando las vayamos haciendo.

Yo: ¿Ni siquiera la de mañana?

Aria: No.

Yo: No me digas que te hace ilusión sorprenderme.

Aria: No lo flipes, se llama estrategia de mercado, quiero ver tu reacción para deducir cuál puede ser la de los participantes.

Yo: ¿Estás usándome como conejillo de indias?

Aria: Ni de coña, esos animalitos son demasiado monos, tú eres más como una rana de laboratorio.

El comentario me arranca una carcajada, la verdad es que me divierten su lengua afilada y sus respuestas rápidas.

Yo: ¿Debo tener miedo de que intentes diseccionarme?

Bromeo.

Aria: Ni de coña, me da un asco terrible la sangre.

Me echo a reír de nuevo.

Me estoy divirtiendo y por eso pretendo seguir la conversación un poco más, pero ella no me da la opción.

Aria: Buenas noches, no se te ocurra hacerme esperar,
sé puntual y no llegues tarde.

Liam: A la orden, Rizos.

Aria: Deja de llamarme así.

Liam: ¿Por qué? ¿Acaso ahora tienes el pelo liso?

Espero su respuesta, pero esta vez sí que pasa de contestarme y, dando la conversación por terminada, me deja en visto.

Me levanto de la tumbona y me encamino hacia la escalera, preguntándome qué me tendrá preparado para el primer reto de la yincana… Tratándose de esta chica, puede ser cualquier cosa, y me muero de curiosidad, pero, por lo visto, para descubrirlo no me quedará otra que esperar hasta mañana.

Capítulo 2
Por favor…, los extintores a mano

Liam

—¿En serio? —pregunto, arrugando la nariz un tanto decepcionado, cuando el coche se detiene delante de un pequeño café especializado en tortitas que se encuentra en Harlem—. ¿El primer reto es comer tortitas?

Aria me observa de reojo con aire serio. No ha dicho ni una sola palabra desde que me recogió en la puerta de mi casa y no parece estar de un humor especialmente bueno esta mañana, por lo que yo también he decidido guardar silencio.

—¿Algún problema? —cuestiona cruzando los brazos sobre su pecho una vez detiene el motor.

—Ninguno. —Niego con la cabeza sin dejar de observar la gran cristalera que ocupa parte de la pared que da a la calle del pintoresco local.

Es bonito, eso no lo voy a negar; la madera que forma la estructura exterior está decorada con molduras y pintada de un agradable tono azul cielo a juego con las pocas mesas y sillas que se aprecian dentro.

—¿Decepcionado? —insiste mi acompañante.

La miro a los ojos, a esos ojos verde agua insondables que echan chispas cada vez que nos enredamos en una de nuestras discusiones.

Creo que eso es lo único que tenemos ligeramente en común, el tono de nuestros ojos, ambos verdes, aunque los míos son mucho más oscuros y los suyos, suaves como el agua esmeralda del Caribe.

En cuanto al resto, somos como el día y la noche: su piel tiene un ligero tono canela mientras que la mía es mucho más pálida; su cabello, oscuro, rizado y cuidado, el mío, liso, rubio y, por norma general, alborotado… Y del carácter mejor ya ni hablamos.

—No —admito con sinceridad—. No estoy decepcionado, adoro comer y me flipan las tortitas, por lo que para mí cualquier actividad que incluya ambas cosas es un buen plan—. Es solo que, conociéndote, esperaba algo más —añado.

Su semblante cambia, combinando una fascinante mezcla de cabreo y diversión.

—No sé cuál de las dos cosas me sorprende más —me espeta a la vez que abre la puerta, dispuesta a salir—. Que pienses que me conoces o que creas que la actividad de hoy se va a centrar en comprar tortitas.

La imito y echo a caminar tras ella.

—¿Me puedes decir qué hacemos aquí si no vamos a comer tortitas? —pregunto algo fastidiado.

Ahora tengo ganas de tortitas. ¡Quiero comer tortitas!

—No he dicho que no vayamos a comerlas —matiza volviéndose hacia mí justo antes de abrir la puerta—. Solo que no vamos a comprarlas, sino a hacerlas.

Una sonrisa burlona se extiende por su rostro y entra en el local sin darme tiempo a contestar.

Entrecierro los ojos y me tomo unos segundos antes de seguirla. No es ningún secreto que me apasiona comer tanto como odio cocinar. Todos saben que mi relación con los fogones es desastrosa y que se me da fatal, y ese «todos» la incluye a ella, por lo que estoy seguro de que la finalidad de esta primera prueba no es otra más que tocarme los cojones y dejarme quedar mal.

—¿Vienes o no? —La media sonrisilla que intenta ocultar ratifica mi teoría.

—La madre que la parió —murmuro mientras la sigo hasta el interior.

Una mujer bajita que rondará los setenta y algo, de mirada atenta y pelo canoso nos recibe con entusiasmo.

—Bienvenidos a Los dulces de Luci —nos saluda.

—Señora Yenkins, gracias por recibirnos —la saluda Aria extendiendo la mano, que la mujer acepta gustosa—. Estamos encantados de estar aquí.

—Estaba esperándoos —nos informa—. Lo tengo todo listo en el obrador, seguidme.

Los dos pasamos por detrás del pequeño mostrador y atravesamos un pasillo hasta llegar a un obrador que dobla el tamaño del local.

Suelto un silbido en señal de admiración.

Al contrario de lo que sucede en la parte visible del establecimiento, que luce una decoración clásica, todo aquí dentro es moderno y práctico.

Desde las relucientes encimeras de acero inoxidable hasta las numerosas estanterías del mismo material donde se apilan de forma ordenada incontables utensilios y recipientes.

—Tengo que confesar que estoy feliz de tener la oportunidad de compartir este ratito con usted, porque me declaro fan incondicional de sus tortitas —anuncia Aria—. Espero no quitarle demasiado tiempo.

—Primero, no me trates de usted, me haces parecer incluso más mayor —la regaña ella señalándola con el dedo índice—. Y por lo otro, tranquilos, tengo todo el tiempo del mundo —nos informa—. Mi marido y yo abrimos el local hace más de cincuenta años y, aunque me gusta estar por aquí y meterme a echar una mano de vez en cuando, ahora son mi hija y mis nietos quienes se encargan del negocio; en caso contrario, me hubiese sido imposible acceder a tu propuesta y colaborar con vosotros.

—De nuevo muchas gracias por aceptar —insiste mi acompañante, que parece ilusionada de verdad.

—De nada, el favor es mutuo —admite la mujer mientras comienza a coger los ingredientes que vamos a utilizar—. Tenemos una clientela bastante fiel, pero nunca viene mal atraer a gente nueva con un poco de publicidad. Además, será divertido.

Dejo escapar un gemido y ella se vuelve hacia mí alzando las cejas.

—Igual cuando yo salga de este sitio no opinas lo mismo —confieso pasándome una mano por el pelo.

Ella suelta una sonora carcajada.

—No puede ser para tanto —replica.

—Hace un mes casi incendio la cocina de mi amigo Ryan intentando freír unos huevos, había tanto humo que saltó la alarma de incendios … —admito para que se haga una idea del nivel al que nos acercamos.

Aria me observa asombrada. Por lo visto, ese es un pequeño capítulo de mi vida del que no estaba enterada, así que me hago una nota mental para acordarme de darle las gracias a Ryan por guardarse para él esa humillante información.

—Tranquilo, tendremos los extintores a mano por si acaso —se carcajea la anciana guiñándome un ojo—. Aunque te aseguro que no los necesitaremos y que, cuando cruces la puerta después de hacer mis famosísimas tortitas de chocolate y pistacho, saldrás convertido en un auténtico pastelero.

—¡No me digas que además de ser una maravillosa repostera también haces magia! —le dice Aria con guasa.

—Muy graciosa —respondo al mismo tiempo que me pongo el delantal que Luci nos acaba de entregar.

—Siempre, ya lo sabes, es una de mis múltiples virtudes.

—Por supuesto, como la modestia.

—Soy modesta.

—Uy, sí, tan humilde como simpática —comento con sarcasmo.

Una risita nos interrumpe y los dos nos giramos hacia Luci quien, por alguna razón que desconozco, nos contempla con ilusión y nostalgia.

—Sois una bonita pareja, me recodáis a mi marido y a mí cuando nos hicimos novios —suspira con melancolía.

—Oh, no, no, no —se apresura a aclararle ella.

—Para nada —añado yo—. No somos pareja, no de ese tipo. Solo pertenecemos al mismo grupo de amigos.

—Exacto —me apoya—. Mis dos amigas son las novias de sus dos amigos.

—No hay dos sin tres —replica la anciana.

—En este caso, ni tres, ni cuatro, ni cinco, ni seis —rebate la publicista poniendo una cara de susto de lo más graciosa.

—Ya veremos —susurra Luci sin dar su brazo a torcer—. Ya veremos —repite agachándose para coger la harina a la vez que me observa de reojo con una mirada repleta de inteligencia y perspicacia con la que me asegura que, aunque lo deje estar, no está de acuerdo y nuestras explicaciones no la han convencido nada de nada.



—¿Cómo encontraste este sitio? —pregunto mirando a mi alrededor cuando, al girar una esquina, llegamos a nuestro destino.

Aria sonríe abiertamente y toma asiento en una de las mesitas de madera mientras yo echo un vistazo a mi alrededor.

El jardín de la amistad, que así se llama el lugar donde nos encontramos, es un pequeño espacio no demasiado ancho, con el suelo adoquinado, jardineras con plantas a ambos lados y pequeños bancos y mesas de madera.

Lo más curioso del lugar es que, aunque la vegetación no es tan abundante como en la mayoría de los parques, las paredes del callejón que delimitan el espacio lucen pintadas por completo en tonos azules y adornadas con multitud de flores de colores vivos que se mezclan con los árboles y las plantas reales generando un espacio diferente, secreto y especial.

—¿Lo conocías? —se interesa mientras coloca sobre la mesa los envases de cartón que contienen las tortitas.

La imito, apoyando los cafés que hemos comprado para acompañar el delicioso manjar que nosotros mismos elaboramos con la ayuda de Luci, y miro una vez más a mi alrededor antes de responder.

—No, la verdad es que ni había venido antes ni había escuchado hablar sobre este jardín —reconozco.

—Bien —aplaude ella satisfecha—. Esa es la idea. Descubrir a los neoyorkinos y neoyorkinas y, por supuesto, a los visitantes de

otras ciudades pequeños tesoros ocultos de la ciudad que todavía no conocen.

—Estoy seguro de que les va a encantar —admito sorprendido porque desde luego no me esperaba algo así para nuestro primer destino.

—El jardín de la amistad se fundó en el año mil novecientos ochenta y dos y era usado sobre todo por los vecinos de la comunidad cuando querían encontrar algo de paz, quedar con los amigos o incluso para festejar aniversarios o celebraciones, pero en ese momento todavía no tenía la apariencia que ves ahora —me explica—. En el año dos mil siete se consiguió la financiación necesaria para renovarlo y fue entonces cuando Edward Pierce elaboró este maravilloso diseño inspirado en el mundo de Oz.

—¿Oz? —repito con interés mirando de nuevo a mi alrededor.

—Exacto, acabas de adentrarte en el mágico mundo del mago de Oz sin salir de la ciudad —me explica—. ¿Ves aquel pozo de allí? —pregunta señalando el pozo que se encuentra en medio del jardín.

Asiento, desviando la mirada hacia él.

—Es un pozo de los deseos —afirma en voz baja, como si estuviese revelándome el más inconfesable de los secretos—. O al menos ese es el papel que Edward Pierce quiso darle al diseñarlo —añade encogiéndose de hombros.

—Es curioso que un espacio tan pequeño pueda generar tantas sensaciones —digo—. Sé que seguimos en Nueva York, pero, tal y como acabas de decir, aquí sentado me siento como si acabase de adentrarme en un pequeño mundo secreto, protegido y escondido.

—Esa es la idea. —Aria sonríe y, mientras se levanta y saca su móvil del bolsillo de su pantalón, me doy cuenta de que es la primera vez que estamos tanto tiempo juntos sin pelearnos ni saltarnos a la yugular.

—Ahora dale un buen mordisco a tu tortita, voy a colocar la cámara del móvil con la cuenta atrás para que nos saque algunas fotos con las que documentar la prueba y poder promocionarla al añadirla a la yincana —ordena enfocándome.

Por norma general, mi primer impulso sería oponerme a cualquier petición que saliese de sus labios, pero cuando el plan

incluye disfrutar de unas deliciosas tortitas en un lugar tan lleno de magia como este, ¿quién soy yo para ponerle pegas?

Al fin y al cabo, las cosas han salido bastante mejor de lo esperado: he cocinado sin provocar un incendio o chamuscar la cocina de Luci, acabo de descubrir un lugar que sin duda se va a la lista de mis favoritos y, por si eso fuese poco, estoy devorando unas de las mejores tortitas que he probado en mi vida, así que, por sorprendente que parezca, la verdad es que se me ocurren formas bastante más desagradables de pasar el rato…

Capítulo 3
Un pimiento, un coche sucio y una colleja

Aria

Estoy sentada en un taburete de la cocina de la abuela María picando pimiento rojo mientras Logan hace lo mismo al otro lado de la isla, solo que en su caso ha tenido menos suerte y se las está viendo con la cebolla.

Hoy toca cena con mi numerosa, ruidosa, algo alocada y maravillosa familia y, como es costumbre, todos tenemos que arrimar el hombro.

Elevo la mirada hacia mi primo y disimulo una sonrisa al preguntarme qué pensaría la gente si lo viese en este momento, el serio y orgulloso propietario de Los Lobos de Nueva York, siempre trajeado e impecable, vestido con un pantalón de deporte, una camiseta vieja y un delantal de flores que, a juzgar por su apariencia, ha debido de pasar por varias generaciones.

—¿Habéis visto el biberón de Michael? —pregunta mi tía Guadalupe entrando como un huracán con el bebé de seis meses entre sus brazos.

—Creo que Dulce lo llevó antes al salón —deja caer Logan refiriéndose a la hermana del pequeño quien, desde los brazos de su madre, parece querer controlarlo todo y no se pierde detalle.

Mi tía sale como una bala hacia allí para preguntarle a su hija dónde lo ha dejado, justo en el momento en que la puerta que da al jardín se abre y nuestra abuela entra con una cesta repleta de moras y frambuesas.

—¿Has salido a comprar? —pregunta mi primo frunciendo el ceño—. No hacía falta, tienes la casa llena de gente, podríamos

haber ido cualquiera de nosotros.

Mi abuela lo fulmina con la mirada. Siempre ha sido una mujer autónoma, resolutiva, independiente y adelantada a su tiempo y no lleva nada bien verse limitada o que alguien le diga lo que debe o no debe hacer. Ni siquiera el favorito de sus nietos…

Porque sí, aunque nos quiere a todos con locura, para nadie es un secreto que Logan es su ojito derecho, ventajas o privilegios de haber nacido el primero; yo soy la segunda, nos llevamos solo un año y, aunque algunos de mis primos dirán que exagero, no me cabe ninguna duda de que soy la preferida de mi abuelo.

Las risas de dos de mis primos pequeños se mezclan con los gritos de algunos de mis tíos cuando los New York Knicks meten el triple que los adelanta en el partido y con la canción de Luis Miguel que el abuelo (quien a sus noventa empieza a escuchar mal) tiene sonando a todo trapo.

Como ya he dicho, somos una familia numerosa y, cuando nos juntamos todos (cosa que intentamos que ocurra a menudo), bastante escandalosa, lo cual, por otro lado, entra dentro de lo normal teniendo en cuenta que entre abuelos, tíos y primos somos unas veintipico personas.

Mis abuelos, colombianos de nacimiento, se instalaron en la ciudad cuando mi madre, sus dos hermanas y sus tres hermanos todavía eran pequeños.

No debió de ser fácil para ellos, no tenían ayuda ni parientes a los que acudir, eran una pareja humilde que tuvo que recurrir a varios empleos para sobrevivir, pero si algo sobra en mi familia son las ganas de trabajar, la ilusión y el arrojo y, con mucho esfuerzo y sacrificio, consiguieron sacarlos adelante a todos. Nunca se dieron por vencidos, por muy jodidas que se pusieran las cosas, ellos siempre tiraron para adelante, juntos y de la mano; lo hicieron cuando mi madre llegó encinta de un estadounidense que se desentendió de ella en cuanto supo que estaba embarazada, cuando escaseaba el dinero o incluso en el peor momento de su vida: cuando su hijo, el padre de Logan, murió de forma repentina rompiéndoles el corazón.

En cuanto a mi madre, mis tíos y mis tías, todos ellos aprendieron desde muy pequeñitos a ser una piña y a cuidarse los unos a los otros y, a día de hoy, lo siguen haciendo, a pesar de que los años han pasado y todos han ido haciendo su vida.

—Ninguno de vosotros tenéis ni idea de cómo elegir bien las frambuesas, cada vez que os mando a por ellas me las traéis o verdes o demasiado pasadas, y es fundamental que estén en su punto exacto para que la mermelada tenga dulzor —explica mi abuela con fastidio.

Mi primo y yo intercambiamos una mirada de complicidad mientras la buena mujer coloca la cesta en la despensa.

—¿Qué tal te fue con Liam? Un pajarito me ha contado que ayer tuvisteis vuestra primera cita.

—No fue una cita, sino una actividad de trabajo —lo corrijo de inmediato—. Y, por cierto, Maddy es un pajarito demasiado charlatán que tendría que tener el pico más cerrado.

Él se encoge de hombros y yo bufo, fingiendo que estoy molesta.

Maddy y Logan son buenos amigos y, al margen de lo profesional, tienen una relación cercana. No puedo culparla por sentir un aprecio sincero por mi primo teniendo en cuenta que él fue el primero en darle una oportunidad y que la contrató y apostó por ella como entrenadora contra viento y marea, a pesar de las críticas y el desacuerdo de la plantilla, la afición y casi toda la prensa deportiva nacional.

Ahora las cosas son muy diferentes, pero, cuando Maddy consiguió el puesto de entrenadora jefa, convirtiéndose en la primera mujer en la historia de la NFL en optar a un cargo de esa magnitud, las cosas se pusieron bastante feas, e incluso en ese momento, mi primo no vaciló, se mantuvo firme y siempre confió en ella.

—Pero sí, ayer nos sacamos de en medio la primera actividad —comento con hastío.

—Solo quedan seis —responde tratando de animarme.

—Yujuuuu —replico con ironía—. Y te parecerá poco.

—Venga ya, no ha podido ser tan terrible, fuisteis a comer tortitas... —comenta, a sabiendas de que me vuelvo loca por ellas.

—Y estaban deliciosas —admito.

—¿Ves?

—Durante un rato incluso conseguimos mantener una conversación civilizada. Lo malo vino después…, cuando nos subimos al coche para volver.

—¿Qué hiciste? —pregunta con curiosidad intentando contener una sonrisa.

—¡Eres de lo que no hay! ¿Se puede saber por qué das por hecho que fui yo quien hizo algo?

Su respuesta es levantar tanto las cejas que por poco se le salen de la frente.

—Pues no, listo… —replico poniendo una mueca—. Para tu información, fue él quien me provocó.

—¿De qué manera se supone que te provocó? —Basándome en su expresión de escepticismo, deduzco que no termina de creerme.

¡Manda huevos! ¡Desde luego, cría cuervos…!

—Me insultó —afirmo.

—¿Te insultó? ¿Liam Jackson te insultó sin más? ¿Así de repente? —Su tono de incredulidad es tal que, si no fuese porque tal vez, y solo tal vez, estoy exagerando un pelín de nada lo que ocurrió, hasta me resultaría ofensivo.

Me remuevo en mi asiento y aprieto los labios antes de responder.

—Más o menos —murmuro entre dientes.

—Estoy bastante seguro de que debió de ser menos que más.

—Se metió con el estado de limpieza de mi coche, eso equivale a un insulto —me defiendo.

—Eso no es un insulto, es una realidad —me suelta el muy descastado echándose a reír—. De hecho, solo por haberse atrevido a meterse dentro sin vacunarse primero el chaval ya me parece digno de ser reconocido con una condecoración al valor.

Dejo el cuchillo sobre la isla y cruzo los brazos sobre mi pecho en actitud desafiante.

—No me mires así, es cierto —se reafirma él sin dejar de reírse —. Con lo ordenada que eres en el trabajo y en tu casa, no comprendo cómo puedes tener el coche en ese estado tan lamentable.

—No te pases, solo son unos cuantos papeles… —siseo.

—¿Unos cuantos papeles dices? —repite él resoplando—. Facturas, modelos de campañas…

—Son cosas que necesito para el trabajo y que luego se me olvida sacar.

—Varias sudaderas, alguna cazadora.

—Nunca se sabe cuándo puede refrescar —insisto sin dar mi brazo a torcer—. Además, ¿qué importa que tenga algunas cosas de más? Es un coche, un trozo de chatarra con cuatro ruedas que solo sirve para desplazarse y que, con papeles o sin ellos, cumple su función igualmente —expongo como si eso lo explicase todo.

—Si tú lo dices…

—El caso —insisto para no desviarnos del tema principal— es que él se metió con mi coche, yo critiqué su cara y al final acabamos enzarzados en una discusión de narices.

—¿Qué le pasa a su cara? —pregunta mi primo, que parece estar divirtiéndose un montón con esta conversación.

—¿Bromeas? Rezuma arrogancia y vanidad por cada poro de su piel —afirmo.

—¿Arrogancia? ¿Liam? ¿Estás segura de que estamos hablando de la misma persona? —me mira como si acabasen de salirme cinco ojos y tres bocas.

—Por suerte, en el mundo solo hay un Liam Jackson. Dudo que la humanidad estuviese preparada para sobrevivir a dos como él.

—Te encanta dramatizar —me acusa.

—No dramatizo.

—Por supuesto que sí, lo haces desde pequeña. Eres especialista en exagerar las cosas y sacarlas de quicio.

—Liam es quien me casa de quicio.

—Si tú lo dices… —Mi primo se encoge de hombros.

—Lo digo, por supuesto que lo digo.

Él se limita a contener una nueva carcajada y a guardar silencio, observándome con una cara de perdonavidas tan insoportable que me entran ganas de lanzarle algo. Algo duro, contundente y que le haga daño mucho, pero que mucho daño.

—El caso es que todavía os quedan unas cuantas actividades, y esta campaña tiene que salir bien, no podemos quedar mal con el Ayuntamiento —me recuerda, volviendo a su rol de superjefazo—. Por lo que te recomiendo que intentes controlar tu genio y te centres en sacar a relucir tu lado más profesional, ese que los dos sabemos que tienes.

Hago un mohín, porque sé que tiene razón, pero eso no quita que me fastidie igualmente.

—Manda cojones, ya se os podía haber ocurrido algún otro jugador para ser la imagen de la puñetera campaña.

Todavía no he terminado la frase cuando una colleja resuena en mi cuello, rápida como un latigazo, y me encojo, llevándome la mano a la dolorida nuca.

—Esa boca, en esta familia no decimos palabrotas —me advierte la abuela quien, al parecer, para lo que le interesa tiene oído de elefante.

Logan finge tener toda su atención puesta en la cebolla y disimula la risa para evitar recibir otra.

¡Maldito Liam Jackson! ¡No solo tengo que aguantarlo cuando estoy con él, es que hasta sin estar presente acaba fastidiándome!

—¿Y las niñas? ¿No van a venir a cenar? —pregunta la abuela refiriéndose a mis amigas.

—No pueden, Maddy estaba cuidando de su sobrina y Aria y Brad tenían una cita especial.

La abuela intenta mantenerse seria, pero se le ilumina la mirada al hablar de ellas; le encanta tenerlas en casa, de hecho, hace tiempo que las considera casi como a un par de nietas más, por ello no es raro que nos acompañen en muchas de las cenas que solemos celebrar.

—Diles de mi parte que espero verlas a las dos en la próxima, y que se traigan a esos novios tan majos y guapetones que tienen, ya saben que ellos están invitados también.

Lo saben, claro que lo saben porque tanto a Ryan como a Brad les bastó acompañarlas a un par de comidas para conquistar no solo el corazón de la abuela, sino el de todos los demás. Los muy embaucadores tienen comiendo en su mano a toda la familia.

¿Qué puedo decir? Son encantadores, todo lo contrario que Liam, que es soberbio a más no poder. ¡Ya podría pegársele algo de ellos!

—Seguro que para la próxima los tienes aquí —le digo, y con eso ya consigo hacerla sonreír.

¡Qué poco hace falta para tenerla contenta! Llénale la casa de gente y bullicio y solo con eso conseguirás hacerla la mujer más feliz.

Capítulo 4
Preparar las botas de cowboy

Liam

—¡Os digo que está como una cabra! —insisto después de darle un sorbo a mi lata de Coca-Cola y dejarla de nuevo sobre la mesa del salón—. Estábamos hablando como personas normales y civilizadas y de repente se le fue la pinza.

Los chicos y yo estamos pasando la tarde en la casa de Ryan y Maddy, esperando a que lleguen las chicas; hemos quedado aquí porque hoy Brad y Savannah van a contarnos algunos detalles sobre la boda y quieren que estemos todos juntos.

—Te quiero, tío, y todos sabéis lo mucho que quiero a Aria, pero definiros a ambos como «personas normales» es ser muy, pero que muy generoso —replica Brad recostándose en el sillón.

—Cierto —corrobora Ryan—. Y lo de civilizados también os queda bastante grande.

—No tiene gracia —resoplo.

—No pretendíamos tenerla —replica Ryan—. Además, dices que estabais bien. ¿Qué hiciste para despertar a la bestia?

—Nada —niego con la cabeza.

Ambos me contemplan con la incredulidad reflejada en sus rostros.

—Os juro que no hice nada —repito.

—No cuela, tío. —Brad se pasa una mano por el pelo.

—Quizás hice un comentario de lo más inocente sobre el estado de su coche, pero solo eso, lo juro —les aseguro levantando ambas manos.

—¿A qué te refieres con inocente? —insiste mi amigo achicando los ojos.

—Le dije que solo por la cantidad de papeles que tenía en los asientos traseros podrían acusarla de la deforestación del Amazonas —admito de mala gana.

—¡Liam! —Ryan se echa a reír.

—Y que debería hacérselo mirar, porque muchos casos de Diógenes empiezan así —añado en voz baja.

—¡La madre que te parió! —exclama Brad abriendo mucho los ojos—. ¡Te encanta sacarla de sus casillas! No puedes evitarlo, ¡es superior a ti!

—No lo hago a propósito.

—¡Y una mierda! ¡Disfrutas provocándola! ¡No lo niegues que te conozco! —me espeta Ryan.

Aprieto los labios y cruzo los brazos sobre mi pecho, a la defensiva.

Lo que dice es cierto; la mayor parte de mis discusiones con Aria me resultan refrescantes y adictivas. Sus réplicas afiladas e ingeniosas me hacen aguzar el ingenio, y eso me resulta de lo más atractivo. Lo malo es que a veces lo que comienza siendo un pique inocente se nos va de las manos y uno de los dos, cuando no ambos, terminamos cabreados de verdad.

—Me sale de manera natural —me disculpo.

—Lo que te pasa es que te gusta y no sabes cómo llamar su atención —me acusa Brad.

—No me gusta y mucho menos intento llamar su atención.

—No, claro, no te gusta.

—Pues no —me reafirmo.

—Por eso te pones de mala hostia cada vez que un tío se acerca a intentar ligar con ella.

Entrecierro los ojos… Cómo me jode que me conozcan tanto.

—Me importa una mierda con quién se líe o se deje de liar.

—Pues para no importarte, te quedas con una cara de vinagre que disimulas fatal.

—Lo que pasa es que creo que debería ser un poco más selectiva.

—Aria es una tía con las ideas claras, siempre ha dicho que no necesita a un hombre en su vida para ser feliz y es consecuente con ello, además, es una de las tías más independientes que conozco y la respeto por ello. Así que si está soltera y le gusta disfrutar, ¿qué hay de malo en eso? —cuestiona Brad—. Si fuese un tío, a todo el mundo le parecería de lo más normal.

—No vayas por ahí —le advierto—. Sabes que lo que digo no tiene nada que ver con el hecho de que sea un hombre o una mujer. Yo soy un tío y no voy tirándome todo lo que se me pone por delante.

—Ella tampoco, no seas exagerado, además, Brad tiene razón: Aria es una tía genial, es buena persona, divertida y le gusta vivir la vida, es un alma libre y eso es parte de su encanto —comenta Ryan —. Lo que te pasa es que te mueres de celos cada vez que la ves con alguien, y ya no sabes cómo gestionarlo.

Estoy a punto de contestarle de mala manera cuando escuchamos el sonido de la puerta de la entrada abriéndose y la voz de Maddy nos llega alta y clara.

—¿Ryan? ¿Chicos? —nos llama.

—Estamos en el salón —contesta su novio sin apartar su mirada de mí.

—Ni una sola palabra más —les advierto a ambos al ver que me observan con cierta guasa—. Quiero tener el día tranquilo.

—No te preocupes, seguro que ya te vas a encargar tú solito de cagarla —se burla el *quarterback*.

Las chicas llegan y, mientras que tanto Maddy como Savannah se acercan a mis amigos para saludarlos de forma cariñosa, Aria se limita a dirigirme un movimiento de cabeza desganado y se deja caer en el sillón de enfrente justo en el extremo más alejado.

No me sorprende, tampoco es que esperase otra cosa, y aprovecho que ni me mira para contemplarla con descaro.

Su pelo rizado luce algo alborotado y tiene las mejillas sonrosadas, como si hubiese llegado corriendo. Apenas lleva maquillaje, solo máscara de pestañas y un ligero brillo de labios… Viste un vaquero desteñido y un jersey de color rojo holgado. Se nota que va de andar por casa y no se ha arreglado y, aun así, está

guapa. Por mucho que me joda admitirlo siempre lo está, aunque esa sea una información que ni bajo pena de muerte admitiría en voz alta.

Su belleza es natural, rebelde, exótica y peligrosa a la vez. Sus ojos verdes me recuerdan a los de un felino, son como los de una pantera: impredecible e imposible de contener.

—¿Qué tal en casa de la abuela María? —pregunta Brad con naturalidad.

—Bien, pero tuve que aguantar una bronca por no obligaros a acompañarme, será mejor que la próxima vez aparezcáis o es capaz de venir ella misma a buscaros para arrastraros hasta allí.

—La abuela María es genial —afirma Ryan.

Me revuelvo incómodo en mi asiento; sé que ninguno de ellos lo hace por fastidiarme, pero de todo el grupo soy el único que nunca ha sido invitado a la casa de sus abuelos y, aunque no lo reconocería ni muerto, en parte, aunque sea en una parte muy pequeña, escucharlos hablar de ese tema con tanta naturalidad cuando yo siempre me quedo al margen me molesta.

—Lo es —admite ella sonriendo con cariño—. Aunque hoy me he llevado una colleja.

—¿Una colleja? ¿En serio? —Brad se echa a reír.

—Las reparte con alegría, como quien ofrece caramelos —le explica Maddy.

—Algo harías para merecerla —la acusa Savannah.

Ella se encoge de hombros, dando a entender que no va a entrar en detalles, pero un brillo divertido ilumina su mirada y no me pasa desapercibida la forma en la que sus facciones se han relajado desde que empezó a hablar de su abuela.

La miro con cierta envidia. Yo no conocí a mis abuelos, ni a los maternos ni a los paternos, y es una figura que siempre he echado de menos en mi vida.

Mi madre me tuvo pasados los cuarenta y sus padres ya eran mayores cuando la tuvieron a ella, por lo que, cuando yo nací, mis abuelos ya pasaban de los ochenta, y ambos murieron antes de que cumpliese los tres años, así que no tengo recuerdos de ellos.

Por otro lado, mi padre rompió cualquier tipo de relación con sus progenitores en cuanto entró en la universidad, y ni los unos ni el otro pusieron nunca nada de su parte ni demostraron ningún interés en retomar la relación, con lo cual, por ese lado tampoco pude disfrutarlos.

—Bueno, entremos en materia. —La voz de Maddy me trae de vuelta a la realidad—. Estoy deseando que nos contéis algo sobre la boda. ¿Habéis pensado ya cuándo y dónde será?

Savannah y Brad intercambian una mirada llena de complicidad. Se comprometieron hace unos días y todavía no nos han desvelado ningún detalle de qué tipo de boda quieren celebrar, aunque, conociéndolos a ambos, a pesar de que mi amigo es uno de los mejores jugadores de la NFL y podría permitirse una fiesta a bombo y platillo, estoy bastante seguro de que será una ceremonia íntima y bastante familiar.

—Estamos esperando a alguien más —nos informa Savannah.

—Ah, ¿sí? —pregunta Ryan sorprendido.

—Sí —responde Brad en el momento en que el timbre vuelve a sonar—. Y creo que acaba de llegar.

Ryan saca su móvil del bolsillo y, después de ver de quién se trata, sonríe y, dándole a un botón, abre la puerta que da al jardín y a la entrada.

—Buenas noches a todos —nos saluda Kevin Ward, el hermano de Maddy, entrando en el salón.

—¡Kev! —La entrenadora se apresura a levantarse para abrazarlo y él besa su pelo con cariño.

Al igual que todos nosotros, Kevin también se mueve en el mundo del fútbol americano, él es ni más ni menos que el *quarterback* titular del otro equipo de la NFL de Nueva York, pero, a pesar de no jugar con nosotros desde que se mudó a la Gran Manzana, se ha convertido casi en uno más del grupo y todos le tenemos un gran cariño, eso por no hablar de que cuando amenazaron y secuestraron a Savannah, sin su ayuda es probable que el final de la historia hubiese sido muy distinto.

—Lo siento por retrasarme. He tenido que llevar a Molly a la casa de su madre, le toca quedarse con ella —se disculpa.

Molly es su hija, una niña adorable que tuvo cuando empezaba a despuntar su carrera y que hace las delicias de todos lo que la rodean.

Kevin y la madre de la pequeña nunca llegaron a estar juntos a nivel sentimental, no obstante, a pesar de que lo suyo fue cosa de una noche de locura, desde que ambos se enteraron de que ella estaba embarazada se esforzaron y pusieron todo de su parte para que su relación fuese sana y cordial. La pequeña es lo más importante para los dos y eso se nota y es digno de alabar.

—No te preocupes, no íbamos a contar nada sin ti —le asegura Savannah.

—Y por eso eres mi rubia preferida —responde él guiñándole un ojo.

—Eeehhh —protesta en broma Aria, dándole un pequeño codazo cuando él se deja caer a su lado en el sofá—. Pensé que yo era tu chica preferida.

Él se echa a reír.

—Tú eres mi morena preferida —le sigue la broma, pasando un brazo sobre sus hombros. Y los dos comparten una mirada cargada de complicidad que me provoca cierta envidia.

—Bueno, pues ahora que estamos todos y que mi hermano tiene un amplio abanico de preferidas… ¿Podéis contarnos algo? —pide Maddy impaciente.

Savannah y Brad entrelazan los dedos y él comienza a hablar.

—Hemos decidido que la boda será en primavera, durante las próximas vacaciones, cuando acabe la temporada que vamos a empezar.

—Primavera… Me gusta, es una época bonita para casarse —afirma Aria sonriendo complacida.

—Necesitamos que todos estemos de vacaciones porque hemos decidido celebrarla en el rancho de mi familia —añade Brad sin contener la emoción.

—¿En Nebraska? —Ryan parece sorprendido.

Él asiente.

—Sé que es un viaje largo, pero ya que yo no tengo familia más allá de vosotros, nos ha parecido que sería bonito celebrarlo allí,

en la casa familiar de Brad —añade Savannah compartiendo su entusiasmo.

—¿Nos vamos de boda a Nebraska? —pregunta Maddy.

—Eso parece —contesta su hermano guiñándole un ojo.

—¡Nos vamos a Nebraska! —exclama Aria aplaudiendo.

—Tenemos que montar a caballo, echar de comer al ganado, ir a pescar al río… —comienza a enumerar Maddy.

—¡Comprarnos unas botas y un sombrero! —la interrumpe Aria compartiendo su estado de excitación.

—¿Crees que podremos aprender a echar el lazo? —pregunta la entrenadora.

—Seguro que encontramos algún *cowboy* guapo que se ofrezca a enseñarnos —le responde la Rizos desplegando una espléndida sonrisa—. ¡Y no te olvides del baile en línea! ¡Indispensable que nos aprendamos algún baile en línea!

—¡Por supuesto, no podemos ir a Nebraska y no aprender a bailar en línea! —replica Maddy.

Brad suelta una sonora carcajada.

—Con ese listado de actividades, ¿creéis que os dará tiempo de asistir a la boda? —se cachondea.

—Tranquilo, dejaremos reservado un huequito para vosotros —replica ella siguiendo la broma.

—Me hace feliz ver que os ha gustado la idea, me daba un poco de miedo que os diese pereza hacer un viaje tan largo —comenta Savannah.

—Estás de coña, ¿no? —cuestiona Aria—. Sav, es tu boda, iríamos al fin del mundo con tal de verte vestida de blanco. Te prometo que va a ser una boda espectacular, la mejor de la historia de Nebraska.

—No es necesario, queremos algo íntimo y sencillo —anuncia ella sin perder la sonrisa.

—Que sea un ceremonia íntima y sencilla no quita que también pueda ser memorable y especial —la corrige Maddy.

—Estoy de acuerdo —interviene Ryan—. Sois geniales, chicos, os merecéis tener la boda de vuestros sueños, y de paso también la de los nuestros —añade bromeando.

—Estoy de acuerdo con todo lo que han dicho ellos —anuncio —. Aunque te hayas vuelto bastante moñas —acuso a Ryan quien me propina un ligero puñetazo en el hombro.

—Ya tardaba, aunque no me sorprende nada —murmura Aria negando con la cabeza.

—¿Se puede saber qué es eso que no te sorprende? —salto al instante buscando su mirada.

Sus ojos colisionan con los míos en actitud retadora.

—Que ese comentario tan desafortunado haya salido de tu boca.

—Solo era una broma —sentencio en tono contenido.

—Una broma que denota una importante falta de seguridad.

—¿Estás insinuando que soy inseguro?

Ella se encoge de hombros como si fuese lo más evidente del mundo.

—Acabas de acusar a Ryan de moñas solo por mostrar sensibilidad. Eso solo demuestra que te sientes inseguro en lo que respecta a tu masculinidad.

—No tengo ningún problema con mi masculinidad; soy muy, pero que muy masculino —rebato, empezando a ofenderme por el rumbo que está tomando esta conversación.

Los demás permanecen en silencio, mirándonos a los dos con atención.

—Si te hace feliz pensarlo…

—El comentario era una broma —repito— y, dado que todos los presentes a excepción de ti se lo han tomado como tal, quizás el problema lo tienes tú y no yo.

—Muy típico de ti… —murmura ella meneando la cabeza en señal de negación.

—¿El qué? ¿Qué se supone que es muy típico de mí? —exijo saber cada vez más alterado.

—Intentar librarte de tu mierda escupiéndola sobre los demás.

Aprieto los labios en una línea fina y cierro las manos en un puño.

¿Esta tía de qué cojones va? ¿Cómo se atreve a decir eso si me ha juzgado desde el primer día en que coincidió conmigo sin

molestarse siquiera en conocerme? Yo haría cualquier cosa por los que considero más hermanos que amigos, y que lo dude me ofende y me cabrea a partes iguales. Que me acuse de algo así me parece mezquino.

—Puedo tener muchos defectos…

—Decir muchos es quedarse corto —me interrumpe.

—Pero te aseguro que ninguno de ellos es intentar descargar «mis mierdas», como tú las llamas, sobre los demás, y mucho menos sobre mis amigos.

Es evidente que estoy enfadado de verdad, se nota por mi tono y por mi expresión.

Por primera vez desde que la conozco, Aria se queda en silencio, estudiando mi reacción y, como no tengo ganas de que la cosa vaya a más, me levanto y, sin darle opción de réplica, hago un gesto con la mano para despedirme del resto y me dirijo fuera, dispuesto a irme a casa dando por finalizada la conversación.

Capítulo 5
Ofrenda de paz

Aria

—¿Se habrá cabreado mucho? —le pregunto a Savannah cuando nos paramos delante del portalón de mi casa.

Mi amiga ha insistido en acompañarme antes de volver a casa con Brad, pero, desde que nos despedimos de los demás, las dos hemos caminado en silencio sin que ninguna pronuncie ni una sola palabra.

Lo cierto es que desde que Liam se fue de esa forma me siento algo rara y quizás un poco culpable.

Estoy acostumbrada a nuestros piques y discusiones, y la sangre no suele llegar al río; no obstante, algo me dice que hoy se ha mosqueado de verdad, y no sé muy bien qué pensar o cómo reaccionar.

—¿Tú qué crees? —me responde ella en un tono cargado de sarcasmo.

Me encojo de hombros.

—Pienso que es una posibilidad, aunque no entiendo el motivo de su enfado —asevero—. Es solo una pequeña *peleíta* más.

Mi amiga se gira para enfrentarme.

—¿Qué esperas que te diga? —Su tono, entre el cansancio y la ironía, no me gusta nada.

—Lo que piensas.

—Dudo que quieras escucharlo —murmura entre dientes.

—Si no quisiese saberlo, no te lo estaría preguntando —declaro.

Ella cuadra los hombros y fija su mirada azulada y serena en la mía.

—Es evidente que chocáis, y admito que al principio vuestras pullas tenían cierta gracia, pero creo que poco a poco habéis ido convirtiendo las discusiones en vuestra única forma de interaccionar y la situación ha llegado a tal punto que no sabéis comunicaros si no es a través de ellas.

No estoy de acuerdo con lo que dice y estoy dispuesta a hacérselo saber, no obstante, en cuanto hago el ademán de abrir la boca, ella levanta un dedo para exigirme que no diga nada y la deje continuar.

—Los dos sois de mecha corta, habláis sin pensar, os cuesta frenar. Sobre todo, a ti —me acusa—. Y, por todo eso, cualquier día de estos una de esas *peleítas* de las que hablas se os va a ir de las manos y la cosa va a terminar mal, no solo para vosotros, también para los demás.

La preocupación que revela su mirada me golpea con fuerza.

—Deberías darle una vuelta —añade—. Piénsalo, creo que es el momento de parar… Igual si los dos os molestaseis en mirar más allá de vuestras rencillas, os daríais cuenta de que ambos tenéis mucho más que ofrecer y mostrar de lo que imagináis.

Su teléfono suena y, por cómo se ilumina su rostro al ver el nombre que se refleja en la pantalla, deduzco que es Brad.

—Toca noche de peli —me explica mientras teclea con rapidez sin desviar la mirada del teléfono.

—Pues vete, no lo hagas esperar —la animo, contenta de verla tan ilusionada.

Si hay alguien en el mundo que se merezca ser feliz, es Savannah, y más después de todo lo que sufrió por culpa de Harry durante la última temporada.

—Está bien —accede dándome un cariñoso abrazo—. Pero dale una vuelta a lo que hemos hablado.

Asiento y la veo alejarse con sus palabras todavía resonando con fuerza en mi cabeza.

Savannah no es una de esas personas que hablan por hablar, y tampoco le gusta dar consejos así como así, ni meterse en la vida de

los demás.

Es de naturaleza reservada, algo tímida incluso, discreta y observadora y, precisamente por eso, es tan complicado ignorar lo que dice, porque sé que suele estar en lo cierto y hablar con conocimiento de causa.



Estoy tumbada en el sofá del salón, el cual permanece iluminado solo por la luz tenue de una pequeña lámpara de pie, mientras de fondo escucho el sonido de la televisión, aunque, a decir verdad, llevo un buen rato sin prestarle atención, y eso que la serie que tengo puesta me gusta un montón.

Las palabras de Savannah continúan retumbando en mi cabeza, haciéndome sentir un poquito culpable y dudar de cómo de fina he estado durante nuestra última discusión.

Puede que tenga algo de razón… Por el bien del grupo, igual es el momento de tender un puente, fumar la pipa de la paz o qué sé yo.

Dejo escapar un suspiro resignado y cojo el teléfono, que tengo apoyado a mi lado, dispuesta a terminar con esta situación que está ocupando demasiado espacio en mis pensamientos.

Echo un vistazo a la hora y comienzo a teclear.

Yo: ¿Estás durmiendo?

La respuesta no se hace esperar.

Liam: ¿Por qué? ¿Pretendes asesinarme mientras lo hago?

Vale, es evidente que sigue enfadado, de lo contrario no sería tan cortante a la primera de cambio.

Pongo una mueca de fastidio y cuento hasta diez para evitar contestarle como se merece…

Yo: Mejor te escribo mañana.

Voy a dejar el móvil cuando veo que continúa escribiendo.

Liam: ¿Qué querías?

Yo: Avisarte de que mañana por la tarde haremos la segunda actividad de la yincana.

Liam: Deberías preguntarme si tengo planes antes de dar por hecho que estoy libre.

Yo: ¿Los tienes?

Liam: Esa no es la cuestión.

Yo: ¿Y cuál es?

De verdad que estoy haciendo un ejercicio de autocontención digno de admiración para no mandarlo directito a la mierda.

Liam: Que no deberías concretar día y hora sin consultarme primero. Los demás también tenemos vida.

Yo: Es una cuestión de trabajo.

Le recuerdo.

Liam: Trabajo que no puedes organizar como te dé la gana, porque no depende solo de ti, depende de los dos.

La lengua está a punto de sangrarme de tanto mordérmela, lo juro, y mis dedos, a punto de cobrar vida propia mandando a paseo mi ya de por sí escaso autocontrol.

Yo: Tienes razón: si te va mal, lo dejamos para otro momento.

Liam: ¿Acabas de darme la razón? 😳

Yo: Ya ves, eso parece.

Liam: ¿Te encuentras bien? ¿No te habrán hecho una lobotomía o algo así? ¿Tengo que llamar a alguien? ¿Policía, bomberos, emergencias?

Yo: Buenas noches, Liam.

Respondo de forma seca, porque no me hace ni puñetera gracia que, encima del trabajo que me está costando contenerme, se cachondee de mí.

Liam: Espera.

Yo: ¿Qué?

Liam: No hace falta dejarlo para otro día, mañana me va bien.

Yo: Recógeme a las seis y media, esta vez conduces tú. No pienso permitirte subir en mi coche otra vez.

Liam: Así me gusta, que te preocupes por mi integridad física.

No sé si está bromeando o habla en serio, y la verdad es que tampoco me interesa saberlo.

Yo: Seis y media en punto.

Le recuerdo.

Liam: ¿A dónde vamos a ir?

Yo: Mañana lo verás.

Liam: Buenas noches, Rizos.

Por el apelativo deduzco que está menos cabreado que cuando empezamos la conversación. Aun así, no me gusta y lo sabe.

Yo: No me llames así.

Liam: 🧑

Yo: Buenas noches, Liam.

Liam: Buenas noches, Rizos.

Repite.

No contesto, me limito a poner los ojos en blanco y dejarlo por imposible. ¡Manda narices lo que tengo que aguantar! ¡Para que

luego las chicas digan que debería poner más de mi parte y todas esas cosas!

Capítulo 6
A veces te escucho cuando hablas

Liam

Espero delante del portalón de su casa. Mucho exigirme a mí puntualidad, pero ella ya llega cinco minutos tarde… Espero que se dé prisa, todavía estoy molesto por lo que pasó en la casa de Ryan y Maddy y no tengo ganas de aguantar tonterías, por lo que espero que lo que sea que tiene planeado sea rápido para poder terminar con esto temprano.

Como la temperatura es agradable, bajo la ventanilla y un ligero olor a jazmín se cuela en el coche.

Me entretengo buscando una canción en mi lista de Spotify y, cuando vuelvo a alzar la mirada de la pantalla del móvil, la veo saliendo del jardín.

Viste de manera informal, con unos vaqueros anchos, un jersey de lana y unas botas planas. Lleva el pelo rizado recogido en una coleta alta que deja a la vista la delicada piel de su cuello, y en las orejas luce unos aros de plata. Y lleva una bolsa en la mano.

Me saluda con un movimiento ligero de cabeza y, en lugar de abrir la puerta del copiloto, se dirige directa al maletero.

—¿Cómo se abre esta cosa? —me pregunta buscando por dónde levantarlo.

—¿Estás llamando cosa a mi Porsche? —cuestiono, haciéndome el ofendido a la vez que la miro a través del espejo retrovisor—. ¿A mi precioso Porsche? —repito con énfasis mientras acaricio con cariño la tapicería de piel.

—Sigue teniendo motor y cuatro ruedas, ¿no? —pregunta, encogiéndose de hombros como si tal cosa.

—Evidentemente —respondo resoplando.

—Pues entonces es una cosa —corrobora cerrando el maletero con un golpe que me hace encogerme en mi sitio y poner una mueca.

—¡Hala! ¡Ya podemos irnos! —anuncia en tono desenfadado al tomar asiento a mi lado.

—Va a ser difícil si no me dices a dónde.

—Tranquilo, te iré dando indicaciones —dice ajustándose el cinturón de seguridad—. Lo primero que tienes que hacer es salir de la urbanización y girar hacia la derecha.

—¿No sería más fácil que me dijeras la localización exacta a la que tengo que dirigirme y ya está?

—No, eso le quitaría toda la gracia, y ya te expliqué el otro día que me interesa ver tu reacción al llegar a los sitios para comprobar si mis elecciones pueden sorprender a las personas que participen en la yincana o no.

—Está bien —accedo de mala gana.

—Por cierto, ¿tienes algo de música decente que podamos escuchar?

—¿Necesitas una limpieza de oídos? —le digo señalando la pantalla donde se lee el nombre de la canción que suena en este momento por el altavoz.

—He dicho música, no ruido.

—Que primero te metas con mi coche y ahora con Nas solo confirma lo que ya sabía.

—¿Y qué es lo que ya sabías?

—Que tienes un gusto de mierda.

—Mi gusto está muy por encima del de la media.

—Seguro que sí —murmuro.

Aria sonríe mirando hacia la ventanilla; no entiendo por qué, pero parece estar de buen humor… A ver cuánto nos dura la racha.

—Gira a la izquierda y coge el ramal I-687 N hasta tomar la salida en dirección a Bruckner Boulevard.

Me guardo la indicación en la cabeza y vuelvo la mirada hacia ella un par de segundos.

—A ver, sorpréndeme. ¿Quién está en tu lista? —pregunto, porque de verdad tengo curiosidad. A pesar de todo el tiempo que compartimos por culpa de nuestros amigos, hay un montón de cosas que no sabemos el uno del otro, y sus gustos musicales son una de ellas.

—¿En mi lista? —parece confusa.

—De Spotify —le aclaro.

Una sutil sonrisa que se apresura a esconder asoma a la comisura de sus labios.

—Ah, tengo una gran variedad, pero todos tienen una cualidad en común: saben cantar.

—Los raperos también cantan.

—Si tú lo dices…

—¿De verdad piensas eso o solo quieres fastidiar?

—La mayoría de los raperos no cantan, hablan —afirma, dispuesta a defender su teoría con argumentos.

—¿Has escuchado sus canciones? Sus letras son arte.

Siento su mirada recorrerme de arriba abajo.

—No te pega nada —comenta después del escrutinio.

—Pues tuve una época en la que rapeaba —confieso, y yo mismo me sorprendo de haberlo dicho en voz alta.

—¿En serio?

Por la forma en que me observa deduzco que he conseguido sorprenderla.

Asiento.

—Fue en el instituto y enseguida comprendí que no era lo mío, pero sí, hubo una época en la que lo hice, y la verdad es que me encantaba.

—En esa desviación mantente a la izquierda —me ordena señalando el punto al que se refiere sin apartar sus ojos de mí.

Me estudia como si fuese un rompecabezas que no tiene solución.

—¿Estamos de camino al puente George Washington? —pregunto alzando las cejas al darme cuenta de la dirección que estamos tomando.

Ella se limita a encogerse de hombros y no dice nada, pero, por segunda vez desde que subió al coche, veo una sonrisa luchando por dibujarse en su cara.

Tomo el camino indicado y, poco después, cuando me doy cuenta de cuál es nuestro destino, soy yo el asombrado.

—El faro rojo que se esconde debajo del puente George Washington —murmuro.

Desde que lo descubrí, poco después de llegar a la ciudad, este lugar se convirtió en uno de mis lugares favoritos, y me encanta venir aquí a pasar el rato, observar las vistas del río o simplemente pensar y desconectar.

—Me encanta este sitio —reconozco bajándome del coche para avanzar hasta la misma barandilla sobre la que tantas y tantas veces me he apoyado.

—Lo sé —reconoce ella, que se acerca después de sacar la bolsa que antes metió en el maletero.

Me giro en su dirección alzando las cejas.

¿Cómo es posible que lo sepa? Tal y como he dicho antes, apenas sabemos nada sobre los gustos o intereses del otro, y siempre que he venido aquí lo he hecho solo.

Mi desconcierto aumenta cuando de la bolsa saca dos envases con porciones de mi plato preferido en el mundo: la tarta de manzana de la pastelería Cassi's.

Estoy confuso, no entiendo nada… El faro, la tarta. No comprendo a qué viene todo esto y la miro con fijeza tratando de encontrar las respuestas a todas mis preguntas en las aguas de esos ojos verdes e innavegables que casi siempre me contemplan fríos e inalcanzables.

—¿Por qué? —pregunto al fin.

Su mirada se pierde en el vasto río que fluye ante nosotros.

—Sé que te encanta este sitio y que la tarta de manzana de Cassi's es tu preferida —confiesa.

—¿Desde cuándo tienes toda esa información?

—Savannah me chivó lo del faro —admite—. Al parecer, cuando empezó a trabajar en Los Lobos le dijiste que este era uno de tus sitios favoritos y que solías venir aquí a relajarte.

—Es cierto. —Mi mente vuela hasta ese momento. Nuestra amiga acababa de empezar a trabajar con el equipo y las cosas no estaban siendo del todo fáciles para ella. Así que un día que la vi agobiada le recomendé buscar un lugar en el que poder desconectar y relajarse, uno que fuese solo para ella. Cuando me preguntó cuál era el mío, le hablé del faro y de lo mucho que me gustaba venir aquí.

—En cuanto a lo de la tarta, tú mismo lo has dicho en más de una ocasión —anuncia, trasladándome de nuevo al presente.

—Ah, ¿sí? —cuestiono.

—Sí, la semana pasada sin ir más lejos estabas comentándole a Ryan el tiempo que llevabas sin comerla y las ganas que tenías de tomarte un buen trozo. Así que, *voilà*. Aquí la tienes —afirma abriendo uno de los envases de cartón dentro del que se encuentra la suculenta tarta, y ofreciéndomelo a continuación.

Es verla y empezar a salivar; como siempre, tiene una pinta espectacular, sin embargo, en lugar de cogerla e hincarle el diente tal y como estoy deseando hacer, me quedo mirando a Aria con cara de tonto y descolocado a más no poder.

No es por ser desagradable ni desagradecido, es solo que nuestra relación nunca ha sido amistosa y no comprendo a qué viene este cambio ahora.

—No sé por qué tienes esa cara de susto.

—No es susto, es que todo esto me resulta un tanto extraño… —murmuro.

Por su gesto, tengo la sensación de que está comenzando a perder la paciencia.

—No me malinterpretes, lo que ocurre es que el simple hecho de descubrir que me escuchas cuando hablo ya es una sorpresa, estaba bastante convencido de que cada vez que abría la boca te las arreglabas para ponerte unos tapones imaginarios y desconectar.

—Como idea no está mal. —Su tono es serio, pero en sus ojos brilla una chispa de diversión.

Continúo observándola con curiosidad.

—¿Cuál es tu película Disney favorita? —pregunto sin venir a cuento.

Ella me contempla unos segundos como si acabasen de salirme antenas y mi cerebro estuviese empezando a cortocircuitar, hasta que de repente sus ojos se iluminan divertidos. Esa es una de las cosas por las que discutir con ella me resulta tan adictivo: su mente es rápida, el problema es que su lengua lo es todavía más.

—Puedes estar tranquilo, aunque la tarta sea de manzana no estoy planeando envenenarte —comenta esbozando una ligera sonrisa.

—Es un alivio —concedo echando un nuevo vistazo al pastel.

—Además, no tienes pinta de Blancanieves, más bien te pareces al enanito gruñón —indica.

—Los dos sabemos que ni soy un enanito ni soy un gruñón.

—Difiero en lo segundo —anuncia—, porque teniendo en cuenta que mides uno ochenta y cuatro, reconozco que lo primero no admite discusión.

—Los dos nos observamos con atención, como si fuésemos los dos oponentes de un duelo a muerte a punto de entrar en acción.

—Ahora en serio, ¿vas a explicarme a qué viene todo esto? —pregunto al fin.

Ella suspira con resignación.

—Después de nuestra pequeña discusión en la casa de Ryan, estuve hablando con Savannah y ella cree que por el bien del grupo deberíamos plantearnos una pequeña tregua —lo suelta de carrerilla, como si pronunciar cada palabra le costase un montón—. Dice que nuestras continuas discusiones pueden acabar afectándolos a todos. Por lo que supongo que esta tarta podría ser algo así como mi versión de la pipa de la paz.

Medito sus palabras durante unos momentos y me siento un poco ofendido y un tanto incomprendido por parte de nuestros amigos. Sé que los chicos solo se preocupan por nosotros y que lo hacen con buena intención, pero ni que fuese para tanto. Solo son unos pequeños piques, no es que vayamos a matarnos.

—Qué exageración —protesto negando con la cabeza.

—¿Verdad que sí? ¡Ni que fuésemos a arrancarnos la cabeza de un momento a otro! —exclama.

—Sabemos controlarnos —insisto.

—Por supuesto que sabemos, no somos un par de irracionales.

—Podemos estar sin discutir si nos lo proponemos —añado.

—Eso mismo es lo que siempre les digo yo.

Ambos nos quedamos en silencio, con la mirada clavada en el otro.

—Pero… supongo que, si se quedan más tranquilos y eso los hace felices, podríamos intentar discutir un poco menos —propongo.

—¿Firmar la tregua? —pregunta.

—Sería una pena desperdiciar esta tarta que te has molestado en comprar.

Ella me ofrece otra vez el envase y, en cuanto lo cojo y le doy un bocado al pastel, poco me falta para ponerme a ronronear de puro placer.

—Madre mía, pues sí que te gusta esta tarta —comenta ella conteniendo la risa.

—¿La has probado? —pregunto con la boca llena y sin dejar de masticar.

Aria niega con la cabeza.

—Pues deberías hacerlo, no sabes lo que te estás perdiendo —le aconsejo.

Lo hace y una sonrisa asoma a mi rostro al ver como sus ojos se abren de forma desmesurada.

—¡Oh, madre mía! ¡Esto es mejor que un orgasmo! —exclama soltando un gemido por el que por poco me atraganto.

—No sé si yo diría tanto —replico tosiendo.

—Y uno de los grandes —se reafirma, asintiendo muy seria mientras cierra los ojos.

En mi pecho nace una sonora carcajada, y sus ojos se abren de repente y vuelan hasta mí para observarme con una expresión extraña.

—¿Qué? —pregunto tratando de contener la risa.

—Nada —responde arrugando la nariz de una forma bastante graciosa.

—¿Cómo que nada?

—Pues eso: nada.

—Está bien, como quieras —acepto volviéndome de nuevo hacia el río a la vez que le doy otro bocado a mi porción de tarta.

—Así me gusta, buen chico.

—Siempre soy un buen chico, aunque tú te empeñes en pensar lo contrario —lo digo sin dobles intenciones, pero también sin pensarlo.

—¿De verdad quieres tomar ese camino? —cuestiona mirándome de reojo.

—No, tienes razón, mejor no, con lo bien que íbamos —rectifico.

—Eso pensaba yo.

Sonrío de nuevo.

—Ahora en serio. —Se vuelve hacia mí—. No conocía este lugar, pero ahora que estoy aquí entiendo por qué te gusta tanto.

Su mirada se pierde en la superficie del río antes de concluir:

—Entendería que no quisieses incluirlo en la yincana para mantenerlo como hasta ahora.

—¿Como hasta ahora? —repito.

—Alejado de las masas —me explica.

Lo medito durante unos segundos.

—Este sitio es especial, merece ser visto, la gente debería poder disfrutarlo —digo al fin.

Una sonrisa genuina se desliza por sus labios.

—Genial, entonces deberíamos sacarnos una foto —comenta sacando su teléfono del bolsillo para ponerlo en modo selfi y enfocarnos a ambos mientras le damos un bocado a la tarta de manzana con el río Hudson como telón de fondo.

—Hemos quedado bastante bien —reconoce mirando la imagen.

—¿Bastante bien? Hemos quedado genial —la corrijo quitándole el teléfono para contemplar la foto con detenimiento e interés.

Es la segunda foto que tenemos juntos y solos; la primera fue en el jardín de la amistad, pero esta es especial porque es la primera desde que hemos firmado la paz.

—Al menos yo —añado solo por picarla un poquito de nada.

—Menudo flipado, ¿nunca te han dicho que estás más guapo callado?

—Yo estoy guapo de todas formas.

—No, si encima el niño es modesto… —farfulla negando con la cabeza.

—Es cierto. ¿Has visto esta carita? —bromeo ladeando un poco el rostro y acariciándome la mejilla en una pose de lo más forzada y teatral.

—Yo no me lo creería tanto, chaval… —comenta con guasa.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces por qué crees que me han elegido imagen de la campaña? —me regodeo.

—No te confundas, eso no fue por tu «supuesta» belleza —responde—, sino por ser el MVP de la pasada temporada.

—Es que, además de guapo, soy un jugador cojonudo. Vamos, que estoy hecho un partidazo —me cachondeo señalándome de arriba abajo al mismo tiempo que elevo las cejas repetidas veces.

—Lo que hay que aguantar —murmura y, aunque intenta mantenerse seria, a sus labios asoma una pequeña sonrisilla que es incapaz de disimular.

Su mirada se entrelaza con la mía, regalándome una descarga de energía y, a pesar de que siempre he pensado que este lugar estaba destinado a ser mi pequeña parcela de soledad, me sorprendo al darme cuenta de que estoy disfrutando de compartirlo con Aria.

Discutir con ella es divertido, pero quién sabe, igual esa tregua que acabamos de firmar no está tan mal, quizás me depara alguna que otra sorpresa inesperada.

Capítulo 7
El chocolate del delito

Aria

—Hola, holaaa... ¡Ya estoy aquí! —anuncio cerrando la puerta con la punta del pie para no tener que dejar en el suelo ninguna de las bolsas que llevo en las manos—. ¿Abuela? —la llamo en voz alta al no recibir respuesta—. ¿Abu? —repito mientras me encamino hacia la cocina y coloco las bolsas sobre la encimera.

—No está, ha salido a dar un paseo con tu madre y tus tías. —La voz de mi abuelo me llega desde la despensa.

Me dirijo hacia allí y, al asomarme a la puerta, lo veo rebuscando en la parte trasera de los estantes.

—¿Qué haces desordenándole los tarros a la abuela?

—No estoy desordenando nada, solo intento encontrar el chocolate, cada vez que lo compra lo cambia de sitio para que yo no lo encuentre, y quiero prepararme una taza —confiesa volviéndose hacia mí.

Lo contemplo con cariño.

Es un hombre entrado en años, de abundante cabellera blanca, no demasiado alto y cuya complexión delgada podría hacerle parecer poca cosa; sin embargo, nada más lejos de la realidad: su cuerpo es pura fibra y tiene una sorprendente agilidad para su edad.

Mi abuelo Carlos derrocha inteligencia, sus ojos de color verde agua, muy parecidos a los míos, brillan de curiosidad y avidez, su sonrisa continúa siendo traviesa a pesar del paso de los años y las arrugas que surcan su piel son el testimonio de todos los baches y caminos que a lo largo de su vida ha tenido que sortear y recorrer.

Es un hombre hecho a sí mismo que no dudó en abandonar su tierra natal con una maleta, su mujer y sus hijos pequeños renunciando a un país al que todavía lleva en el corazón y del que siempre habla con cariño y orgullo con el único objetivo de darle a su familia un futuro mejor.

Trabajador, divertido, orgulloso, cabezota y observador… Así es mi abuelo, un hombre que no se rinde, que piensa que hay que exprimir al máximo cada segundo del día y, sin ninguna duda, una de mis personas favoritas.

—El chocolate no te va bien —le recuerdo.

—¿Y eso quién lo dice?

—Tus últimos análisis. Tienes el azúcar alto.

—Por un día no pasa nada…

—La abuela solo te deja tomarlo en ocasiones especiales.

—Que tú hayas venido a verme me parece un momento digno de celebración —afirma de lo más zalamero.

—Podría haber colado si no fuese porque ya tenías intención de tomarlo antes de que yo pusiese un pie en la cocina.

—Porque mi sexto sentido me decía que andabas cerca… —murmura volviendo a rebuscar entre las botellas y las conservas.

—Como vuelva la abuela y te pille, se va a liar una buena.

—Tengo tiempo, acaban de salir hace nada; si te apuras, igual las alcanzas —sugiere señalando la puerta que da al jardín trasero con un movimiento de cabeza—. Eso sí, como se te ocurra chivarte, voy a encargarme personalmente de echarle pepinillos durante todo lo que queda de año a cada bandeja de comida que llegue a la mesa.

Pongo una mueca de asco; odio los pepinillos, no los soporto, su simple olor me provoca arcadas y soy incapaz de comer nada que haya estado en contacto con ellos.

—Deja, prefiero quedarme contigo, creo que necesitas mi ayuda si quieres encontrar ese chocolate.

—¿Vas a ayudarme? —pregunta con los ojos chispeantes.

—Ya que voy a ser cómplice quiera o no, mejor disfrutarlo contigo.

—Esa es la actitud. —Me guiña un ojo—. ¿Dónde lo habrá metido esta mujer? —murmura rascándose la cabeza a la vez que devuelve la mirada a la estantería que tiene delante.

—Permíteme… —le digo colocándome a su lado para ponerme de puntillas y coger uno de los botes en los que supuestamente se guardan los garbanzos.

Lo abro y una sonrisa de satisfacción asoma a mi rostro al enseñarle el contenido.

—*Voilá* —le digo.

—Tu abuela es tremenda —sisea negando con la cabeza—. ¿Cómo sabías que lo tenía ahí escondido? Yo llevo un rato buscando y no se me había ocurrido.

—¿Te olvidas de que Logan y yo nos pasábamos horas intentando descubrir todos sus escondites para las golosinas y las galletas? Este siempre fue uno de los preferidos.

—Dame eso, vamos a aprovechar antes de que vuelvan.

Sin perder un segundo, se acerca a la enorme cocina y pone a calentar leche en la que enseguida comienza a fundir el chocolate.

Después, cuando la mezcla espesa lo suficiente y el aroma inunda toda la habitación, sirve dos tacitas y las coloca ante nosotros.

—Esto es vida —asegura tras dar el primer sorbo.

—Te encanta el chocolate —afirmo soplando mi taza antes de imitarlo para evitar quemarme la lengua o los labios.

—¡Me chifla el chocolate! —reconoce con una sonrisa divertida, guiñándome un ojo—. Es uno de esos pequeños placeres que le dan sentido a la vida, no obstante, no lo decía por eso, sino por tener la oportunidad de estar disfrutándolo acompañado de mi nieta preferida.

—Eso nos lo dices a todos —protesto en broma, a pesar de que soy consciente de que es verdad; yo soy su preferida, igual que Logan es el favorito de mi abuela, esa es una realidad que no se puede negar.

Él se ríe con fuerza y me observa con cariño.

—Quiero muchísimo a todos tus primos, daría mi vida por cualquiera de ellos, pero por ti siento debilidad.

Sus palabras me calientan el corazón.

Nunca he conocido a mi padre, pero tampoco lo he extrañado y sé que en parte ha sido porque mi abuelo se encargó de ocupar ese hueco para que nunca lo echara en falta. Puede que ese sea el motivo de que siempre hayamos estado tan unidos.

—¿Qué tal en el trabajo? —se interesa.

Nos vemos mucho, pero, dado que cuando vengo a visitarlos la casa suele estar llena de gente y de niños corriendo de aquí para allá, hace tiempo que no disfrutamos de un momento a solas para poder hablar con tranquilidad.

—Va bien, pero estoy un poquito desbordada porque, además de ocuparme de los asuntos de Los Lobos, ahora también tengo que encargarme de la campaña que Logan me encasquetó a traición —lo digo con cierto tono de fastidio.

—Tu primo y tú formáis un buen equipo, siempre ha sido así.

—Ya, claro, qué vas a decir tú…

—Sabes que no pierdo el tiempo hablando por hablar. Logan se parece a mí: pausado, tranquilo, reflexivo… Tú, en cambio, me recuerdas mucho a tu abuela…: demasiado Impulsiva, siempre echada para adelante, una cabezota que no cambia de idea con facilidad ni se deja impresionar o influenciar por nadie.

—No sé si me estás halagando o criticando.

—Un poco de ambas supongo.

—Así da gusto, abuelo, ¡tú sí que sabes levantarme el ego! —comento con sarcasmo—. Por cómo lo dices, en comparación con Logan no me ha tocado ni un gen bueno.

Él se echa a reír.

—Tu primo es un mar en calma, en cambio, tú siempre has sido una tormenta en medio del océano. Sois la combinación perfecta.

—Qué metafórico te me has vuelto, abuelo —bromeo.

—Solo quiero que entiendas que esa fuerza y arrojo que tienes son dos de las cualidades que te hacen tan especial, pero al mismo tiempo no debes olvidar que incluso las aguas más embravecidas necesitan calmarse de vez en cuando para no desbordarse y provocar un desastre natural.

—¿Me están comparando con un tsunami o un huracán?

—Te he visto enfadada… —me recuerda como si eso lo explicase todo.

La puerta se abre y mi abuela entra, acompañada de mis tías y mi madre.

—¿Eso que huelo es chocolate? —pregunta la buena mujer atravesándonos a ambos con la mirada y poniendo los brazos en jarras en cuanto pone un pie en la cocina.

—Fue ella.

—Fue él.

Nos acusamos mutuamente y a la vez nos señalamos el uno al otro.

—Qué dos —comenta mi madre negando con la cabeza.

—No sé cuál es peor —ratifica mi abuela—. Desde luego, el día que repartieron el sentido común estos se olvidaron de hacer la cola.

Mi tía Guadalupe se echa a reír, sin embargo, a juzgar por la expresión de mi abuela, dudo que ella le encuentre la gracia.

Mi móvil suena y, al ver el nombre de Maddy en la pantalla, me apresuro a contestar.

—Hola, Maddy. ¿Qué pasa? —le pregunto sin apartar la mirada de mi abuela.

—Nada, solo quería saber cómo te fue con Liam.

—¿En serio? ¿Es tan urgente? —pregunto fingiendo estar contrariada.

—No, para nada… —responde mi amiga extrañada.

—No te preocupes, ahora mismo voy. Tú mantén la calma —añado mientras mi abuela cruza los brazos sobre su pecho con semblante de no creerse ni una palabra.

—¿Qué dices? ¿Que vas a dónde? —Maddy no sale de su asombro.

—No tardo nada, ya estoy saliendo —le digo—. Respira, sobre todo, tú respira.

—¿Has bebido? —me pregunta ella asombrada.

—Sobre todo, no pierdas los nervios —sigo.

—En serio, Aria, ¿estás borracha? —insiste.

—Salgo volando. Chao —me despido y, sin más, le cuelgo.

—Aria Mari, no pienses que te vas a librar… —me advierte mi abuela.

Me encojo de hombros.

—Yo solo venía a traer estas bolsas de verduras y a pasar el rato contigo, abu —le digo a mi abuela en tono de no haber roto jamás en mi vida un plato. Y anuncio, saltando de mi asiento—: Pero ha ocurrido algo superurgente y no me puedo quedar.

—Superurgente —repite mi abuela con ironía.

—Urgentísimo —exagero, porque, aunque sé que no cuela ni un poquito, mi único objetivo es escapar.

—Cobarde… —me acusa mi abuelo.

—Tú siempre me dices que de valientes está el cementerio lleno —le recuerdo entre dientes el dicho que tantas veces le he escuchado pronunciar.

—¿Podrías, por favor, contarnos qué es eso tan urgente que ha ocurrido? —cuestiona mi abuela achicando los ojos.

—Maddy me necesita. El gato de la vecina se ha colado en su casa. —Suelto lo primero que se me ocurre, sin pensar, a la vez que comienzo a caminar hacia atrás en dirección a la puerta principal, que es justo la contraria a la que ellas acaban de usar.

—¿Y? —pregunta mi madre, divertida al ver cómo me las ingenio para intentar colarle a la matriarca de la familia una trola descomunal.

—Tengo que ir a sacarlo de allí —aseguro con solemnidad.

—¿Y por qué se supone que no puede hacerlo ella? —protesta mi abuelo, molesto porque yo vaya a conseguir escaquearme de la bronca dejándolo vendido ante el enemigo, también conocido como mi abuela.

—No, por supuesto que no —respondo como si fuese obvio.

—¿Y eso por…? —murmura mi madre, conteniendo la risa a duras penas.

—¡Es alérgica! ¡Superalérgica! —exclamo—. Cuanto más tiempo pase ese animal en su cocina, más se arriesga la pobre Maddy a terminar en urgencias.

—Traidora —me acusa mi abuelo dedicándome una mirada nada amistosa.

—Es cuestión de vida o muerte —me justifico—. Piensa en la pobre Maddy.

—Ya, seguro —sisea él arrugando la nariz en una mueca de fastidio.

—Os quiero —grito mientras me doy la vuelta para salir a toda prisa de la cocina a la vez que una sonrisa asoma a mis labios cuando escucho como mi abuela empieza a regañarlo sin piedad… Poco sabe ella que, si sube a su despacho, va a encontrar chocolate escondido por rincones que ni se puede imaginar.

Una sonrisa asoma a mis labios al escuchar a mi abuelo tratar de defenderse sin resultado.

Son polos opuestos, y muchas veces andan como el perro y el gato, pero son afortunados de compartir su vida: se quieren con locura, se respetan y tienen la relación más bonita a la que cualquiera podría aspirar. Incluso yo, que no creo que en las relaciones y que me siento orgullosa de ser una mujer independiente que no busca en ningún hombre su propia estabilidad ni felicidad, me doy cuenta cada vez que los veo juntos de que lo que hay entre ellos es algo con lo que muy poca gente puede soñar.

Capítulo 8
La maruja de Brad

Liam

La visita que Aria y yo hicimos al faro fue toda una sorpresa en más de un sentido, y esta mañana, cuando me levanté, estaba de un humor excelente y rebosaba energía por cada poro de mi piel, por ello se me ocurrió llamar a Brad para pedirle que se pasaran por mi casa con la excusa de entrenar e invitarlo a un buen desayuno después.

Hace un rato que estamos en la piscina climatizada, disfrutando de la luz de sol que entra por la cristalera del fondo que da al jardín posterior y, mientras Savannah permanece recostada en una de las tumbonas de la piscina y se entretiene con un libro, nosotros hacemos pesas acompañados de la música siempre inspiradora de David Guetta.

—Siento decirte, colega, que tu novia me está comiendo con los ojos —le digo a Brad, a pesar de que soy consciente de que cada una de las miradas furtivas que su novia lanza por encima de la novela que sostiene entre las manos van destinadas solo y exclusivamente a él.

Mi colega es tan tranquilo que intentar sacarlo de sus casillas es de lo más divertido, sobre todo, porque casi nunca lo consigo y para lograrlo tengo que estrujarme el seso y echar mano de toda mi imaginación.

—Savannah tiene demasiado buen gusto como para eso —responde con la voz algo entrecortada por el esfuerzo de levantar las pesas.

Mi amigo desvía la mirada hacia el lugar donde su prometida continúa ajena a nuestra conversación y por poco le salen corazoncitos por los ojos.

Suelto una carcajada que atrae la atención de la rubia, quien deja el libro sobre la tumbona y se levanta para acercarse a nosotros.

—Parece que hoy estas contento —me dice.

—Siempre lo estoy, «felicidad» es mi segundo nombre —replico guiñándole un ojo.

—Ya, claro… —Ella alza las cejas, divertida—. ¿Y estás seguro de que cierta cita en cierto faro no tiene nada que ver con tu estado anímico?

—¿Cita? ¿Qué cita? ¿Has tenido una cita? —interviene Brad la mar de interesado.

—Que sepas que tu futuro marido es una maruja… Te lo digo porque todavía no es demasiado tarde, aún estás a tiempo de cambiar de idea.

—No, gracias —responde ella acercándose más a Brad, que la sostiene por la cintura y besa su pelo con ternura.

—Como quieras, luego no digas que no te lo advertí. —Me encojo de hombros.

—No te vayas por la tangente. ¿Qué cita? —insiste mi amigo.

—Ayer fue con Aria al faro del puente George Washington —le dice ella dedicándole una sonrisa resplandeciente.

—¿En serio? ¿Fuiste con ella a tu faro? —pregunta él soltando un silbido—. Vaya, eso son palabras mayores.

—No es mi faro, ni que lo hubiese construido yo —protesto.

—Aria lo llevó allí —anuncia la rubia ilusionada.

—Fue un detalle bonito, una forma de firmar una tregua supongo —comento tratando de quitarle importancia al mismo tiempo que me revuelvo el pelo con la mano, algo inquieto.

No soy tímido, ni mucho menos introvertido, así que por norma general no tengo ningún problema en hablar con los chicos o incluso con Maddy y con Savannah sobre estos temas. Chicas, relaciones, citas son conversaciones en las que suelo fluir de forma natural; sin embargo, tratándose de Aria la cosa cambia.

Puede ser porque debido a nuestras peleas constantes solemos estar en el punto de mira y ser el centro de atención, o quizás también influye el hecho de que ella sea tan amiga suya como lo soy yo… No sé, el caso es que hablar de esto con ellos me resulta incómodo y chocante.

—Es la primera vez que vas con alguien a ese lugar, ¿verdad? —apunta Brad.

—Sí —admito de mala gana.

El cabronazo de mi amigo esboza una sonrisilla de lo más pedante y siento como mi buen humor comienza a evaporarse… Igual invitarlos a venir no ha sido tan buena idea después de todo.

—Ni siquiera nos has llevado a Ryan o a mí —insiste—. Has ido un montón de veces y nunca nos has dado la oportunidad de acompañarte.

Le dedico una mirada más gélida que el océano Ártico, y Savannah, que percibe el cambio en mi estado de ánimo, le propina un ligero codazo de advertencia, pero, por la diversión que distingo en los ojos de Brad, tengo claro que no piensa dejarlo estar.

—Nunca pusisteis interés en venir —afirmo tratando de mostrar indiferencia.

—Porque siempre nos dejaste claro que era un sitio que querías guardarte para ti —rebate él.

—Me gusta ir allí para relajarme y pensar, y vosotros sois un par de bocazas que no os calláis ni debajo del agua.

Su sonrisa se ensancha y siento ganas de abofetearme a mí mismo por la tontería que acabo de soltar, ya que, sin ninguna duda, de los tres, es a mí a quien más le gusta hablar.

—Espero que no te haya molestado que le hablase del faro a Aria… —interviene Sav, que se muerde el labio con cierta preocupación—. Me dijo que quería tender un puente contigo, que sabía que se había pasado en la casa de Ryan y quería buscar alguna manera de disculparse.

—Tranquila, estuvo bien —le digo, en parte porque es cierto y en parte porque lo último que quiero es hacerla sentir mal o culpable.

—Por si te sirve de consuelo, lo de la tarta fue idea suya —añade.

Los ojos de Brad vuelan de inmediato del uno al otro.

—¿Tarta? ¿Hubo tarta?

Ella sonríe encantada.

—Tarta de manzana de Cassi's.

—¡Nooooo! —exclama mi amigo echándose a reír de nuevo—. ¿Te llevó al faro y te invitó a tarta de manzana de Cassi's?

Resoplo ofuscado mientras pienso en lo mucho que me gustaría estamparle la cabeza contra una buena porción de tarta solo para dejar de ver esa estúpida sonrisa dibujada en su cara.

—Tengo que hablar con mi padre para avisarlo de que igual terminamos celebrando una boda doble —se mofa.

—Eres un idiota —lo acuso, dándole la espalda para coger la toalla que tengo al lado del banco de pesas.

Él se carcajea de nuevo y, cuando echo a andar hacia las escaleras, viene detrás.

—Venga, no te enfades —me insta sin dejar de reír en ningún momento.

—No lo hago, es solo que eres imbécil.

—¿Por qué estás tan molesto? ¿No será que en el fondo tanto Aria como el detalle que ha tenido contigo te gustan más de lo que quieres reconocer?

—¡No digas gilipolleces! —exclamo.

—No son gilipolleces, sabes que llevo tiempo diciéndotelo…

—Ahí tiene un poco de razón —lo apoya Savannah.

Me detengo en seco y, volviéndome hacia ambos, la contemplo con incredulidad.

—¿Tú también? Puedo entender que te guste este tipejo —admito señalando a su novio con un movimiento de cabeza—. Pero de ahí a dejarte contagiar por su estupidez…

—Si tanto te molesta el tema, no diré ni una palabra más —afirma ella con seriedad.

—Es un detalle —asiento, y suspiro aliviado.

—Pero —añade levantando un dedo— creo que deberías plantearte muy en serio si no cabe alguna posibilidad de que todos

vuestros continuos enfrentamientos en realidad escondan algo más.

—¡Y dale! —rezongo—. Agradezco la preocupación, pero estoy muy mayor para jugar al escondite.

Ella no parece conforme, pero, tal como acaba de asegurarme, tampoco insiste, así que me doy la vuelta y echo a andar de nuevo antes de que cambie de opinión.

—Ahora, vamos a desayunar, estoy muerto de hambre —murmuro.

—Genial, ¿habrá tarta de manzana? —El tono de recochineo de Brad me hace detenerme de nuevo, me giro hacia él y lo fulmino con la mirada, a lo que mi amigo responde encogiéndose de hombros con gesto inocente.

—Fue ella la que se ofreció a no sacar de nuevo el tema, yo no dije nada —me recuerda señalando a su prometida con un movimiento de cabeza.

—De donde no hay no se puede sacar —farfullo.

—Verás cuando se lo cuente a Ryan… Le va a encantar —comenta el muy cabrón, y aprieto los dientes porque, si ya es difícil aguantarlo a él por separado, verás cuando se enteren los dos.

Capítulo 9
Bañus interruptus

Aria

Lo primero que hago al llegar a casa después de visitar a mis abuelos es llamar a Maddy para contarle lo del chocolate. La pobre se muere de la risa y me regaña por haber dejado vendido a mi abuelo, pero es lo que hay.

Después de hablar con ella durante unos minutos, subo al baño de mi habitación y comienzo a llenar la bañera, le echo unas sales y un poco de mi jabón preferido y, mientras se forma la espuma, enciendo unas cuantas velas.

Me chiflan las velas aromáticas, las tengo de multitud de olores, pero sin duda uno de mis preferidos es el de manzana, vainilla y canela.

Desde el móvil busco una de mis listas de reproducción de Spotify y le doy al botón para que la música fluya por toda la casa a través de los altavoces.

Cuando la bañera ya está lista, bajo a la planta inferior y me preparo un chocolate para compensar el que no pude terminarme en la casa de mis abuelos.

Sé que es el segundo que me meto hoy entre pecho y espalda, pero es que el dulce, y en especial el chocolate, es mi pequeña adicción, y otra de las cosas que mi abuelo y yo tenemos en común. Subo de nuevo a la planta superior, coloco una pequeña bandeja anclada a la bañera, pongo sobre ella la humeante taza y el móvil, me desvisto y me hago un moño para no mojarme el pelo.

Dispuesta a regalarme un momento de relajación total, me sumerjo despacio en el agua y dejo escapar un suspiro de placer

cuando el calor recorre mi cuerpo y la espuma acaricia mi piel.

A pesar de que mi casa está situada en la misma urbanización en la que viven mis amigos, no es tan grande ni lujosa como las suyas. No tengo gimnasio, ni cine, ni salón de juegos como ellos, pero tampoco los necesito.

Mi planta baja está distribuida de forma diáfana y la ocupan el salón comedor, abierto a la cocina, y un aseo. En la superior tengo tres dormitorios, cada uno con su propio aseo, aunque el de mi habitación es el más grande y el único que tiene bañera.

En la parte posterior disfruto de un jardín con una piscina de tamaño aceptable, y el ventanal de mi cuarto se abre a un balcón de generosas dimensiones.

La distribución es cómoda y muy similar a la de la casa que Maddy ocupó antes de irse a vivir con Ryan.

Cierro los ojos, apoyando la nuca contra la cuba al tiempo que los músculos de mi cuerpo se van relajando poco a poco, y una sonrisilla se dibuja en mi cara al recordar la expresión de fastidio de mi abuelo al ver cómo me escabullía de su cocina esta mañana.

Mi móvil vibra con el sonido de notificación que tengo asignado al grupo de WhatsApp «Amigos», que es el que los seis compartimos junto con el hermano de Maddy. Al principio, cuando Maddy y Ryan empezaron su relación, solo lo formábamos ellos dos, Savannah, Brad, Liam y yo, pero después, cuando Kevin se vino a vivir a la ciudad, dado que participa en muchos de nuestros planes, decidimos incluirlo para que esté al tanto de dónde y cuándo quedamos sin que haya necesidad de avisarle.

Por supuesto, ese grupo tiene mucha menos actividad que el que comparto con Maddy y Savannah, «Las Juanas», nombre que adoptamos en honor a Juana de Arco quien, al igual que nosotras, era una luchadora que consiguió hacerse un hueco en un mundo de hombres.

El mensaje es de Liam y no podría ser más escueto.

Liam: Necesito ayuda. 350 West 45th Street

Una sensación rara me recorre por dentro. Espero que no esté en problemas. ¿Qué narices le habrá pasado? Porque vale que toca narices es un rato, pero ¿eso de mandar un mensaje pidiendo ayuda? Nunca lo había hecho hasta ahora. Tiene que haberle ocurrido algo.

Me dispongo a responder para preguntarlo, pero ya no está en línea, por lo que, lanzando un gemido resignado, echo un último vistazo a la taza de chocolate que ni siquiera voy a poder probar y me dispongo a salir de la bañera a toda velocidad.

Adiós baño relajante, adiós dulce aroma de las velas…

Me visto con prisa, poniéndome lo primero que pillo, que resultan ser unos vaqueros viejos que uso para andar por casa y una sudadera descolorida que hace mucho tiempo que ha pasado a mejor vida; me calzo unas zapatillas de deporte y, tras coger el abrigo, agarro de cualquier forma las llaves y salgo de casa. Y sin pararme siquiera a deshacerme el moño, me subo al coche e introduzco en la pantalla la dirección que Liam nos acaba de facilitar. Por suerte, no está lejos, a unos quince minutos en coche, por lo que no voy a tardar en llegar.

Arranco, me dirijo al puente Whitestone, el cual, al ser de noche, está precioso completamente iluminado, y sigo conduciendo, siguiendo con atención las indicaciones que la voz monótona y mecánica del GPS me va dando.

Al salir del puente giro a la derecha y, después de conducir durante cinco millas, llego a un camino de tierra.

—Tome la primera salida a su derecha —me ordena la voz.

Me detengo, porque estoy casi convencida de que la indicación es errónea, y compruebo si he metido bien la dirección.

El GPS repite por segunda vez:

—Tome la primera salida a su derecha.

Observo el serpenteante camino de tierra, estrecho y poco iluminado.

—Como me haya hecho salir de la bañera por alguna especie de apuesta o broma de mal gusto se va a enterar… —murmuro desconfiada, porque no comprendo qué puede estar haciendo Liam a estas horas por este lugar.

Como no me queda otra, tomo el camino y avanzo despacio tratando de sortear los baches, que son muchos y de tamaño considerable.

—¿Dónde narices se supone que me estoy metiendo? —murmuro al llegar delante de un muro de cemento de varios metros de altura cerrado por un gran portalón con barrotes negros.

En uno de los laterales descubro los coches de Ryan y Brad; he sido rápida, pero, por lo visto, ellos lo han sido todavía más. No me extraña, sé que ambos entrarían sin pensarlo a una casa en llamas cuando de Liam se trata.

Me bajo y avanzo hacia el portalón justo cuando este se abre con un chirrido para dejar salir a un coche azul, pequeño y bastante antiguo y, al mirar hacia dentro lo veo, ahí parado, en medio de un enorme patio, sosteniendo a un perrito de manchas marrones y blancas entre sus brazos.

Impactada, lo recorro de arriba abajo. Esta sucísimo, despeinado, calza unas enormes botas negras de goma y, tanto sus brazos como su cara y su pelo, están embadurnados de barro y, aun así, cuando sus ojos, intensos y brillantes, se posan sobre los míos y me dedica una sonrisa sincera y desinhibida, siento que necesito dar un paso atrás y tragar saliva.

Nunca antes me había parecido tan guapo y atractivo como en este momento y, a pesar de que hago todo lo posible por ignorarlo, siento un ligero cosquilleo recorriéndome por dentro.

—¡Has venido! —me saluda acariciando sin parar al animalito, que parece encantado de recibir sus atenciones.

—Parecía que necesitabas ayuda —respondo de forma escueta, porque aún no me he recuperado del todo del impacto que acaba de provocar en mí.

—¡Y la necesitamos! —exclama resoplando—. Entra —me invita con un movimiento de cabeza—. Hay mucho trabajo.

Hago lo que me pide y, en cuanto llego a su altura, el perrito me saluda olfateándome con curiosidad.

—Dale un poco de espacio, Oreo —le dice él rascándole detrás de las orejas—. No queremos asustarla.

—¿Acabas de llamarlo Oreo? —pregunto ignorando el deje que me parece percibir en su voz.

—Es su nombre. Se lo puse porque es tan dulce como una galleta Oreo —me explica—. Le tengo cariño a todos los perros del refugio, pero este es especial para mí, tiene cuatro años y no ha llevado una vida fácil, me recuerda a uno que conocí de pequeño.

—¿Tú se lo pusiste? —Cada vez estoy más sorprendida, intentando asimilar toda la información, y me cuesta disimularlo.

—Sí, hace dos meses, cuando llegó.

Miro a mi alrededor, recorriendo con la mirada el gran patio y las dos naves que hay al fondo.

—Estamos en una protectora —afirmo comenzando a tomar conciencia de la situación y, a pesar de que hablo en voz alta, en realidad me lo estoy diciendo a mí misma.

—Exacto —me confirma Liam echando a caminar hacia las naves—. Un refugio en el que se recogen animales para intentar encontrarles su familia ideal.

—¿Y tú conoces este sitio porque…?

—De vez en cuando me paso a echarles una mano.

—¿Hablas en serio? —sueno incrédula.

Conozco a Liam desde hace ya algún tiempo y no tenía ni idea de que estuviese en contacto con ninguna protectora o refugio de animales, ni mucho menos de que colaborase de vez en cuando con ellos.

—Pareces asombrada.

—Lo estoy —reconozco—. No sabía ni que te gustasen los perros.

—Me encantan los perros. De hecho, me gustan más que muchas personas. ¿A quién no? Son fieles, leales, divertidos…

—¿Y no te has planteado tener uno?

—Me encantaría, pero con nuestros viajes… Vivo solo, no tengo familia con la que poder dejarlo y, por razones obvias, el perro no podría viajar conmigo. ¿Quién se encargaría de él cuando yo estoy entrenando o jugando?

Visto así, tiene lógica y me siento un tanto idiota por haberlo preguntado.

Me dispongo a hacer una nueva pregunta justo cuando él abre la puerta de la nave de la derecha y la escena que aparece ante mis ojos me deja perpleja.

Lo que parece un sitio bonito y agradable ahora luce convertido en un río de agua y porquería que cubre por completo el suelo hasta una altura más que considerable, inundándolo todo.

—¡Hola, Aria! —me saluda Brad con un movimiento de mano al percatarse de mi presencia mientras tanto él como Ryan, acompañados de cuatro voluntarios más, se afanan en vaciar de bebederos, comederos, mantas y camas los compartimentos, los cuales, en lugar de ser simples jaulas, están divididos por pequeños tabiques, lo que les da un aspecto mucho más estético y acogedor.

—Esta noche se rompió una de las tuberías generales; por suerte, tenemos cámaras y pudimos llegar a tiempo para sacar a todos los animales, sin embargo, ya ves el lamentable estado en el que ha quedado todo, y me temo que antes de achicar el agua y secarlo necesitamos despejarlo.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —pregunto.

—Hemos trasladado a los perros a la nave que normalmente hace las funciones de zona de aislamiento y almacén. Los pobres están asustados, sucios y empapados. Hay que limpiarlos, secarlos y tranquilizarlos. Las chicas están allí, les vendría bien que les echases una mano —me explica.

—Claro —asiento.

Liam baja la mirada para enfocar sus ojos en los míos y, cuando me sonríe en señal de agradecimiento, siento que durante un segundo mi corazón se olvida de que debe seguir latiendo.

Aparto la mirada con cierta brusquedad, me doy la vuelta y, a pesar de que siento sus ojos clavados en mi espalda, me alejo para acercarme a la nave contigua sin decir nada.

Incluso con la puerta cerrada, del interior me llega con claridad el sonido de secadores, ladridos, voces y risas mezclándose.

Empujo el portalón y me quedo pasmada contemplando el panorama.

Debe de haber por lo menos cincuenta o sesenta perros: claros, oscuros, enormes, pequeños… La mayor parte de ellos

continúan mojados, algunos permanecen quietos y asustados y otros, sin embargo, no paran de interaccionar o jugar mientras mueven alegremente el rabo.

—¡Aria, a buenas horas! ¡Las he visto más rápidas! —Acuclillada en el suelo mientras intenta secar el abundante pelaje de un perro que por lo menos debe de ser tan grande como un sambernardo, Maddy me saluda a la vez que se cae de culo cuando el animal apoya las patas delanteras sobre sus hombros, intentando lamer de forma amistosa su mejilla y arrancándole una sonora carcajada.

—El mensaje de SOS me pilló en la bañera, tuve que vestirme y venir hasta aquí —me justifico.

Al escucharla, Savannah, quien está de lo más entretenida intentando peinar a tres cachorros que no cejan en su empeño de trepar por su cuerpo, vuelve la mirada hacia mí.

—Pues no te quedes ahí parada, otro par de manos nos vendría bien por aquí —resopla haciendo malabares para que uno de los cachorrillos, muy similar al que Liam tenía en brazos cuando llegué, no consiga escaparse.

Cierro el portalón para evitar fugas indeseadas y me apresuro a acercarme a mis amigas.

—¿Qué puedo hacer?

—Habla con Allison, es la responsable del refugio y la que se encarga de organizar todo esto —me explica Maddy señalando a una mujer que, en uno de los laterales, se ocupa de preparar cuencos de comida para los animales.

Me acerco hasta ella y la saludo.

—Hola, me han dicho que te pregunte en qué puedo ayudar —digo a su espalda.

Al escucharme, ella se da la vuelta y me dedica una enorme y sincera sonrisa cargada de agradecimiento.

Su aspecto es agradable, rondará los cincuenta, tiene el pelo corto y salpicado de canas, unos bonitos ojos castaños y la piel dorada. Y, en cuanto a su complexión, aunque no está gruesa, tampoco podría definirla como delgada.

—Tú debes de ser Aria —me saluda.

Asiento, un tanto sorprendida, ante lo que la mujer se echa a reír.

—Las chicas me dijeron que no tardarías en llegar —manifiesta —. Voy a ponerles la cena a los perros que ya hemos conseguido secar y después tengo que darles el biberón a los cachorros más jóvenes. Si te parece bien, puedes echarme una mano —sugiere, cogiendo unos cuantos cuencos antes de apartarse para dejarme hacer lo mismo.

—Claro —respondo imitándola, y la sigo hasta un pequeño espacio cercado por una bonita valla de madera en tono natural que Allyson atraviesa intentando abrirse paso a través de los saltos y ladridos de los emocionados animales, que la reciben exaltados.

El lugar es bonito, tiene varias camitas mullidas en una esquina, un cesto con juguetes e incluso una pequeña zona de césped artificial.

—Esta suele ser nuestra zona de aislamiento; por suerte, estos días no tenemos ningún perro convaleciente y podemos usarla para ir apartando a los que vamos limpiando y secando —me explica una vez las dos hemos colocado los cuencos en el suelo y todos los animales están comiendo.

Ella los observa durante unos segundos con cara de satisfacción. Se nota que disfruta y se emociona con lo que hace.

—Vamos a por los biberones —me indica cerrando la cerca de madera para dirigirse a una voluntaria rubia y jovencita que nos tiende cuatro pequeños biberones de leche tibia.

Atravesamos la nave hacia el lado contrario y justo enfrente de unas estanterías repletas de pienso y latas de comida húmeda nos encontramos con una puerta.

Al abrirla descubro un pequeño cuarto caldeado por un radiador donde en una camita dormitan cuatro preciosas bolitas de pelo que, a juzgar por su tamaño y porque ni siquiera han abierto los ojos, deben de tener días de vida.

—Qué pequeñines son —murmuro enternecida.

—Nos trajeron a su madre a punto de dar a luz, la habían golpeado antes de abandonarla y estaba tan desnutrida que por

desgracia no sobrevivió al parto —me cuenta sentándose en el suelo con las piernas cruzadas.

Hago lo mismo mientras siento un fuerte pellizco en el corazón. ¿Quién puede ser tan desalmado para hacer algo así?

—Pobrecita —susurro apenada, con la voz algo rota—. Hay que ser muy cabrón para actuar de esa forma con un ser tan indefenso.

—Es una lástima, pero, por desgracia, no será ni la primera ni la última vez que nos tocará pasar por un trance así. —Los ojos de la mujer se empañan por las lágrimas—. Lo único que podemos hacer por ella es intentar sacar adelante a sus bebés —añade colocándose una suave mantita sobre las piernas y tendiéndome luego otra a mí.

En cuanto la tengo en la posición adecuada, me entrega a uno de los pequeñines y me muestra cómo debo colocarlo para darle el biberón.

El animalillo se arrastra hasta enganchar la tetina y come con fruición mientras yo lo observo ensimismada.

—Son tan lindos… —comento.

—Los cachorros siempre lo son —admite—. Por eso es mucho más fácil conseguirles una adopción. Lo que la gente no se para a pensar —añade segundos después— es que dan el triple de trabajo que un perro adulto. Hay que tener mucho cuidado de que no cojan frío, todavía no tienen puesta ninguna vacuna, por lo que no pueden acercarse a los otros perros, y hay que darles de comer cada tres horas y controlar que no bajen de peso. Por no hablar de la etapa en la que les da por morderlo todo.

La observo con admiración.

—¿Cuántos perros tenéis? —me intereso.

Ella pone una mueca de disgusto.

—Este invierno fue duro: solo de diciembre a marzo tuvimos setenta y dos entradas y, aunque por suerte también tuvimos bastantes adopciones, a día de hoy contamos en el refugio con cuarenta y siete perros.

—Tu labor me parece encomiable —digo con sinceridad.

—Gracias —responde—, pero solo soy una pieza más, el mérito es de los voluntarios que están dispuestos a regalarnos su tiempo

libre y dedican a los animales horas y horas. Sin ellos sería impensable e imposible mantener todo esto en funcionamiento.

—¿Liam es voluntario? —pregunto con curiosidad.

El rostro de la mujer se ilumina al escuchar su nombre.

—Es mucho más que eso.

—¿Qué quieres decir?

—Hay muchas personas que aportan donaciones, y realizamos actividades para recabar fondos varias veces al año, pero sin la ayuda de Liam no podríamos hacernos cargo ni de la quinta parte de los perros que llegan aquí. —Hace una pausa y continúa hablando—. Además de dedicar buena parte de su tiempo libre a ayudarnos con los animales, es nuestro principal benefactor. Él se encarga de pagar todas las reformas y mejoras necesarias; en muchas ocasiones, corre con los gastos veterinarios, compra comida… Es un gran chico y tiene un corazón enorme.

Me quedo callada, estoy impresionada por lo que acabo de escuchar. Ni siquiera sabía que a Liam le gustasen los perros, mucho menos podía imaginarme que estuviese tan implicado con una causa tan noble como esta. Y eso me lleva a preguntarme qué otros secretos esconderá…

Capítulo 10
Un plan inesperado

Liam

Estoy agotado; después de más de doce horas corriendo de un lado para otro, achicando agua, limpiando, secando y recolocando, cuando al fin salgo de la ducha, me pongo un pantalón de deporte, una camiseta y me dejo caer sobre la cama estoy convencido de que me voy a quedar frito antes de que me dé tiempo de contar hasta cinco.

Sin embargo, no llevo ni un minuto con los ojos cerrados cuando el timbre de mi casa comienza a sonar de forma compulsiva.

Echo un vistazo a la hora en la pantalla del móvil que he dejado sobre la mesilla y me levanto de la cama resoplando.

¡¿Quién cojones será el desquiciado que está quemando el timbre a las cinco de la madrugada?!

Molesto, bajo las escaleras arrastrando los pies y, bostezando, me dirijo al intercomunicador de la entrada para ver de quién se trata.

—¿Aria? —pregunto parpadeando varias veces.

—¿Me dejas pasar?

Parece alterada; le abro sin dudar y voy casi corriendo a la puerta de la entrada para esperarla.

Ella atraviesa el jardín delantero a grandes zancadas y, cuando llega a mi altura, me observa con nerviosismo.

—¿Te he despertado? —pregunta colándose en el interior de mi casa sin saludarme siquiera.

La miro de arriba abajo y arqueo una ceja.

Lleva exactamente la misma pinta con la que apareció en el refugio.

—Estaba a punto de quedarme dormido —respondo—. Y tú, ¿has pasado por casa?

No sé ni para qué lo pregunto cuando es obvio que no.

—Aún no, no me ha dado tiempo —responde sin dejar de pasearse con nerviosismo de un lado a otro.

Voy a cerrar la puerta para intentar averiguar qué le pasa cuando el timbre vuelve a sonar.

—Deben de ser los chicos —murmura ella dirigiéndose al telefonillo para abrirles el portalón como si estuviese en su casa.

—¿Los chicos? —repito más desconcertado todavía—. ¿Qué hacen aquí los chicos a las cinco de la mañana? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —pregunto empezando a preocuparme de verdad.

—Todavía no, pero va a pasar —anuncia en un tono de lo más enigmático.

Poco después, Maddy, Savannah y mis amigos entran con cara de circunstancias. Todos parecen tan dormidos como yo; la única que continúa espabilada, moviéndose de un lado a otro sin parar es Aria.

—Oh, oh —murmura Savannah.

—Mierda —susurra Maddy.

Ambas se miran entre ellas.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Tiene la cara —responde la primera en voz baja, señalando a Aria.

—¿Qué cara? —cuestiona Ryan.

—Esa cara —recalca ella en el mismo tono, señalándola—. La cara que pone cuando está tramando algo.

—Algo loco —corrobora Maddy entre dientes.

—Algo muy loco —matiza Savannah en voz baja, asintiendo, mientras suelta un gemido.

—¡Se me ha ocurrido una idea genial! —exclama Aria volviéndose hacia nosotros.

—Ya va a soltar la bomba… —musita Maddy.

Las contemplo con una mezcla de diversión y sorpresa sin saber si están hablando en serio o nos están vacilando a todos. A juzgar por sus expresiones precavidas y resignadas, no parecen bromear.

—En serio, no os vais a creer lo que se me ha ocurrido —insiste Aria sin dejar de mover las manos alterada.

—Suéltalo ya —la insta Ryan.

—He pensado que el siguiente punto de la yincana debería ser una visita al refugio —anuncia con los ojos brillantes por la emoción.

Sus palabras captan toda mi atención.

—Continúa —le pido, pues, si incluye el refugio, el tema sin duda me interesa.

—Por supuesto, primero habría que hablar con Allyson para ver si está de acuerdo, pero hacen una labor maravillosa y creo que sería una gran oportunidad para darle visibilidad a los perritos y buscarles una familia —prosigue ella acelerada.

—Es una gran idea —admito conmovido tras pensarlo durante un momento.

—¿Qué has pensado? —se interesa Maddy.

—Creo que la prueba consistiría en que las parejas participantes concertasen una cita con la protectora y se acercasen hasta allí para sacar a pasear a uno de los perritos —nos explica de forma precipitada, como si su mente fuese a más velocidad que sus palabras—. Si no estoy equivocada, por la zona hay una especie de pradera con un merendero; podrían acercarse hasta allí para merendar, sacarse la foto con el perrito que les hayan asignado y de paso disfrutar de un rato de juegos con ellos. —Sus ojos brillan de la emoción.

—Así, al subir las fotos de las parejas con los perros a la plataforma conseguiríamos que muchas personas los viesen y probablemente algunas se interesarían por ellos —termino por ella.

—Exacto. Nos encargaríamos de anunciar que están disponibles para adoptar, incluso podríamos subir al lado de la foto una ficha con las características de cada animal —comenta mirándonos a todos—. Ya sabéis, lo básico: nombre, sexo, edad, si es sociable, si tiene algún miedo o necesita medicación… —enumera.

—Amiga, has tenido muchas ideas desde que te conozco, pero creo que esta es, sin lugar a dudas, una de las mejores —afirma Savannah—. Me encantaría participar.

—Y lo harás —le asegura ella—. Por eso os he hecho venir; he pensado que para esta actividad podríamos participar los seis, incluso se lo podríamos decir a Kevin, estaría genial que la gente viese a varios jugadores implicados, eso los estimularía para colaborar e incluso para adoptar.

—Mañana por la mañana tenía pensado pasarme por el refugio para comprobar cómo va todo después del desastre de hoy. Si quieres, puedes venir conmigo y comentarlo con Allyson —le propongo.

—Me parece genial —afirma sin dudar—. ¿Me recoges a las nueve?

—¿De la mañana? —resoplo.

—No seas vago.

—No lo soy, es que ni siquiera nos hemos acostado todavía y dentro de nada va a salir el sol.

—Dormir es una pérdida de tiempo, ya lo harás cuando estés muerto —rebate ella.

Como si mencionar nuestra falta de horas de sueño hubiese terminado por agotarla, a Maddy se le escapa un bostezo.

—Habla por ti, yo quiero mi cama y la quiero ya —anuncia.

—Estoy contigo —la apoya Savannah.

—En serio, mi abuela tiene más aguante que vosotras dos juntas —protesta Aria.

—Tu abuela tiene más energía que una central nuclear —replica Ryan—. Esa mujer es incombustible.

—Pues también es verdad —admite Aria con una sonrisa complacida.

—Por desgracia, nosotros somos simples mortales, no superhéroes como ella, y nuestra batería hace rato que ha entrado en reserva —anuncia Brad.

—Está bien, muermos, que sois unos muermos —acepta ella de mala gana—. ¿Alguno me lleva a casa?

—¿Has venido caminando? —Savannah parpadea varias veces con incredulidad—. ¿Estás mal de la cabeza o qué te pasa?

—¡Ni que fuera pata tanto! Vivimos en la misma urbanización, a apenas un par de calles de distancia —le recuerda la aludida.

—Aun así, no deberías ir por ahí sola y caminando de madrugada —la regaña la rubia—. Ven con nosotros, te dejaremos en tu casa.

—¿Nos vemos mañana? —me pregunta dedicándome una última mirada.

—Te recojo a las diez —lo digo solo por si cuela, a pesar de que lo veo improbable.

—Buen intento, a las nueve —me corrige.

—A las diez —lo intento yo de nuevo.

—Nueve —niega ella con la cabeza.

—Ni para ti ni para mí: nueve y media —farfullo.

—Está bien —accede de mala gana.

—Maddy, ¿te encargas tú de avisar a Kevin por si le apetece unirse a nosotros? —la escucho decir mientras se alejan hacia la puerta.

—Claro, despreocúpate, mañana mismo hablaré con él —le responde la entrenadora justo antes de que todos salgan y me dejen solo otra vez.

Me quedo mirando fijamente la puerta por la que acaban de desaparecer.

Aria ha tenido una gran idea, una tan buena idea que comprendo que no quisiese esperar para compartirla con los demás, pero estoy reventado: o me voy ya a la cama o voy a terminar durmiéndome de pie.

Capítulo 11
Biberones y confesiones

Aria

Son las nueve y treinta y dos cuando veo aparecer por la esquina el coche de Liam.

La música de The Weekend retumba por los altavoces y pongo los ojos en blanco mientras el coche se para justo delante de mí y a toda prisa abro la puerta del copiloto y me deslizo dentro.

Él baja el volumen y me saluda desplegando una sonrisa tan atractiva y encantadora que siento la necesidad de apartar la mirada de forma inmediata.

¿Desde cuanto las sonrisas de este tío causan este efecto sobre mí…? ¡Es Liam! Li-am, ¡por el amor de Dios! ¡Ni siquiera debería fijarme en si sonríe o deja de sonreír!

Mis ojos, traicioneros, vuelven de nuevo a sus labios, aunque enseguida me obligo a desviarlos hacia el cinturón, el cual trato de abrochar con más fuerza de la necesaria mientras murmuro malhumorada.

—Llegas tarde.

—Solo dos minutos —replica con excesivo buen humor.

El aroma fresco del jabón que suele utilizar lo inunda todo, aumentando mi crispación.

Es el mismo de siempre, el que usa cada puñetero día desde que lo conozco. Entonces, ¿por qué narices hoy me resulta tan embriagador?

—Eso son ciento veinte segundos de mi vida desperdiciados esperando por ti —farfullo.

A pesar de que resulta evidente que en este momento no me estoy esforzando lo más mínimo por mantener viva nuestra recién iniciada tregua, Liam no entra al trapo; todo lo contrario, me contempla con cierta diversión antes de volverse para coger una bolsa del asiento trasero.

—Cierto, pero como compensación te he traído esto —admite ofreciéndome un vaso de cartón.

Lo cojo con cierta desconfianza y, al quitarle la tapa y oler el contenido, lo contemplo con incredulidad.

—¿Es…?

—Chocolate caliente con nata y naranja caramelizada de Jacques Torres —anuncia sin dejarme terminar la pregunta.

—Mi…

—Tu preferido, lo sé —vuelve a interrumpirme.

Lo estudio con atención.

—¿Cómo lo sabías?

—No eres la única que escucha —responde encogiéndose de hombros, y sé que se refiere a mi acierto con la tarta de manzana, su preferida.

Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Fuiste hasta la chocolatería de Jacques Torres a comprarme esto? ¡Hay que atravesar media ciudad! ¡Has tenido que levantarte prontísimo para ir hasta allí y volver, y dijiste que no querías madrugar! —exclamo recordando sus protestas de anoche cuando le propuse quedar antes.

—Eso no es cierto. —Niega con la cabeza.

—¡Sí que lo es! ¡Tengo testigos!

—Para nada, yo dije que las nueve de la mañana era demasiado temprano para quedar, madrugar no me supone ningún problema, de hecho, me gusta, siempre lo hago.

Sus ojos verdes me parecen más intensos de lo normal y bastante abrumadores al posarse sobre los míos y, buscando una distracción, le doy un trago a la bebida que tengo entre las manos.

—Está delicioso —suspiro a la vez que apoyo la cabeza en el asiento y disfruto del exquisito sabor—. Gracias por traérmelo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, me siento absorbida por su mirada cálida y transparente.

—Anoche en el refugio te escuché decirle a Maddy que estabas a punto de tomarte un chocolate cuando recibisteis mi mensaje, así que te debía uno. Gracias por venir a ayudar.

Lo observo con intensidad.

—No me debes nada, me gustó ir a echar una mano. —Lo digo seria y con convicción, porque es la verdad.

—Aun así, gracias —insiste con voz suave y aterciopelada.

Mis ojos recorren su cara y, al igual que me ocurrió anoche, cuando lo vi allí, de pie, lleno de barro con Oreo entre sus brazos, siento algo raro en mi interior, una sensación extraña pero agradable que me seca la garganta y me altera la respiración.

—Deberíamos irnos ya… —comenta carraspeando tras unos segundos en los que los dos permanecemos inmóviles, evaluándonos, sin decir nada, contemplándonos como si fuese la primera vez que, al mirar al otro, de verdad viésemos algo más allá de la fachada.

Me giro hacia delante y doy un nuevo sorbo al chocolate. Él sube el volumen de la música e intento distraerme de la confusa neblina que me enturbia la mente, observando el paisaje que vamos dejando atrás por la ventana.

No añadimos ni una sola palabra, nos limitamos a ir callados uno junto al otro, cada cual sumido en sus pensamientos, y me siento todavía más extraña porque, a pesar de que por norma general me incomoda estar con gente en un espacio tan pequeño en completo silencio durante demasiado tiempo, con Liam, sin embargo, el silencio resulta confortable y agradable…, como si su simple compañía ya me bastara.

Liam

Cuando llegamos al refugio nos encontramos el gran portalón abierto, porque algunos voluntarios todavía están abandonando el lugar.

—¡Allyson! —exclama Aria, que poco más y salta del coche en marcha al distinguirla en medio del patio.

La mujer, a pesar de su gesto cansado, sonríe en cuanto la ve correr hacia ella, y la recibe con un efusivo abrazo por el que cualquiera que observase la escena pensaría que se conocen de toda la vida y no tan solo desde hace algunas horas.

Cuando llego a su lado, compruebo que mi acompañante ya está en modo relaciones públicas, informando a la directora sobre la idea que ha tenido para incluir al refugio en la campaña publicitaria y, como no podía ser de otra manera, Allyson la escucha entusiasmada.

—¡Ya verás, vamos a conseguir darle una visibilidad tremenda! —asegura Aria con expresión soñadora, dejándose llevar por la emoción.

—Ojalá, tenemos algunos perros que ya llevan mucho tiempo con nosotros y necesitan encontrar una casa. Al final, por muy bien que los tratemos y mucho cuidado que tengamos, ningún lugar es comparable a su propio hogar.

—La iniciativa no solo provocará que mucha gente se pase por aquí y por lo tanto pueda conocerlos en persona y pasar tiempo con ellos, es que, además, habrá miles de personas que los verán y conocerán su situación a través de la página en la que se irán actualizando las pruebas —intervengo.

—Además —añade Aria—, si la previsión de participación que tenemos en mente se cumple, tendréis tantas parejas para sacar a pasear a nuestros amigos peludos que durante los dos meses que durará el plazo para poder realizar las siete actividades, todos los perros podrán salir en numerosas ocasiones a pasear fuera del refugio y los voluntarios habituales tendrán ese tiempo disponible para ayudar en otras tareas.

—Eso es maravilloso —comenta Allyson—, porque, cuantas más veces salga su foto publicada con diferentes parejas y más personas los conozcan, más visibilidad les daremos —concluye—. ¡Va a ser genial! No sé cómo daros las gracias por esto.

—Yo no he hecho nada, todo el mérito es de ella —admito señalando a Aria, pero la directora niega con la cabeza.

—No es cierto, llevas mucho tiempo ayudándonos; sin ti, la situación de estos animales sería mucho más complicada, algunos ni

siquiera hubiesen podido sobrevivir, porque nos habría sido imposible cubrir sus gastos veterinarios —declara con convicción—.

—Por no decir que, si ayer no hubieses mandado ese mensaje pidiendo ayuda, yo jamás hubiese conocido este lugar —la apoya Aria, que me dedica una sonrisa tan bonita y sincera que me deja más noqueado que un gancho directo a la yugular.

Durante unos segundos los dos nos sostenemos la mirada, la diferencia es que, mientras mi cuerpo permanece en tensión, ella parece de lo más relajada. Mis ojos encuentran una pequeña, casi minúscula mancha de chocolate que descansa sobre la comisura de su labio superior y, al enfocar la mirada en esa parte concreta de su cuerpo, no puedo evitar preguntarme a qué sabrá o si será tan suave como parece el tacto de su boca.

—¿Y cómo va todo por aquí? —pregunto de repente, obligándome a centrar toda mi atención de nuevo en Allyson para tratar de distraer mi malintencionada mente.

—Por suerte, mucho mejor —responde ella echando un vistazo a su alrededor—. Hemos tenido que tirar bastantes camas porque estaban irrecuperables, y todavía quedan algunas zonas húmedas, por lo que vamos a esperar unas horas para volver a recolocar a los perros en sus lugares habituales, pero, al reaccionar pronto, hemos conseguido mantener a salvo a todos los animales, y eso es lo importante.

—Me encargaré de comprar camas nuevas para reponer las que hemos perdido —le aseguro—. Mañana mismo las tendrás aquí.

—Muchas gracias, Liam, la verdad es que no sé lo que haríamos sin ti.

—¿Y los cachorritos a los que les dimos de cenar ayer? ¿Cómo están? —se interesa Aria.

—Hambrientos, porque ya les toca biberón. ¿Queréis dárselos vosotros?

—Nos encantaría —contesta ella sin dudar.

Seguimos a Allyson hasta el almacén donde se ha instalado a todos los ocupantes del refugio de manera provisional, cogemos los biberones de leche tibia que nos tiende y nos encaminamos hacia el

pequeño cuarto habilitado para separar a los recién nacidos del resto de la manada.

—Hola, preciosos —los saluda Aria con voz suave, a la vez que se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y se pone una mantita sobre ellas sin esperar siquiera a que se cierre la puerta.

Cuando me coloco a su lado ya ha acariciado a todos los cachorritos y sostiene a uno de ellos sobre su regazo.

—Tú coge a Ringo, yo voy a darle el biberón a Mazapán.

—¿Ringo y Mazapán? —repito alzando una ceja.

—Ese es Ringo, porque tiene cara de estrella del *rock* —me explica señalando a la pequeña bolita de manchas marrones y blancas que se arrastra buscando el calor de sus hermanos—. Este es Mazapán, porque es una dulzura.

—¿Has estado menos de una hora con ellos y ya les has puesto nombre a todos? —cuestiono divertido.

—Por supuesto. Ringo, Mazapán, Sura y Luna —anuncia señalándolos uno a uno—. Es evidente que la persona que los adopte puede cambiarles el nombre, pero mientras estén aquí, los llamaré así.

—No sabía que te gustasen tanto los animales —comento al observar la ternura con la que mira cómo el animalito engulle la leche.

Estoy empezando a pensar que la conozco bastante menos de lo que creía.

—Me encantan; si por mí fuese, tendría un zoológico entero en casa.

—¿Y por qué no lo haces? —repito la misma pregunta que ella me hizo anoche a mí.

—¿Tener un zoológico?

—Igual eso es un poco exagerado —admito riendo entre dientes—. Pero podrías empezar adoptando un perrito.

Ella parece meditarlo durante unos segundos antes de contestar.

—Que la vida de un ser indefenso dependa de ti me parece una gran responsabilidad, no es algo que se pueda decidir a la ligera, un

perro es familia y formar una familia es una decisión que hay que meditar muy bien.

Asiento, porque no puedo estar más de acuerdo con ella.

—Sin embargo, algún día me gustaría hacerlo —añade.

—¿Tener una familia? ¿Pareja estable, hijos, perro…? —indago un poco más.

—Perro y puede que hijos… Lo de la pareja estable no entra en la ecuación.

—Yo creo que va bastante unido a lo de los hijos… —dejo caer —. Hasta donde yo sé, para hacer un niño se necesita ser dos.

—No me seas antiguo, estamos en el siglo veintiuno, se puede criar perfectamente a un niño feliz de forma monoparental, yo soy la prueba de ello —me contradice.

Quiero saber más, pero ella se adelanta y pierdo la oportunidad.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia? —me pregunta dejando a Mazapán, que ya ha terminado de comer, de nuevo en su sitio para coger a Luna y colocarla sobre su regazo.

—¿A qué te refieres? —pregunto sin saber muy bien a dónde quiere ir a parar.

—¿Por qué estás tan implicado con este sitio?

—Me encantan los perros —respondo restándole importancia.

—Eso no lo pongo en duda, pero tiene que haber algo más.

—¿Por qué piensas eso?

La observo de reojo.

—Llámalo intuición —dice encogiéndose de hombros.

Me quedo unos segundos en silencio.

—Cuando era pequeño, antes de conocer a Ryan, un par de casas más allá tuve un vecino que tenía un perro —comienzo a relatar—. Se llamaba Rufus y era un animal precioso, noble y superinteligente y, como mis padres me tuvieron siendo bastante mayores y no tenía hermanos ni primos, me encantaba pasar el tiempo jugando con él.

Los recuerdos se abren paso en mi cabeza y todos esos recuerdos brillan en mi mente con una asombrosa nitidez, tanta que, a pesar de que han pasado años, parece que fue ayer.

—Su dueño no lo cuidaba en absoluto, nunca lo bañaba, ni mucho menos lo desparasitaba, por lo que yo me encargaba de bañarlo a escondidas de vez en cuando y cada día le llevaba de comer —sigo diciendo—. Algunas veces el animal cojeaba o aparecía con heridas y, a pesar de que yo tan solo era un niño, pronto llegué a la conclusión de que el cabrón de mi vecino lo maltrataba.

Hago una parada al sentir que se me cierra la garganta y las palabras se me atragantan.

—Una tarde Rufus apareció con un gran corte en la para trasera y decidí esconderlo en nuestro garaje para curarlo, le compré una cama mullida y le preparé un buen plato de comida. —Suspiro con pesadez—. Nunca olvidaré cómo me miraba cuando me senté a su lado a acariciarle el lomo mientras la devoraba y yo le aseguraba que ya había pasado todo, que ya estaba a salvo. Era mi amigo y estaba decidido a quedármelo, a cuidarlo para impedir que ese hombre volviese a hacerle daño, pero al día siguiente, mientras estábamos desayunando, el vecino llamó a nuestra puerta reclamando al perro. —Soy incapaz de esconder la amargura que brota de mis labios—. Les dijo a mis padres que sabía que yo lo había cogido, que era suyo y que, si no se lo devolvíamos, iba a denunciarnos.

Mi mirada busca la suya y me reconforta encontrarla cargada de rabia y empatía.

—Se lo llevó a rastras mientras el animal aullaba intentando apartarse de él y yo lloraba de impotencia.

Bajo los ojos al cachorrillo que tengo sobre las piernas y los cierro con fuerza.

—¿Qué pasó después? —Su voz es apenas un susurro.

—Estuve dos días enteros sin verlo y al final decidí colarme en la casa del viejo. Al entrar en el garaje me encontré con Rufus… —Elevo la mirada de nuevo hacia ella—. El despreciable tipejo que tenía por dueño le había dado una paliza terrible y estaba muerto.

Han pasado años y todavía me tiembla la voz por el recuerdo.

—La persona que debía haberlo protegido y cuidado lo había asesinado, y yo no pude hacer nada por ayudarlo. —La rabia me empaña la mirada—. Mis padres lo denunciaron, pero no sirvió de

nada, y lo único en lo que yo podía pensar una y otra vez era en que Rufus estaba muerto y yo no había podido salvarlo.

—No comprendo cómo puede existir en el mundo gente tan cruel —farfulla, afectada por lo que le acabo de contar.

—Lloré durante una semana entera —confieso—. Y poco después mis padres compraron una casa y nos mudamos; ahí es donde conocí a Ryan y fue un alivio no volver a ver a mi vecino, pero siempre me quedé con la pena de no haber podido salvar a Rufus.

—Eras solo un niño —murmura ella al mismo tiempo que coloca su mano sobre la mía.

El roce de su piel me resulta calmante y electrizante a la vez.

—Lo sé. Pero ahora no lo soy —respondo con firmeza.

—Por eso procuras que no haya otros perros que pasen por la misma situación.

—Solo intento ayudar a que otros tengan la segunda oportunidad que no pude brindarle a Rufus.

—Eres un buen tipo, Liam Jackson —lo dice con una sinceridad y una cercanía que me destrozan, me recomponen y me vuelven a destrozar.

—Tú tampoco estás del todo mal —respondo guiñándole un ojo.

Aria abre la boca para contestar, pero justo entonces su móvil comienza a sonar.

—Es una videollamada de las chicas —anuncia antes de que las caras de Maddy y Savannah aparezcan en pantalla.

—¡Al fin! —resopla la entrenadora—. ¡Llevamos un rato escribiendo por el grupo y no das señales de vida!

—Lo siento —se disculpa ella—, estábamos ocupados y se me pasó leer los mensajes.

—¿Estábamos? ¿En plural? —pregunta Savannah alzando las cejas.

En lugar de responder, Aria gira un poco la pantalla para que yo también pueda aparecer, y las saludo a ambas con la mano.

—¿Dónde estáis? —inquiere la fisioterapeuta.

—En el refugio —respondo.

—¿No ibais a primera hora? —pregunta Maddy con cierta preocupación—. ¿Todavía estáis ahí? ¿Va todo bien?

—Todo genial —la tranquiliza Aria—. Vinimos a primera hora a hablar con Allyson, pero nos hemos entretenido dándoles de comer a los cachorros.

Mueve el móvil para que sus amigas vean a los perritos y de inmediato oímos un «oooooooh» seguido de varios suspiros al otro lado.

—¡Son tan monos! —afirma Savannah.

—¿Quiénes? ¿Los perritos o ellos? —bromea Maddy.

—Ambos —responde su amiga.

—Ja, ja, ja, no tiene gracia —replica Aria enfocándonos a nosotros de nuevo para ponerles mala cara.

—No pretendo que la tenga, es la verdad. Ahí sentados, juntitos, con todos esos perritos correteando a vuestro alrededor.

—No corretean, apenas pueden arrastrarse —la corrijo, conteniendo las ganas de echarme a reír.

—Y no estamos *juntitos* —recalca Aria.

—Pues yo muy separados no os veo —comenta Maddy con guasa.

—Esto es pequeño, ¿qué queréis, que estemos uno en cada esquina? —protesta la Relaciones Públicas, molesta.

—No, no, por nosotras podéis juntaros todo lo que os apetezca —responde al momento la entrenadora, dedicándonos una sonrisa cargada de malicia.

¡Estas dos son tremendas! Hago un esfuerzo para no soltar una carcajada, porque se nota que a Aria la conversación no le está haciendo ni puñetera gracia.

—¿Queríais algo más aparte de tocarme las narices? —las increpa ella.

—Solo preguntarte si querías venir a comer con nosotras, tenemos hambre y vamos a ir a picar algo, pero olvídalo, te vemos ocupada —dice Savannah.

—Eso, comed, comed, a ver si así tenéis la boca cerrada —murmura ella a mi lado mientras acaricia al perrito que tiene sobre sus piernas.

—Sentimos la interrupción, hasta luego, chicos —se despiden las dos con una sonrisa inmensa atravesándoles la cara.

—La madre que las parió —sisea al colgar la llamada a la vez que se coloca un rizo detrás de la oreja.

—Solo estaban bromeando —le digo quitándole importancia.

—A nuestra costa —me recuerda.

—Puede que un poquito sí, pero en algo estoy de acuerdo con ellas —anuncio.

Aria me mira sorprendida.

—Yo también estoy muerto de hambre, apenas he desayunado y ahora mismo sería capaz de devorar un elefante. Si no estás muy ocupada, te invito a un sitio genial.

Ella parece sopesarlo durante unos segundos.

—Tengo bastante lío —murmura.

—Por muy ocupada que estés, algo tendrás que comer… —trato de persuadirla, porque lo cierto es que cada vez estoy más a gusto a su lado y me apetece seguir disfrutando de su compañía.

—Está bien, puedo concederte un poco más de mi tiempo.

—Me siento honrado.

—Deberías. El tiempo vale más que el oro —declara—. Eso dice siempre mi abuelo.

—Pues entonces no debemos perderlo —respondo al mismo tiempo que coloco al perrito en la cama al lado de sus hermanos, y me levanto para tenderle la mano.

El roce de sus dedos, suave y tenue, me hace contener el aliento al provocar por segunda vez que una sensación tan electrificante como reconfortante me recorra por dentro. Sé que es una contradicción, pero es que últimamente todo se vuelve contradictorio cuando estoy con ella.

Capítulo 12
La presidenta del club de fans

Aria

Detenemos el coche en una calle de dudosa reputación del distrito de Chelsea en la que no se me hubiese ocurrido poner un pie viniendo sola.

—¿Es que pretendes matarme y tirar mi cuerpo al río? —pregunto mientras avanzamos por un callejón con escasa visibilidad en el que varios grupos de chicos con apariencia poco amistosa nos observan con actitud desafiante.

Liam sonríe y, al verme dudar, coloca su mano en la parte baja de mi espalda para animarme a avanzar.

Ignoro de forma deliberada la manera en que el calor traspasa mi ropa justo donde él me toca para evitar ponerme más nerviosa y me concentro en procurar salir de aquí sin que nos hayan atracado, descuartizado o cualquier otra cosa.

Por suerte, ninguno de los dos vestimos de forma llamativa ni ostentosa, Liam incluso lleva la cazadora abrochada hasta arriba y una gorra con la que pretende camuflarse para que no lo reconozcan. Espero que lo consiga, porque llamar la atención en un lugar como este dudo que sea lo más conveniente.

—Tranquila, no los mires y ellos no te mirarán —susurra inclinándose un poco hacia mí.

—Una afirmación estupenda como frase de taza, pero no me parece demasiado realista en la práctica —murmuro al comprobar por el rabillo del ojo que alguno de los chicos no nos quita el ojo de encima.

—Ya casi estamos —me asegura.

Giramos a la izquierda y descubro una hamburguesería en el lateral izquierdo de uno de los edificios.

Parece sucia, vieja y tiene un cartel de neón rosa y amarillo que parpadea anunciando el nombre del local, Hamburguesas Billy, que le da un toque todavía más escabroso y destartalado.

—Es aquí —anuncia Liam acercándose a la puerta. Y la mantiene abierta para invitarme a pasar.

—¿Estás de coña? —le pregunto en voz baja al observar las mesas viejas de madera y los taburetes desvencijados que las rodean.

—No te dejes engañar por su apariencia, estás entrando en la que sin ninguna duda es la mejor hamburguesería de toda la ciudad.

No me convence ni un poquito, pero ya que estamos, y sobre todo, teniendo en cuenta que ni loca pienso darme la vuelta y volver a pasar por ese callejón yo sola, no me queda más remedio que entrar.

El local es alargado y un tanto estrecho, las paredes son de ladrillo y la barra, de metal.

Varias parejas charlan de forma animada mientras esperan su comida, y Liam echa a caminar hasta la última mesa, la que está un poco más alejada dentro del local. Toma asiento, se quita la gorra y se revuelve el pelo con naturalidad.

Lo lleva despeinado como casi siempre; varios mechones caen sobre su frente, y siento el impulso de alargar los dedos y enredarlos en ellos para ver si es tan suave como parece.

Se le ve relajado, se nota que está cómodo en este lugar.

Poco después una camarera, que pasará de largo los sesenta años, se acerca para tomar nota de nuestro pedido y, en cuanto descubre a Liam, su rostro se ilumina y le sonríe con cariño.

—Liam, guapo, cuánto tiempo hacía que no te pasabas a vernos.

—Lo siento, Lili, ya sabes, la vida no me deja demasiado tiempo libre —se disculpa él encogiéndose de hombros.

—Billy se va a poner contento cuando sepa que estás aquí. ¿Os pongo lo de siempre?

—La duda ofende —responde él dedicándole una sonrisa con la que consigue ruborizarla.

—Eres tremendo —lo acusa ella.

—¿En el buen sentido o en el malo? —pregunta Liam cruzando los brazos sobre la mesa y apoyando a continuación la barbilla sobre ellos con una cara de niño bueno que no le pega ni de lejos.

La mujer se ríe de forma coqueta y se aleja, negando con la cabeza.

—Dudo que se pueda ser tremendo en el buen sentido… —musito al ver que ella no dice nada.

—Por supuesto que se puede.

—Ya… Lo que tú digas —murmuro sin entrar a debatir—. Parece que vienes mucho por aquí, lo cual es sorprendente, teniendo en cuenta que sigues vivo.

La carcajada que emana de su pecho se cuela en el mío, caldeándome por dentro.

Lo he escuchado reír muchas, muchísimas veces así, de esta forma tan desinhibida y natural, pero creo que nunca por mí, y me resulta extraño y agradable a la vez ser la causante de ese sonido.

—Conocí a Billy y a su mujer Liliana cuando fueron al refugio a adoptar un perro —me explica—. Ese día yo estaba ayudando a varios voluntarios a bañar a los animales y me llamaron la atención porque, aunque su intención era llevarse un cachorro, acabaron adoptando a Chispas, un abuelete que hasta ese momento había tenido una vida de mierda y muy poca suerte.

»Me contaron que tenían un pequeño local en Chelsea y, desde la primera vez que vine, me convertí en un incondicional de sus hamburguesas.

Lili se acerca de nuevo a nosotros para depositar dos botellas de agua fría y un par de platos con unas hamburguesas que, a decir verdad, huelen de maravilla.

—¿Agua? —Lo miro extrañada, porque sé que es un adicto al Nestea.

—Por supuesto, en este caso, cualquier otra bebida sería un engaño para el sentido del gusto camuflando y distorsionando el sabor de esta obra de arte —me asegura señalando la hamburguesa.

Alzo las cejas, pero no digo nada. ¡Hay que ver lo intensito que se pone con la comida!

—Adelante, pruébala —me anima.

Tengo hambre, y lo que tengo delante tiene una pinta espectacular, así que no me hago de rogar.

—¡Oh, madre mía! —exclamo tapándome la boca con la mano, porque todavía la tengo llena.

Suelto un gemido de placer y le doy otro bocado que arranca a Liam una nueva y sonora carcajada.

—En serio, esta hamburguesa debería tener su propio club de fans —afirmo señalándola—. Me ofrezco a fundarlo y presidirlo desde ya.

—Te dije que merecía la pena.

—Ya lo creo que la merece. ¿Crees que podríamos incluirla en nuestra yincana?

Él se lo piensa durante unos segundos.

—Dudo que sea una buena idea, Lili y Billy están solos al frente del local para cocinar y atender, por lo que no creo que tengan la capacidad de gestionar toda la demanda que supondría algo así. —Se toma unos segundos, como si estuviese sopesando pros y contras, y continúa hablando—. Son mayores y están cubiertos, no tienen la necesidad de agobiarse, de hecho, si siguen trabajando es porque les gusta, sé de buena tinta que sus hijos han intentado convencerlos varias veces para que se retiren, sin embargo, ellos no quieren.

—Se nota que disfrutan con lo que hacen —comento de forma distraída mientras le doy un nuevo bocado a la hamburguesa y observo a Lili, que habla de forma animada con una pareja que está sentada en una de las mesas próximas a la entrada.

—En serio, esto tiene que ser pecado, algo tan bueno no puede ser legal —añado disfrutando del contraste de sabores en el paladar.

Sus ojos se iluminan y su boca se curva en una sonrisa que capta toda mi atención. Intento desviar mis ojos de sus labios, pero me resulta imposible; están anclados a esa parte de su cuerpo, pegados a esa sonrisa descarada y magnética que me recorre por

dentro provocándome de repente un fogonazo de deseo, una inquietante sensación de desasosiego y calor, un calor abrasador.

No necesito mirarme a un espejo para saber que el color de mis mejillas ha comenzado a aumentar de intensidad, y eso me agobia todavía más. Porque esto no es un cosquilleo como el que sentí cuando lo vi en medio del patio con Oreo en brazos, o la sensación que tuve cuando me rozó la mano… Esto va mucho más allá.

¿Qué narices me pasa? ¡Yo no me sonrojo! ¡No me pongo colorada! Esta reacción no es propia de mí, y mucho menos por una sonrisilla de nada.

El problema es que no es una sonrisilla de nada; es una sonrisa peligrosa, canalla, una sonrisa que debería estar prohibida, penada con cárcel y vetada.

—¿Estás bien? —Su voz es suave y contrasta con la intensidad de su mirada.

¿Desde cuándo el verde de sus ojos es tan profundo? Tan asfixiante.

Trago saliva antes de contestar, juro que casi siento mis neuronas echando humo, porque soy incapaz de pensar y mucho menos de articular algo coherente que no me deje quedar mal.

Me limito a asentir y le doy un nuevo bocado a la hamburguesa mientras me remuevo incómoda en mi taburete.

—¿Seguro? —insiste arrugando ligeramente el ceño.

Me fijo en las arruguitas que se le forman en la nariz y, por primera vez desde que lo conozco, me parecen adorables.

¿Adorables y Liam en la misma frase? En serio, ¡¿qué cojones le han echado a la hamburguesa?!

—Hace calor —respondo poniéndome la mano delante de la boca para mantener un mínimo de dignidad, porque todavía no he tragado del todo.

—¿Calor? ¿En serio? —repite alzando las cejas.

Juraría que se está divirtiendo, y eso me enciende todavía más por dentro.

—No sé por qué te sorprendes —le espeto.

—Porque eres una de las personas más frioleras que conozco y aquí no debemos de estar a más de dieciocho grados.

—No soy friolera.

—Anda que no, hasta te he visto con chaqueta en verano.

—Solo algunas noches, porque refresca.

—Lo dicho: eres una friolera —sentencia.

—El problema es que tú tienes el termostato jorobado —replico a la defensiva—. Porque aquí hace mucho, mucho calor. ¿A que vosotros también tenéis calor? —añado a la desesperada dirigiéndome a la pareja que tenemos más cerca un par de mesas más allá.

Los dos me observan como si acabasen de caerme dos tornillos de la frente delante de sus narices, e incluso yo misma comienzo a pensar que estoy perdiendo la cabeza.

—Termínate eso de una vez —le ordeno de mala gana señalando su hamburguesa, que está casi sin tocar. Claro, es mucho más divertido vacilarme que ponerse a masticar…

Él parece a punto de responder algo, pero al final obedece y se queda callado mientras hace lo que le he mandado y poco a poco va vaciando su plato.

Yo, por mi parte, evito a toda costa mirarlo y me entretengo saboreando lo que queda en el mío hasta que un rato después pagamos y por fin podemos salir del bar.

Ni siquiera la brisa que me acaricia el rostro consigue quitarme el sofoco; caminamos por el callejón uno al lado del otro y, aunque Liam me mira varias veces de reojo, ha debido de notar el cambio en mi estado de ánimo y opta por no hablar.

¡Chico listo! No comprendo qué me ha ocurrido ahí dentro y, por lo tanto, no me siento de buen humor para charlar. Lo único que me apetece es llegar a mi casa, darme un buen baño, ponerme una peli en la tele y olvidarme de lo que acaba de pasar.

Capítulo 13

La mejor tía del mundo y la peor hermana del universo

Liam

—Podéis creerme o no, pero os juro que estábamos tan a gusto y de repente le cambió el carácter —les susurro a Maddy y Savannah, que caminan a mi lado. Los tres hemos acelerado un poco el paso y vamos unos metros por delante de los demás por el patio de la protectora—. Me recordó a los peluchitos esos tan monos que se volvían malvados si tocaban el agua —añado.

—¿Te refieres a los Gremlins? —pregunta Maddy deteniéndose y alzando las cejas.

—Esos mismos —admito asintiendo.

—Siento ser yo quien te lo diga, pero tus referencias cinematográficas son más antiguas que las de mi abuela —se burla ella conteniendo la risa—. Por otro lado, no sé qué puede ser más peligroso, que Aria te escuche llamarla «peluchito adorable» o que la compares con ese muñeco tan horroroso.

—No os desviéis de lo importante —protesto.

—Y, según tú, ¿qué se supone que es lo importante? —cuestiona Brad, uniéndose a nosotros.

—Lo complicada que es —protesto resoplando—. Cuando estoy con ella nunca sé si estoy acertando o metiendo la pata.

—¡¿Complicada?! ¡¿Esa pequeñez te parece complicada?! —exclama Kevin acelerando el paso para colocarse a mi lado—. ¡Complicado va a ser conseguir que Molly salga de aquí sin llevarse como mínimo dos o tres cachorros escondidos dentro de su mochila

para casa! —gime arrugando el ceño y revolviéndose el pelo con una mano.

—No seas exagerado —lo acusa su hermana—. Ni que la niña se dedicase a robar perros por los parques y las plazas.

—Lleva meses pidiéndome uno y ahora resulta que tú nos invitas a venir a un refugio. Eso es jugar sucio… —nos acusa.

La entrenadora le dedica una mirada de lo más inocente, pero no cuela.

—Podías haberte negado —sugiere encogiéndose de hombros.

—Sí, claro, como si hubiese tenido la más mínima oportunidad de no venir cuando propusiste el plan delante de tu sobrina. En cuanto mencionaste «paseo» y «perros» se le abrieron los ojos como platos.

—No seas dramático, no va a pasar nada por dejarla disfrutar con estos pobres animalitos.

—¿Dramático? —repite él—. Ya te recordaré lo dramático que soy cuando me toque jugar fuera y tú tengas que encargarte del perro.

—¿Perro? ¿Nos vamos a llevar un perro? —La niña, que se acerca corriendo, parece haber escuchado la última parte de la conversación, y sus ojos brillan por la ilusión como dos luciérnagas en medio de la noche.

—No, en absoluto, no nos vamos a llevar ningún perro —afirma Kevin con rotundidad.

—¿Por qué? —La decepción de la pequeña es tan evidente que se me encoge el corazón.

—Porque es una gran responsabilidad —le explica su padre tomándola de la mano mientras nos encaminamos hacia la puerta que da acceso a una de las naves donde están los animales.

—Mi profe dice que soy muy responsable para mi edad —comenta ella levantando la barbilla con dignidad.

—Y es cierto, pero un perro da mucho trabajo —le explica paciente su padre.

—Tú siempre dices que para conseguir las cosas hay que trabajar —le recuerda la niña.

—Me refiero a conseguir tus propósitos y tus metas.

—Mi propósito es tener un perro. —Molly no parece dispuesta a dar su brazo a torcer.

—No es un buen momento —dice Kevin a la vez que niega con la cabeza.

—Mi amiga Kira tiene un perro y duerme con ella a los pies de su cama; si yo tuviese un perrito a los pies de mi cama, nunca más me daría miedo la oscuridad —asegura Molly con aire soñador.

—Te lo repito, cariño, un perro da mucho trabajo y es una gran responsabilidad —insiste su padre.

—La abuela dice que los niños dan mucho trabajo y son una responsabilidad para toda la vida —afirma ella mirándolo con inocencia.

—Lo son.

—Pero tú me quieres, ¿verdad, papi? —pregunta con voz melosa.

—¡Claro que te quiero!

—Los niños también dan trabajo y, aun así, tú me quieres. ¿Verdad, papi? —Sonríe la pequeña con candidez.

—¡Por supuesto que sí! —exclama él.

—Pues entonces, aunque dé mucho trabajo, yo también quiero un perro.

—¿Está intentando hacerle chantaje emocional? —le susurro a Maddy entre asombrado y admirado.

Ella asiente, disimulando una sonrisa.

—Y, como puedes comprobar, se le da genial —me dice en el mismo tono.

Contemplo a la pequeña pensando en cuánto tendría que aprender de ella… Claro que con esa sonrisa angelical y esa carita de no haber roto un plato en toda su vida tiene una ventaja difícil de igualar.

—Ya lo hablaremos más adelante —intenta esquivar el tema su padre—. Por ahora disfruta de las horas que tienes por delante con ellos.

La niña no parece satisfecha, pero tampoco insiste más y, en cuanto entramos por la puerta principal, Luck y Trevor, dos de los voluntarios que, a pesar de ser solo un par de adolescentes en su

último año de instituto, intentan sacar tiempo de sus estudios y actividades para echar una mano en el refugio, se acercan a nosotros sosteniendo las correas de varios perros, ella empieza a dar saltitos emocionada y se olvida del chantaje por el momento.

Observo como la mirada de los chicos brilla ilusionada al posarse sobre mis compañeros.

—Chicos —les digo—. Estos son mis amigos Brad, Kevin, Ryan, Maddy, Savannah y Aria.

Los adolescentes les dedican una sonrisa de admiración.

—Me parece una pasada todo lo que has conseguido —le dice Trevor a Maddy con sinceridad—. La jugada con la que conseguisteis anotar el ultimo *touchdown* en el partido contra Los Osos fue… —Niega con la cabeza, como si no encontrase las palabras.

—Una puta pasada —Luck termina la frase por él.

—Muchas gracias —responde Maddy—. ¿Vosotros jugáis? —se interesa.

—Yo no, lo intenté de pequeño, pero no es lo mío —reconoce Trevor pasándose la mano por la nuca.

—Yo sí, soy ala cerrada en el equipo del instituto —anuncia Luck con timidez.

—Aquí donde los veis, los ojeadores de Standford ya le han ofrecido a Luck una beca deportiva, y Trevor tiene un expediente tan brillante que el año que viene estudiará en Harvard —presumo, orgulloso de ellos por esforzarse en intentar dar cada día la mejor versión de sí mismos.

—Caramba, enhorabuena, eso es una pasada —los felicita Kevin.

—Son grandes chicos, estoy seguro de que si siguen trabajando como lo han hecho hasta ahora, van a lograr alcanzar cualquier meta que se propongan —anuncio con convicción.

—¿Seguro? —pregunta Molly quien, a pesar de estar acariciando a todos los perritos sin descanso, parece haber estado de lo más atenta a nuestra conversación.

—Por supuesto —me reafirmo—. Con perseverancia y trabajo se puede llegar al fin del mundo.

Ella asiente con solemnidad antes de preguntar:

—¿Qué es perseverancia?

—Es insistir y seguir intentando las cosas, aunque no salgan a la primera —le explica su tía.

—¿Eso quiere decir que si yo tengo mucha perseverancia puedo conseguir lo que quiera? —Suena esperanzada.

—No, si eso que quieres es conseguir que nos llevemos uno de estos perritos a casa —replica su padre, adivinando a dónde quiere llegar con esta conversación.

—No tendría que ser uno de estos exactamente… —suelta la niña como si nada, encogiéndose de hombros.

—Mollyyyy —le dice su padre en tono de advertencia.

—Hablando de perritos, ¿a quiénes nos vamos a llevar de paseo? —intervengo al ver el puchero de la niña.

—Como la idea es que cada pareja se lleve un perro, hemos seleccionado para vosotros a Kata, Mila y Trosky —nos explica Luck —. Son algunos de nuestros perritos más mayores y, por lo tanto, los que lo tienen más complicado para encontrar una familia.

—Así que hemos pensado que salir en la foto con vosotros les dará una visibilidad que les vendrá genial.

Les echo un vistazo a los tres animales.

Los conozco y todos ellos son adorables.

Kata y Trosky son mastines; Mila, en cambio, es una galga, y los tres llevan demasiado tiempo en el refugio sin saber lo que es el calor de una familia.

—¿Y yo? ¿Yo no tengo perrito? —Molly alza sus expresivos ojos hacia Luck, decepcionada.

—Para ti hemos pensado en algo especial —le responde él guiñándole un ojo y echando un vistazo atrás justo en el instante en que Allyson sale de la nave contigua a la principal sosteniendo entre sus brazos un cachorro que coloca en el suelo delante de la niña.

—Molly, te presento a Pecas —le dice la directora del refugio.

—¡Es preciosa! —exclama la niña extasiada mientras se tira de rodillas al suelo para llenar de mimos a la perrita que, encantada, mueve el rabo y comienza a chuparle la cara—. Pecas, vas a ser mi nueva mejor amiga —le asegura ella a la cachorrita que, como si la entendiese, suelta un pequeño ladrido de felicidad.

Molly cierra los ojos, arruga la nariz y suelta una carcajada.

—Oh, mierda —gime Kevin en voz baja.

—Lo siento, amigo, pero estás perdido —susurra Brad divertido.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —murmura el sacrificado padre frunciendo el ceño.

—¡Es tannn, pero que tannn adorable! —exclama la niña entusiasmada—. ¿Verdad que es adorable, papá?

—Sí, tesoro, muy adorable —admite él de mala gana.

—Acabo de convertirme en la mejor tía del mundo —declara Maddy divertida.

—Puede —concede Kevin—. Pero también en la peor hermana del universo.

Todos, a excepción de Kevin, a quien el asunto no parece hacerle gracia, y Molly, que sigue ensimismada acariciando a la cachorrita, nos echamos a reír.

—¿Tenéis vuestra cesta de pícnic preparada? —se interesa Allyson.

—Por supuesto —respondo levantando la cesta de mimbre que sostengo (cortesía de Savannah).

—Pues entonces deberíais poneros en marcha, estos animalitos están ansiosos por salir —sugiere ella dirigiendo la mirada hacia los perros, que mueven el rabo de forma frenética.

—No se hable más —digo con voz animada, colocándome al lado de Aria quien sujeta la correa de Mila, la cual, al darse cuenta de que nos dirigimos hacia la puerta, pega un fuerte tirón, haciéndola tropezar.

Con rapidez, para intentar evitar un nuevo tirón del animal que termine con Aria estampada contra el suelo, coloco mi mano sobre la suya, sosteniéndola con firmeza.

—Buenos reflejos, Romeo —se cachondea Ryan, ganándose un codazo en el costado de su novia y una mirada de mi parte con la que podría desintegrarlo.

—Solo intento enseñarle a Aria que ella es quien tiene que pasear a Mila, y no al revés, porque por lo visto, no lo sabe —bromeo más a la defensiva de lo que me gustaría mientras evito

pensar en el agradable cosquilleo que provoca en la palma de mi mano el tacto de su piel.

El cuerpo de Aria se tensa a mi lado y enseguida comprendo que acabo de cagarla de nuevo.

—Menudo imbécil —murmura sacudiendo su brazo para librarse de mí.

La veo adelantarse sin mirar atrás y le dedico otra mueca de disgusto a Ryan quien, lejos de mostrarse arrepentido, parece de lo más entretenido.

—¿En serio? ¿Eso ha sido lo mejor que se te ha ocurrido decir? —suspira Maddy al pasar a mi lado.

Me encojo de hombros con resignación.

—Anda que… —musita, negando con la cabeza a la vez que acelera el paso para alcanzar a su amiga.

—Ya te vale, tío —le reclamo a mi amigo cuando se sitúa a mi lado.

—Yo no tengo la culpa de que seas de muelle fácil —replica él.

—¿De muelle fácil? —interviene Brad—. Este viene sin el muelle de fábrica.

—Ja, ja, ja. Muy graciosos, sois los dos pero que muy graciosos —ironizo—. Es que me parto con vosotros, me río tanto que me duele el estómago.

—Mientras sea el estómago y no los huevos… —deja caer Brad —. Lo digo porque Aria te miraba como si la mayor ilusión de su vida fuese pegarte con todas sus fuerzas una patada en ellos.

Gimo y me encojo poniendo una expresión de dolor.

—Tranquilo, nosotros te protegeremos —se burla el cabronazo que ha provocado esta situación.

—Seremos tu escudo —añade Brad siguiendo la broma.

—Tus guardaespaldas —corrobora Ryan.

—Con dos guardaespaldas como vosotros estoy jodido.

—Siento ser yo quien te diga esto —comenta Kevin, que se acerca a nosotros con la pequeña Molly caminando a su lado de lo más entretenida con su cachorro—, pero estás jodido de todos modos.

Capítulo 14
Los archienemigos

Aria

El mal humor que me ha provocado el comentario de Liam desaparece en cuanto llegamos al merendero, que resulta ser un inmenso espacio verde con mesas, bancos de piedra y árboles de diferentes tamaños donde podemos soltar a los perros para que jueguen y corran en libertad.

Cuando la mano de Liam se acomodó sobre la mía sentí una corriente recorrerme de arriba abajo, y eso hizo que su desafortunado comentario me sentase todavía peor. Sé que no lo dijo para mofarse de mí ni con mala intención, pero igualmente me molestó.

Sin embargo, ver a los perros jugar felices y saber que, aunque sea en una pequeña parte, yo soy la responsable de esa alegría me provoca una intensa sensación de bienestar que enseguida consigue desbancar mi enfado inicial.

—¿Has conseguido buenas fotos? —La voz de Liam justo a mi espalda me sobresalta cuando estoy concentrada intentando captar una instantánea de Molly abrazando al cachorro, que no ha soltado en ningún momento.

—No hay queja —respondo en tono hosco.

—Sabes que no me estaba riendo de ti —me asegura.

—Lo sé —reconozco de forma escueta a la vez que contemplo la imagen que aparece en la pantalla de mi cámara.

—Entonces no te enfades —me pide, acercándose un paso más.

Lo siento cerca, demasiado cerca, tanto que puedo aspirar su aroma y sentir los escasos centímetros que separan su pecho de mi espalda.

Echo un vistazo rápido a los demás que, por lo visto, están demasiado enfrascados en su conversación y en los buñuelos de crema y chocolate que Brad ha cocinado como para prestarnos atención.

—No estoy enfadada.

—Te conozco, sé cuándo estás enfadada.

—Igual no me conoces tanto como crees.

—Te aseguro que sí —susurra aproximándose de tal forma que recibo con un escalofrío su aliento en forma de caricia en mi cuello; los músculos de mi espalda se tensan uno a uno y siento como el calor que desprende su cuerpo atraviesa sin pizca de esfuerzo las capas de ropa que me cubren.

—Lo dudo —titubeo con menos seguridad que antes mientras mi respiración se agita de forma casi imperceptible.

—Te conozco tanto que sé que no soportas el color negro.

—No es que no lo soporte, es que me parece deprimente —lo corrijo entre susurros.

—También sé que adoras ducharte con el agua de la ducha muy muy caliente.

¿Me lo parece a mí o de repente su voz se ha vuelto de lo más sugerente?

—Como a la mayoría de los mortales —musito en un tono apenas perceptible.

Echo un nuevo vistazo a nuestros amigos y confirmo que siguen a lo suyo, sin percatarse de que, por mucho que intento evitarlo, a pocos metros de donde se encuentran mi cuerpo comienza a arder como si yo fuese un árbol seco y Liam el rayo que incendia el bosque en mitad de la tormenta.

—Por supuesto, también soy consciente de que, aunque te gusta presumir de que no le temes a nada, en realidad te aterra la oscuridad.

No me toca, ni siquiera me roza, pero lo siento tan cerca que mi corazón se acelera como si estuviese acariciando cada centímetro

de mi piel.

—O que cuando un tío que no te interesa trata de ligar contigo frotas con tu dedo índice la uña de tu pulgar.

Sus labios permanecen a pocos milímetros del lóbulo de mi oreja y, de forma inconsciente, contengo durante unos segundos la respiración.

—¿Es que acaso te dedicas a vigilarme? —balbuceo, tratando a duras penas de mantener el control de mi propio cuerpo.

Incluso teniéndolo a mi espalda, percibo de forma nítida la sonrisa ladeada que asoma a sus labios, a esos puñeteros labios que últimamente no sé cómo ni por qué se cuelan en mis pensamientos en más de una ocasión.

—Y también sé que estás enfadada —añade sin contestar mi pregunta—. Si sirve de algo, lo siento, el idiota de Ryan me cogió por sorpresa con su comentario —se excusa en un tono de voz que al menos en mi cabeza suena de lo más sensual.

—No es el único idiota que hay por aquí —dejo caer tratando de fingir que no me afecta lo más mínimo su proximidad.

De nuevo intuyo como la sonrisa que toma forma en su boca se amplía, y trago repetidas veces con fuerza al sentir el nudo que me oprime la garganta impidiéndome respirar.

—Eso no te lo voy a negar —admite—. Aun así, lo siento, enfadarte no era lo que tenía en mente para esta tarde.

«¡No preguntes, no preguntes!», me grita mi sentido común y, a pesar de ello, no tardo ni dos segundos en preguntar:

—¿Y qué es lo que tenías en mente?

Mis palabras suenan aceleradas, y me encuentro conteniendo de nuevo la respiración y con cada partícula de mi cuerpo en tensión.

—Pues…

El sonido de mi teléfono vibrando y sonando en el bolsillo trasero de mi pantalón nos hace pegar un respingo a los dos y, mientras llevo la mano atrás para cogerlo, nos apartamos de un salto; él, revolviéndose el pelo con una mano, yo, intentando calmar las pulsaciones de mi corazón, que laten desenfrenadas como si en lugar de una adulta responsable y autosuficiente me hubiese vuelto

a convertir en una quinceañera a la que acaban de pillar en medio de un calentón.

—Es mi abuela —anuncio.

—¿Y no vas a cogerlo? —Parece sorprendido.

—Es una videollamada.

—¿Tu abuela te hace videollamadas?

—Desde que Logan le regaló un móvil de última generación y le enseñó a usarlo, ya no llama de otra forma —le explico a la vez que me aparto unos pasos y coloco la pantalla delante de mi cara.

—¡Abuela! —la saludo con demasiado entusiasmo.

—Hola, tesoro. ¿Estás trabajando?

—No, estoy con las chicas, hemos venido a un refugio para…

—¿Savannah y Maddy están contigo? —me interrumpe acercándose la pantalla a la cara como si por hacerlo fuese a aumentar su campo de visión.

—Sí —corroboro.

—Pues que se pongan también, así mato tres pájaros de un tiro.

—Abuela, se dice mato dos pájaros de un tiro —la corrijo.

—Pero vosotras sois tres, así que yo mato tres pájaros, no dos —afirma llena de razón—. ¿Te encuentras bien? —añade de repente, acercándose de nuevo el móvil a la cara.

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo? —cuestiono mientras me aproximo a las chicas, las cuales, al escuchar su voz al otro lado del teléfono, se dan la vuelta para verla en la pantalla.

—Estás un poco colorada —anuncia logrando que las miradas de todos los demás se centren en mi cara.

—No estoy colorada —replico.

—¿No tendrás fiebre? A ver si te vas a estar poniendo mala.

—Que nooo —rebato, a pesar de que bajo el escrutinio de mis amigos el calor de mis mejillas aumenta al menos hasta los cuarenta grados.

—Abuelaaaaa. —La voz de la pequeña Molly, que llega corriendo con su cachorro en brazos, la distrae del interrogatorio.

De inmediato pongo el teléfono en horizontal para que entren todos en pantalla.

—¡Pero si está ahí una de mis niñas preferidas! —exclama ella a la vez que su semblante se dulcifica—. ¿Y qué es eso que tienes en los brazos? ¿Un perrito?

—Papá no me deja llevármelo a casa —se chiva la pequeña en voz baja.

—Estoy segura de que conseguiremos hacerlo cambiar de idea —declara mi abuela guiñándole un ojo.

Kevin lanza un gemido por lo bajo.

—Ahora, vamos a lo importante —añade poniéndose seria—. Yo llamaba para recordaros que este viernes os quiero en mi casa para la celebración de nuestra fiesta del color.

—¡Por supuesto, ahí estaremos! —exclama Savannah.

—Hace mucho que no venís de visita —los regaña ella—. Así que el viernes a las ocho os quiero a todos aquí. No hagáis que tenga que daros un tirón de orejas. Y acordaos de que debéis venir vestidos de blanco.

—Tranquila, te los llevaré, aunque sea a ras…

—Espera un momento —me corta ella arrugando la nariz.

—¿Tú quién eres? —pregunta.

Todos nos quedamos callados.

—Tú, el de la esquina, el rubito.

Todas las cabezas se vuelven en dirección al aludido.

—Ehhh… Liam —responde él con cierta timidez.

—Liam —repite ella frunciendo el ceño como si estuviese tratando de recordar si alguna vez ha escuchado ese nombre con anterioridad.

—Liam juega en el mismo equipo que el tío Ryan y Brad. Son suuuperamigos y siempre están juntos —le explica Molly, encantada de tener toda su atención.

—Así que son superamigos, ¿eh? —La veo frotarse la barbilla con aire pensativo y siento la irreprimible tentación de colgar la videollamada y dar la conversación por terminada.

—¿Y entonces como es que yo no lo conozco? ¿Por qué nunca ha venido cuando lo habéis hecho vosotros? —le pregunta la mujer directamente a la niña, alzando las cejas con suspicacia.

Por la forma en que Liam cambia el peso de su cuerpo de un pie al otro es evidente que está tan incómodo como yo.

—La tía Aria nunca lo ha invitado —explica la niña con total naturalidad, encogiéndose de hombros.

—¿Pero no acabas de decir que son todos superamigos? —insiste mi abuela, que cuando se pone en este plan podría hacer temblar al mismísimo Sherlock Holmes.

—Sí, pero la tía Aria nunca ha querido invitarlo —repite la niña.

—Y, sin embargo, hoy sí que estáis todo ahí… —murmura la anciana con gesto pensativo—. ¿Lo que está diciendo Molly es así? ¿Mi nieta nunca te ha invitado a venir? ¿Por eso no te conocemos todavía? —le pregunta mi abuela de forma directa a Liam, centrando su mirada de sabueso en él.

—Ehhh, sí—murmura él incómodo—. Supongo que sí —admite al final, echándome directamente a la boca de los leones, o lo que es peor, de la matriarca de mi familia.

—Aria María Rodríguez Gómez… —Mi abuela pronuncia mi nombre completo, con apellidos incluidos, y me encojo un poco, porque eso quiere decir que el rapapolvo va a ser épico—. ¿Dónde ha quedado tu hospitalidad colombiana? ¿Es que no te hemos enseñado nada?

—Lo que pasa, abuela—interviene Molly, decidida a echarme un cable. Lo malo es que el efecto es justo el contrario y lo único que consigue es añadir más leña al fuego—, es que la tía Aria y Liam son archienemigos.

—¿Archiqué? —repite mi abuela alzando la voz a la vez que esboza una mueca de lo más extraña.

—Archienemigos… —repite la niña—. Ya te lo dije: nunca se ponen de acuerdo, se pasan el día discutiendo, papá dice que son como el perro y el gato. Pero yo no lo entiendo porque la vecina de mis abuelos en Washington tiene un perro y un gatito y yo nunca los he visto peleando, se llevan superbién y juegan juntos todo el rato.

—¿Qué pasa, tesoro? —La voz de mi abuelo me llega de fondo y pongo los ojos en blanco.

¡Lo que me faltaba!

—Nada, solo estoy conociendo a Liam, el archienemigo de tu nieta —le responde ella.

—¿El qué de mi nieta? —pregunta él observándonos a todos con sorpresa desde el otro lado de la pantalla.

—Su archienemigo —le repite ella con seguridad—. Al parecer, es muy amigo de los demás, pero él y tu nieta se pasan el día tirándose los trastos a la cabeza.

Mi abuelo busca a Liam entre el resto de los rostros conocidos y, en cuanto lo encuentra, una leve sonrisa asoma a sus labios.

—Mira, chico, sea lo que sea lo que mi nieta te haya hecho… —empieza a decir ese hombre que me ha criado y que se supone que debería estar incondicionalmente de mi lado, porque es sangre de mi sangre…

—¡Eh! ¿Por qué deduces que soy yo la que le he hecho algo? —protesto indignada cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Porque te conozco —afirma con convicción antes de centrar su atención de nuevo en Liam—. Sé lo obstinada que puedes llegar a ser.

—Eso es cierto, a cabezota no la gana nadie —corrobora mi abuela.

—Por no hablar de su impulsividad —prosigue él.

—Nunca piensa antes de hablar —lo apoya su mujer, asintiendo muy seria—. Y desde pequeñita, cuando tiene sueño, se pone de lo más irritable y susceptible.

—¡Cierto! —asiente su marido—. Gruñe y gruñe sin parar.

—Y cuando… —Mi abuela hace el amago de seguir despedazándome, pero la interrumpo, molesta.

—¡Bueno, ya vale! ¡Menudo repaso me estáis dando!

—Sin embargo —mi abuelo me ignora y continúa dirigiéndose a Liam—. También es trabajadora, responsable, divertida, leal y tiene un corazón enorme, aunque ella se empeñe en esconderlo y parecer una borde, quisquillosa y antipática.

—Yo no escondo nada —resoplo—. Y mucho menos pretendo ser todo eso que me acabas de llamar.

—Ah, ¿no? ¿Entonces cómo es que nunca nos has traído un chico a casa? —replica mi abuela.

—¿Os sorprende después del repaso que me acabáis de dar?

—Los que más te quieren son los que te dicen la verdad —responde ella alzando la barbilla.

¡Manda narices! Y luego la terca soy yo.

—Lo que tú digas —murmuro poniendo los ojos en blanco.

—Lo importante, Liam —interviene mi abuelo—, es que nos encantaría que nos acompañases junto con todos los demás… Puede que sea una buena oportunidad para que mi nieta y tú liméis asperezas, si es cierto eso de que sois… ¿Cómo has dicho? —le pregunta a mi abuela.

—Archienemigos —interviene Molly.

—Eso, archienemigos —asiente mi abuelo.

—No creo que sirva de mucho —comenta la niña encogiéndose de hombros—. La tía Maddy dice que son un caso perdido.

Miro de reojo a Maddy quien, en lugar de mostrar un poco de arrepentimiento, está roja del esfuerzo que le está costando no ponerse a reír a carcajada limpia.

Voy a cargarme a mi amiga y, en cuanto a Molly, en serio, adoro a esa niña, la quiero como si fuese mi sobrina, pero a veces es demasiado resabiada para su edad y una auténtica listilla…

Capítulo 15
Una locura de familia

Liam

En cuanto pongo un pie en la casa familiar de los Rodríguez Gómez, me doy cuenta de que por mucho que Aria o Logan tengan mansiones de lujo y vivan en un barrio exclusivo, esta modesta casa de dos plantas, césped cuidado y naranjos plantados en el jardín es el verdadero corazón de la familia, su nave nodriza, el refugio de todos ellos y el lugar al que, pase lo que pase, saben que siempre podrán regresar.

Un hogar cálido, lleno de alegría, voces y risas donde se respira vida y en el que enseguida te hacen sentir que eres uno más de ellos.

Reconozco que cuando toqué el timbre estaba ridículamente inquieto; por alguna extraña razón, era importante para mí causar una buena impresión, sin embargo, en cuanto Logan apareció al otro lado de la puerta principal con un niño de unos cuatro o cinco años enganchado a su pierna izquierda, otro incluso menor acomodado en sus brazos y con la cara manchada de chocolate, toda esa sensación de nerviosismo desapareció.

—¡Liam! Ryan me dijo que ibas a venir, pero no sabía si serías tan valiente o insensato como para atreverte —me dice animado mientras trata de caminar de forma graciosa provocando las risas de los dos pequeños—. Entra —me indica, echándose a un lado y haciendo un gesto con la cabeza para invitarme a pasar.

Lo hago mientras lo contemplo esbozando una disimulada sonrisa. Como dueño de Los Lobos de Nueva York, su apariencia

suele ser mucho más formal: traje y corbata o pantalones de vestir con jersey o americana.

Incluso en las barbacoas que organiza en su casa con el equipo de vez en cuando suele mostrarse contenido y guardar las formas, a pesar de que el ambiente es más relajado. Aquí, sin embargo, vestido con un pantalón de deporte blanco y una camiseta del mismo color que cubre con un delantal azul de nubecitas, se le ve relajado, a gusto y en su salsa.

—Traigo unas botellas de vino —anuncio elevando la caja de la bebida que he escogido con esmero.

—Las chicas están en la cocina, es al fondo del pasillo, acércate a saludarlas y dáselas para que las metan en la nevera —me indica, cerrando la puerta tras de mí.

Paso por delante del salón donde un par de adolescentes intentan reproducir un peinado de lo más elaborado y una niña de unos ocho años permanece tumbada en el suelo viendo un programa de televisión, y me encamino a la cocina.

Ni siquiera he llegado a la puerta cuando la música que suena con fuerza por los altavoces y las desacompasadas voces que hacen los coros a la canción a pleno pulmón llegan a mis oídos como advertencia de lo que me voy a encontrar y, a pesar de ello, no me espero para nada la escena que se desenvuelve en la estancia que sin duda es el núcleo de la casa familiar.

Una escena que me maravilla y me atrapa y que contemplo sin perder detalle, inmóvil y casi sin respirar, como si tuviese miedo de que mi mera presencia bastase para romper la magia.

Apoyadas en la enorme encimera lateral, Savannah y Maddy cortan verduras ataviadas con sendos delantales de color azul chillón sobre sus vestimentas blancas mientras mueven las caderas al ritmo de la alegre melodía.

Un poco más a la izquierda, dos mujeres adultas se han apropiado de la campana extractora y de una mesa de madera, convirtiéndolas en una improvisada batería que tocan con el cucharón y la espumadera, haciendo gala de un sentido del ritmo digno de admiración. Justo en el medio de la habitación, la pareja de ancianos que recuerdo de la videollamada del otro día baila,

agarrados y con gracia, y mientras, Aria, vestida con un pantalón blanco suelto y una camiseta ajustada del mismo color con un escote barco que deja sus bonitos hombros al aire, canta desinhibida, desafinando a grito pelado y completamente entregada, empuñando el palo de la escoba cual micrófono y ganándose toda mi atención.

Es preciosa. Lleva un moño deshecho en lo alto de la cabeza del que escapan varios mechones rebeldes que enmarcan una cara sin apenas maquillaje; tiene la mejilla derecha manchada de harina y sus labios forman una sonrisa brillante y tan luminosa que, cuando mis ojos se posan sobre ella, se me acelera de forma inesperada el corazón.

—Tú debes de ser Liam. —La voz del hombre que por lo visto acaba de pillarme contemplando embobado y con cara de pánfilo a su nieta me devuelve a la realidad.

—¡Liam! ¡Qué bien que ya estés aquí! —exclama Savannah soltando el cuchillo para acercarse presurosa a darme un abrazo al que correspondo con cariño.

—¡Bienvenido! —exclama Maddy guiñándome un ojo.

—Muchas gracias por invitarme, es un placer conocerlos en persona —comento a modo de saludo porque, cuando las miradas de todos los presentes recaen sobre mí, no sé qué más decir—. He traído vino —añado levantando la bolsa por segunda vez desde que llegué.

—Esas formalidades me levantan dolor de cabeza, así que más te vale que empieces a tutearnos —resopla su mujer poniendo los ojos en blanco—. En cuanto al vino, es un bonito detalle —dice acercándose para agarrarme de los hombros y posar dos sonoros besos en mis mejillas—. Pero no era necesario, lo importante es que estés aquí.

Hace una pausa y me estudia con curiosidad.

—El otro día no nos presentamos como Dios manda. Mi nombre es María, mi marido —añade señalando al hombre, que permanece un par de pasos por detrás de ella— se llama Carlos. Y esas de ahí son dos de mis hijas: Guadalupe y Diana, la madre de Aria.

Los contemplo a todos y no me cuesta encontrar el parecido entre las dos últimas. Mismo cabello rizado, facciones parecidas, aunque distinto color de ojos, rasgo que sin ninguna duda Aria ha heredado de su abuelo.

No tengo tiempo de añadir nada más antes de que Guadalupe y Diana se acerquen también y, al igual que su madre, depositen dos sonoros besos en mis mejillas.

Todos los miembros de la familia irradian entusiasmo y vitalidad, y ahora que los conozco ya comprendo de quién ha sacado mi compañera de campaña su inagotable energía.

—Ponte cómodo y siéntete como en casa —me pide Carlos, dándome unas palmaditas en el hombro antes de coger la bolsa con las botellas que le tiendo.

—¿Puedo ayudarles a preparar algo? —me ofrezco, olvidando por un momento que no debo tratarlos de usted.

—¿Qué te acabo de decir de las formalidades? No nos pongas encima más años de los que ya tenemos —me reclama María con tono serio, negando con la cabeza y señalándome con el dedo.

—Ehhh, lo siento —me disculpo.

—¡María, no asustes al chico! —la regaña su marido, logrando que a ella se le escape una pícara sonrisa—. No le hagas caso, ahí donde la ves es una guasona y está bromeando —añade dirigiéndose a mí—. En cuanto a lo de echarnos una mano, aquí ya está todo hecho, sin embargo, estoy seguro de que a Aria le vendría muy bien que la ayudases a poner la mesa.

Lanzo una mirada de reojo a la aludida quien, a pesar de estar observándome fijamente desde que se percató de mi presencia, es la única que todavía no ha dicho ni una palabra.

Maddy carraspea y le da un disimulado golpecito en la pierna que la hace sobresaltarse de forma casi imperceptible.

—Vamos —me ordena ella con voz seca, dirigiéndose a una puerta en la parte posterior de la habitación.

La sigo, preguntándome si estará molesta o disgustada porque me haya presentado, al fin y al cabo, no ha sido ella, sino sus abuelos, quienes me pidieron que viniese. Si quisiera tenerme aquí me habría invitado antes igual que a los demás, así que quizás haya

sido un error asistir; si lo he hecho, ha sido porque de verdad me apetecía estar aquí, no obstante, igual tendría que haber rechazado la invitación.

Accedemos a una anexo acristalado y cubierto que hace las funciones de comedor exterior. No es grande en exceso, pero sí que tiene el suficiente espacio para dar cabida a una estufa de leña, una enorme mesa rectangular y el aparador, al que nos dirigimos para coger en silencio los manteles y los platos.

—Escucha, Aria, lo siento si te ha molestado que haya venido, puedo…

—¿Por qué piensas eso? —me corta, elevando sus ojos para enfocarlos en los míos.

Me encojo de hombros.

—Estás muy seria —afirmo.

Se queda callada, como si estuviese pensando la respuesta.

—No me molesta que estés aquí —dice tras unos segundos—. De hecho, creo que debería haberte invitado antes, igual que al resto de los chicos. Te pido disculpas por no haberlo hecho.

¿Una disculpa? Eso sí que no me lo esperaba, esta chica tiene la capacidad de descolocarme por completo.

—No es necesario que te disculpes, no tenías ninguna obligación —le digo restándole importancia.

—Lo sé, pero debería haber sido más considerada; al fin y al cabo, aunque tengamos nuestros más y nuestros menos, eres parte del grupo, no debería haberte excluido, somos amigos —murmura a la vez que alisa con mimo el mantel de hilo blanco que cubre la enorme mesa.

Es un detalle que se disculpe por dejarme fuera de sus planes con los chicos y, sin embargo… En lugar de sentirme bien, un incómodo malestar me recorre por dentro al escuchar la palabra «amigos», porque si algo estoy sacando en claro de todos los momentos que estamos compartiendo, es que no soy su amigo, porque yo no la veo como la vería un amigo… Ryan y Brad son sus amigos y, definitivamente, no me imagino a ninguno de ellos teniendo cuando la ven el tipo de pensamientos que se me pasan a mí por la cabeza últimamente cuando está conmigo.

—No te preocupes, en serio, lo comprendo —digo con sinceridad, acercándole los platos.

—Me alegra que hayas venido. —Sus ojos se elevan buscando los míos y su mirada, clara e intensa, me golpea con fuerza durante un par de segundos antes de volver a centrarse en los platos y los vasos que estamos colocando.

—Y a mí estar aquí —confieso—. Tu familia es…

—Una locura.

La sonrisa que ilumina su rostro deja patente lo mucho que los quiere y lo importantes que son para ella.

—Una bendita locura —matizo—. Eres afortunada de tenerlos. Yo apenas cuento con familia.

—Lo sé. —Su sonrisa se hace más amplia—. Son especiales en lo bueno y en lo malo.

—Tú también lo eres. —Las palabras salen de mi boca sin que mi cerebro tenga tiempo de procesarlas.

La sorpresa se refleja en su rostro y sus mejillas se sonrojan, dándole un toque de lo más adorable.

No es una reacción a la que me tenga acostumbrado; Aria es una persona que rebosa seguridad y no es fácil hacerla enrojecer, sin embargo, últimamente la he visto sonrojarse en más de una ocasión, y lo cierto es que ese rubor le da un aire aún más atractivo.

Su mirada se prende en la mía, y aprieto con fuerza los vasos que sostengo entre las manos para reprimir el impulso de enredar los dedos en esos mechones rebeldes que escapan de su recogido y besar sus apetitosos labios mientras en mi cabeza se repiten una y otra vez dos palabras que hasta hace poco hubiesen carecido de todo sentido:

«Estoy jodido».

Capítulo 16
Mi legado

Aria

En cuanto lo veo entrar en la cocina con esos vaqueros blancos y una camisa del mismo color que se adapta a su cuerpo convirtiéndolo en una irresistible tentación, me quedo paralizada, enganchada al mango de madera que tengo entre las manos haciendo las funciones de micrófono y en shock.

Sus ojos contemplan la disparatada escena con curiosidad, diversión y diría que algo de anhelo, hasta que terminan aterrizando sobre mí en forma de mirada intensa, peligrosa y adictiva que me atraviesa y me sacude de un modo indescriptible que soy incapaz de gestionar.

No pasan más de unos segundos antes de que mi abuelo se percate de su presencia y, tanto él como el resto de los presentes se acerquen a saludarlo, no obstante, yo sigo inmóvil, anclada al suelo, con toda mi atención puesta sobre él mientras intento darle sentido al cúmulo de emociones extrañas y contradictorias que me asolan por dentro.

Liam está aquí, a mi lado, en la cocina en la que tantas veces me he sentado a merendar, en mi refugio, al lado de los taburetes donde en innumerables ocasiones he reído y llorado, con mi madre, mis abuelos, compartiendo espacio y diversión con mi familia, rodeado de mis amigas y, por alguna razón que no soy capaz de comprender, siento que así es como debe ser y que lo raro es que no haya sucedido hasta ahora. Y entonces me siento culpable, por haberlo mantenido lejos y por no haberlo invitado antes.

Demasiadas sensaciones tan abrumadoras que, por un instante, estoy tentada de escabullirme a la despensa en busca de un momento a solas para procesar esto que me altera, me escuece y a la vez me renueva.

Sin embargo, la voz de mi abuelo me devuelve a la realidad, arrancándome de mis pensamientos.

—Estoy seguro de que a Aria le vendría bien que le echaras una mano para poner la mesa. —Escucho la parte final de su frase y mi estómago se encoge como si acabasen de estrujarlo.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa cuando sus ojos caen de nuevo sobre los míos.

—Vamos —digo en un tono bastante hostil y con la espalda envarada, dirigiéndome hacia la puerta posterior de la cocina, que conduce al anexo acristalado que hace la función de comedor en las reuniones familiares.

Voy directa al mueble en el que almacenamos la vajilla y demás utensilios y cojo el mantel de hilo cosido a mano que ha pasado por varias generaciones de la familia y que mi abuela siempre usa en las grandes celebraciones.

Liam sostiene los platos observándome de reojo. Su ceño fruncido es señal de que algo le ronda la cabeza.

—Escucha, Aria —dice de repente en voz baja—, lo siento si te ha molestado que haya venido, puedo…

—¿Por qué piensas eso? —lo interrumpo.

—Estás muy seria —afirma encogiéndose de hombros.

Detengo el movimiento de mis manos, que se afanan en alisar el mantel, y aprieto la mandíbula.

Poco se imagina él que lo que me mantiene seria no es que haya venido, sino todo lo contrario; lo que me desconcierta y me descoloca es lo mucho que me gusta que lo haya hecho, que esté aquí, a mi lado, compartiendo este momento conmigo y con todos los demás.

—No me molesta que estés aquí —admito tras tomarme unos segundos para medir mis palabras—. De hecho, creo que debería haberte invitado antes, igual que al resto de los chicos. Te pido disculpas por no haberlo hecho.

Su gesto se suaviza y su mirada se vuelve cálida y cercana.

—No es necesario que te disculpes, no tenías ninguna obligación —me dice con una voz tranquila y pausada que me acaricia con suavidad, erizándome la piel.

Trato de mantener a raya todos estos incómodos sentimientos nuevos e inesperados que su proximidad provoca en mí, y murmuro, intentando distraerme a la vez que comienzo a alisar de nuevo el mantel como si me fuese la vida en ello.

—Lo sé, pero debería haber sido más considerada; al fin y al cabo, aunque tengamos nuestros más y nuestros menos, eres parte del grupo, no debería haberte excluido, somos amigos.

—No te preocupes, en serio, lo comprendo —manifiesta en tono seco, pasándome los platos que sostiene entre las manos.

Su semblante cambia, casi diría que se torna hosco y se ensombrece y, como estoy convencida de que es porque sigue pensando que no lo quiero aquí, insisto.

—Me alegra que hayas venido —digo con voz queda, elevando la mirada para zambullirme en el profundo océano de sus ojos.

—Y a mí estar aquí —confiesa—. Tu familia es…

—Una locura —termino la frase por él mientras sonrío satisfecha.

—Una bendita locura —me corrige con un destello de alegría iluminando su mirada—. Eres afortunada de tenerlos.

—Lo sé —admito—. Son especiales en lo bueno y en lo malo.

—Tú también lo eres.

Sus palabras me toman por sorpresa y un agradable calor se eleva por mi cuerpo hasta teñir mis mejillas de un suave rubor.

No lo comprendo; no soy una persona tímida, ni introvertida y, por supuesto, no es la primera vez que un chico me dice algo así, sin embargo, esta vez es distinto, esta vez se siente emotivo y real.

La atmósfera se carga entre los dos, estamos a pocos centímetros de distancia y, aunque ni él ni yo añadimos nada, mantenemos las miradas conectadas y ninguno de los dos parece dispuesto a apartarla.

Al menos hasta que la cantarina voz de Maddy hace acto de presencia, sobresaltándome y haciendo que me aparte de un

respingo y me encamine de nuevo a toda prisa hacia el aparador.

—¿Aún estáis así? La comida está lista —dice mi amiga.

—Solo falta poner los vasos —le explica él.

—Y los cubiertos —añado.

—Y los cuchillos —concreta Liam, pasándose una mano por el pelo con gesto nervioso.

—Vamos, que falta todo —se mofa ella.

—Es que el mantel tenía arrugas —me justifico.

—Muchas arrugas —matiza Liam agarrando a toda prisa los vasos mientras yo coloco a toda velocidad la cubertería.

—Ya… —murmura Maddy, observándonos con suspicacia mientras nosotros, visiblemente apurados e incómodos, hacemos hasta lo imposible por mantenernos a distancia y no cruzar ni una sola mirada.

—Brad, Ryan y Kevin acaban de llegar aquí, ya podemos… —anuncia Savannah entrando de la mano de su flamante prometido y dejando la frase a medias al ver nuestras caras de circunstancias—. ¿Qué pasa? —se interesa al contemplar la escena.

—Están raros —anuncia Maddy.

—En Liam eso es lo habitual, lo sorprendente sería que estuviese normal —se burla Brad.

Le lanzo una mirada con la que le dejo claro que cuando lo pille a solas se va a cagar.

—No, en serio —insiste Maddy—: están muy raros.

—¿Quién está raro? —se interesa Ryan, que acaba de entrar y la toma por la cintura.

—Este par —le dice su novia, señalándonos con un movimiento de cabeza.

—¿Es que alguna vez fueron normales? —bromea él.

—Ni un poquito —responde ella.

—¿Os habéis fijado en que Aria tiene las mejillas encendidas? —pregunta Savannah en voz baja.

—Es cierto, las tiene rojas como dos señales de *stop* —afirma su novio—. Y mirad a Liam, está nervioso, y eso es raro de cojones porque es el tío más calmado que he visto en toda mi vida.

Cruzo los brazos sobre mi pecho y les lanzo una mirada de advertencia que, por desgracia, parece afectarles de poco a nada.

—Primero, no tengo las mejillas rojas y segundo, ¿os importaría dejar de hablar de nosotros como si no estuviésemos delante? —les exijo.

Maddy abre la boca dispuesta a contestarme, pero el batallón que entra en el comedor se lo impide.

—Venga, todos a sentarse que esto se enfría —ordena mi abuela con una sonrisa de oreja a oreja a la vez que coloca una fuente repleta de tamales en medio de la mesa.

Kevin, Molly, mis tías, tíos, primos y el resto de la familia comienzan a acomodarse mientras la matriarca, con mi ayuda, coloca los diferentes platos que hemos preparado sobre el mantel. Y, para cuando acabamos, yo también me siento, evitando en todo momento mirar a mis amigas, lo que ocurre es que la única silla que queda libre es justo en medio de ellas y enfrente de Liam.

El abuelo ocupa una de las cabeceras de la mesa y la abuela, que se sitúa en la otra, da un golpecito con el tenedor en su vaso para reclamar nuestra atención.

—Como todos sabéis, hace muchos años que mi esposo y yo abandonamos nuestro querido país, Colombia, con nuestros hijos y nos establecimos aquí, en Nueva York y, a pesar de que este se ha convertido en nuestro hogar, las tradiciones que mantenemos vivas nos recuerdan de dónde venimos y todo el camino que hemos recorrido —comienza a decir, deslizando su mirada por cada uno de los presentes—. Un extenso camino a lo largo del cual nunca nos hemos rendido y en el que, aunque no siempre ha sido fácil, estoy orgullosa de poder afirmar que nuestra familia ha ido creciendo y que siempre nos hemos mantenido unidos. —Hace una pausa y continúa hablando—. Gracias a todos por estar aquí, me hace muy feliz teneros en esta mesa, os deseo que el color de esta fiesta llene vuestros días y alegre vuestros corazones de la misma forma en que vosotros, con vuestra presencia y vuestro cariño, alegráis el nuestro.

La escucho y no puedo evitar emocionarme, porque no puedo estar más de acuerdo con sus palabras. No siempre lo hemos tenido

fácil, pero siempre nos hemos mantenido unidos… Y ese es el legado más importante que he heredado de los míos.

Capítulo 17
Muchos polvos de colores y un melocotonero

Liam

En cuanto María toma asiento, la comida se convierte en una maravillosa anarquía en la que todos, niños y adultos hablan, comentan y ríen a la vez, mezclando anécdotas y conversaciones de lo más dispares y creando un ambiente íntimo, relajado y de lo más agradable.

—Eso son arepas —me indica Ryan señalando una de las fuentes—; lo de allí, tamales, y aquella tartera contiene picada. No te la puedes perder. Es uno de los platos más deliciosos que he probado en mi vida —me asegura mi amigo quien, por lo visto, es un experto en la materia, mientras se sirve una generosa ración de arepas en el plato.

—Y no te olvides de la empanada —interviene Brad—. Está de muerte.

—Abuela, ¿podemos empezar por el postre? —pregunta uno de los primos de Aria. Un niño de unos nueve años, un pelinegro de ojazos oscuros y sonrisa pícara que mira a su abuela con cara de angelito mientras espera una respuesta.

—Por supuesto, aquí cada uno come lo que le apetece —le responde ella guiñándole un ojo.

—¡Mamá, no deberías consentirlo de forma tan descarada! —protesta Guadalupe, la tía de Aria, resoplando.

—Cuando estamos de fiesta, estamos de fiesta —replica ella con voz cantarina.

—Con nosotros no hacías la vista gorda de esa manera —protesta Aria poniendo los ojos en blanco.

—Con los años la abuela se está ablandando —la apoya Logan, echándose a reír.

—No tanto como para no poder daros una colleja o lanzaros un zapatillazo —les advierte la anciana levantando las cejas.

—Mi abuela podría haberse presentado al Guinness de lanzamiento de zapatilla, y estoy seguro de que habría batido todos los récords —nos explica Logan—. Es una experta de mucho cuidado.

—Es cierto, tiene una técnica depurada y perfeccionada a base de práctica —lo apoya Aria.

—Porque vosotros erais unos trastos —se defiende su abuela disimulando una sonrisa mientras su marido, desde el otro lado de la mesa, se echa a reír a carcajadas.

—¿Te acuerdas de su lanzamiento con efecto? ¡Siempre acertaba! —manifiesta Aria señalando a su primo.

—Como para no acordarme, de esos me llevé más de uno —protesta él—. Maddy, podríamos ficharla para el equipo.

—Pues no me parece mala idea —responde la entrenadora—. Estoy segura de que tendría a esta panda rectitos como varas —asegura dirigiéndose a la mujer mientras nos señala con un movimiento de cabeza.

—Perro ladrador, poco mordedor —declara mi abuelo—. Pocos zapatillazos os llevasteis para lo mal que os portabais.

—¡No me digas que Logan, don serio y responsable de pequeño, era un trasto! —exclama Savannah divertida.

—No te haces una idea —le responde Carlos—. Estos dos —añade señalándolos tanto a él como a Aria— eran unos bichos de cuidado, andaban siempre juntos, confabulando para liarla en cuanto nos descuidábamos.

—Sois unos exagerados… —murmura la aludida cruzando los brazos sobre su pecho.

—Ah, ¿sí? —Su abuelo fija sus expresivos ojos en ella—. ¿Te acuerdas de cuando escondisteis un perro que encontrasteis en la calle en tu habitación durante tres días sin decir nada?

—Estaba hambriento y tenía frío —afirma ella—. Así que lo que tú llamas trastada yo lo llamo humanidad.

—Había tantas pulgas en el colchón de tu cama que hubo que tirarlo y, cuando tu abuela fue a ordenar la ropa de tu armario y el perro salió de repente, casi le da algo.

—El colchón ya estaba viejo y, en nuestra defensa, solo teníamos seis y siete años —le recuerda Logan.

—¿Y la vez que cortaron las flores del rosal de la vecina de al lado? —comenta María poniendo los ojos en blanco.

—No teníamos dinero y se nos ocurrió hacer un ramo para tener un detalle el Día de la Madre —se justifica Aria.

—¿Y aquella Navidad cuando tenían ocho años y se escaparon porque estaban empeñados en ir a patinar a la pista de hielo de Manhattan? ¡Menudo susto nos llevamos!

—No fue para tanto —protesta Logan.

—Tardasteis cinco horas en dar señales de vida, ya no sabíamos por dónde buscar y estábamos a punto de llamar a la policía —le recuerda su abuela.

—Estuvimos castigados sin postre y sin ver la televisión dos semanas —nos informa la implicada.

—Poco me parece para la que liasteis… —replica su madre.

—¿El primo Logan y la prima Aria eran unos gamberros? —pregunta uno de los más pequeños de la familia con los ojos muy abiertos y expresión emocionada.

—Desde el pelo más corto de sus cabezas hasta la uña del dedo meñique de sus pies —le aclara Carlos guiñándole un ojo.

El chiquillo les dedica a ambos una mirada de admiración.

—Y la vez que… —retoma la palabra la matriarca de la familia.

—Bueno, creo que ya se hacen una idea —la interrumpe Logan, resoplando.

Me resulta gracioso imaginarme al mandamás del equipo en tales tesituras.

A pesar de las protestas populares del resto de la mesa, la mujer accede a guardar la hazaña de esos dos terroristas que, por lo visto, tenía por nietos en el cajón de los recuerdos y, para mi fastidio, nos quedamos sin descubrirla, aunque eso no impide que la jornada siga discurriendo entre anécdotas, risas y mucha mucha comida.

Al final, termino comiendo por gula; estoy lleno, a punto de reventar, pero todo está tan sabroso que soy incapaz de parar. Por suerte, cuando creo que si tomo un solo bocado más voy a explotar, la música empieza a sonar por los altavoces y todo se convierte en una locura en la que la comida pasa a un segundo plano.

Los niños se levantan y bajan corriendo las escaleras que los separan del césped y los adultos no tardamos en seguirlos.

El jardín trasero es amplio, con varios manzanos y un enorme melocotonero al fondo de la finca.

A lo largo del césped hay colocadas varias mesas con polvos de colores.

—Coge un puñado y ponte en el círculo —me indica Aria con los ojos brillantes de anticipación.

Pocos segundos después hemos formado un gran círculo donde todos se mueven al compás de la música y a cuyo centro no tardan en salir a bailar con una agilidad sorprendente para su edad María y Carlos.

Alucinado, contemplo como pocos segundos después todos los presentes lanzan sobre ellos una lluvia de polvos de colores.

—No entiendo nada —murmuro—. Pensaba que esto era típico de la India, no de Colombia.

—Y lo es —corrobora Aria sin dejar de bailar—. El hermano mayor de mi abuelo se enamoró de Priya, una chica hindú, hija de un reputado arquitecto de la ciudad de Vrindavan que había viajado con su padre a Bogotá durante un viaje de negocios. Fue un flechazo mutuo y mi tío no dudó en mudarse allí para poder casarse con ella.

»De todas las tradiciones que descubrió en su nuevo hogar, esta resultó ser una de sus preferidas y, por ello, cuando años después ambos regresaron a Colombia, la fiesta se instauró en la familia y empezaron a celebrarla cada año.

»Unos años después, mi tío, que era policía, murió a causa de un disparo. Priya decidió volver a su país y mis abuelos se mudaron aquí.

—Y decidieron mantener viva la tradición en honor a tu tío —adivino.

Ella sonríe abiertamente.

—Exacto, además —añade—, ¡no me dirás que no es divertido! —Una carcajada escapa de sus labios y, tras coger un puñado de polvos de colores con cada mano, los lanza hacia el interior del círculo, donde los niños más pequeños de la familia se han unidos a sus abuelos saltando y bailando extasiados.

Poco a poco el círculo se va deshaciendo a la vez que todos canturreamos e intentamos movernos como podemos, con más o menos acierto, al ritmo de la música, a la vez que nos lanzamos nubes de color los unos a los otros.

Savannah se agarra a mi brazo sin dejar de reír mientras Maddy se engancha al cuello de Ryan quien comienza a darle vueltas en el aire, haciéndola girar una y otra vez mientras le arranca un sinfín de sonoras carcajadas.

La alegría es contagiosa y mi pecho rebosa felicidad mientras entrelazo mis dedos con los de Savannah y, con unos movimientos bastante arrítmicos, ambos saltamos sobre un pie y el otro hasta que unos golpecitos en mi hombro me hacen detenerme y mirar atrás.

Al hacerlo me encuentro con Aria quien me contempla con una mirada traviesa y contiene la risa antes de estamparme un puñado de polvos de colores sobre la cabeza.

Por lo visto, mi pinta debe de ser de lo más divertida y le provoca un sincero y profundo ataque de risa.

—Ahora verás —le advierto arqueando las cejas a la vez que me apresuro a coger un enorme puñado de polvo de una de las cestas mientras ella lanza un grito y echa a correr sin dejar de reír.

El sonido de su risa me enciende y acelero, dispuesto a alcanzarla sea como sea.

Al llegar a la altura del melocotonero, se agarra al enorme tronco e intenta interponerlo entre los dos.

Un quiebro a la derecha, otro a la izquierda, un amago al lado contrario… Alargo la mano intentando agarrarla del brazo, pero es rápida y consigue zafarse, al menos hasta que, adivinando su siguiente movimiento, me adelanto y, apoyando las manos sobre el tronco, consigo atrapar su cuerpo entre el mío y el árbol.

—Te tengo —jadeo por el esfuerzo.

—Me tienes —murmura ella con la respiración acelerada.

El hecho de seguir en el jardín, al abrigo del árbol y escondidos de las miradas ajenas, hace que la atmósfera entre los dos adquiera una tonalidad íntima y privada.

Varios mechones nuevos han escapado de su maltrecho moño; tanto su piel como su ropa aparecen salpicadas de rojo, amarillo, azul y rosa, y su blanca sonrisa destaca y adquiere un protagonismo especial dentro de la obra abstracta de vivos colores en la que se ha convertido su cara. Mis ojos recorren sus labios y, cuando se enredan con los suyos, me olvido de dónde estoy y el resto del mundo queda eclipsado por la sensación que me produce su mirada clavándose en mi alma.

La atracción que siento por ella, la necesidad de tocarla, de sentir el contacto de su piel se vuelve incontrolable y, olvidándome de todo lo que no sea el anhelo que siento, me inclino sobre ella, despacio, tan despacio que incluso puedo apreciar la pesadez con la que espira sobre mi cuello, y deslizo mi boca sobre la suya, arrancándole a sus labios un suave y casi casto beso.

Un beso que me descoloca por completo y me hace arder por dentro.

Un beso que no estaba planeado, ni era esperado, y que ni siquiera yo mismo era consciente de cuánto deseaba y deseo.

—Uuuuuuuuh. —En el instante en que escucho la voz infantil canturreando a mi lado, aparto mis labios de los suyos y, aunque durante unos segundos ambos permanecemos acelerados y con la mirada clavada el uno en la del otro, abducidos por las sensaciones y paralizados por lo que acaba de suceder, enseguida nos volvemos hacia la derecha para encontrarnos con dos de los primos pequeños de Aria.

Los niños, que si no recuerdo mal tienen cinco y nueve años respectivamente, nos observan con una sonrisa traviesa dibujada en su cara al mismo tiempo que el más alto de ellos repite mientras pone morritos burlándose de nosotros:

—Uuuuuuuh. —El chaval se abraza a sí mismo y mueve las caderas de un lado a otro de forma exagerada, burlándose de

nosotros.

—Thiago… —dice Aria en tono de advertencia.

El otro niño nos contempla con los ojos muy, pero que muy abiertos.

—¿Sois novios? —pregunta el pequeño.

—No, Marcelo, somos amigos —le responde ella sin apartar la mirada del mayor quien, con la malicia propia de la edad, no parece demasiado dispuesto a dejar pasar la oportunidad de divertirse un poco más.

—¿Y por qué os dais besos? —insiste el pequeño, a quien la respuesta de su prima no parece convencerlo.

—Pues precisamente por eso, porque somos amigos —se reafirma Aria—. ¿Tú no le das besos a tus amigos?

El gesto del niño se trasforma en una mueca de asco y la miro de reojo.

—En la boca no, qué asco —responde.

—Eso es porque eres pequeño, los mayores sí lo hacen —trata de convencerlo su prima mientras Thiago cruza los brazos sobre su pecho con aire gamberro.

—Verás lo contenta que se va a poner la abuela… —comenta el niño como si tal cosa.

—Ni se te ocurra decirle nada —lo amenaza ella.

—¿Por qué no? —cuestiona Marcelo, que no parece nada conforme—. ¿No quieres que sepan que sois amigos?

—Sí, es solo que… —Ella lo piensa durante unos segundos y le guiña un ojo al niño—. Este podría ser nuestro secreto.

—La abuela dice que en esta familia no hay secretos. —El niño se muestra testarudo.

—Exacto, y estaría feo desobedecer a la abuela —anuncia Thiago como si tal cosa.

—Si cierras el pico, te compro cinco sobres de esos cromos de la NFL que estás coleccionando —trata de sobornarlo.

El niño la mira con fijeza.

—Diez sobres de cromos y seis galletas gigantes con pepitas de chocolate por asegurarme de que a ninguno de los dos se nos escape nada —hace su contraoferta.

—¡Ni de coña! —bufa Aria—. Diez sobres de cromos y dos *cookies*.

Thiago alza el mentón con seguridad.

—Diez sobres y cuatro *cookies*, y es mi última oferta —lanza el órdago el chaval que, por lo visto, es un negociador de primera.

Aria lo contempla con una mezcla de resignación y fastidio.

—Está bien, pero tienes que asegurarte de que ninguno de los dos —añade señalándolos a ambos— cuenta nada de lo que ha visto.

—Trato hecho —accede el niño, tendiéndole una mano que Aria estrecha con fuerza.

—Acabas de dejarte chantajear por un niño de nueve años —declaro mientras veo como los dos se alejan.

—Qué remedio —protesta ella poniendo los ojos en blanco—. Desde que Savannah y Brad hicieron oficial lo suyo mi abuela está dándome el coñazo para que siga el ejemplo de mis amigas y me busque un buen chico. Si Thiago le dice algo, igual salimos de aquí con la fecha para la boda y el banquete contratado.

Me echo a reír por su disparatada ocurrencia.

—No será para tanto —niego con la cabeza.

—¡Ja! Eso lo dices porque no la conoces —replica—. Te garantizo que ahí donde la ves, es una lianta de mucho cuidado.

Ella se muerde el labio inferior y mis ojos descienden hasta ese punto exacto.

Los dos seguimos al abrigo del árbol, cerca…, quizás demasiado, porque las sensaciones que la conversación con los niños habían conseguido mitigar reviven con más fuerza, y lo único que se me pasa por la cabeza es que no sé lo que ese beso que acabamos de compartir habrá significado para ella, pero, en lo que a mí respecta, lo único que sé con certeza es que ahora que he probado sus labios solo puedo pensar en volver a saborearlos.

Capítulo 18
Un buen negociador

Aria

¿Qué acabo de hacer? ¡He besado a Liam! ¡Bueno, más bien Liam me ha besado a mí! ¡O nos hemos besados los dos! ¡Yo qué sé! Lo único innegable es que, a pesar de que todo mi cuerpo permanece alerta y mis pulsaciones se aceleran al pensar en lo que acaba de suceder, ese beso ha sido una cagada, y no una cagadita cualquiera, no, ¡ha sido la mayor de las cagadas! Y no porque no me apeteciese, sino más bien por todo lo contrario: me apetecía demasiado, me hizo sentir demasiado…

Me aparto del árbol antes de que alguien más nos vea, o quizás para evitar ser yo quien se abalance sobre él porque si lo pienso, si me permito pararme a pensarlo con sinceridad, ese beso fue…

Aparto a empujones el recuerdo de mi cabeza y cruzo los brazos sobre mi pecho.

—Deberíamos volver con los demás —comento evitando a toda costa fijarme en la forma en que su camisa, manchada de pintura, enfatiza su fibroso y trabajado cuerpo o en la sonrisa ladeada que me dedica al colocarse a mi lado.

—Por supuesto —responde sin inmutarse—, Pero lo que ha pasado…

—No ha pasado nada —replico con celeridad.

—Tu concepto de «nada» es bastante particular.

—No ha pasado nada que tengamos que comentar —matizo.

—Si tú lo dices…

—Lo digo —reitero—. Por supuesto que lo digo.

Acelero el paso y, en cuanto llegamos junto a los demás, me aparto de forma sutil de Liam y me uno a las chicas, que continúan bailando sin parar.

La atmósfera es tan agradable y estoy disfrutando tanto que, a pesar de que de vez en cuando todavía noto sus ojos clavados en mi espalda, poco a poco la pesadez que siento en la boca del estómago se va diluyendo y me permito tranquilizarme y volver a respirar.

Casi dos horas más tarde, con los pies destrozados y las mejillas doloridas de tanto reír, todos estamos listos para volver a casa.

—Me ha encantado teneros aquí —dice la abuela a modo de despedida abrazando a Ryan con aprecio—. Logan, has tenido buen ojo fichando a estos chicos, son encantadores.

—Abuela, aunque eso no voy a discutirlo, comprenderás que no fue ese el motivo por el que decidí incorporarlos al equipo.

—Ya lo imagino, pero gracias a eso esta familia ha ganado un nuevo y maravilloso grupo de amigos.

—¿Tú también eres amiga de todos ellos, abuela? —pregunta mi primo Marcelo frunciendo el ceño.

—Por supuesto que lo soy —responde ella con orgullo—. Una gran amiga.

—¿Y por qué nunca les has dado un beso? —cuestiona el niño al mismo tiempo que siento que mi cuerpo se tensa—. Si son tus amigos, deberías darles un beso.

Ella lo observa con sorpresa durante unos segundos, sin embargo, enseguida sonríe y, asintiendo, se acerca a Brad y deposita un sonoro par de besos en sus mejillas.

—Esos besos no valen —protesta el pequeño.

—¿Y por qué se supone que no valen? —se interesa mi abuelo mientras yo, que lo estoy viendo venir, comienzo a impacientarme.

—Porque ese no es el tipo de besos que se dan los amigos cuando son mayores —le explica Marcelo como si fuese evidente mientras, a su lado, Thiago me observa de reojo con gesto guasón.

—Ah, ¿no? —insiste mi abuelo.

—No —le asegura él—. Los amigos mayores se dan besos en los labios, abriendo mucho la boca.

Para mayor bochorno, el niño decide hacer una demostración y comienza a besar y babear su mano de forma exagerada.

—¿De dónde has sacado esa información? —le pregunta mi madre elevando las cejas asombrada.

—Aria me lo contó —responde él señalándome con el dedo.

A estas alturas el color de mis mejillas ha pasado del tono fresa al del pimiento morrón, sobre todo, al sentir las miradas de todos los presentes sobre mí.

—¿Cuándo te dijo eso tu prima? —le pregunta mi madre lanzándome una mirada reprobatoria.

—Cuando los vi a ella y a Liam haciéndolo detrás del árbol grande del jardín —confiesa él.

Mi abuela abre mucho la boca, formando una o perfecta, y los ojos de mi abuelo brillan divertidos.

—Yo no he dicho nada, así que todavía me debes lo que acordamos —interviene Thiago.

—De eso nada —le digo cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Un trato es un trato —me recuerda frunciendo el ceño.

—Pues por eso mismo —me reafirmo—. El trato era que te asegurases de que ninguno de los dos abría el pico.

—He cumplido la mitad del trato, así que tienes que darme al menos la mitad de lo prometido —negocia el muy sinvergüenza que, por lo visto, debe de pensar que soy medio tonta.

—¡Aria María! —exclama mi abuela pronunciando mi nombre completo—. ¿Le has hecho chantaje a tu primo?

—A grandes males, grandes remedios —admito, porque ya no tiene sentido seguir negándolo.

—¿En qué momento se te ha ocurrido sobornarlo? ¡Es un niño! —exclama mi madre.

Mi primo despliega una enorme sonrisa angelical y yo lo atravieso con la mirada.

—No te equivoques, él fue quien me chantajeó a mí —especifico.

—¡Madre mía! —resopla mi abuela volviéndose en dirección a Thiago—. No entiendo qué le pasa a la gente de hoy en día.

—Somos de la generación Z, abuela, sabemos buscarnos la vida —responde él con bastante gracia y desparpajo.

—¿Generación Z? —repite ella alzando las cejas mientras niega con la cabeza—. Desde luego, tengo que reconocer que os pega la letra; visto lo visto, no me extraña que con vosotros se acabe el abecedario.

Estamos perdiendo de vista lo más importante —interviene Logan cachondeándose—. Que es el detalle de que tú —añade señalándome con el dedo— te hayas dejado chantajear por un niño de nueve años.

—Casi diez, y soy muy bueno negociando —le responde el aludido algo ofendido.

Voy a decirle que cierre el pico justo en el momento en que Ryan se inclina para susurrarle algo, y mi primo le contesta en el mismo tono.

El primero silba y asiente con admiración antes de decir alto y claro el muy traidor:

—Diez sobres de cromos y cuatro *cookies* es un buen botín. Lo admito, eres un buen negociador.

El niño sonríe orgulloso de su hazaña y ambos chocan el puño de forma nada disimulada.

Le dedico una mueca al renegado de mi amigo y a puntito estoy de cantarle las cuarenta cuando mi abuela alza la voz atrapando toda mi atención.

—¡Eres adulta! ¡Si quieres besar a Liam, hazlo! —exclama—. Pero no te dejes sobornar por un niño para ocultar tus actos.

—¡No quiero besar a Liam! ¡No tenía ninguna intención! —grito, advirtiendo por el rabillo del ojo que el otro implicado en la ecuación está bastante abochornado y, por lo visto, prefiere mantenerse callado.

Podría decir que lo siento por él… Pero mentiría. ¡Que sufra! ¡No solo voy a pasarlo mal yo!

—Ah, ¿no? —inquiere mi abuela con malicia—. ¿Y entonces qué se supone que estabas haciendo detrás del árbol?

—Eso fue por el alcohol —me justifico a toda prisa.

—¿Qué alcohol? ¡Si desde que llegaste, solo has bebido zumo de naranja! —exclama Logan encantado de echar más leña al fuego.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Es que ahora resulta que te dedicas a controlarme?

—No lo necesito, solo hay que tener ojos en la cara —me espeta—. Y tú, querida prima, no has probado ni una gota de alcohol desde que pusiste un pie en esta casa.

—Pues yo me alegro de que os hayáis decidido de una vez —anuncia Maddy—. Mira que os estaba costando, ya parecíais los amantes de Teruel: tonta ella, tonto él.

Aprieto los labios y le dedico a mi amiga una mirada fulminante ante la que ella se encoge de hombros y añade:

—¿Qué? Es cierto, tanta miradita y tanta tensión sexual empezaba a resultar insoportable. Al menos ahora que estáis juntos…

—¡Y dale! ¡Que no estamos juntos! —protesto mientras veo como mi abuelo se acerca de forma disimulada a Liam y le hace un gesto para que lo siga hacia el interior de la casa.

Él me dedica una mirada resignada y, mientras sigo intentando justificar lo injustificable y quitarle importancia a ese beso que nunca debió pasar, observo como ambos se escabullen juntos por el jardín con una cautela y un sigilo dignos del mismísimo Jackie Chan.

Capítulo 19
¿Vivir o sobrevivir?

Liam

Sigo a Carlos en silencio y sin decir ni una palabra. No tengo ni idea de a dónde quiere llevarme, pero, con tal de alejarme de aquí, me sirve cualquier lugar.

Caminamos hasta la puerta trasera que da al comedor acristalado; de ahí pasamos a la cocina, atravesándola para llegar al pasillo, y lo recorremos en dirección a la escalera que conduce al piso superior.

Una vez arriba, el anciano, que en ningún momento se gira hacia mí ni dice nada, sigue andando con paso decidido hasta la última puerta que nos encontramos, y la abre, invitándome a entrar en lo que descubro que es un pequeño pero acogedor despacho.

La primera diferencia que noto con el salón principal es que aquí, hasta media altura, las paredes están cubiertas de tablones y la pintura, en lugar de ser blanca, es de un ligero color crema.

El escritorio es una pieza maciza fabricada con madera de nogal; detrás de ella descansa una butaca, la cual, a pesar de parecer cómoda, se ve algo desgastada. Su color gris combina con los sillones orejeros de piel que se encuentran a la derecha, justo al lado de una enorme estantería de madera en la que no entra ni un solo libro más.

Se ve que a Carlos le gusta leer, porque la tiene a rebosar.

—Siéntate —me pide señalando unos de los sillones mientras camina hacia su mesa. Y, tras sacar una caja de madera de uno de los cajones, se acerca y se deja caer justo en el de enfrente.

El hombre me regala una sonrisa traviesa y abre la tapa de la caja para sacar de su interior un pequeño paquete de bombones.

—¿Quieres uno? —me ofrece.

—No, gracias —declino la oferta sin comprender cómo es posible que sea capaz de tomar algo después de la cantidad indecente de comida que nos hemos metido entre pecho y espalda —. Estoy a punto de explotar.

—Yo también —admite dedicándome una sonrisa que rebosa picardía—. Sin embargo, siempre hay sitio para un bomboncito más.

Me quedo con los ojos fijos en la caja de madera y él se recuesta en el sillón.

—Tengo que esconderlos porque María dice que lo mío con el chocolate es una adicción, y como en los últimos análisis el azúcar me salió un poco alto me lo tiene restringido a dos cuadraditos por día. ¡Dos! —exclama ofendido.

—Dos es poco —admito observándolo divertido.

—¿Poco dices? Dos no me llega ni para empezar a saborearlo —protesta—. Por suerte, para compensarlo tengo mi pequeño alijo de emergencia.

Sonrío con complicidad.

—Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo —afirmo.

—Lo sé —anuncia—. Se nota que eres un buen chico.

Mis ojos se desvían hacia la enorme ventana, delante de la que no hay cortina ni estor ni nada que impida contemplar los tonos lilas y anaranjados que tiñen el cielo según el sol poco a poco se va escondiendo.

—Me gusta la luz y también ver lo que ocurre ahí fuera… —explica adivinando mis pensamientos—. No necesito que un trozo de tela me tape lo que pasa en el mundo exterior.

Sonrío y toda mi atención recae de nuevo sobre él.

—Imagino que estarás un poco… —lo piensa unos segundos, ladeando ligeramente la cabeza, como si estuviese buscando la palabra indicada— abrumado —dice al fin—. No te preocupes, es normal, mi familia puede resultar un poco intensa, pero te acabas acostumbrando.

—Para nada —respondo con sinceridad—. Me gusta vuestra familia.

—¿Alguno de sus miembros en particular? —pregunta con un brillo de emoción bailando en esos ojos que tanto me recuerdan a los de Aria.

La pregunta me deja un poco descolocado.

Teniendo en cuenta que acaban de pillarme enrollándome con su nieta detrás de un árbol, no le encuentro ningún sentido a negarlo, pero una cosa es que yo sea consciente de que siento cierta atracción por Aria; bueno, vale, una cosa es que yo sepa que me gusta Aria y otra muy diferente, admitirlo en voz alta y delante de su abuelo, así, sin anestesia ni preliminares, a bocajarro.

—Si lo dices por lo del beso… —atino a decir al fin—, es complicado.

—Las cosas más bonitas que te encuentras en el camino suelen serlo —me asegura.

—Lo nuestro es diferente.

—«Diferente» no suele significar «malo», sino «bueno» —rebate.

—La verdad es que el noventa por ciento del tiempo no nos llevamos excesivamente bien… Chocamos demasiado —confieso revolviéndome el pelo, que todavía sigue repleto de polvos de colores.

Una carcajada profunda que nace en su pecho y emana de su garganta inunda la habitación.

—Aria es igual a mi esposa —confiesa con la mirada rebosante de orgullo.

—¿A María? —pregunto con curiosidad.

Él asiente.

—Me moriría por cualquiera de mis nietos, pero, de todos ellos, Aria es la única que ha heredado el espíritu combativo de su abuela y por eso, aunque esté mal decirlo, siento debilidad por ella.

—En eso tengo que darle la razón: no hay duda de que combativa es un rato largo —resoplo con total confianza.

Me gusta conversar con Carlos, me siento tan a gusto en su compañía que hablo sin pensar y, solo tras decirlo en voz alta, me

doy cuenta de que es de su nieta de quien estoy hablando y que con toda probabilidad debería medir más mis palabras porque, después de lo amables que han sido conmigo, lo último que quiero es disgustarlo o incomodarlo con un comentario desafortunado.

No obstante, lejos de molestarse, una sonrisa afable se despliega en su rostro acrecentando las arrugas que rodean las comisuras de sus finos labios.

—Como te decía, es igual a su abuela —repite en voz baja, como si estuviese desvelándome el mayor de los secretos—: cabezota, impulsiva y con un carácter de mil demonios cuando se enfada, pero tan inteligente, dulce e independiente como ella.

Lo escucho en completo silencio.

—Es un alma libre que no quiere ataduras, en parte, quizás, porque desde que tiene uso de razón vivió en primera persona todo lo que luchó su madre sin el apoyo de ningún hombre para sacarla adelante, y eso la llevó a interiorizar que ni sus éxitos o fracasos, ni mucho menos su felicidad, deben depender de nadie —añade recostándose en el sillón—. Mi nieta es una chica valiente y dispuesta a todo por conseguir lo que quiere, a todo menos a exponer su corazón. —Hace una pausa y sus ojos, sabios y avispados, se clavan en los míos—. Porque, por mucho que por fuera pueda parecer segura, fría y fuerte, la realidad es que por dentro es vulnerable, sensible y delicada como una flor.

Permanezco callado, atento a sus palabras.

—Una flor bonita y única en el mundo que se rodea de espinas para sobrevivir y que solo será capaz de descubrir quien se atreva a adentrarse más allá de la fachada.

Su voz tiembla por la emoción y se me encoge el corazón. Se nota que, tal y como dice, tiene debilidad por ella.

—Si te digo todo esto es porque me he dado cuenta de cómo la miras —añade.

Intento intervenir, pero levanta la mano pidiéndome que lo deje continuar.

—Me he fijado en la forma en que tus ojos se posan sobre ella cuando crees que nadie te observa, y en todo lo que desprende tu mirada cuando se encuentra con la de ella.

Podría negarlo, pero no lo hago, ¿para qué? Está claro que Carlos me tiene calado, sin embargo, eso no quiere decir nada, eso no quita que, aunque estemos en medio de una tregua, por norma general, nos pasemos la mayor parte del tiempo discutiendo, sacándonos de quicio y peleando.

—Aun así, es complicado —murmuro.

Él asiente.

—Estoy seguro de que tienes razón —admite—. No me cabe ninguna duda de que las personas, momentos y situaciones más especiales, inesperadas y maravillosas con las que te cruzas a lo largo de la vida lo son, sin embargo, si algo ha aprendido este viejo en el transcurso de los años es que siempre, absolutamente siempre, merece la pena luchar por ellas. Porque hacerlo o no puede marcar la diferencia entre vivir o limitarse a sobrevivir.

Su sonrisa ilumina la habitación provocando que los pliegues de sus facciones se marquen incluso más, mientras, guiñándome un ojo, saca un nuevo bombón de la caja, se lo lleva a los labios y cierra los ojos deleitándose con su sabor.

Lo observo con sus palabras revoloteando en mi cabeza. Vivir o sobrevivir, siempre he tenido claro que soy de los que eligen lo primero; de lo que no estoy seguro es de tener el suficiente valor para lo que ello conlleva en esta ocasión, y lo que es más importante, no tengo demasiada fe en que Aria vaya a estar de acuerdo.

Capítulo 20
Una ducha, una visita y una llamada imprevista

Aria

Escucho el sonido del telefonillo, pero lo ignoro; son más de las nueve y media de la noche, sin duda debe de tratarse de alguien que viene a visitar a algún vecino y se ha confundido de casa.

Contemplo el plato de la ducha mientras me echo champú por segunda vez. Tiene tal mezcla de colores que parece que acabase de vomitar ahí el arcoíris.

Espero que los polvitos que compró la abuela sean más fáciles de quitar que los de la última vez, porque el año pasado una de mis camisetas favoritas terminó con un color verduzco imposible de quitar y tuve que tirarla a la basura.

Una sonrisa asoma a mis labios al recordar lo mucho que hemos disfrutado hoy… Incluso a pesar de la pillada de mis primos y la posterior traición de Marcelo al cantar como un canario delante de todos los presentes, tengo que reconocer que ha sido un día genial. Y sí, puede y solo puede que la presencia de Liam haya contribuido un poco (o bastante) a ello.

El agua caliente resbala por mi piel relajando cada uno de los músculos de mi cuerpo.

Me encanta, el momento de relajarme en la ducha es sin duda uno de mis preferidos de todo el día, un ritual que me tomo con parsimonia, y precisamente por eso me resulta incomprensible que, para algunas personas, ducharse sea algo mecánico, un proceso que hacen a toda prisa, tardando apenas dos o tres minutos, como si fuese solo una obligación, algo que quitarse de en medio, sin

disfrutar ni recrearse en las sensaciones, en el vapor, el olor del jabón, la calidez del agua en la piel, como si se tratase de un mero trámite.

El timbre vuelve a sonar repetidas veces, arrancándome un resoplido de protesta.

«¿Quién narices puede ser tan insistente?».

Ni idea, pero sea quien sea es obvio que no se trata de una equivocación, así que, de mala gana, salgo de la ducha, me envuelvo en una toalla y abandono el baño, dejando huellas mojadas a lo largo del pasillo mientras lo recorro con el ceño fruncido y cara de pocos amigos. Una cara que cambia del mosqueo a la estupefacción cuando, al llegar al piso de abajo, me encuentro con Maddy y Savannah colocando sus abrigos en el mueble del recibidor.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto sorprendida.

Estoy convencida de que no habíamos quedado ni nada parecido.

—¿De verdad pensabas que después de lo que pasó esta tarde ibas a irte a dormir sin darnos las pertinentes explicaciones? —cuestiona Maddy alzando la ceja divertida.

Resoplo molesta, porque sí, esa era justo mi idea.

—No debí daros esa llave —murmuro a la vez que les doy la espalda y me encamino de nuevo escaleras arriba para dirigirme a mi habitación—. Era solo para usar en caso de emergencia.

—Llamamos varias veces antes de usarla, pero no nos abrías —se justifica Savannah—. Además, a juzgar por todo ese vapor podría serlo… Un día te va a dar un bajón de tensión y te vas a caer redonda ahí dentro. ¿Se puede saber a qué temperatura pones el agua? —protesta mi amiga.

Echo un vistazo a la nube de vapor que, en efecto, sale por la puerta de mi habitación y me encojo de hombros.

—Me gusta el agua caliente —digo sin más.

—Y yo que estaba segura de que por hoy ya habías tenido suficiente calor —comenta Maddy con malicia.

—Ya empezamos… —murmuro.

—Ya te hemos dicho que no te ibas a librar, así que empieza a cantar.

—¿De verdad no podíais esperar a mañana para venir a cotillear? —protesto.

Ellas intercambian una mirada y responden al unísono, como si fuese evidente.

—No.

—Y sabes que, de haber sido al revés, tú hubieses hecho lo mismo… —declara Savannah cruzando los brazos sobre su pecho—. De hecho, dudo que nos hubieses dado tanto tiempo.

No digo nada porque tiene toda la razón; si cualquiera de ellas dos estuviese en mi situación, yo no habría esperado hasta ahora para reclamar información.

—Así que desembucha… —me ordena Maddy—. Desde cuándo te estás beneficiando a Liam.

—¡No me estoy beneficiando a nadie! —exclamo.

—Lo que queremos saber es desde cuándo Liam y tú estáis enrollados —interviene Savannah—. Y lo más importante: por qué nosotras —añade Maddy señalándose tanto a ella como a Savannah — hemos tenido que enterarnos a la vez que todo el mundo y por un niño de diez años.

—¡Que no estamos enrollados! —repito alzando la voz—. Ha sido la primera vez que pasa algo entre nosotros.

Las dos se miran de nuevo con cierta incredulidad.

—Pues ya es puntería que la primera vez os pillen —comenta Savannah.

—Eso mismo digo yo —protesto mientras cojo un pijama del armario y me lo pongo.

—También te digo que precisamente escondidos no es que estuviesen —le dice Maddy—. Anda que no habrá sitios para ir a liaros mejor que detrás de un árbol, en medio del jardín.

—No fue premeditado —afirmo escueta.

—Y dejando eso a un lado… —continúa Savannah.

Las dos se quedan en silencio, esperando a que diga algo, con la expectación dibujada en sus caras…

—¿Y dejando eso a un lado qué? —repito.

Mis amigas me contemplan como si me hubiese vuelto tonta de repente.

—¿Cómo que qué? —dice Maddy haciendo aspavientos con las manos.

—Que si te gustó —explica Savannah.

—Que si fue como te lo esperabas —añade la entrenadora.

—¿Se te erizó el vello?

—¿Te quedaste con ganas de más?

Las dos sueltan una pregunta tras otra sin parar, creo que ni siquiera se toman un momento para respirar; parecen una ametralladora fuera de control y lista para reponer munición sin dejar de disparar.

—No pienso contestaros a nada de eso —las corto alzando las manos.

Ellas intercambian una mirada divertida.

—¡Y una mierda que no! —exclama Maddy—. ¡Con la de tiempo que llevamos aguantando vuestras discusiones y peleas nos hemos ganado el derecho a exigir todas y cada una de las respuestas!

— Solo fue un beso, nada reseñable —declaro con la voz algo seca a la vez que me dirijo hacia el armario para coger unos calcetines.

—No tengo claro si intentas engañarte a ti misma o a nosotras, pero no cuela —afirma Savannah.

—Le estáis dando demasiada importancia —resoplo encaminándome hacia el baño para pasarme el cepillo por el pelo todavía mojado.

—Perdona que te diga, amiga, pero de las tres, la que más importancia le estás dando eres tú —me espeta Maddy con tono vacilón, alzando una ceja.

—Estás desvariando —la acuso.

—¿Con cuántos tíos has estado desde que nos conocemos? —replica ella.

—¿Pretendes que me ponga a enumerarlos? —rebato comenzando a molestarme.

—No es necesario, pero tienes que reconocer que nunca has sido lo que se dice pudorosa a la hora de hablar de tus relaciones,

jamás has tenido problema en darnos detalles —insiste la entrenadora.

—A veces demasiados —interviene Savannah arrugando la nariz con una mueca de disgusto.

Contemplo a mis amigas en silencio, con los brazos cruzados sobre mi pecho.

Es cierto, soy una persona abierta que disfruta del sexo responsable y consensuado cuando le apetece, y nunca he tenido inconveniente en hablarlo con ellas, pero sigo sin comprender qué narices tiene eso que ver con esta conversación.

—Sigo sin entender a dónde queréis llegar, aparte de hacer constar que soy una libertina —rezongo.

—Solo decimos que nunca te has negado a compartir información con nosotras sobre esas «relaciones» porque ninguna de ellas tenía importancia para ti… Hasta ahora —murmura Savannah con intención.

Mi mandíbula se abre de forma desmesurada.

—Exacto —la apoya Maddy—. Las tres sabemos que lo de Liam no fue solo un beso, él es mucho más y lo que pasó significa muchíííísimo más.

—Y precisamente por eso no quieres hablar de ello —termina Savannah.

Las contemplo como si estuviese planeando la forma más lenta y dolorosa de arrancarles la cabeza.

—Aria, en serio, no pasa nada —musita Maddy acercándose a mí para apretarme el brazo con cariño—. No es malo que admitas que sientes algo por Liam.

—Además, ni siquiera nos ha cogido por sorpresa, era algo que se veía venir —agrega Savannah.

—¿Has pensado en graduarte la vista? —le replico de mala gana.

—Era evidente que toda esa crispación, esa tensión constante que había entre vosotros tenía que esconder algo más que rechazo… —contesta mi amiga encogiéndose de hombros—. Aunque lo disfrazaseis de enfrentamiento, lo cierto es que ambos estabais todo

el rato el uno pendiente de lo que hacía o decía el otro, dispuestos a saltar a la mínima oportunidad.

—Estáis como una regadera —las acuso.

—Yo creo que nunca hemos estado tan cuerdas —anuncia Maddy sonriendo.

—La pregunta es… ¿Y ahora? —inquiere Savannah.

—¿Y ahora qué? —repito.

Antes de que mi amiga pueda decir nada, mi móvil comienza a sonar en la mesilla con el nombre de Liam iluminándose en la pantalla.

Las tres intercambiamos una mirada y, antes de que pueda evitarlo, todas echamos a correr hacia el teléfono a la vez.

Sin dudarlo, me lanzo rodando encima de la cama y consigo cogerlo antes que ninguna de esas dos perturbadas que tengo por amigas.

—¿Sí? —respondo con la respiración algo entrecortada, dedicándoles una mirada de victoria a las dos desquiciadas.

—¿Aria? —La voz de Liam suena extrañada.

—Estás llamando a mi móvil. ¿Quién voy a ser? —replico escapando de las dos chifladas, que se pegan a mí como lapas para no perderse detalle de la conversación.

—Ya… —concede—. ¿Estás bien? —Parece preocupado.

—Ajá —respondo.

—Es que tu voz suena algo rara… —me dice.

—Hola, Liam —lo saluda Maddy, elevando el tono para hacerse escuchar.

—Hola, Liam —la imita Savannah.

—No sabía que estabas con las chicas —comenta.

—Y no lo estaba, lo que pasa es que han decidido venir a acosarme.

—No la estamos acosando, solo charlamos —se defiende la entrenadora.

—Me están haciendo un tercer grado —las acuso.

—Ya veo —responde y, por su tono, puedo intuir la sonrisa que se está dibujando en su cara—. No pretendo quitaros mucho tiempo, solo quería avisarte de que mañana a las dos de la tarde pasaré a

buscarte. He encontrado el sitio perfecto para la cuarta actividad de la yincana.

—¿Mañana? —repito.

—Sí, ¿es que te viene mal?

—Le viene genial —responde por mí Savannah.

—¿El sitio no debería elegirlo yo, que soy la encargada de programar las pruebas? —protesto ignorando a mi amiga.

—Te va a gustar, confía en mí —declara con seguridad.

Durante unos segundos me quedo callada. Después de lo que ocurrió esta tarde, estoy segura de que lo más coherente sería dejar pasar unos cuantos días antes de volver a quedar, permitir que las cosas se enfriasen, reposasen… Sin embargo, las ganas de volver a verlo pueden más.

—No sé si me dará tiempo a comer —me hago la dura.

—Tienes tiempo de sobra —rebate.

—¿Y si me apetece dormir una siesta?

—¿Siesta? No eres un oso, no necesitas hibernar —bufa.

—Si voy a tener que aguantarte toda la tarde, igual necesito hacer acopio de fuerzas.

—Aria, todos los que estamos escuchando esta conversación sabemos que tú nunca, jamás en tu vida has dormido una siesta —afirma él.

—Touché —interviene Maddy conteniendo la risa.

Pongo los ojos en blanco.

—De acuerdo —accedo, en parte porque, por mucho que intente disimularlo, en el fondo, y no tan en el fondo, lo estoy deseando, y en parte porque, aunque no fuese así, con estas dos alcahuetas a mi lado no tendría forma de librarme—. Mañana a las dos. Espero que merezca la pena.

—Te prometo que te gustará.

Cuando cuelgo el teléfono, los ojos de mis amigas brillan más que dos farolas en medio de la más absoluta oscuridad.

—Qué bonito —murmura Savannah.

—No seas peliculera —le digo.

—¿A dónde crees que te llevará? —insiste ella observándome con estrellitas bailando en sus pupilas.

—No tengo ni idea —respondo.

—Ayyy, qué romántico, una cita sorpresa —suspira Maddy.

—No os equivoquéis, ni romántico ni cita… Es una actividad para la campaña de publicidad en la que estamos trabajando, nada más.

—Que sí, que sí, un trabajo durísimo y muy sacrificado —musita ella conteniendo una sonrisa.

—Estoy hablando en serio —insisto.

—Lo sabemos, y es una mierda porque que intentes mentirnos a nosotras es malo, pero que intentes mentirte a ti misma es peor —responde Savannah.

—Sois imposibles —las acuso, señalándolas con el dedo.

—Lo que tú digas, pero las tres sabemos que lo que hay entre tú y Liam está muy lejos de ser trabajo, incluso juraría que está lejísimos de ser solo una mera y simple atracción —replica Maddy.

Las contemplo con frustración; no voy a dar mi brazo a torcer, me niego a pensar que el cosquilleo que me recorre el cuerpo al pensar que mañana voy a estar con él sea ocasionado por algo más que la evidente atracción que ha surgido entre los dos.

Porque, por mucho que mis amigas se empeñen en adornarlo de sentimientos, corazoncitos y colorines, lo que está ocurriendo entre Liam y yo no es más que eso, tensión sexual y, por suerte, eso es algo que se me da bien manejar.

Capítulo 21
El plan

Liam

Cuando paro el coche delante de la casa de Aria estoy tan nervioso como un jodido adolescente a punto de tener su primera cita.

A pesar de que nunca he sido demasiado partidario de los líos de una noche o de las relaciones pasajeras, evidentemente, las he tenido y jamás había estado tan atacado antes.

Pero es que esto es diferente, Aria es distinta por más motivos de los que me apetece enumerar y soy consciente de que en este momento nuestra relación, o lo que sea que hay entre nosotros, porque está claro que algo hay por mucho que ambos nos empeñemos en negarlo, se encuentra atravesando arenas movedizas y, si quiero hacerla llegar a tierra firme, no puedo permitirme dar ni un solo paso en falso.

Y esa es justo la pregunta: ¿Quiero hacerla llegar a tierra firme?

En cuanto el portalón se abre y la veo salir, con la melena suelta y vestida con zapatillas de deporte, vaqueros, jersey azul claro y una cazadora corta de lana, la respuesta se abre paso en tamaño XL y brillante como una luz de neón en mi mente.

¡Joder, claro que quiero!

Con paso firme y decidido se acerca el coche, se desliza en el asiento del copiloto y se abrocha el cinturón.

—¿A dónde vamos? —pregunta volviéndose hacia mí.

Mis ojos descienden a sus labios y, durante unos segundos, me quedo mudo al recordar su sabor y su tacto…

Como si acabase de leerme la mente, un suave rubor tiñe sus mejillas provocando que una oleada de anhelo me recorra de la cabeza a los pies.

—Es una sorpresa —respondo aclarándome la voz mientras me pregunto si desde ayer ella habrá pensado en ese momento detrás del árbol la mitad de lo que lo he hecho yo.

—No me gustan las sorpresas —murmura frunciendo el ceño a la vez que devuelve la mirada al frente.

Contengo la risa, porque soy consciente de ello.

Aria es extrovertida y jovial, y eso puede hacer que algunas veces la imagen que proyecta sea despreocupada y relajada, pero nada más lejos de la realidad; debajo de esa capa de diversión con la que se cubre, se enconde una chica perfeccionista a la que le gusta tenerlo todo bajo control sin que nada, y mucho menos a nivel laboral, escape a su supervisión.

—Te prometo que esta es de las buenas y que te va a gustar —le aseguro.

—Las promesas se las lleva el viento —replica enredando uno de sus rizos en su dedo índice con aire distraído.

—Las mías no, jamás prometo algo que no vaya a cumplir —lo digo con tal convicción que toda la atención de Aria recae de nuevo sobre mí—. Es cierto —añado cuando por el rabillo del ojo observo que me estudia con atención—. No soporto ni las mentiras ni a los mentirosos. Es algo superior a mí.

—Mira, algo tenemos en común, porque ya somos dos —declara con voz suave mientras su mirada se gira de nuevo en dirección a la ventana.

Me detengo en un semáforo y aprovecho para estudiarla un poco más. A simple vista parece serena, si no la conociese, me atrevería a asegurar que está relajada, sin embargo, como la tengo calada, sé que no es así.

La forma en que juega con su pelo, la manera en que evita el contacto visual conmigo, como si le fuese la vida en ello, la sutil rigidez de su espalda… Está nerviosa y, por estúpido que suene, percibirlo me hace sentir algo menos patético y un poco más seguro al ver que no soy el único.

Aunque estoy convencido de que ella no se ha tirado la noche sin pegar ojo, dándole vueltas a lo ocurrido como he hecho yo. Y lo peor es que, cuanto más pensaba en ello, cada vez que lo recordaba, sentía más y más calor, justo el mismo tipo de calor que estoy sintiendo ahora al pensar que la tengo a mi lado y que solo con estirar un poco el brazo podría acariciar la suave piel de su cuello o sus receptivos labios.

—¿Manhattan? ¿Estamos yendo a Manhattan? —pregunta con cierta decepción, arrancándome de mis fantasías.

—¿Qué tienes en contra de Manhattan? —cuestiono.

—Absolutamente nada, me gusta, pero no imaginé que lo que sea que vamos a hacer estuviese ahí, es una zona bastante conocida, y se trata de dar visibilidad a otros lugares menos mediáticos.

Una sonrisilla se abre paso en mi cara y, dando la callada por respuesta, tomo la desviación hacia el este. Ella tampoco dice nada más, pero me observa con desconfianza hasta que, pocos minutos después, todas sus dudas se despejan y su expresión cambia de suspicaz a horrorizada.

—No. Ni de coña —afirma negando con la cabeza.

—Claro que sí —respondo a la vez que aparco el coche y apago el motor.

—Estás peor de lo que pensaba si piensas que voy a subirme ahí —me advierte señalando hacia delante.

—Venga, te prometo que será divertido —le aseguro—. Confía en mí.

—Eso mismo me dijiste ayer y, visto lo visto, es evidente que no debería haberte hecho caso, pero tranquilo, no pienso cometer el mismo error por segunda vez.

La contemplo comenzando a inquietarme. No pensé que fuese a negarse con tanta rotundidad, es cierto que sabía que era una jugada muy arriesgada y que a primera vista no iba a entusiasmarle el plan, pero estaba seguro de que no me costaría demasiado convencerla. Ahora, sin embargo, comienzo a dudarlo.

—¿Qué tiene de malo? —pregunto, a pesar de que sé de sobra cuál va a ser su respuesta.

—No me gustan las alturas —afirma—. Y estoy bastante convencida de que eres consciente de ello. Así que dime, Liam, ¿qué pretendes con esto? ¿Burlarte de mí? ¿Torturarme?

Sus palabras impactan contra mi pecho; sé que los que hablan son sus nervios, pero verla tan a la defensiva me hace plantearme una vez más que igual mi plan tiene más fisuras de las que pensaba y he metido la pata.

—Sé que no te gustan las alturas, pero has subido mil veces en avión y nuca te he visto pasarlo mal, sufriendo o agobiada —me defiendo.

—No es que lo disfrute, pero lo tolero —admite.

—¿Entonces? —insisto.

—Para cualquiera con dos dedos de frente sería evidente que un avión no tiene nada que ver con esto. —Hace un movimiento de cabeza señalando hacia delante.

—No imaginaba que fueses tan cagada —trato de picarla.

Sus ojos se achican y sus labios se convierten en una línea fina y algo pálida.

—Sé lo que estás intentando y desde ya te adelanto que no te va a servir de nada —me informa—. No pienso subirme en ese chisme —asevera señalando el teleférico que he conseguido que durante un viaje cierren solo para nosotros.

—Es cien por cien seguro —trato de persuadirla.

Ella bufa.

—Es una puñetera caja de metal que va colgada de un cablecito y se zarandea hacia todos lados —murmura con tono airado.

—Ese cablecito, como tú lo llamas, está hecho en acero de alto carbono, preparado para soportar pesos extremos y condiciones climáticas de lo más adversas.

—Por mí como si está confeccionado en oro —rebate—. No pienso subirme ahí.

Aria recoge con nerviosismo un mechón de pelo detrás de su oreja y alza la barbilla con obstinación.

—Siempre he pensado que eres una persona a la que le gusta superarse —lo sigo intentando, a pesar de que cada vez lo veo más

complicado.

—Y lo soy, siempre y cuando esa superación tenga algún sentido.

—Lo tiene —afirmo.

—Permíteme que lo dude, hay mil actividades que se pueden hacer sin tener que subir en esto —dice con aire despectivo.

—Te prometo que si te subes merecerá la pena. Además, sabes igual que yo que estadísticamente es casi imposible que pase algo.

—Tú mismo lo has dicho: casi, ese es el quid de la cuestión —replica.

—Venga, Aria… Que no se diga que ni lo has intentado.

—Por mí pueden decir lo que quieran, prefiero mantener mi pellejo intacto.

—No va a pasar nada. —A estas alturas me falta poco para ponerme a suplicar.

—Ya lo sé, porque no pienso subir… —se muestra implacable—. Además, no lo comprendo, si tu idea era ir a la isla, podríamos haber cogido un ferry o incluso el coche.

—Es cierto, pero quería compartir un momento especial contigo —admito con sinceridad.

—¿Cuál? ¿El de ver mi cuerpo estrellado contra el suelo? —me espeta.

—Ryan me dijo que es una pasada; Maddy y él subieron juntos al poco tiempo de irse a vivir juntos y les encantó, por eso me pareció una buena idea, me apetecía disfrutarlo por primera vez contigo —confieso dejando escapar un pequeño suspiro de resignación.

Su gesto se relaja de forma gradual.

—¿Tú tampoco has subido nunca? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Creí que sería especial hacerlo juntos —señalo con total sinceridad.

Sus ojos se vuelven hacia el frente y durante unos segundos, ambos nos quedamos en silencio, ella estudiando el teleférico y yo estudiándola a ella.

—¿Y dices que ese cable está preparado para soportar grandes pesos? —pregunta al cabo de un par de minutos que se me hacen eternos.

Una sonrisa triunfal me atraviesa la cara de lado a lado.

—Es indestructible, te lo prometo —le aseguro.

—Te gusta mucho prometer cosas.

—Solo cuando sé que al hacerlo no miento —rebato.

—Como me pase algo, te prometo que reviviré solo para matarte a ti primero.

—Me parece justo —acepto contento.

¡No me puedo creer que la haya convencido! Por un momento pensé que todo se iba a ir a la mierda, pero, contra todo pronóstico, aquí seguimos: la partida continúa.

Capítulo 22
El acosador del año

Aria

Avanzo con paso lento y cierta reticencia hacia el punto de acceso al teleférico.

Liam camina a mi lado, condenadamente atractivo, con el pelo revuelto, unos vaqueros que parecen hacer sido confeccionados con el fin de hacer suspirar a toda la población femenina de la ciudad y una expresión de satisfacción que es incapaz de disimular.

Se ha salido con la suya y lo sabe, aun así, no me pierde de vista y me vigila de reojo, atento a cada uno de mis movimientos, como si temiese que de un momento a otro fuese a salir corriendo. No está demasiado equivocado, ya que estoy haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad y de todo el valor que consigo encontrar en mi cuerpo para no hacerlo.

Todavía no comprendo en qué momento ni por qué me he dejado convencer para subir al puñetero teleférico… Bueno, sí lo sé, lo cierto es que el hecho de que quisiese compartir la experiencia por primera vez conmigo me enterneció, me ablandó el corazón o más bien me nubló las neuronas y la capacidad de raciocinio, qué sé yo.

Subimos las escaleras de la terminal y accedemos a la plataforma donde un operario de la compañía nos espera al lado de la puerta que da acceso al cubículo, recibiéndonos con una sonrisa cortés a la que intento responder de igual manera, aunque lo que se forma en mis labios más bien sea una mueca que se debate entre la resignación, el pavor y el arrepentimiento. Porque sí, así es justo como me siento en este momento, profundamente arrepentida de

haber aceptado, a pesar de que ni siquiera he puesto todavía un pie dentro.

Por suerte, el hombre está tan obnubilado por la presencia de Liam, a quien contempla con ferviente admiración, que casi no repara en mí o en el evidente estado de nervios que apenas consigo disimular y que me está carcomiendo por dentro.

—Tranquila —susurra mi acompañante en mi oído, y coloca la palma de su mano en la parte baja de mi espalda para animarme a seguir avanzando cuando se da cuenta de que mis dudas van aumentando.

Si me diese la vuelta y echase a correr rápido, quizás podría…

—Buenas tardes, espero que disfruten del viaje —nos recibe el técnico, indicándonos que ya podemos entrar.

Demasiado tarde; cuando quiero darme cuenta, la puerta del monstruoso aparato rojo acaba de abrirse, y Liam ya está dentro tendiéndome la mano para invitarme a subir con él.

Lo miro a los ojos durante unas décimas de segundo y, consciente de que ya no tengo escapatoria, agarro su mano y me dejo arrastrar hacia el interior.

—¿Quieres sentarte? —propone señalando la fila de asientos delanteros.

—Sí, mejor —gimo al sentir que empezamos a movernos despacio para salir de la plataforma.

Tomamos asiento uno al lado del otro y contemplo por la ventana como comenzamos a elevarnos en el cielo.

—Respira —me ordena él con voz susurrante, inclinándose un poco hacia mí.

Su aliento y el breve contacto de su cuerpo al aproximarse al mío me envuelven como una caricia reconfortante que disipa el miedo y me permite darme cuenta de que el movimiento de la cabina, mucho menos brusco de lo que había imaginado, es más bien un tenue bamboleo que no me resulta tan desagradable.

El hermoso paisaje que nos ofrece la ciudad de Nueva York se graba en mis pupilas, arrancándome un suspiro y, ávida de no perderme ni un solo detalle, me pongo en pie y me acerco a uno de los grandes ventanales laterales.

—Es una vista preciosa —murmuro.

—Sí que lo es —corrobora Liam colocándose a mi lado.

Me vuelvo hacia él y un escalofrío me recorre la espalda cuando, al encontrarme con sus ojos, siento que, a pesar de que ni siquiera nos estamos rozando, su mirada, penetrante, adictiva y peligrosa está acariciando cada milímetro expuesto y escondido de mi piel.

Nunca nadie me había hecho sentir algo con tanta intensidad, jamás me habían desarmado con tanta facilidad y, sin embargo, a él le sale de manera natural.

—Gracias —consigo decir con la voz algo atascada—. Gracias por compartir esto conmigo.

Sus pupilas se oscurecen y su gesto se torna serio.

—No se me ocurre nadie más con quien me apeteciese vivir este momento. —Sus palabras y la sinceridad con que las pronuncia me elevan varios centímetros y, durante unos instantes, tengo la sensación de estar flotando en el aire en lugar de tocando el suelo.

Desvío la mirada hacia los ventanales y me empapo de la visión del río del este bajo nuestros pies.

El cielo está más despejado de lo que recuerdo haberlo visto en días, es casi como si las nubes hubiesen decidido hacerse a un lado para permitirnos disfrutar de un azul infinito y tan intenso como la mirada que últimamente se cuela de forma contante en mis pensamientos, en mis sueños y también en mis pesadillas.

Sacudo la cabeza para deshacerme de esas ideas… No sé qué narices me pasa, yo no soy así, soy una tía práctica a la que le gusta disfrutar sin complicaciones, sin ataduras. Eso de las maripositas, los suspiros y los hormigueos en la boca del estómago nunca ha ido conmigo. «Nunca hasta ahora», me recuerda la molesta voz de mi conciencia que, por lo visto, está tan entusiasmada con este nuevo giro de los acontecimientos que incluso ha cogido pompones y se ha puesto en plan animadora.

El teleférico comienza a descender a medida que nos aproximamos a la isla de Roosevelt.

—Estamos llegando —comenta Liam—. ¿A que no ha sido tan malo?

—Seguimos vivos —me limito a decir, poco dispuesta a reconocer que ha acertado de pleno y que el trayecto, a pesar de ser corto, pues no ha durado más de cinco minutos, me ha encantado—. Y ha sido un detalle que lo reservases entero.

El teleférico se detiene y, cuando las puertas se abren, Liam salta al exterior y yo lo imito antes de darle tiempo a tenderme la mano para ayudarme. No porque no me apetezca volver a sentir esa electricidad que se adueña de mi cuerpo cada vez que rozo su piel, sino porque, dado el cúmulo de sensaciones que se entremezclan en mi interior en este momento, evitar el contacto, por nimio que este sea, me parece lo más aconsejable.

Una sutil sonrisa asoma a sus labios haciéndome comprender que se ha dado cuenta del detalle.

—Te lo dije antes de subir y te lo repito: puedes confiar en mí. —Lo dice con convicción, sin un ápice de duda—. Soy consciente de que por norma tiendes a no tomarme en serio y a desconfiar de los de mi especie…

—¿Los de tu especie? —repito alzando las cejas, divertida—. ¿Te refieres a los jugadores de fútbol americano en particular?

—Más bien a los hombres en general —puntualiza.

—No sé de dónde sacas esa idea —contesto mientras los dos echamos a andar uno al lado del otro.

—¿De verdad me vas a negar que descartas de antemano tener cualquier tipo de conexión profunda con el género masculino? —cuestiona.

Lo contemplo de medio lado apretando la mandíbula.

Es cierto; a excepción de mis amigos, a los que considero parte de mi familia, nunca he tenido interés en tener relaciones profundas de ese tipo. Confiar supone un alto grado de vulnerabilidad y una entrega que jamás he estado dispuesta a experimentar, entre otras cosas, porque no lo considero necesario.

Mi madre lo hizo, se dejó llevar, entregó su corazón y ¿para qué le sirvió? Para terminar criando sola y herida a un bebé. Así que no, gracias.

No esperar nada de nadie es la mejor manera de evitar decepciones, la diversión es diversión y todo lo que se salga de ahí

son complicaciones.

—No tengo ningún problema para relacionarme con el género masculino, de hecho, es un género que me gusta bastante —le aclaro.

Liam pone una mueca que no sabría cómo calificar antes de murmurar:

—Sí, claro, siempre que esas relaciones, como tú las llamas, no impliquen perder ni una pizca de control, sentir o dejarte llevar.

Me detengo y lo enfrento con los ojos achicados.

No sé qué me molesta más, que me lo suelte así sin más o que haya dado en el clavo.

Lejos de amilanarse por la mirada de pocos amigos que le dedico, Liam sigue hablando.

—Por eso siempre eliges a tipos por los que sabes que no vas a sentir nada…

—Eso no es verdad —me defiendo.

—Es una verdad absoluta e incuestionable.

—No siempre elijo tíos por los que sé que no voy a sentir nada.

—Lo haces, siempre lo haces —me espeta cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Y qué me dices de ti? —La pregunta suena a ataque, porque lo es—. Se te llena la boca hablando de las relaciones de los demás, pero ¿cuánto hace que no estás con nadie? ¿Quién fue la última? —Finjo hacer memoria, a pesar de que sé de sobra que Sara Méndez fue su última novia oficial—. ¡Ah, sí! Aquella modelo con la que estuviste un par de meses…

—Eso fue diferente; si esa relación no funcionó, no fue por falta de compromiso por mi parte.

—Ah, ¿no? —pregunto con cierto retintín.

—No —responde escueto.

Su semblante cambia, está claro que el tema le molesta… Que se aguante, fue él quien entró en aguas turbulentas, ahora que se las arregle para nadar y conseguir salir de ellas.

—¿Y entonces por qué fue?

—No encajábamos, además de que, por supuesto, Sara estaba conmigo como podría haberlo estado con cualquiera de los chicos

del equipo —lo dice con resignación y cierto rencor.

Su respuesta me descoloca por completo.

—Te refieres a que…

—Me refiero a que no le gustaba yo como persona, lo que le gustaba era el hecho de estar con un jugador, le daba exactamente igual que fuese yo o cualquier otro —me interrumpe con un deje de amargura—. Ni siquiera tengo claro que elegirme a mí fuese su primera opción.

Su confesión me desarma por completo. Esa chica nunca me gustó, pero de ahí a sospechar que solo estaba con Liam por su posición, su fama o su dinero… Nadie merece ser utilizado de esa manera.

—Cuando me di cuenta, me sentí tan vacío y manipulado que decidí no volver a tener ninguna relación con alguien a no ser que estuviese seguro de que la persona que esté conmigo me quiere por quien soy y no por mi estatus o mi profesión —afirma—. Por eso, a excepción de algún lío esporádico, no he vuelto a tener nada con nadie.

—Lo siento mucho, Liam —le digo con sinceridad.

—Lo único que siento yo es no haberme dado cuenta antes. —Sus ojos impactan en los míos y siento que me atraviesan por completo—. Tú y yo somos diferentes —lo dice muy despacio, arrastrando cada palabra—. Tú no te das la oportunidad de tener algo real, yo, en cambio, solo quiero encontrar algo que de verdad merezca la pena.

No lo cuestiono, no lo hago porque hacerlo sería mentir, y puedo ser muchas cosas, pero nunca me he considerado una mentirosa.

Así que me limito a seguir caminando hacia el norte, en el paseo que circula por la costa junto al río en dirección a nuestra próxima parada, que no es otra que el faro de Blackwell.

Reconozco que nunca había estado aquí, y el faro, a pesar de que no es de los más grandes ni imponentes que he visto, me parece muy bonito.

—Por lo que veo, piensas que me conoces bien —murmuro sin apartar la mirada del monumento.

—¿Sabías que se construyó en el año 1872 y que fue diseñado por la misma persona que diseñó la Catedral de San Patricio sobre la Quinta Avenida? —me informa.

—No tenía ni idea —reconozco admirándolo—. Podríamos hacernos aquí la foto para la actividad de la yincana.

—Todavía no, hay muchas otras cosas por ver —rechaza mi propuesta negando con la cabeza—. Y en cuanto a lo que acabas de decir, sí, tal y como te dije el día que sacamos a pasear a los perros de la protectora, estoy seguro de que te conozco mejor de lo que crees.

—¿En serio? —pregunto, echando a caminar de nuevo.

—Ponme a prueba —sugiere.

—¿Cuál es mi color favorito? —pregunto.

—El azul, pero para vestir prefieres el rojo —responde sin titubear.

La respuesta es concreta, pero me ha escuchado hablar tantas veces con las chicas sobre ropa que tampoco tiene demasiado mérito que lo sepa.

—¿Soy más de dulce o salado?

—Dulce, sin ninguna duda.

—¿Verano o invierno?

—Verano; no te gusta la lluvia.

—¿Café o chocolate?

—Eres adicta al chocolate, rasgo que, por lo que he descubierto recientemente, has heredado de tu abuelo. Sin embargo, en invierno te encanta tomarte un capuchino de vez en cuando a media tarde —responde con seguridad.

—¿Qué serie he visto más veces?

—La serie que más veces has visto es Modern Family, pero la que más te gusta es Las chicas Gilmore. —Ahora sí que ha conseguido impresionarme—. En mi opinión es porque empatizas con el personaje de Rory y te ves reflejada en la relación que tiene con su madre.

Me detengo y lo contemplo casi con la boca abierta.

—¿Sport o formal?

—Sport, pero si hay que ir formal, siempre vestido, nunca pantalón.

—Uno de los mayores placeres cotidianos de la vida es…

—Las duchas largas, con el agua muy, pero que muy caliente.

—¿Sin qué comida del día no podría sobrevivir?

—Sin el desayuno; estás de mal humor mientras no comes algo por las mañanas.

—Peli preferida.

—Lo mejor de mí. O cualquiera de Nicholas Sparks, eso sí, algunas las paras cinco minutos antes de que terminen para imaginarte un final alternativo.

Mi mandíbula desciende casi hasta el cemento de la acera.

—En serio, ¿me espías, tienes cámaras en mi casa, micrófonos o qué pasa contigo?

—Soy un tipo muy observador, es una de mis virtudes…

Arrugo el ceño.

—Tampoco te vengas tan arriba; con el tiempo que pasamos juntos, es normal que hayas aprendido algunas cosillas sobre mí.

—Algunas cosillas dice —repite él echándose a reír—. Te guste o no te conozco mucho, pero que mucho más de lo que podías llegar a imaginar.

Su carcajada llena el aire de una melodía que baila con el viento, caldeándome por dentro.

Escucharlo reír aumenta mi buen humor, y eso es algo que me cuesta interiorizar. La verdad es que Liam está siendo todo un descubrimiento y compartir tiempo con él… digamos que no es tan malo como me imaginé cuando descubrí que tendríamos que trabajar juntos. Más bien todo lo contrario; para mi sorpresa, estar a su lado está empezando a gustarme demasiado…

—Y eso —añade con tono sugerente sacándome de mis pensamientos— que me he quedado en lo más superficial sin entrar a profundizar…

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Si quisiese profundizar más para demostrar lo mucho que te conozco, diría que sé que cuando te pones nerviosa acaricias tu dedo índice con la yema del pulgar sin parar.

Me detengo y lo contemplo con los ojos muy abiertos. Es un gesto tan sutil, tan imperceptible que estoy convencida de que pocas, muy pocas personas se han percatado de ello, y me asombra que una de esas personas sea él.

—Que tienes un pintalabios de color rojo que solo usas para las reuniones importantes de trabajo —continúa haciendo gala de todos sus conocimientos sobre mí.

—Me da buena suerte —murmuro cada vez más impactada.

—Que las lagartijas te dan pánico —añade con un deje de burla en su voz.

—No me dan pánico, solo repelús —lo contradigo, a pesar de que sé que estoy mintiendo de forma descarada—. Tienen el cuerpo áspero y escamoso… —Mi mueca de asco acompaña al tono de mi voz.

—Ni que te dedicases a acariciarlas —resopla.

—No me hace falta tocarlas para saber lo que es evidente a simple vista.

Sus ojos se posan sobre los míos y, durante un momento, se me olvida hasta nuestra conversación, hasta que vuelvo a escuchar su voz.

—También sé que tienes debilidad por tu abuelo y que por eso le subes a escondidas chocolate a su despacho.

—Me va a escuchar ese chivato —murmuro entre dientes.

Su carcajada nos envuelve de nuevo y me siento ligera.

—Felicidades, acabas de ganar el diploma a mejor acosador del año —bromeo.

—¿Acosador? Para nada, yo no me definiría como tal. —Niega con la cabeza, comenzando a caminar otra vez.

—Ah, ¿no? Y ¿cómo te definirías?

Aguardo en silencio mientras parece meditar la respuesta durante unos momentos.

—Yo me describiría como una persona que sabe prestar atención a lo que de verdad le interesa.

Sus palabras congelan mi respiración y aceleran el latido de mi corazón.

—¿Estas insinuando que te intereso? —pregunto con un aire juguetón que pretende quitarle intensidad a la situación.

—Yo no insinúo nada —afirma con voz clara—. No soy de andarme con medias tintas, me gustan las cosas claras.

Por lo visto, él no está muy de acuerdo con eso de aligerar la conversación.

—Eso sí que es una novedad —siseo.

—¿El qué? —pregunta con curiosidad—. ¿Que no me guste andarme por las ramas o que me intereses?

—Supongo que ambas.

Una sonrisa misteriosa que no sé cómo interpretar atraviesa su cara.

—Hemos llegado a nuestra siguiente parada —anuncia elevando la mirada hacia la fachada de piedra cubierta de musgo en algunas de sus zonas que aparece justo ante nosotros.

La estudio con atención: es un edificio de piedra en ruinas, no obstante, sigue siendo imponente y su estructura tiene cierta belleza.

—Esto fue el Smallpox Memorial Hospital. Era un hospital para tratar a enfermos de viruela —recuerdo en voz alta echando mano de mi memoria.

—Sí, y también se utilizó como cárcel de mujeres.

—Su historia es triste.

—Lo es, pero sigue en pie, ha resistido y quizás en algún momento vuelva a utilizarse con algún otro fin un poco más feliz.

—Con la de sufrimiento que han debido de albergar esas paredes, me cuesta imaginarlo —comento sin apartar la mirada del enorme edificio.

—Pues yo no veo por qué no —replica—. Es importante recordar nuestro pasado, pero también lo es evitar que este condicione nuestro futuro.

Lo que dice es una gran teoría que me parece complicado llevar a la práctica en la vida real; según mi forma de verlo, nuestro pasado siempre condiciona nuestro presente de una u otra manera, porque al final somos la suma de situaciones que hemos vivido y las decisiones que hemos tomado para superarlas.

Al menos eso es lo que pienso yo.

—Propongo que nos hagamos aquí la foto para la yincana —sugiere con voz alegre.

—Me parece bien. Es un sitio poco común y tiene un encanto y una historia que todo el mundo debería conocer —admito sacando el móvil de mi bolso a la vez que nos colocamos delante de la verja de forma que se nos vea lo máximo posible a nosotros, pero también el edificio, y disparo el objetivo.

Capítulo 23
Una de patatas, por favor

Liam

Después de sacarnos la foto para la campaña publicitaria, seguimos recorriendo la isla con calma, uno al lado del otro, sin dejar de hablar en ningún momento.

—Está bien, lo reconozco —anuncia Aria cuando nos detenemos delante de un puesto callejero porque el olor de sus patatas fritas hace que me entre hambre.

—¿Qué reconoces? —indago mientras vierto una generosa dosis de kétchup sobre las humeantes patatas.

—Que igual me conoces un poco más de lo que yo pensaba —dice arrugando la nariz en una mueca de lo más graciosa.

—Gracias por admitirlo, es todo un detalle por tu parte. —Sonrío y le tiendo un pequeño tenedor de plástico. Ella lo coge y pincha un par de patatas que saborea con deleite.

—Sin embargo —añade al tragar—, yo también te conozco más de lo que crees, puede que incluso más que tú a mí.

—Siempre tiendes a convertirlo todo en una competición, ¿verdad? —bromeo divertido.

Ella se encoge de hombros.

—No siempre —contesta.

La contemplo de reojo, divertido.

—Está bien, ilústrame —le pido, haciendo una reverencia de lo más teatral.

—Eres un payaso —me acusa.

—Eso lo sabe todo el mundo, no tiene mérito —protesto.

Sus ojos se vuelven hacia mí para contemplarme con intensidad.

—Puede, lo que seguro que no sabe todo el mundo es que esa actitud de payaso, extrovertido, despreocupado y siempre alegre es la capa bajo la que escondes a un tío sensible, considerado y demasiado empático que no soporta ver sufrir a los que tiene a su lado.

Trago saliva y continúo caminando. Poca gente consigue atravesar esa capa de la que habla, y me emociona y sorprende a partes iguales que ella lo haya hecho.

—No sé de dónde sacas eso —murmuro haciéndome el duro.

—Fuiste el primero en hacer sentir a Savannah que formaba parte del equipo cuando comenzó a trabajar como fisioterapeuta del club y el resto de los jugadores la ignoraban, tampoco dudaste en mostrar tu apoyo a Maddy cuando era prácticamente una paria nacional —comienza a enumerar—. Por no hablar de que te vuelcas con el refugio de animales porque consideras a esos perritos seres indefensos y vulnerables a los que tienes la necesidad de proteger y ayudar.

Me quedo en silencio.

—Tienes un profundo sentido de la lealtad, darías un brazo tanto por Ryan como por Brad y, aunque eres discreto y no buscas ser el foco de todas las miradas, no te incomoda captar la atención de los demás.

Aria se toma unos segundos y continúa hablando con naturalidad.

—Me acusas de ser competitiva, pero tú lo eres incluso más; te encanta ganar, pero ese no es tu objetivo principal.

—Ah, ¿no? —cuestiono.

Ella niega con la cabeza.

—Lo que de verdad te flipa es la adrenalina y la emoción de la propia competición.

Me llevo un par de patatas a la boca y la dejo seguir hablando.

—No te gusta nada ofender a los demás, por eso, aunque no mientes ni ocultas lo que piensas, eres muy cuidadoso eligiendo las

palabras que usas, con todo el mundo menos conmigo, claro está. —Sonríe—. En ese caso, yo soy la excepción que confirma la regla.

—Tú eres la excepción en muchos casos —susurro sin darme cuenta de que lo estoy diciendo en voz alta.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada, continúa.

—Te gusta el sol, pero odias pasar calor, por eso tus estaciones favoritas son la primavera y el otoño y, aunque no le haces ascos al salado, porque te encanta comer, eres más de dulce. En eso coincidimos.

—¿Y luego soy yo el que tiene el diploma de acosador del año? —pregunto un poco abrumado por lo calado que me tiene.

—Podríamos decir que yo también soy observadora y me gusta tener estudiados a mis adversarios.

Me detengo y la encaro.

—¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un adversario? —Mi voz suena densa, pero no hay acritud ni reproche en ella.

Los ojos de Aria sostienen mi mirada sin esquivarla ni evitarla.

—Lo eras. Ambos lo éramos —reconoce.

Asiento, porque tiene razón; nuestra relación hasta hace no demasiado se basaba en eso, un constante tira y afloja, una continua competición.

—¿Y ahora? —pregunto acercándome un paso más a ella.

—Me encantaría contestar, pero hay preguntas que no tienen respuesta —murmura mordiéndose el labio inferior.

Mis ojos descienden a ese punto exacto y los recuerdos de lo sucedido tras el árbol en el jardín de sus abuelos acuden de nuevo a mis pensamientos, nublándome la mente y removiéndolo todo en mi interior…

Ese beso… Nunca un beso me había hecho sentir de esa manera, jamás unos labios habían conseguido reconfortarme y alterarme tanto a la vez.

Las ganas de acariciar su piel, de enredar mis dedos en su pelo se vuelven tan intensas que tengo que obligarme a carraspear y retroceder un par de pasos para lograr contenerlas, porque, aunque me muero de ganas de volver a saborear su boca y tenerla entre mis

brazos, para que todo salga como espero soy consciente de que debo ser paciente e ir paso a paso.

—Eso de ahí —anuncio señalando con el dedo hacia la zona que tenemos justo delante— es el Parque de las Cuatro Libertades.

—Cobarde —musita ella mientras una sonrisilla sutil y bastante provocadora toma forma en sus labios.

Me está retando, lo sé, me acaba de lanzar el anzuelo y me encantaría entrar a saco, picar y comerme el cebo, el sedal y la caña entera, pero, tal y como acabo de pensar hace tan solo unos segundos, debo ser paciente.

Así que hago como que no la he escuchado y sigo hablando, aferrándome al papel de guía turístico improvisado.

—Este parque se inauguró en el año dos mil doce. —Hago una pequeña pausa y, al ver que tengo toda su atención, continúo con la explicación—. Como ves, es un parque moderno —añado echando un vistazo a su llamativa forma triangular y al césped que rodea los senderos de granito blanco—. El monumento que hay al final del parque rinde homenaje al discurso del presidente Roosevelt sobre las cuatro libertades de nuestro país. La libertad de expresión, la religiosa, a libertad contra la miseria y la libertad contra el miedo —enumero.

—No me leas Wikipedia —comenta con guasa alzando las cejas.

—¿Wikipedia? —repito arrugando la nariz.

—A partir de ahora voy a llamarte así —afirma en tono de burla —. Confiesa, ¿cuánto tiempo has tardado en aprender todos esos datos?

—¡Oye, que soy un tipo culto! —protesto haciéndome el ofendido.

Ella cruza los brazos sobre su pecho y me observa con incredulidad.

—Aunque puede que haya investigado un poco para la campaña de publicidad —confieso de mala gana.

Mi acompañante deja escapar una risa suave que me suena a música celestial.

No es que sea raro escucharla reír, todo lo contrario; por norma general, es una persona de lo más risueña. Lo extraño es que esa risa la provoque algo que yo acabo de decir… Aunque, como la mayoría de las cosas en nuestra relación, últimamente eso también parece estar cambiando poco a poco.

—Ahora en serio —anuncia sin dejar de sonreír—. Has elegido bien, es un lugar precioso —admite echando un vistazo a su alrededor.

La certeza de que se lo está pasando bien conmigo me produce cierta euforia interior que me esfuerzo por no exteriorizar. No pretendo parecer un desesperado ni demasiado emocionado, así que me limito a sonreír mientras ambos seguimos caminando, juntos, uno al lado del otro, pero sin llegar a rozarnos, intercambiando alguna que otra mirada furtiva, pero sin mirarnos.

El paseo es agradable, aunque no deja de existir cierta tensión latente en el aire.

—Creo que es hora de volver —anuncio un poco después, mirando la esfera de mi reloj.

—Es bastante antiguo, ¿no? —se interesa ella reparando en él —. Me sorprende que no uses uno de esos relojes carísimos que os dan las firmas y los patrocinadores.

—Era de mi padre —explico—. Me lo regaló cuando cumplí los dieciocho y desde entonces siempre lo he llevado. Por muy modernos y lujosos que sean otros, ni me he planteado ni me planteo cambiarlo.

Su semblante se conmueve.

—Eres un sentimental —lo dice con cierto cariño, diría que incluso admiración.

—No sé si yo diría tanto.

—Sí que lo eres, y no deberías ocultarlo, un poco de ternura te queda bien. —Su voz suena sinuosa y, cuando sus ojos se encuentran con los míos, a pesar de que sé que no es su intención, la atmósfera se caldea un par de grados entre los dos.

Ella es la primera en apartar la mirada y detenerse para aumentar un par de pasos la distancia entre los dos.

—El teleférico queda hacia el otro lado —dice oteando a su alrededor.

—Ahora no vamos a volver en teleférico, sino en barco —comento esperando a que vuelva a caminar para situarse otra vez a mi lado.

Su mirada vibra y se ilumina.

—Me encanta ir en barco —lo dice con la ilusión de una niña a la que acaban de hacerle un regalo muy esperado—. Mi abuelo me llevaba a navegar cuando era pequeña.

—¿En serio? —Finjo hacerme el sorprendido, pero se me escapa una sonrisa, porque es una información que tenía de primera mano.

Sus ojos se achican descubriéndome de inmediato.

—Voy a tener una seria conversación con ese hombre, está visto que se ha convertido en un auténtico acusica.

Me echo a reír.

—No es ningún acusica —replico—. Solo un alma caritativa dispuesta a compartir conmigo su sabiduría.

—Ya, claro… —Niega con la cabeza fingiendo estar molesta, aunque los dos sabemos que no lo está.

Aceleramos un poco el paso para llegar a la terminal del ferry. Compro los billetes y, en cuanto subimos al barco, Aria se dirige a la zona de la proa.

El barco comienza a alejarse del muelle; al principio va despacio, no obstante, poco a poco comienza a aumentar la velocidad.

La expresión luminosa de su cara parece querer competir con la belleza de los rayos del atardecer que acarician las aguas calmadas del río bajo nuestros pies.

El viento le revuelve el pelo y sonroja sus mejillas, pero, lejos de recogerlo o intentar arreglar ese remolino de rizos alborotados que tiene, ella echa la cabeza hacia atrás de forma despreocupada, cerrando los ojos mientras disfruta de la sensación y dejándome a mí contemplándola embobado y con el corazón latiendo acelerado.

¿Se puede ser más bonita, dulce y sensual a la vez? Va a ser que no.

Capítulo 24
Más y más sorpresas

Aria

El viaje en barco me resulta corto, demasiado corto, y en lo más profundo de mi ser tengo la certeza de que no es solo porque me encante la sensación del viento húmedo enredándose en mi pelo, o porque me quede extasiada contemplando los asombrosos tonos que las luces del final de día crean al incidir sobre el agua, sino porque disfrutar de ello al lado de Liam lo vuelve más especial todavía.

No tenía demasiadas ganas de acudir a esta cita, tenía dudas de como discurrirían las cosas entre nosotros después de nuestro «inesperado acercamiento» detrás del árbol del jardín de mis abuelos, porque una parte de mí temía que ambos estuviésemos incómodos o que el ambiente se hubiese enrarecido entre nosotros.

Por suerte, nada más lejos de la realidad.

Todo, absolutamente todo ha sido un acierto: el paseo por la isla, el helado, el viaje en barco… En todo momento me he sentido cómoda y a gusto a su lado, tanto que por increíble que parezca incluso disfruté del viaje en teleférico.

—Lo de hoy ha estado bien —declaro una vez los dos pisamos tierra firme y echamos a andar para alejarnos del muelle.

—¿Te ha gustado? —pregunta él observándome de medio lado.

—Me ha gustado —afirmo.

—¿Todo? ¿Incluso el paseo en teleférico? —insiste.

—No ha estado mal —admito.

Su expresión muestra todo su escepticismo y sus labios se tuercen en una sonrisa contenida sin apartar la mirada de mí.

—Valeee —concedo alzando las cejas y negando con la cabeza —. Me encantó, fue una pasada.

—Sabía que te iba a gustar —responde regalándome una sonrisa tan resplandeciente que siento la necesidad de ponerme unas gafas de sol para poder mirarlo de frente.

—Te crees muy listo —resoplo.

—Lo soy —afirma divertido.

—Lo que eres es un poquito sabelotodo —protesto.

—Puede que eso también —concede echándose a reír—. Pero creo que hemos conseguido añadir una nueva actividad perfecta y bastante original para nuestra yincana.

—Es cierto —acepto—. Además de que el día ha sido perfecto.

—Está siendo perfecto. —Su sonrisa se vuelve enigmática y su voz adquiere un tono de lo más misterioso.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con curiosidad.

—Que aún no se ha terminado. Hay otro sitio al que quiero llevarte.

—¿Otra ubicación para la yincana?

Él niega con la cabeza.

—Esto es diferente, no tiene nada que ver con el trabajo, es algo que quiero compartir contigo, solo contigo, no con el resto de Nueva York. —Siento su voz aterciopelada como una caricia electrizante que me eriza la piel y me acelera las pulsaciones. Mis ojos ascienden hasta encontrarse con los suyos, y me quedo en silencio, como si en esa selva verde, impenetrable e intensa que da forma a su mirada se hubiesen perdido todas las respuestas y cada una de mis palabras.

—A no ser que ya no me soportes y no aguantes pasar ni un minuto más a mi lado —añade con aire juguetón al ver que me quedo callada.

Trago saliva mientras una revolución de hormonas parece amotinarse en mi interior.

—Puedo tolerar tu presencia un poquito más —sigo su broma, tratando de que mi voz no suene tan ahogada.

—¡Bien! —exclama—. ¡Entonces vamos allá!

—¿A dónde?

—Es una sorpresa —anuncia.

—¡Y dale! ¡Que no me gustan las sorpresas! —exclamo poniendo los ojos en blanco.

—Siempre dices lo mismo y terminan encantándote —objeta.

—¿No deberíamos coger un taxi? —pregunto al ver que caminamos en sentido contrario a la parada.

—No es necesario, tenemos mi coche en el aparcamiento —me explica.

—Tu coche lo dejamos en la terminal del teleférico —le recuerdo, convencida de que se está confundiendo.

—Cierto, pero Ryan y Brad me hicieron el favor de traerlo hasta aquí mientras estábamos en la isla.

—¿Los hiciste venir a los dos para que te trajesen el coche? —murmuro un tanto sorprendida de que se haya tomado tantas molestias.

—Decidieron venir los dos porque así después se volvieron en el coche de Brad.

—Parece que lo tienes todo pensado… —musito.

—Aquí donde me ves soy un chico de recursos.

—Ya veo, ya… Fíjate que siempre pensé que eras más de fluir y dejarte llevar —comento deteniéndome delante de la puerta del copiloto cuando, en efecto, llegamos a su coche.

—Y lo soy, pero cuando se trata de algo importante, no me gusta dejar nada al azar.

—¿Importante? —repito con cierto escepticismo.

—Importante —afirma abriendo la puerta del coche para sacar algo de la guantera que comienza a ondear delante de mis ojos.

Es un antifaz; uno negro, de terciopelo, con pinta de ser muy suave.

—¿Eso va con esposas a juego? —bromeo.

—Póntelo —me ordena tendiéndomelo.

—Ni de coña —me niego en redondo retrocediendo un paso.

—Venga, te prometo que no tardaremos mucho.

—No veo la necesidad de ir a ciegas a ningún lado.

—¡Es para no chafar la sorpresa! —exclama—. Además, te vendrá bien trabajar un poquito esa necesidad insana que tienes de

tenerlo todo bajo control. Tienes que aprender que de vez en cuando no es malo ceder el mando de la situación.

—Yo no tengo ningún problema en ceder el control.

—¡Ja! —replica.

—Lo digo en serio —insisto.

—Entonces ponte el antifaz —me pica.

Sus ojos mantienen mi mirada en un duelo que, si estuviésemos en el viejo Oeste, podría considerarse mortal.

—Eres muy, pero que muy pesado —lo acuso, arrancándoselo de la mano a la vez que una mueca de disgusto se dibuja en mi cara.

—Esa es otra de mis muchas virtudes —bromea, feliz de haberse salido con la suya.

Me dejo caer dentro del coche y espero a que él haga lo mismo detrás del volante para dirigirle una última mirada de desagrado.

—Te prometo que no tardaremos mucho —me asegura colocándose el cinturón y encendiendo luego el motor.

—Más te vale —rezongo, colocándome la suave tela sobre los ojos sin dejar de refunfuñar.

Liam suelta una risilla y arranca.

Yo misma estoy sorprendida por haber cedido; Liam tiene la extraña habilidad de conseguir cosas de mí que la mayoría de la gente no lograría ni en el mejor de sus sueños.

¡Si incluso me convenció para subirme en el teleférico! Y tengo que reconocer que me encantó.

Estoy relajada. Me siento a gusto a su lado. Tenerlo cerca es raro porque su presencia me produce una cálida sensación de serenidad que aumenta y aumenta sin parar en lo más profundo de mi pecho y se extiende por mi cuerpo y, sin embargo, también hace que todos mis sentidos se mantengan en un estado de alerta constante en el cual, incluso con los ojos tapados y sumida en la oscuridad más absoluta, soy terriblemente consciente de cada pequeño detalle que tiene que ver con él.

El aroma de su colonia, que parece intensificarse a medida que transcurren los minutos; la cercanía de su mano cuando la coloca sobre la palanca de cambios —porque sí, por lo visto, el tío es un

clásico y le van los coches de cambio manual en vez de los automáticos—; el modo en que tararea de forma casi inaudible la canción de Bon Jovi que suena por los altavoces.

De repente me encuentro a mí misma recreando un retrato suyo en mi cabeza.

Su pelo, perfectamente desordenado, sus facciones rectas y atractivas, esos ojos que algunas veces parecen un bosque en plena primavera y otras, una selva profunda e intransitable en plena noche, sus labios… Esos labios que disfruté tanto besando y que llevan todo el día causando estragos en mi cuerpo, provocándome y atormentándome… Porque sí, en más de una ocasión, durante las horas que llevamos juntos, he tenido que hacer un verdadero esfuerzo para controlar la tentación de abalanzarme sobre él y robarle un nuevo beso.

Si soy sincera, dudo que Liam se hubiese mostrado demasiado quisquilloso al respecto; no es por ser creída, pero tengo ojos en la cara y estoy bastante convencida de que también a él le ha costado trabajo mantener sus ganas a raya en más de un momento.

Lo que ocurre es que, a pesar de la innegable atracción y la química que revolotea entre los dos, sigo convencida de que tener algo con él no es una buena idea; de hecho, por muchos motivos sé a ciencia cierta que sería una decisión pésima.

Me remuevo incómoda en el siento intentando alejar esos pensamientos.

—Ya casi hemos llegado —anuncia él que, casi con total seguridad, ha malinterpretado el gesto.

No digo nada, me limito a concentrarme en repetir la tabla del ocho una y otra vez, tratando de mantener mi calenturienta mente bajo control.

Mi método puede sonar extraño, pero lo uso desde pequeña para alejar los pensamientos desagradables de mi mente o mantener mis nervios bajo control. Y puedo decir que es prácticamente infalible y que siempre me ha funcionado, al menos hasta hoy.

—Ya estamos —anuncia con voz pausada deteniendo el coche.

—Por fin —farfullo llevándome la mano en dirección al antifaz con la intención de quitármelo.

—¡No! —exclama interceptando con sus dedos mi muñeca a la mitad del camino.

El contacto es suave, pero el cosquilleo que me recorre la piel es inevitable, y la forma en la que él exhala dejando escapar el aire visiblemente afectado… no hace más que empeorarlo.

Durante unos segundos, los dos nos quedamos inmóviles, sin saber qué hacer o qué decir, como si el momento se hubiese adueñado de nuestra voluntad impidiéndonos reaccionar y, en lugar de pensar, solo pudiésemos sentir.

—No te muevas, yo te abro la puerta —me ordena con la voz algo ronca antes de apartar los dedos de mi piel que, de inmediato, se siente fría y huérfana.

No pasan más de diez segundos cuando escucho el sonido de la puerta abriéndose.

—Sal despacio —me pide.

Una vez estoy de pie, Liam coloca su mano en la parte baja de mi espalda y, a pesar de la ropa que se interpone entre nosotros, siento como el calor asciende por mi cuerpo.

—Vamos —dice guiándome despacio—. Te prometo que falta poco.

Su voz tiene un toque sensual, pero también se puede percibir en ella un deje de expectación, esperanza e incluso diría que ansiedad.

Caminamos cuarenta pasos en línea recta, lo sé porque sí, los he contado… Y no es que esté loca, es que necesito una distracción para olvidar cómo me siento al ir tan pegada a él.

Al torcer a la derecha escucho el sonido de agua cayendo con claridad.

—¿A dónde me has traído? —pregunto sin esconder mi curiosidad.

—Ahora lo verás, puedes quitarte el antifaz —susurra muy, pero que muy cerca, demasiado cerca de mi oído.

Su voz me provoca un escalofrío y contengo el aliento un par de segundos antes de hacer lo que me ha pedido.

Lo que aparece ante mí cuando abro los ojos me impresiona tanto que el antifaz se me cae de las manos y se me corta la

respiración a la vez que me obligo a parpadear con fuerza repetidas veces para asegurarme de que lo que estoy viendo es real y no una mala pasada de mi imaginación.

Liam permanece a mi lado, observándome con expresión expectante, por lo que imagino que debería decir algo. Lo que ocurre es que soy incapaz, no puedo hacerlo porque mi capacidad de articular palabras parece haberse volatilizado.

—Esto es… —musito al fin.

El sonido de la reja cerrándose a nuestra espalda me hace echar un vistazo atrás.

—Lo he reservado solo para nosotros —me explica Liam, dejándome más boquiabierta todavía.

Enseguida vuelvo a zambullirme en cada esquina, memorizando cada pequeño detalle, sumergiéndome de lleno en esta especie de fantasía.

—¿Te gusta? —pregunta él sin ocultar el anhelo que siente.

¿Que si me gusta? ¿De verdad me acaba de preguntar que si me gusta?

Lo contemplo durante un segundo como si estuviese viendo a un alienígena recién llegado de Júpiter y me estuviese hablando en un lenguaje incomprensible y extraño.

¿Cómo no me va a gustar? Estamos en el Greenacre Park, un parque escondido entre los edificios de Manhattan, lo cual ya es increíble, porque este sitio es uno de los más especiales de la ciudad para mi familia.

Desde que tengo uso de razón, en este mismo lugar han celebrado su aniversario cada año mis abuelos.

Es un parque pequeño en comparación con la mayoría de los que pueden encontrarse en Nueva York, y puede que precisamente sea eso lo que le confiere este ambiente tan íntimo y relajado que se respira en su interior.

Desde pequeña me ha parecido como un escondite sacado de un cuento, y lo cierto es que hoy más que nunca, iluminado por la luz de los cientos de velas blancas de diferentes tamaños esparcidas por todo el espacio y por la multitud de lucecitas del mismo color

que se entrelazan con las ramas, las flores, las plantas y las copas de los árboles sigue pareciéndomelo.

—Ven —me pide Liam entrelazando sus dedos con los míos para guiarme a la terraza inferior, justo a los pies de la poderosa cascada que es la joya del lugar, convirtiendo este pequeño escondite en un oasis al que el agua le aporta frescura y una belleza digna de admirar.

Me detengo en seco, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta cuando, al acercarnos a la única mesa del lugar, rodeada de pétalos y cubierta con un delicado mantel blanco, descubro sobre ella mi tetera, mi vieja, algo descascarillada y adorada tetera, una pieza de lo más especial que mi bisabuela le regaló a mi abuela, uno de los pocos recuerdos que esta se trajo con ella desde Colombia y que terminó convirtiéndose en mi regalo más especial cuando cumplí los dieciocho años, que durante todos estos años he guardado como oro en paño y que hoy hace las funciones de un jarrón improvisado para dar cabida a un precioso y sencillo ramo de lirios rosas del valle, que son y siempre han sido mis flores favoritas.

—¿Cómo has conseguido…? —De verdad que intento terminar la frase, pero boqueo una y otra vez, como un pez.

—Le dije a Ryan que le pidiese a Maddy que la cogiese de tu casa anoche, cuando fueron a visitarte, y me la dio esta mañana —explica con cierto aire de culpabilidad.

—Así que anoche, cuando vinieron a verme… —comienzo a decir atando cabos.

—Llevaban una misión muy concreta —ataja él—. No te enfades con ella, solo cumplía órdenes —añade enseguida.

¿Enfadarme? Lo miro como si estuviese desvariando de nuevo.

—¿Cómo podría enfadarme? Esto es… perfecto —admito elevando mis acuosos ojos hacia los suyos—. Me encanta.

Su sonrisa, cálida y tierna, me sacude como un terremoto de magnitud ocho en la escala Richter, provocando en mi interior un sinfín de destrozos.

—Quería hacer algo especial para ti —confiesa apretando un poco más mis dedos entre los suyos—. Para nosotros.

Ese «nosotros» hace explotar algo en lo más profundo de mi pecho.

La intensidad de sus ojos al fundirse con los míos me desarma, y la sensación de vértigo y deseo que me recorre por dentro me hace sentir más vulnerable de lo que me he sentido nunca, y aparto la mirada.

Tengo la sensación de que estoy a punto de arrojarme al vacío desde un precipicio interminable, en plan kamikaze, sin paracaídas ni parapente, ni siquiera unas pequeñas alas de papel con las que intentar mantener el vuelo y salvarme y, con todo, sigo corriendo hacia el borde, incapaz de detenerme, ansiosa por lanzarme, con una inconsciencia y una temeridad dignas de estudiar, porque sé que al estamparme contra el suelo el golpe será brutal y va a despedazarme y, aun así, no puedo parar.

—Son mis flores favoritas —lo digo solo por intentar alejarme un poco de ese abismo, buscando una zona segura y rompiendo el hechizo del momento, a pesar de que estoy convencida de que, si están encima de esta mesa, es porque él ya es consciente de ello—. Aunque creo que ya lo sabes.

Su sonrisa lo delata y me aprieta un poquito más el corazón.

Sonreír así, con esa mezcla de dulzura y picardía, tiene que ser delito, debería serlo si las leyes tuviesen algo de sentido.

—Tu abuelo me contó que fueron las flores que le regaló a tu madre cuando naciste y que desde entonces te las regalan cada año por tu cumpleaños.

—Lo dicho: ese hombre no sabe tener la boca cerrada.

—Fue un intercambio —responde acercándose a la mesa para apartar con amabilidad una silla e invitarme a sentarme.

—¿Qué tipo de intercambio? —me puede la curiosidad.

Tomo asiento y él hace lo propio frente a mí.

—Él compartió conmigo una pequeña parte de su Aria y yo le mostré a él una pequeña parte de la mía.

—No sé si quiero saber que más te dijo…

Su sonrisa se amplía al mismo tiempo que mis ojos se convierten en una fina línea.

—No, en serio. —Dejo escapar un gemido—. ¿Qué más te dijo?

—Nada —responde conteniendo la risa.

—No te lo crees ni tú —rezongo.

Un camarero se acerca y mis ojos se abren de forma desorbitada cuando pone ante nosotros un plato de…

—¿Macarrones con queso? —pregunto.

—Yo pretendía algo un poco más elaborado, pero tu abuelo me dijo… —Se frota la cabeza mientras habla, en tono dubitativo.

—Que es mi comida preferida —termino por él—. Y no te mintió; me flipan los macarrones con queso, sobre todo, si están bien hechos. Y estos tienen una pinta espectacular.

—Pruébalos —me pide señalando el plato.

No me hago de rogar, tengo hambre y el plato que tengo delante huele fenomenal, así que me llevo una cantidad generosa a la boca y cierro los ojos, deleitándome con el sabor que se extiende por mi paladar.

—Están increíbles —admito una vez he tragado—. Probablemente una de las mejores recetas de macarrones con queso que he probado nunca.

Su rostro se ilumina.

—Pero eso no te va a librar de contarme qué más te dijo ese chivato. Aparte de que me vuelven loca los macarrones con queso.

—Poca cosa…

—Sorpréndeme.

—Solo que lo llamase si te ponías muy cabezota y no querías acompañarme, para que él te hiciese entrar en razón.

—Manda narices lo que hay que escuchar… —resoplo, tratando a duras penas de contener una carcajada al imaginarme conspirando a este par.

—Por suerte, no hizo falta. No sé si haber tenido que recurrir a tu abuelo para traerte hasta aquí me habría dejado en muy buen lugar —bromea probando su comida—. Tienes razón. Están buenísimos.

—Me alegro de estar aquí… contigo —susurro provocando un nuevo choque de miradas de esos que me hacen estremecer y me aceleran las pulsaciones hasta puntos poco saludables y sin ninguna duda nada recomendables.

El resto de la cena es perfecto… Hay quien pensará que la perfección no existe; siento decirle que se equivoca, esto, lo que estoy viviendo en este momento, es la definición exacta de ese concepto.

La atmósfera íntima y tranquila propiciada por la luz de las velas, el aroma de los lirios y el sonido del agua de la cascada cayendo y mezclándose con nuestra suave conversación.

Una conversación en la que no faltan las bromas, las anécdotas y las confesiones y que se ve salpicadas por miradas y sonrisas que no hacen más que provocarme un sinfín de sensaciones. Lo dicho: «perfecto» es la palabra para describirlo, no se me ocurre otra mejor.

Sin apenas darnos cuenta, los minutos se convierten en horas y, para cuando miro mi reloj de pulsera, es más de medianoche.

—Deberíamos irnos —comenta él con cierta pereza al percatarse de lo tarde que se nos ha hecho.

—Eso parece —respondo frotándome los brazos.

No contaba con estar fuera hasta tan tarde, y el jersey que llevo puesto no resulta suficiente abrigo para la temperatura que hace.

Me pongo en pie y Liam, quien se ha dado cuenta, hace lo mismo, se acerca a mí y me coloca su cazadora sobre los hombros.

Lejos de protestar, me la ajusto al cuerpo. Huele a él; aspiro de forma disimulada, emborrachándome de su aroma, y disfruto del contacto con la prenda a la vez que lo veo inclinarse sobre la mesa para sacar el ramo del interior de la tetera y coger ambas cosas.

Capítulo 25
Cuerpo, cabeza y corazón

Liam

El portalón de la casa de Aria se cierra y un ligero malestar me recorre por dentro. Ahora ella debería bajarse y yo marcharme, pero no quiero hacerlo, no me apetece irme, no tengo ningunas ganas de alejarme porque siento una extraña necesidad de alargar un poco más el momento, y por ello, apago el motor y me giro para contemplarla.

No quiero que abra la puerta, ni que se baje del coche, ni que se meta en su casa, todavía no, no estoy preparado para dar por finalizada esta velada.

Ya pasa de la una de la madrugada, llevamos horas juntos, hablando, riendo, compartiendo momentos y miradas, y, sin embargo, tengo la sensación de que el tiempo ha pasado tan rápido que nos hemos dejado demasiadas cosas en el tintero y que no nos ha dado tiempo de nada.

Debería decirle que me encanta estar a su lado, que esta tarde los segundos han volado, que las agujas del reloj han girado demasiado deprisa y que cada vez que me sonríe me quedo embobado.

Debería confesarle que me muero por besarla de nuevo y que no he dejado de pensar ni un solo segundo en el sabor de sus labios; no obstante, en lugar de decir cualquiera de esas cosas, me quedo callado, embelesado, con la mirada perdida primero, en esa maraña de rizos desordenados y revueltos que necesito atrapar entre mis dedos y después, en esos salvajes ojos verdes que al posarse sobre los míos me mantienen completamente hipnotizado.

Ninguno de los dos dice nada, pero el ambiente se enrarece con velocidad y la atmósfera a nuestro alrededor se va espesando.

La intensidad de su mirada aumenta y sus dedos se crispan sobre la tetera que tiene en el regazo, a la vez que yo siento que me estoy ahogando, naufragando en un mar de sensaciones apabullantes que ninguna otra chica me ha hecho sentir antes.

Nervios, deseo, anhelo, necesidad… Todo aliñado con una dosis considerable de urgencia que cada vez me cuesta más disimular.

Soy un tipo con un autocontrol considerable, en mi profesión es indispensable saber mantener la cabeza fría dentro del campo y controlar mis instintos y emociones es algo que domino a la perfección… Por lo visto, siempre y cuando Aria no entre dentro de la ecuación.

Ella se muerde el labio inferior y se revuelve en el asiento; se nota que también está nerviosa y algo afectada, pero, lejos de amilanarse, sigue con la mirada clavada en mí, consumiéndome como si yo fuese la madera y ella el fuego de una hoguera que nunca se apaga.

—¿Quieres entrar? —Su voz apenas es un susurro, pero retumba en mi pecho con potencia.

—Ahora mismo no existe nada que quiera más —respondo con total sinceridad.

Los escasos pasos que nos separan de la puerta principal se me antojan interminables, los pocos segundos que Aria tarda en abrirla me resultan eternos; tengo tantas ganas de besarla de nuevo, de acariciarla. Quiero hacerla tocar el cielo, quiero ver sus ojos en llamas y su cuerpo temblando por el deseo. Un deseo que, en cuanto ponemos un pie dentro, soy incapaz de mantener a raya durante más tiempo, un deseo que manda a la mierda todo mi autocontrol y que provoca que, sin esperar ni un segundo más, me abalance sobre ella como un animal hambriento que acaba de encontrar su presa.

Enmarco su rostro con mis manos, enredo mis dedos en su pelo, asalto su boca con mis labios, reclamando y entregando mucho más de lo que se puede dar en un solo beso.

Con sus brazos entrelazados alrededor de mi cuello y mi lengua recorriendo el suyo, comenzamos a subir las escaleras sin molestarnos en mirar el suelo. Tropezamos con varios escalones, nos golpeamos contra la pared, pero toda mi atención está puesta en la forma en que sus dientes atrapan el lóbulo de mi oreja y en el camino que por su piel traza mi lengua.

Llegamos a su habitación y, con la respiración agitada, se quita el jersey y la camiseta.

La visión de su sujetador negro de encaje hace que cualquier resquicio de pensamiento racional que pudiese quedar en mi cabeza se esfume.

Ahora mismo en mi mundo solo existe ella.

Volvemos a besarnos, a tocarnos, sin delicadeza, con urgencia, una urgencia que los dos sentimos y que nos atiza con fuerza.

Su mano desabrocha los botones de mis vaqueros y un gemido escapa de mi garganta al meter mis dedos por su pantalón para acariciarle la entrepierna y encontrarla receptiva y empapada.

—Joder —gruño deslizando el tirante del sujetador por su hombro mientras la empujo con suavidad hacia la cama.

Ella cae sobre el colchón y, sin apartar mis ojos de su precioso cuerpo, yo me apresuro a deshacerme del resto de mi ropa.

Sus ojos me recorren hambrientos y expectantes y, con el corazón martilleando dentro de mi pecho, prácticamente le arranco el pantalón y lo lanzo a una esquina de la habitación.

—Eres preciosa —susurro al colocarme a horcajadas sobre ella, justo antes de que mis labios desciendan hasta su pezón y su espalda se arquee en un acto reflejo, en busca de más contacto, de más fricción.

Mis dedos apartan la tela de su tanga y la miro a los ojos para ver cómo se le nubla la mirada cuando introduzco dos de ellos en su interior.

Sus piernas se separan para darme mejor acceso y comienzo a deslizarlos dentro y fuera a un ritmo constante mientras con el pulgar golpeo su clítoris y mis dientes torturan su pezón.

Aria jadea y me veo obligado a apretar la mandíbula con fuerza cuando rodea con firmeza mi erección.

La temperatura de mi cuerpo aumenta tanto que siento que estoy a punto de morir abrasado por una ola de calor.

La excitación me ciega por completo al escucharla susurrar entre gemidos:

—Quiero tenerte dentro ahora mismo.

Sin dejar de saquear su boca con mi lengua, me coloco en su entrada, y después mi mirada se entrelaza con la suya mientras la penetro de una fuerte estocada.

Permanezco quieto durante unos segundos aguantando estoicamente las ganas de repetirlo una y otra vez mientras sus labios se separan exhalando con suavidad y sus ojos se abren de manera desorbitada.

Es tan jodidamente perfecta que, cuando repito el movimiento, esta vez con una calma tortuosa y deliberada, intensas oleadas de placer me inundan con una fuerza descomunal recorriéndome entero.

Sus uñas se clavan en mis hombros y su pelvis se restriega contra mí, buscando más fricción.

—¿Eso es todo lo que tienes? —bromea con la voz entrecortada, y me dedica una sonrisa traviesa.

El brillo de sus ojos me ilumina por dentro y siento algo diferente y extraño que no sé definir, pero que no había experimentado antes de este momento.

Mis dientes responden por mí arañando la sensible piel de su cuello a la vez que comienzo a moverme de nuevo.

El sonido de mi cadera chocando con la suya, la sensación de sus manos recorriendo mi espalda, el eco de sus gemidos resonando contra mi oído son la combinación perfecta para hacerme perder el poco control que me queda.

Necesito sentirla más, quiero hacerla enloquecer, no hay nada que desee más que verla deshacerse entre mis brazos de puro placer.

Mis embestidas cada vez son más rápidas y fuertes, nuestras respiraciones cada vez más erráticas y, tanto los besos como las caricias, se vuelven urgentes e insuficientes para calmar esta sed que nos sobrepasa.

Meto un dedo entre nuestros cuerpos y trazo círculos sobre su punto más sensible sin dejar de introducirme en su cuerpo, llenándola por completo una y otra vez.

—Liam —pronuncia mi nombre entre jadeos justo en el instante en que sus ojos se vuelven vidriosos y cada uno de sus músculos se tensa entre mis manos.

Aumento el ritmo todavía más; su cuerpo se mueve recibiéndome una y otra vez, y en el momento exacto que la veo dejarse ir, estoy seguro de que los espasmos de su orgasmo rodeando mi miembro van a conseguir matarme de placer.

Completamente fuera de control, me muevo de forma desenfrenada, sin dejar de mirarla, sin dejar de tocarla, hasta que, pocos segundos después, exploto y me corro en su interior, liberándome por completo dentro de ella, entregándole el cien por cien de lo que soy, quedando completamente deshecho por dentro y por fuera.

Capítulo 26
Las vendidas de mis amigas

Aria

—¿Se puede? —pregunta la voz de Maddy desde el otro lado de la puerta.

Detrás de ella, Savannah me dedica una sonrisa tan inocente como falsa.

Arrugo la nariz y les dedico una mirada poco amistosa a ambas.

Son casi las dos de la tarde y estaba trabajando en el contenido de la página web que mi equipo está preparando para anunciar la yincana.

—Dudo que os marchéis aunque os diga que no… —contesto de mala gana—, así que…

Me hago a un lado y las dos entran de forma apresurada y me siguen hasta el salón, donde se acomodan una al lado de la otra en un sillón.

Yo me siento en la butaca en la que estaba antes de que tocaran al timbre y me coloco el portátil sobre las piernas para seguir trabajando mientras trato de ignorarlas.

Tres minutos, eso es todo lo que consiguen aguantar antes de intentar llamar de nuevo mi atención las muy petardas.

—No estarás enfadada… —deja caer Maddy como si tal cosa.

—¿Enfadada yo? ¿Por qué iba a estarlo? —pregunto con retintín, dejando el ordenador sobre la mesa de centro para fulminarlas con la mirada—. Ah, sí, espera, tal vez porque mis mejores amigas me mintieron.

—No te mentimos, solo ocultamos cierta información —se defiende la entrenadora.

—¡Ja! —exclamo—. Eso es una definición bastante exacta de mentir. Por no hablar de que me robasteis en mi propia casa —añado refiriéndome a la tetera que ellas sustrajeron sin que me diese cuenta.

Ambas intercambian una mirada…

En realidad, no estoy enfadada, pero si piensan que se lo voy a poner tan fácil, van apañadas.

—Para ser justas, no robamos nada, cogimos prestada la tetera durante unas horas —intenta argumentar Savannah—. Y solo nos prestamos a ello porque sabíamos que era para una buena causa.

—¡Ese es el tema! ¡Estabais aquí cuando Liam me llamó y, en lugar de decirme todo lo que estaba tramando, os callasteis como dos traidoras e hicisteis como si no tuvieseis idea de nada!

—Eso no es exactamente así —difiere Maddy—. No sabíamos lo que Liam tenía en mente.

—Es cierto —corrobora Savannah—. Solo le dijo a Ryan que estaba preparando algo especial y que necesitaba que le consiguiésemos esa tetera. Pero no le especificó en qué consistía lo que quería hacer. —Hace una pausa de unos segundos y continúa hablando—. Le dijo que era una sorpresa y que te iba a gustar…

Las dos se quedan calladas con sus ojos clavados en mí.

—¿Qué? —pregunto, a pesar de que no tengo ninguna duda de lo que quieren saber.

Savannah resopla.

—Que si te gustó.

Las contemplo durante unos segundos más y cruzo los brazos sobre mi pecho.

—Me gustó —asiento al fin—. ¿Cómo no iba a gustarme?

Las Judas que tengo por amigas sonríen aliviadas.

—¿Piensas darnos más detalles o tenemos que torturarte para conseguirlos? —me increpa Maddy comenzando a impacientarse.

—Os merecéis que no os cuente ni una palabra, por vendidas. Pero como soy un alma caritativa…

—Qué morro tienes, tú también te mueres por contárnoslo —asevera ella echándose a reír.

—Eso también —admito sonriendo con complicidad.

—Primero fuimos en teleférico a la isla de Roosevelt.

—Noooo —dice Savannah abriendo mucho los ojos—. Pero si sabe que no te gustan nada las alturas.

—La verdad es que no estuvo mal —confieso—. Lo reservó entero para nosotros y las vistas eran maravillosas.

—Lo sé —suspira Maddy con aire soñador—. Ryan y yo fuimos una vez y fue superromántico, aunque la verdad es que me cuesta creer que consiguiese convencerte para subir en él.

—Se ve que Liam puede llegar a ser muy convincente —comenta Savannah con cierto retintín.

—Después —continúo diciendo como si no hubiese escuchado el comentario que la petarda de mi amiga acaba de hacer— estuvimos paseando por la isla, hicimos las fotos para la campaña de publicidad y nos comimos unas patatas que, por cierto, estaban buenísimas —añado un momento después.

—Chico listo, las patatas siempre son un acierto. —Savannah asiente, dando su conformidad.

—La vuelta fue en ferry —anuncio.

Una sonrisa asoma a mis labios al recordar ese momento.

—Ohhh, qué mono —murmura la entrenadora.

—Muy mono —corrobora Sav, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—La verdad es que fue todo un detalle —admito recostándome en la butaca.

—Un superdetalle —afirma la entrenadora.

—Pues vais a flipar cuando os cuente lo que vino después… —dejo caer, haciéndome la interesante.

—Ya estás tardando —se impacienta ella.

—Creo que me apetece tomar algo… —comento con una sonrisa maliciosa mientras me levanto con la intención de dirigirme a la cocina—. ¿Vosotras queréis?

—¡Lo que queremos es que dejes de hacerte la interesante! —protesta la rubia.

—No me hago la interesante, soy interesante —recalco echando a caminar en dirección a la cocina.

Las dos me siguen y me siento como mamá pato seguida por sus patitos.

En cuanto llego a la nevera, saco una botella de agua fría y le doy un buen sorbo.

Ellas toman asiento en los taburetes que rodean la isla y esperan con gesto impaciente.

—Ahora que ya has saciado tu sed, ¿crees que podrías hacer lo mismo con nuestra curiosidad? —pregunta Savannah.

Echo un vistazo hacia la ventana y me tomo mi tiempo para hacerlas sufrir un poco más.

—Cuando llegamos al muelle, Ryan y Brad habían dejado allí su coche —les cuento.

Ellas intercambian una mirada de sorpresa.

—Esos dos se van a enterar, qué calladito se lo tenían —murmura Maddy.

—Antes de subir me pidió que me tapase los ojos con un antifaz para que no supiese a dónde nos dirigíamos.

—¿Y tú accediste a eso? —cuestiona ella sorprendida—. Chica, estás desconocida.

—Lo dicho, está visto que Liam puede ser muuuyyyy persuasivo —recalca nuestra amiga.

—Accedí —afirmo—. Y cuando llegamos y me quité el antifaz resultó que estábamos en el Greenacre Park.

Las dos abren los ojos de forma que me recuerdan a los platos de fiesta de mi abuela y vuelven a intercambiar una mirada.

—¿Ese es el sitio donde tus abuelos…? —comienza a decir Savannah.

—Celebran cada aniversario —la interrumpo terminando la frase por ella.

—Y no os imagináis lo bonito que estaba. —Suspiro y cierro los ojos durante un segundo para recrearme en la imagen que tengo grabada en la retina—. Estábamos solos y todo el espacio estaba iluminado por cientos de velas y lucecitas blancas.

Ambas me observan con expresión soñadora sin decir nada.

—Había una única mesa al lado de la cascada, y en el centro estaba mi tetera, con un precioso ramo de lirios rosas.

—¡Ohhh, por favor! ¿Se puede ser más romántico? —suspira Maddy.

—¿Y qué más pasó? —inquiere Savannah con anhelo.

—La cena estaba deliciosa —les aseguro—. Macarrones con queso.

—Vamos, que tenía pensado hasta el más mínimo detalle —declara ella.

Asiento, porque no podría estar más de acuerdo.

—¿Y qué más? —insiste mi amiga completamente enganchada a la historia.

—El tiempo pasó volando y, cuando quisimos darnos cuenta, llevábamos horas hablando.

—¿Solo hablando? —cuestiona Maddy sin esconder su desconcierto.

Me encojo de hombros.

—También nos reímos mucho y compartimos alguna que otra confidencia.

—¡Venga ya! ¡No fastidies! —exclama ella cruzando los brazos sobre su pecho—. ¡Para confesarte vete a una iglesia!

—¿Perdona? —pregunto divertida alzando las cejas.

—¡¿Pretendes que nos creamos que no pasó nada más?! —la apoya Savannah quien parece igual de descontenta.

—Os aseguro que no pasó nada más —afirmo levantando en modo juramento la mano derecha—. Al menos ahí… —matizo conteniendo una sonrisa ante el gesto de decepción de ambas.

—Eso quiere decir que después… —El semblante de Maddy muta de la frustración a la esperanza.

—Lo invité a entrar en casa —afirmo, asintiendo con la cabeza.

—Espero que allí no os dedicaseis solo a hablar y compartir confidencias… —gime ella.

—Pues no, la verdad es que hablar lo que se dice hablar no hablamos demasiado. —Sonrío con picardía y las dos saltan del taburete a la vez.

—¡Dime, por favor, que terminasteis en la cama! —exige Savannah.

—¿Desde cuándo quieres que te cuente ese tipo de cosas?

—Ya te lo hemos dicho en más de una ocasión: después de todo el tiempo que llevamos aguantando vuestras peleas y toda esa tensión sexual que vais esparciendo a vuestro alrededor, nos hemos ganado el derecho de recibir todos los detalles —replica la rubia.

—Pues sí, ese fue uno de los sitios en los que acabamos.

—¿Uno de los sitios? ¿Hubo más sitios? —quiere saber Maddy.

—Puede que alguno.

—¿Alguno como…? —me anima a continuar mi amiga.

—Puede que como la ducha, el sillón del salón y el mueble del recibidor.

—¡Oh, madre mía, ahora sí que me vendría bien una de esas botellas de agua fría! —comenta ella de broma abanicándose con la mano.

Me echo a reír y ellas lo hacen conmigo. Se las ve emocionadas, quizás demasiado.

—En serio —dice Savannah clavando su mirada en mí—, me alegro mucho de que os hayáis decidido y por fin estéis juntos.

—Ehhh, frena —le pido con seriedad—. No te adelantes. Yo no he dicho que estemos juntos.

—Pero si acabas de… —murmura Maddy quien parece tan confundida como ella.

—Acabo de decir que nos acostamos, varias veces, y estuvo genial, pero eso es todo.

—Estás de coña, ¿no? —La expresión de Savannah es un poema.

—Para nada —les aseguro.

—¿Pretendes decirnos que con lo que os ha costado dar el paso todo se va a resumir a un simple polvo? —Maddy parece hasta ofendida.

—Uno no, cuatro, y de simples no tuvieron nada, fueron cuatro polvos espectaculares.

—Pues peor me lo pones —resopla y me atraviesa con la mirada—. ¡Venga ya, Aria! ¡¿Por qué?! ¡Si es evidente que estáis hechos el uno para el otro! ¡Todos los veíamos menos vosotros!

—No te voy a negar que hay atracción.

—Todas las personas que estamos en esta habitación, incluida tú, sabemos que hay mucho más que eso… —protesta ella.

—Pero —insisto— no hemos concretado nada.

Lo digo con total sinceridad, porque es la pura verdad; la noche fue increíble, después del asalto de la cama terminamos en la ducha, amanecimos en el sofá y, cuando ya creíamos que ninguno de los dos podía más, nos despedimos en el mueble del recibidor…

Liam es intenso, electrizante, sensual y adictivo. Por no hablar de que tiene un lado sensible y dulce que no me había imaginado y que lo vuelve aún más atractivo.

Sin embargo, lo que acabo de decirles a mis amigas es cierto: ni él ni yo le pusimos etiqueta a lo que pasó entre los dos, y estoy segura de que es mejor así, porque una cosa es una noche juntos y otra muy diferente una relación. Eso sería una mala idea, lo complicaría todo un montón.

Niego con la cabeza.

—Es mejor dejar las cosas como están, yo no soy de las que buscan relaciones serias, disfruto sin ataduras y sin problemas. Por no hablar de que Liam y yo somos polos opuestos, a pesar de que hayamos acercado posturas, seguimos siendo demasiado diferentes para mantener una relación estable…

Al menos eso es lo que me repito una y otra vez desde que esta mañana cruzó la puerta y salió de mi casa… Intento creérmelo, convencerme de ello, y creo que casi lo he conseguido… ¿O tal vez no?

Capítulo 27
La tía Lizeth

Liam

La pequeña Molly entra corriendo en la cocina, seguida por su abuelo quien se ríe a carcajada limpia mientras finge ser algún tipo de monstruo aterrador y porta una varita mágica de juguete.

Ver de esa guisa al reputado entrenador me arranca una sonrisa involuntaria.

Dylan Ward, el padre de Maddy y Kevin, es el entrenador jefe de los Blue Boys de Washington y, gracias a su intachable trayectoria y a todos sus años de desempeño, a día de hoy es casi una leyenda, y también es un hombre de apariencia estricta y seria, algo totalmente fuera de la realidad, al menos cuando su nietecita está cerca.

Falta poco para que se nos acaben las vacaciones y Kevin ha decidido organizar una barbacoa en su casa a la que, además de a sus padres y a su hermana, también nos ha invitado a nosotros y, a excepción de la entrenadora, soy el único de nuestro grupo que ha llegado. Ni siquiera Ryan ha venido con ella porque antes tenía que hacer algún recado.

—¿Por qué no salís al jardín un ratito mientras preparamos la cena? —sugiere Maddy sin dejar de sazonar la ensalada.

—Me parece una gran idea —la apoya su madre, Darla, frunciendo el ceño cuando tanto ella como la fuente de costillas que lleva entre las manos casi terminan en el suelo al tropezar con la pequeña.

Al contrario que su marido, ella destila dulzura, calidez y elegancia. Es una mujer afable que siempre tiene para todos un

gesto o una palabra amable, aunque, cuando se enfada o se le mete algo entre ceja y ceja, todavía no ha nacido quien le lleve la contraria.

Abuelo y nieta intercambian una mirada y, lejos de amedrentarse, salen de la cocina corriendo, dispuestos a seguir con el juego por toda la casa.

—No sé cuál de los dos tiene más peligro… —murmura Maddy poniendo los ojos en blanco.

—Pues yo no tengo ninguna duda —replica Kevin, que permanece en un lateral de la isla preparando la salsa—. Papá es mucho peor… Molly es una niña, él no tiene excusa.

—Os estoy escuchando —grita el hombre desde alguna parte.

—Esa era la idea —responde Kevin de buen humor en voz alta —. Y ya que estamos, ayuda a Molly a preparar sus cosas, su madre debe de estar a punto de venir a buscarla.

—Yo no quiero irme. ¿No podemos quedarnos un poco más? — pide la pequeña a grito pelado.

—Si tu madre no tiene prisa, a mí me parece perfecto — responde él.

Kevin y Sheila, la madre de Molly, nunca han tenido una relación de pareja propiamente dicha. Por mal que suene, la pequeña es el fruto de una noche de borrachera en un bar cuando ella empezaba su carrera como modelo y él todavía jugaba en el equipo de la universidad.

Sin embargo, pese a no ser el resultado de una relación romántica, la forma de proceder de ambos desde que se enteraron de que iban a ser padres siempre ha sido ejemplar.

Nunca volvieron a estar juntos; no había chispa ni química ni amor, solo fue atracción momentánea y mucho, pero que mucho alcohol, por lo que ni siquiera lo intentaron, pero la pequeña es lo más importante para ambos, así que siempre han procurado ponerse de acuerdo en lo que a ella se refiere y, aunque, como es lógico, han pasado algunos momentos complicados. Compartir su custodia y la toma de decisiones conjuntas con respeto y cordialidad, buscando un punto medio, es algo que llevan a rajatabla y que, al menos hasta ahora, les ha funcionado.

—¡Hola! ¡Ya estamos aquí! —La voz de Ryan nos llega desde la entrada.

—En la cocina —responde Maddy.

Pocos segundos después los cuatro aparecen en mi campo de visión, pero mis ojos se van directos hacia Aria.

Ella también me busca de reojo y, al menos durante unos segundos, nuestras miradas conectan y la ansiedad que lleva revoloteando en mi pecho desde que esta mañana salí de su casa se calma.

No tengo tiempo de decir nada porque enseguida escuchamos de nuevo el sonido de la puerta y a la pequeña Molly gritar emocionada.

—¡Tía Lizeth! Pensé que mamá iba a venir a buscarme.

—Tenía tantas ganas de verte que me ofrecí voluntaria para recogerte —le responde una voz alegre y suave.

—¡Ven a la cocina a conocer a todo el mundo! —prosigue diciendo la niña que, sin darle demasiada opción, la arrastra hasta donde estamos todos.

—¡Esta es mi tía! —exclama con los ojos brillantes por la emoción sin soltar la mano de una chica pelirroja, de piel pálida y expresivos ojos color avellana.

—Hola —saluda ella con cierta timidez y un movimiento de mano a la vez que sus mejillas se colorean ocultando de forma parcial las innumerables y graciosas pecas que le cubren la nariz.

—¿Así que tú eres la famosa tía Lizeth? ¿La fotógrafa? —Maddy se acerca a ella de inmediato para darle un amistoso apretón de mano.

—Fotógrafa sí, famosa… Yo no diría tanto —responde la recién llegada regalándole una ligera sonrisa.

—La tía Lizeth viaja por todo el mundo sacando fotos —nos explica Molly alzando la barbilla con orgullo.

Es evidente que la adora y, por cómo la contempla su tía a ella, está claro que el sentimiento es mutuo.

—¿Cómo es posible que vosotras dos no os conocieseis? —cuestiona Aria sorprendida.

—Hasta hace nada el tiempo de Molly se repartía entre Washington y Nueva York, por lo que las celebraciones de cumpleaños se duplicaban… —explica Maddy—. Por lo que no teníamos la oportunidad de coincidir demasiado.

—Entre eso y que yo paso bastante tiempo fuera… No hemos tenido la ocasión —añade la pelirroja—. Pero Molly habla tanto de vosotros que casi es como si os conociese a todos.

Su mirada se pasea por nosotros y comienza a enumerar:

—Aria, Savannah —las nombra, señalándolas a ambas— y, en cuanto a vosotros dos… Aunque Molly no os hubiese mencionado, cosa que hace a menudo, sería imposible no reconoceros —dice refiriéndose a Brad y a mí.

—¿Sigues la NFL? —le pregunta Brad.

Su cara de disgusto me resulta de lo más cómica, porque es evidente que le sale de manera involuntaria.

—No me gusta demasiado —confiesa.

—La tía Lizeth odia el fútbol americano —interviene Molly con inocencia.

—Eso no es exactamente así… —trata de justificarse ella.

—Sí lo es —corrobora la niña, quien no comprende por qué de repente su tía parece haber cambiado de parecer—. Siempre dice que los jugadores son un puñado de neandertales peleándose por un balón y que la mayoría de los animales son más civilizados.

Darla se echa a reír por la salida de su nieta y la pobre muchacha se pone tan roja que me recuerda a uno de los tomates de la despensa.

Aria carraspea, tratando de cambiar de tema de conversación.

—¿Vosotros dos tampoco habíais coincidido antes? —cuestiona señalando a la chica y a Kevin.

—Solo nos vimos un par de veces en el hospital, cuando nació Molly —responde él de forma escueta y un tanto cortante y, aunque de forma casi imperceptible, el gesto de Lizeth cambia al escucharlo, y tengo la sensación de que mi amigo no le cae demasiado bien.

—Tía, ¿podemos quedarnos a cenar? —le pregunta la niña con total naturalidad, como si el comentario que acaba de hacer fuese lo más normal del mundo y no un bombazo.

La pelirroja niega con la cabeza.

—Tenemos que marcharnos, tu madre nos está esperando —se excusa.

—Porfa, porfa, porfa… —insiste la pequeña—. A mamá no le va a importar.

—Mejor otro día —trata de convencerla su tía con incomodidad.

—¿Dentro de otros seis años? —protesta la niña poniendo un puchero.

La chica duda y Darla aprovecha para echarle una mano a su nieta.

—Si no tienes prisa, nos encantaría que te quedases y nos hablases un poco más sobre ti y sobre tus viajes.

—Te lo advierto…, eso suena a amenaza de tercer grado —le advierte en broma Maddy por lo bajo.

Ella le dirige a Kevin una mirada dubitativa, pero él se mantiene en silencio y al margen.

—¡Porfa, tía Lizeth! —pide de nuevo Molly al verla dudar.

—Está bien, pero no podemos irnos muy tarde —le advierte a la niña, que aplaude, encantada de haberse salido con la suya.

—¡Perfecto! —exclama Dylan asomando la cabeza por la puerta de cristal de la cocina—. La comida está lista, id saliendo al porche.

Nos sentamos en la gran mesa de madera en la que las humeantes costillas huelen que alimentan.

Tomo asiento entre Ryan y Brad, y Aria lo hace justo frente a mí.

—Bradley, ¿qué llevas en esa bolsa que no has soltado desde que llegaste? —pregunta Darla con curiosidad.

Mi amigo intercambia con Ryan una mirada que no presagia nada bueno, y me tenso de forma inmediata, sobre todo, cuando el quarterback baja la mirada al mantel, tratando de mantener a raya la sonrisa vacilona que se forma en su cara.

—Ah, nada, solo esto —responde Brad encogiéndose de hombros a la vez que saca un paquete de seis bebidas isotónicas que coloca justo delante de mí.

El resto de la mesa las observa con sorpresa, tratando de comprender a qué viene este numerito.

—¿Y eso? —pregunta Savannah frunciendo el ceño con aire desconfiado.

—Nos preocupa que Liam no haya conseguido recuperar todas las sales minerales que ha perdido esta noche —responde Ryan con candidez.

El codazo que Maddy le propina en las costillas lo hace doblarse y echarse la mano al costado, sin embargo, lejos de callarse, el muy cabronazo sigue hablando con una inocencia tan falsa que no se la cree nadie.

—Ha sido un desgaste importante, tío, hay que hidratarse —se guasea, dedicándome un gesto burlón.

—¡No me digas que estás mal del estómago! —se interesa Darla, estudiándome con cierta preocupación—. Ahora que me fijo, tienes las ojeras algo marcadas, seguro que has dormido fatal. ¿Prefieres que te prepare algo más suave para comer?

—Malo lo han puesto, y no ha pegado ojo en toda la noche, eso seguro… —murmura Brad, y esta vez es Aria quien, roja como un tomate, intenta propinarle por debajo de la mesa una patada que no alcanza su objetivo, pero que, por desgracia, tampoco pasa desapercibida para Kevin.

—¡Espera! —exclama el hermano de Maddy con los ojos muy abiertos—. ¿En serio? ¡¿Vosotros dos?! —pregunta señalándonos a ambos con el dedo índice.

—Y repetidas veces, por lo que tengo entendido —especifica Brad.

—¡Bradley Wood! —lo reprende Savannah con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué? —se defiende él—. No sabes la de tiempo que llevamos esperando este momento.

—Es cierto —lo apoya Ryan—. Él se ha cansado de vacilar, ahora le toca aguantar. Además…, debería darle vergüenza no habernos informado a primerísima hora de la mañana.

—Sois un par de críos —los acusa Maddy.

—Un par de críos muy bocazas —especifica Savannah.

—Anda que… ¡A vosotras dos ya os vale! —les reclama Aria, que parece a punto de lanzarles una costilla a la cara.

—¡Estábamos emocionadas! —se defiende la rubia.

—¿Cómo es posible que yo no supiese nada de todo esto? —protesta Kevin sacando a relucir su vena más de portera.

—Será porque no tienes ojos en la cara —le contesta su hermana.

—¿Entonces estáis juntos? —se interesa Darla.

Aria y yo contestamos a la vez, pero nuestras respuestas son completamente opuestas.

—No —dice ella.

—Sí —digo yo.

Nos miramos con fijeza.

—Ehhh… ¿Sí o no? —quiere saber Kevin quien se lo está pasando pipa a nuestra costa.

Los dos nos quedamos en silencio durante unos segundos y, a continuación, volvemos a contestar a la vez. Y, aunque estoy seguro de que la respuesta de Aria esta vez va a ser diferente, para mi sorpresa se repite la historia anterior.

—Sí —afirmo yo.

—No —asegura ella con una rotundidad que me revuelve por dentro.

—Parece que no lo tenéis demasiado claro… —murmura Darla.

—No hemos hablado sobre el tema —anuncia Aria con gesto hosco.

—Normal, para qué hablar cuando se puede… —comienza a decir Ryan en tono mordaz.

—¡Jugar! Para qué hablar cuando se puede jugar —lo interrumpe Kevin señalando a su hija con un movimiento de cabeza que a puntito está de provocarle un esguince cervical.

—Por supuesto, hablar está sobrevalorado —comenta Brad.

—No digáis idioteces —reprendo a los imbéciles de mis amigos —. Lo que ocurre es que hay cosas que se dan por hecho —añado molesto al ver como el gesto de Aria poco a poco va cambiando hasta volverse frío como el hielo.

—Ah, ¿sí? —pregunta ella cruzando las manos sobre su pecho.

Se ha cerrado en banda y no comprendo por qué lo ha hecho. ¿Es que acaso se arrepiente de lo que ocurrió anoche? ¿Tan poco

significa para ella lo que compartimos?

Me siento cabreado y defraudado a partes iguales.

—Por supuesto —respondo con firmeza.

—Pues yo creo que no debes dar las cosas por sentado antes de haberlas hablado. —Su voz cortante me enciende todavía más y, por un momento, incluso me olvido de la presencia de los demás.

—Disculpa si me he creado una idea equivocada —comento con ironía—. Pero si me tiro toda la noche fo… —El carraspeo de Kevin me recuerda justo a tiempo dónde y con quién estoy— … jugando con alguien —me corrijo—, es porque lo que hay entre nosotros es más que se… —Un nuevo carraspeo me hace cambiar las palabras en el último momento— … un juego.

—Pues quizás deberías hacértelo mirar —me espeta ella con cierto aire de superioridad.

La contemplo apretando los dientes; no se imagina las ganas que tengo ahora mismo de decirle cuatro cosas bien dichas para hacerla reaccionar.

—¿Yo? ¿En serio te parece que soy yo quien debería hacérselo mirar? —replico, flipando por lo que estoy escuchando.

—Por supuesto que sí —contesta con firmeza—. Es muy liberador jugar —lo dice poniendo especial énfasis en la palabra— sin dar por sentado que hacerlo significa algo más, por muy divertido que haya sido.

—El problema es que hay gente que se mete en una partida sin conocer las reglas del juego —le suelto, mordiéndome la lengua para no soltar alguna burrada de la que pueda arrepentirme luego.

Su mirada es más fría y dura que un bloque de hielo, pero la mía echa fuego.

No me creo ni una sola de sus palabras; estuve allí, la vi derretirse entre mis brazos suspirando mi nombre, sostuve la intensidad de su mirada y me recreé en el temblor de su cuerpo, y por eso, diga lo que diga, por mucho que se empeñe en negarlo, no tengo ninguna duda de que lo que hubo entre nosotros fue mucho más que sexo.

—Los mayores tenéis mucha suerte. —La voz de la pequeña Molly acapara todas las miradas y nos saca de nuestro

ensimismamiento—. A mí también me gustaría quedarme despierta jugando por la noche, pero ni papá ni mamá me dejan porque son unos muermos. Y no me gusta dormir, es una pérdida de tiempo.

—Créeme, tesoro, no te gustarían esos juegos —le susurra Lizeth frunciendo el ceño.

—Cualquier juego es mejor que dormir —rebate la niña—. ¿Cuándo voy a poder quedarme despierta jugando por la noche como Liam y Aria?

—Cuando tengas treinta años —se apresura a responder su padre con una mueca de desagrado.

—No te quejarás, Lizeth, primer día que te quedas con nosotros y ya tienes cena con espectáculo —bromea Ryan.

La chica arruga el gesto, turbada.

—Voy al baño —anuncia Aria en voz baja aprovechando la interrupción de nuestra discusión.

Sin esperar a que nadie diga nada se levanta y, sin volver la vista atrás, se aleja de la mesa y entra en la casa dando grandes zancadas.

En el mismo instante en que ella desparece todas las miradas recaen sobre mí.

—¿Piensas quedarte ahí sentado? —me espeta Maddy.

—Tu amiga es una cabezota —suelto.

—Eso no es ninguna novedad —afirma ella.

La fulmino con la mirada, pero la entrenadora no se achica.

—Maddy tiene razón: no puedes quedarte ahí como un pasmarote —dice Ryan.

—Con lo que os ha costado dar el paso… —corrobora Brad.

—Vosotros dos callad. Si hubieseis tenido la boca cerrada, no habría pasado nada —los acuso.

—Eso no te lo crees ni tú, solo hemos propiciado un pelín una conversación que estaba predestinada a ser —me dice el quarterback—. Además, sabes que te lo mereces por todo lo que nos ha vacilado a nosotros.

Los contemplo frunciendo el ceño.

En realidad, tienen parte de razón; vista la actitud de Aria, la conversación sí o sí iba a ser complicada. Pero ya les vale, ¡menudo

sitio han elegido para provocarla!

—Ahora vengo —digo levantándome y alejándome sin más.

—Ánimo, valiente —le escucho decir a Ryan.

—Te voy a matar —lo amenaza Maddy entre susurros.

Valiente o no, las cosas no se van a quedar así. Ni de coña, no, señor.

Capítulo 28
¿Te firmo un papel?

Aria

En cuanto entro en el baño, suelto un gruñido exasperado y me agarro con tanta fuerza al lavabo como si acabase de convertirme en Hulk y tuviera toda la intención de triturarlo.

Inspiro un par de veces para calmarme y levanto la mirada buscando mi reflejo en el espejo.

Estoy roja como un tomate maduro, uno de esos que la abuela usa para que la salsa quede en su punto justo… ¡Normal! ¡Como para no estarlo! ¡Entre la vergüenza y la rabia que me recorren por dentro siento que estoy a punto de explotar!

¡Malditos Brad y Ryan! Voy a cargármelos, a ellos y puede que a mis amigas también. Por bocazas. Pero primero voy a ocuparme de ellos… Y no va a ser algo rápido e indoloro, no, no, todo lo contrario, voy a torturarlos y, cuando me haya divertido lo suficiente, voy a despedazarlos hasta convertirlos en un mal recuerdo. Eso sí, todo después de asegurarme de que también ellos recuperen sales minerales metiéndoles a cada uno una de esas latas de bebida isotónica por el cu…

La puerta se abre de repente, interrumpiendo mis enrevesados pensamientos, y me giro sobresaltada para encontrarme con Liam cara a cara.

Durante unos segundos los dos nos quedamos estáticos, sin decir nada, y aprovecho para intentar averiguar qué significa ese careto que se gasta.

¿Está enfadado, decepcionado, tal vez un poco de ambas? Desde luego contento no está; me importa un bledo, yo tampoco.

—Tus amigos son idiotas —le espeto en un tono poco amistoso cuando él cierra la puerta.

—Primero, te recuerdo que también son tus amigos, y segundo, no he venido aquí para hablar de ellos.

Su tono es duro; el mío, bastante insolente cuando me aventuro a preguntar:

—¿Y de qué se supone que quieres hablar?

—De nosotros.

—No hay un nosotros.

Liam avanza un paso a la vez que yo retrocedo hasta chocar con la mampara de la ducha.

Su mirada es intensa, su sonrisa ligera pero letal.

—Siempre ha habido un nosotros —afirma con rotundidad—. Aunque no hayamos sabido verlo hasta hace poco.

Trago saliva cuando avanza un nuevo paso en mi dirección, con seguridad, sin dudar.

—Estás viendo cosas que no hay. Creo que la vista te está empezando a fallar —replico sin dar mi brazo a torcer.

—He estado ciego, creo que los dos lo hemos estado, pero ahora por fin veo las cosas con total claridad.

Sus palabras me aceleran el pulso, y esa forma de mirarme, su forma de mirarme… me nubla la mente y emborracha mis neuronas de tal forma que incluso me cuesta seguir el hilo de la discusión.

—Lo que hubo entre los dos… —Trago saliva con fuerza antes de continuar hablando—. Estuvo muy bien…

—Estuvo genial, de puta madre, fue una pasada —me interrumpe a la vez que sus ojos peligrosos y salvajes se adueñan de los míos.

—Es cierto, pero fue solo sexo. —Me cuesta incluso pronunciar la palabra, que parece atragantárseme en la garganta.

—Mentirosa.

—No miento.

—Sí que lo haces. Estás intentando engañarnos a ambos: a mí y a ti misma.

—Te equivocas, no tengo ningún motivo para eso. —Trato de mantener la mirada fija en la suya, pero al hacerlo me siento

desnuda, vulnerable, como si tan solo con mirarme pudiese adentrarse en mi alma.

—Lo haces porque estás buscando la salida fácil, la cómoda, la que te permite mantenerte en tu zona de confort sin arriesgarte. Lo haces —reitera en un tono tan gélido que, con solo escucharlo, desciende varios grados la temperatura de mi cuerpo— porque estás siendo una cobarde.

Su acusación se clava en mi pecho y, sin poder evitarlo, me estremezco, porque en lo más profundo de mi ser, aunque no piense reconocerlo, sé que está en lo cierto.

—Estás equivocado —insisto cada vez con menos seguridad.

El vello se me eriza al verlo avanzar un nuevo paso, acercándose demasiado, bloqueando mi cuerpo con el suyo, robándome el aire, acelerando mi ritmo cardiaco e impidiéndome pensar o hilar más de tres palabras con un mínimo de sentido.

—No fue solo sexo para mí, y tampoco lo fue para ti —murmura inclinándose sobre mi rostro.

Su aliento resbala por mi piel en una tenue caricia, y aspiro con fuerza, embriagándome de su cautivadora presencia.

—Te crees muy listo —lo acuso.

Sus dedos se enredan en un mechón de mi pelo y, al apartarlo, rozan la expuesta y sensible piel de mi cuello con lentitud.

El roce, ese simple roce es devastador y el detonador que hace explotar la bomba de sensaciones y sentimientos que tanto he tratado de mantener a raya en mi interior.

—No necesito serlo para saber que lo que había en tus ojos al mirarme anoche no solo era atracción, ni siquiera lujuria o pasión —susurra a la vez que sus dientes atrapan el lóbulo de mi oreja, haciéndome temblar de los pies a la cabeza—. O para comprender que, cuando estabas entre mis brazos, era tu corazón quien mandaba, y no tu cabeza. —Sus labios recorren mi mandíbula y una de sus manos se ancla en mi cadera—. Ni para darme cuenta de que no solo son tu cuerpo y el mío, sino también nosotros los que encajamos como las piezas de un rompecabezas.

El calor que desprende su mano al tocar mi piel me atraviesa; la necesidad de tocarlo, de sentirlo se vuelve imperiosa y

devastadora, y el anhelo por volver a unirme a él me hace perder completamente la cabeza.

—Liam… —Su nombre sale de mi boca en forma de tormento.

Su respiración está tan agitada como la mía, tiene la mandíbula apretada y la mirada oscurecida.

Incapaz de contenerme por más tiempo, intento apoderarme de su boca, pero él baja sus labios al hueco de mi clavícula, impidiéndomelo.

—Aria… —El mío en la suya suena a súplica, a lamento—. No hay nada que desee más que volver a hacerte mía en este baño, en este momento, pero solo si los dos nos entregamos por completo.

—Liam —repito con la voz entrecortada.

No tiene ni idea de lo que me está pidiendo…

Su mano acaricia mi vientre y la descarga eléctrica que recorre cada milímetro de mi interior me deja paralizada.

—Contigo no me vale tener un poco. No quiero solo sexo, contigo tiene que ser todo o nada.

Su mirada se funde con la mía, y me siento abrumada, pero también, quizás por primera vez en mi vida, estoy convencida de que no solo lo amo con el cuerpo, sino con los sentimientos, el corazón y el alma.

Liam es especial, él me lleva al límite en todos los sentidos, a su lado siento que he encontrado la pieza que me completa y que ni siquiera sabía que me faltaba, pero… ¿Y si sale mal? Hay demasiadas cosas que nos unen: están los chicos, el equipo… Nos jugamos demasiado…

Su índice y su pulgar se colocan debajo de mi barbilla, obligándome a elevar la mirada hasta que me sumerjo en sus ojos; me adentro en esa selva verde, profunda e impenetrable y, al sentirme en casa, comprendo que, aunque no sé en qué momento exacto sucedió, hace tiempo que mi corazón tomo por mí esa decisión.

—Todo. —Una simple palabra que arranca el fuego de sus ojos —. Yo también lo quiero todo.

Mi cuerpo arde bajo sus manos, que me acarician y me quitan la ropa que se interpone entre los dos; mis dedos desabrochan con

ansia su vaquero sin dejar de besar sus labios casi con violencia, sin pudor ni una pizca de contención.

El deseo se instala entre mis piernas incluso antes de que consiga deshacerme del pantalón.

Su cara se hunde en mi pecho para torturar con sus dientes mi endurecido pezón por encima del encaje rojo del sujetador.

—Todo tu cuerpo, de los pies a la cabeza es pura provocación —murmura acariciándome por encima del tanga ya húmedo.

Un gemido escapa de mi garganta y echo la cabeza hacia atrás buscando un oxígeno que no consigo encontrar.

Mi mano rodea su miembro y comienza a deslizarse arriba y abajo, primero despacio, y después con más fuerza.

Siento como se agita su respiración a la vez que sus dedos rodean mi muñeca, deteniendo el movimiento justo antes de que sus labios desciendan por mi estómago, trazando el camino que posteriormente recorre su lengua hasta llegar al borde de mi ropa interior.

De rodillas ante mí, Liam desliza con delicadeza la fina pieza de lencería hasta el suelo, y su lengua enseguida comienza a trazar círculos sobre mi clítoris. Mis dedos se aferran a su pelo mientras, sin dejar de torturarme con su boca, introduce dos dedos en mi interior.

Jadeo con fuerza a la vez que entro en un estado de locura transitoria.

Aparto más las piernas; sus dientes rozan, sus labios succionan y yo siento que estoy a punto de explotar de excitación.

Sus dedos abandonan el interior de mi cuerpo y yo me siento vacía, quiero más, necesito más.

—Liam —murmuro mientras sus manos ascienden por mi costado y enmarcan mi cara a la vez que su lengua se abre paso en mi boca para unirse a la mía en un baile lento lleno de seducción y provocación.

Sus manos aprietan mis nalgas y, en un acto reflejo mis piernas, se enredan en su cadera y siento que me restriego contra su dura erección al sentirla en mi entrada.

A los dos nos falta el aire, los dos necesitamos dejarnos llevar por este deseo que nos consume, por esta pasión que nos desata… Así que pecho contra pecho, piel con piel, sin dejar de mirarnos a los ojos, Liam va entrando despacio, con una lentitud parsimoniosa y casi dolorosa en mi interior.

Cada acometida es más profunda que la anterior, cada embate nos eleva un poco más del suelo haciéndonos perder poco a poco el control.

Caricias, besos, miradas, gemidos, sudor; todo entremezclado con el placer de unas embestidas que nos llevan a la locura convirtiéndonos en uno solo por medio de unos lazos invisibles que unen nuestro corazón.

Siento que mis músculos se tensan y, justo cuando estoy a punto de correrme, lo escucho susurrar en mi oído:

—Todavía no.

Sus labios absorben mi quejido cuando sale de mi cuerpo y, sujetándome con cuidado, me hace poner los pies en el suelo.

—Arrodíllate —me pide con voz ronca.

Lo hago y él se sitúa detrás de mí, frotando su erección contra mi palpitante botón del deseo hasta que, de una estocada que me deja sin aliento, se introduce del todo dentro de mi cuerpo.

En esta posición la sensación es brutal.

Liam gruñe y enreda una mano en mi pelo, tirando de él con una suavidad que contrasta con la fuerza con la que me penetra una y otra vez, sin piedad.

El placer recorre mi cuerpo en oleadas que me ahogan y me impiden respirar mientras siento que mi corazón bombea a tanta velocidad que de un momento a otro va a explotar.

Los sentimientos se mezclan con sensaciones que nunca había experimentado y que soy incapaz de asimilar.

—Aria. —Mi nombre encierra una petición que no tardo en satisfacer cuando cada célula de mi ser grita su nombre, impidiéndome sentir cualquier otra cosa que no sea lo que me provoca el hombre que ahora mismo me tiene a su merced.

—Liam —gimo al sentir que me contraigo, y exploto en un orgasmo que durante unos segundos detiene el tiempo y pone todo

mi mundo del revés.

Sus movimientos se aceleran todavía más, y aún no he conseguido volver a respirar cuando siento como también él se deja ir, vaciándose dentro de mí y llenándome de un amor profundo, sincero y aterrador pero hermoso que hasta ahora nunca había sentido ni había soñado con sentir.

Segundos después, ambos permanecemos tumbados en el suelo mientras recuperamos el aliento. Su espalda descansa contra el frío azulejo y mi cabeza lo hace sobre su pecho.

Me gusta escuchar el sonido de los latidos de su corazón contra mi oído mientras las yemas de sus dedos trazan suaves círculos en mi espalda.

Cierro los ojos, disfrutando del momento, de la sensación de plenitud que me recorre por dentro, y permanezco así hasta que su voz se hace escuchar en medio del silencio.

—Solo para que quede claro: estamos juntos —afirma con determinación.

—Estamos juntos —susurro sobre su piel.

—Pero juntos juntos —insiste incorporándose sobre un codo para mirarme a los ojos mientras me habla.

—¿Necesitas que te firme un papel? —bromeo al percibir en su rostro cierto aire de desconfianza.

Contiene una sonrisa y su mirada se aligera, dándome alas.

—Tendré que fiarme de tu palabra —murmura acariciando mi barbilla con ternura.

Sus ojos buscan los míos y me adentro en ellos a la vez que me pregunto cómo es posible que haya conseguido sobrevivir toda mi vida sin ellos.

Capítulo 29
Camino a Kentucky

Liam

Tengo la sensación de que desde que «oficializamos» nuestra relación en el baño de la casa de Kevin, los días, en lugar de tener veinticuatro horas, han pasado a tener doce.

O eso o que cuando estoy con Aria el tiempo no me da para nada, y eso que exprimimos cada segundo del día como si no fuese a haber un mañana.

Hemos conseguido terminar las pruebas de la yincana. Para los últimos emplazamientos visitamos la estación de metro fantasma de City Hall; también descubrimos en el Upper Manhattan la Hispanic Society of America, un elegante edificio de estilo Beaux Arts en cuyo interior nos encontramos con la colección de arte hispano más importante del mundo fuera de España y, por último, disfrutamos de la que sin duda fue una de mis actividades favoritas: una puesta de sol en Pebble Beach, una pequeña playa rocosa que ofrece una vista mágica cuando los colores del atardecer descienden hasta acariciar el agua.

Lo dicho: hemos aprovechado cada segundo y lo hemos hecho juntos. En mi casa, en la suya, en la protectora, con los chicos, solos… Incluso nos hemos pasado por la casa de su familia, la cual tengo que decir que se ha mostrado encantada y poco sorprendida al enterarse de que lo nuestro se ha convertido en oficial y que los dos hemos decidido ir en serio.

Todavía no me creo cuánto han cambiado las cosas. A veces, no puedo evitar pensar que todo esto es un poco loco, pero ¡bendita locura! Antes éramos incapaces de compartir espacio sin discutir, y

ahora, en cambio, aunque reconozco que todavía me divierte picarla y hacerla saltar de vez en cuando, lo que más me cuesta es mantener las manos lejos de ella, contener el impulso de acariciarla o besar sus labios y, sobre todo, hacerla sonreír. Muero por cada una de sus sonrisas, en especial, cuando me las dedica a mí.

Me encanta ver su pelo desparramado sobre la almohada cuando abro los ojos por la mañana, verla pelearse con la cafetera, protestar cuando no encuentra lo que quiere en la nevera o escucharla reír de forma despreocupada por alguno de mis comentarios.

Aria es refrescante, tentadora y fascinante, y me abruma darme cuenta de cuánto la voy a echar de menos esta semana.

—Debemos irnos ya, Romeo —me dice Ryan cargando su bolsa en el maletero del coche.

Tenemos que ir al campamento de entrenamiento que todos los equipos profesionales de la liga llevan a cabo para ponerse a punto antes de empezar la pretemporada.

En este caso son siete días que pasaremos en Kentucky y, a pesar de que mi trabajo es parte esencial de mi vida y disfruto de cada instante que paso en el campo y, por lo tanto, estos campamentos suelen entusiasmarme porque suponen el pistoletazo de salida de la temporada, este año, por motivos evidentes, marcharme a Kentucky no me apetece nada.

Le dedico una mirada fulminante a mi amigo antes de volverme de nuevo para depositar un suave beso en los labios de Aria quien rodea mi cuello con sus manos y responde presionando su boca contra la mía.

—No seáis empalagosos, son solo unos días —insiste él—. Y vamos a llegar tarde —me advierte de mala gana.

Es cierto, vamos justos de tiempo; de hecho, hace rato que deberíamos habernos puesto en camino hacia el estadio para coger el autobús que nos conducirá al aeropuerto. No obstante, despedirme se me está haciendo más cuesta arriba de lo que esperaba.

—Eso lo dices porque tanto Maddy como Savannah viajan con el equipo —protesto.

—Por trabajo —me recuerda—. Es lo que tiene que sean la fisioterapeuta y la entrenadora. Sabes que el rol de Maddy durante los viajes es meramente profesional.

Lo contemplo con el ceño fruncido.

Es verdad, soy consciente de que cuando estamos en horario laboral o hacemos cualquier tipo de viaje con el equipo, tanto ellas como mis amigos actúan de una forma intachable. Por supuesto, no comparten habitación e incluso durante los descansos o el tiempo libre guardan las formas y mantienen un trato de lo más profesional.

—Por lo menos podéis veros —resoplo—. Yo me conformaría con eso.

Mi amigo pone los ojos en blanco, dejándome por imposible, y yo le dedico a Aria una mirada de cachorrillo abandonado, a pesar de que sé que no me va a servir de nada.

—¿Estás segura de que no puedes venir con nosotros? Incluso Logan va a hacer acto de presencia en el campamento —trato de persuadirla.

Hay muchas ocasiones en las que Aria, sobre todo, cuando se trata de partidos importantes, viaja con nosotros en calidad de jefa del Departamento de Publicidad, pero esta vez, por lo visto, debe quedarse en Nueva York.

Ella niega con la cabeza y un gesto de fastidio enturbia durante unos segundos su bonito rostro.

Al menos, saber que la separación le apetece tan poco como a mí me consuela un poco.

—No puedo. Estoy hasta arriba ultimando los detalles de la campaña y concretando patrocinios, contratos y demás temas publicitarios de cara al comienzo de la pretemporada —explica molesta—. Mi equipo de trabajo es estupendo, pero, aun así, si viajo sería imposible que consiguiese acabarlo todo a tiempo, por no hablar de que tengo varias reuniones presenciales programadas.

Asiento de mala gana y le doy un nuevo beso.

Lo comprendo. Tiene su trabajo, un trabajo importante y exigente en el que ahora mismo debe volcarse, pero la voy a echar de menos y me va a costar horrores no verla durante esta semana.

—En serio, o te subes al coche ya o te juro que te dejo en tierra —me amenaza Ryan encendiendo el motor.

—¡Eres un ansias! —lo acuso.

—Y tú un cansino —contesta antes de dirigirse a Aria—. Ya puedes respirar tranquila que me llevo a este pesado.

Ella se ríe y yo pongo una mueca, le doy un último y fugaz beso y, a toda prisa, meto la bolsa en el maletero y me dejo caer en el asiento del copiloto.

—Avisadme cuando lleguéis —me pide ella.

—Tranquila, dudo que este petardo aguante tanto sin hablar contigo —le contesta Ryan—. Estoy seguro de que antes de que pongamos un pie en el aeropuerto tendrás noticias suyas.

Mi novia (todavía no me acostumbro a lo bien que suena) se ríe entre dientes y mi amigo le guiña un ojo y arranca sin darme tiempo a decir nada.

—No sabía que eras tan intensito —me acusa cuando por fin dejamos atrás la urbanización.

—¿Lo dice el que cuando ve a Maddy va dejando un charco de babas allá por donde pasa? —replico en tono mordaz.

—Si vieses la cara de idiota que se te queda cada vez que aparece Aria, no tendrías los huevos de acusar a nadie de babear —comenta divertido.

—No es para tanto —resoplo un tanto incómodo.

Tengo confianza total con Ryan y, al igual que con Brad, sé que puedo hablar con él de cualquier cosa, pero de Aria… Hemos estado tanto tiempo asumiendo un rol diferente al que tenemos ahora que imagino que todavía es un tema que me cuesta abordar.

—Lo es, y me alegro mucho por ti, tío. Has encontrado la horma de tu zapato, estáis hechos el uno para el otro, eso está claro.

No digo nada, me quedo callado.

—¿O no? —insiste girándose hacia mí cuando nos detenemos en el primer semáforo.

—Eso creo yo —admito.

—Entonces… —me anima a continuar.

Me lo pienso durante unos segundos.

—Estoy pletórico, no me malinterpretes… Ahora mismo vivo en mi propia burbuja de felicidad, mi vida es una fantasía y no necesito nada más.

—¿Pero…? —insiste.

Lo contemplo de reojo; me conoce demasiado bien.

—A veces, cuando me paro a pensarlo, siento cierto vértigo.

—¿Vértigo? —repite un tanto desconcertado negando con la cabeza como si tratase de entenderlo.

—Tengo miedo de que esto solo sea una ilusión y la burbuja me explote en la cara.

—Lo que dices es un sinsentido. Se nota que los dos estáis pillados hasta las trancas. ¿Has visto cómo te mira?

—Puede, pero… ¿Desde que conoces a Aria alguna vez la has visto mantener una relación seria? ¿Algo que le dure más de un par de días?

—Ya has batido el récord, contigo lleva una semana —bromea.

—Ja, ja, ja, no tiene gracia —replico.

Ryan me dedica una mirada compasiva.

—Es que eso que dices no significa nada —me asegura a la vez que niega con la cabeza—. Nunca ha tenido una relación seria, es cierto, pero eso solo era porque no había encontrado a la persona indicada, y tú eres esa persona. Siempre lo has sido.

Su seguridad es aplastante y reconfortante.

—Ojalá tengas razón… —murmuro.

—No puedes juzgarla por lo que ha hecho o dejado de hacer hasta ahora —afirma—. Además, también tú has tenido algunos rollos de una noche.

—No la juzgo —me defiendo de inmediato, porque casi me ofende que Ryan pueda pensar eso de mí—. No es eso, tú me conoces, sabes que jamás me atrevería a juzgar a nadie por cómo decide vivir su vida, y menos a Aria.

—¿Entonces?

—Es solo que me agobia un poco que no estemos en el mismo punto, que lo que hay entre nosotros no signifique lo mismo para ella que para mí, que se canse, se aburra o se agobie.

—¿Tú la quieres? —me pregunta a bocajarro.

—¿Qué pregunta es esa?

—Una muy sencilla de responder. Sí o no.

—¡Claro que la quiero, joder!

—Pues entonces no dejes que unas inseguridades absurdas y sin fundamento se interpongan entre vosotros o te amarguen el momento.

Tiene razón, sé que la tiene, pero es que el fuego que hay entre nosotros es tan vivo e intenso que por momentos tengo miedo de que tan rápido como se avivó se acabe consumiendo.

—Deja de pensar… —sugiere Ryan alzando las cejas.

—¿Qué? —pregunto.

—Puedo escuchar desde aquí los engranajes de tu cabeza dándole vueltas y más vueltas —me dice con seriedad—. Liam, ella no es Amara.

—Lo sé —me apresuro a responder con determinación—. Aria no tiene nada que ver con Amara, son como el día y la noche.

La imagen de la chica dulce y cercana de la que me enamoré en la universidad asoma de entre mis recuerdos más enterrados.

Amara era preciosa, destilaba ternura, todo en ella era delicadeza y elegancia. La conocí durante mi primer mes de universidad y estuvimos juntos tres años, al menos, yo estuve con ella durante tres años; ella, sin embargo, estuvo conmigo y al mismo tiempo con alguno que otro más… Lo peor fue que una de esas infidelidades sucedió con uno de mis compañeros de equipo, y me enteré justo antes de un partido importante. La noticia me afectó tanto que no di pie con bola, mi equipo perdió y yo terminé en el banquillo y perdí la titularidad.

Su traición me destrozó, pero fue la frialdad con la que me lo reconoció, sin apenas inmutarse cuando la enfrenté, y la indiferencia que encontré en sus ojos al mirarme lo que me remataron. Me di cuenta de que ni le importaba lo nuestro ni le importaba yo y, durante mucho tiempo, me pregunté cómo era posible que no me hubiese dado cuenta de lo poco que significaba para ella lo que había entre los dos. Estábamos en puntos diferentes y yo no supe verlo hasta que todo reventó.

—Amara era una zorra falsa y sin sentimientos —afirma Ryan devolviéndome al presente—. Aria, sin embargo, es una tía sincera y clara que no juega con los demás y tampoco se anda con jueguecitos ni rodeos.

Lo contemplo sin decir nada. No hace falta que lo haga, porque estoy de acuerdo con él: por Aria pondría la mano en el fuego, sé que ella jamás actuaría de una manera tan ruin y tan falsa.

Capítulo 30
Scott

Aria

El ruido de la puerta de mi casa al cerrarse es como música celestial para mis oídos. Al verme dentro de la comodidad de mi hogar, me saco los tacones, los dejo en medio del pasillo y me dirijo directa al sofá, en el que me dejo caer exhalando un suspiro.

Estoy agotada, también me muero de hambre, pero estoy tan cansada que caminar hasta la cocina, abrir la nevera y coger algo que llevarme a la boca me parece un esfuerzo demasiado grande.

Esta semana ha sido una auténtica locura. He tenido tantas reuniones con las diferentes marcas y con los patrocinadores que he perdido la cuenta; por si eso no fuese suficiente, he asistido a dosis extra de juntas en el ayuntamiento para concretar los últimos detalles de la campaña publicitaria en la que Liam y yo hemos estado trabajando, y he corrido de un lado para otro intentando no llegar tarde a ningún sitio como si fuese un galgo. Las videollamadas eternas con los responsables de prensa de varias cadenas deportivas parecían no terminar jamás y las sesiones a horas intempestivas para revisar las diferentes propuestas de contrato con los abogados del equipo me han robado tantas horas de sueño que, si no fuese por la cantidad indecente de cafeína que he consumido y por la ayuda de las barritas energéticas que me he metido entre pecho y espalda, no habría sobrevivido.

No he tenido ni un minuto de tiempo libre, ni siquiera he podido pasar a visitar a mi madre o a los abuelos, las horas y los minutos se me escurrían entre los dedos y, aun así, he echado tanto de menos a Liam que los días se me han hecho eternos.

¿Contradictorio? Puede, pero es que justo así es como me siento, una contradicción con patas, porque me muero por verlo y estar con él a solas, aunque sean solo cinco minutos, y al mismo tiempo me da pavor sentirme como me siento.

¿Dónde está esa Aria que disfrutaba de las relaciones esporádicas, sin compromiso, y que no necesitaba para ser feliz la presencia en su vida de un tío?

Estoy convencida de que ya no queda nada de ella, ha desaparecido, o más bien Liam la ha hecho desaparecer a base de sonrisas, miradas y momentos que me hacen olvidarme del resto del mundo y me roban el aliento.

Cuando se subió al coche con Ryan sabía que iba a echarlo de menos; nos hemos acostumbrado a pasar tiempo, mucho tiempo juntos, y era consciente de que iba a extrañarlo, pero no tenía ni idea de cuánto, ni de lo insuficientes que me iban a resultar las escasas llamadas o los mensajes de texto.

El móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón y, al sacarlo y ver el nombre de Maddy en la pantalla, descuelgo la videollamada.

Al momento la pantalla se divide y tanto su rostro como el de Savannah aparecen en ella.

—¿No estáis juntas? —les pregunto extrañada, porque a esta hora las imaginaba en la habitación preparándose para la cena.

—Ha sido un día largo, yo estoy volviendo al hotel —me informa Maddy—. A Savannah todavía le quedan algunas cosas por recoger.

—No me hables de días largos… —gimo cerrando los ojos con fuerza—. El mío parecía no tener fin.

—Se nota, tienes unas ojeras terribles —comenta Savannah frunciendo el ceño—. ¿Has dormido o comido algo hoy?

Me encojo de hombros.

—Ni se te ocurra regañarme, esto ha sido un caos, tanto mi equipo como yo hemos trabajado sin descanso, y que Logan haya decidido viajar con vosotros no es que haya ayudado. Así que bastante tengo con sobrevivir —bufo.

—Se te ve de buen humor —ironiza Maddy.

—Uy, sí, estoy encantada de la vida, pensando en ponerme a dar saltos encima del sofá y a tocar las palmas —respondo con retintín.

—¿Sabes quién también está de un humor estupendo? —me pregunta Savannah conteniendo una sonrisa.

—Liam —dicen a la vez.

—Menos mal que volvemos mañana, estaba a punto de ponerle un bozal —añade Maddy.

—No seas exagerada —protesto poniendo los ojos en blanco.

—No está exagerando nada, gruñe cada vez que habla —la apoya Savannah—. Estoy segura de que un león a régimen estaría de mejor humor que él.

El comentario me arranca una sonrisa y una cálida sensación me asciende por el pecho.

—¡Mírala! —exclama Maddy señalándome con un movimiento de cabeza—. ¡Con esa sonrisa embobada!

—Cómo se nota que no es ella la que tiene que aguantarlo —resopla Savannah.

—Sois un par de idiotas, las dos.

—Sí, sí, idiotas y lo que tú quieras, pero hoy he ido a darle una crema para que se ponga en el hombro y, en lugar de acercarme, se la he lanzado —comenta la fisioterapeuta.

—¿Se ha hecho daño? —me preocupo, porque hablé con él anoche y no me comentó nada.

—Solo es una pequeña sobrecarga, lo normal al empezar a entrenar después de estar un tiempo parado —me explica mi amiga restándole importancia.

—Parado lo que es parado no ha estado —interviene Maddy con malicia.

—En serio, sois unas payasas, pero os echo de menos, tengo ganas de veros.

—Por suerte, mañana nos tendrás ahí. —Maddy me guiña un ojo—. Por cierto, me dijo Scott que iba a llamarte, ¿has podido hablar con él?

—Sí, esta tarde —respondo—. Por cierto, gracias por recordármelo, estoy tan cansada que se me había olvidado que

hemos quedado para tomar algo, le dije que estaba reventada y que no me veía con fuerzas para volver al centro y se ofreció en venir hasta la urbanización.

—No tendréis demasiado tiempo, mi padre es bastante estricto con las horas de descanso durante los campamentos, pero al menos podréis poneros al día —comenta Maddy.

—Esa es la idea —afirmo.

—Dale un abrazo de mi parte, qué lástima que esté pasando unos días en la ciudad cuando ni Kevin ni yo estamos ahí —comenta.

Le sonrío a mi amiga.

Scott Rivers es uno de los mejores amigos de Maddy y de su hermano Kevin, y juega como ala cerrada de los Blue Boys, equipo que entrena su padre, quien ha decidido (sospechamos que para poder pasar estos días con su adorada nietecita Molly) que su equipo haga un campamento preparatorio en Nueva York.

—Tranquila, le daré recuerdos de tu parte —le aseguro—. Ahora tengo que ir a cambiarme de ropa, no pienso ir con estas pintas —añado señalando la falda de vestir y la camisa con la que acudí a la última reunión del día—. Y si no me cambio, voy a llegar tarde.

—Nos vemos mañana —se despide Savannah.

—Eso si Liam la deja salir de la cama —replica Maddy.

—Ja, ja, ja. Mejor no os voy a decir dónde tenéis la gracia —murmuro.

Continuamos discutiendo durante unos minutos más y, después de despedirnos, pongo música y subo a mi habitación para cambiarme la ropa de trabajo por unos vaqueros sueltos la mar de cómodos y un jersey verde que combina con las zapatillas que me pongo.

Mucho más a gusto, cojo la cazadora y, tras guardar en el bolsillo la cartera, el móvil y las llaves salgo de casa.

El café en el que he quedado con Scott está a diez minutos caminando y reconozco que, como la temperatura es agradable, disfruto del paseo y me sirve para despejarme.

Después de la vorágine de estos días me va a venir bien tomar algo con un amigo para relajarme.

Conocí a Scott cuando Maddy empezó a trabajar como entrenadora de Los Lobos y él vino con su hermano Kevin a visitarla.

Es un tío educado, carismático y divertido, su talante extrovertido y despreocupado me hizo congeniar con él y, desde el primer momento, nos hemos llevado genial, todos solemos verlo cuando viene de visita y por eso que me haya llamado hoy me ha parecido de lo más normal.

El aire fresco del atardecer me golpea en la cara despojándome del entumecimiento, y mi humor mejora por momentos.

La cafetería es una de nuestras elecciones habituales cuando queremos picar algo rápido porque tanto las ensaladas como sus hamburguesas, así como la repostería casera que preparan, son un auténtico espectáculo.

Subo las escaleras del porche y, en cuanto entro en el establecimiento, echo un vistazo a mi alrededor.

Es un sitio alegre, de paredes blancas, mesitas redondas del mismo tono y sillas acolchadas tapizadas en colores vivos y diferentes. Los grandes ventanales que ocupan la pared izquierda dejan entrar la luz anaranjada del atardecer, confiriéndole un aire íntimo y acogedor que invita a relajarse y descansar.

La deslumbrante sonrisa de Scott me recibe desde una de las mesas más apartadas del lugar. Cuando llego a su altura él ya está en pie dándome la bienvenida con los brazos abiertos.

—¿Cómo está mi neoyorkina favorita? —me saluda estrechándome contra su pecho.

Correspondo al amistoso gesto durante unos segundos y después los dos tomamos asiento.

—¿A que no tienes las narices de repetir eso delante de Maddy? —lo reto señalándolo con el dedo.

El sonido de su risa, fresca y sensual, atrae la atención de una cantidad considerable de las chicas del local, que sueltan risitas mientras cuchichean entre ellas.

No puedo culparlas, Scott es el prototipo de tío por el que cualquier mujer con ojos en la cara perdería la cabeza.

Tiene un bonito cabello rubio algo ondulado que siempre lleva despeinado, unos impresionantes ojos grises, sonrisa de anuncio de

televisión y un cuerpo de escándalo, vamos que todo unido forma un conjunto que quita el hipo y, por si eso no fuese suficiente, resulta que el tío es un encanto: atento, divertido, inteligente…

Las chicas continúan murmurando, sin embargo, él ni se inmuta, sigue con su mirada fija en mí y con una sonrisilla petulante iluminando su rostro.

—No soy tan valiente —reconoce con guasa.

—Eso pensaba.

Una de las camareras se acerca a tomarnos nota del pedido y los dos nos decantamos por una deliciosa y completa ensalada. La mía, de salmón y la suya, de pollo con salsa de mostaza.

—¿Qué tal está yendo la semana de entrenamientos? —me intereso una vez que nos quedamos solos de nuevo.

Scott frunce el ceño y se recuesta en el respaldo de la silla.

—El entrenador nos está reventando —admite—. Ha empezado con ganas este año. ¿Y tú? ¿Relajada ahora que el equipo está fuera?

—Ni me hables —resoplo—. Multiplica tu cansancio por dos y empezarás a acercarte a mi nivel de agotamiento. De hecho —añado —, he quedado contigo por ser tú, en cualquier otro caso te aseguro que en este momento estaría metida en mi cama durmiendo.

—Me siento halagado —afirma al mismo tiempo que un brillo juguetón cruza su mirada.

—Deberías —le aseguro.

—Sin embargo, si lo que quieres es meterte en la cama, podríamos arreglarlo —insinúa en tono bajo y de lo más sensual, inclinándose un poco sobre la mesa.

Me echo a reír y cruzo los brazos sobre mi pecho.

Desde el primer día en que nos conocimos, entre Scott y yo siempre ha habido un inocente e inofensivo tonteo, insinuaciones e indirectas con las que intentar sacarle al otro los colores, pero que jamás han ido ni irán más allá.

Por muchos y diferentes motivos: primero, porque es el mejor amigo de Maddy y esa es una línea peligrosa que ni me he planteado traspasar, y segundo, porque, a pesar de que está bueno

a rabiar, entre nosotros no hay ni física ni química ni nada que me haya hecho vibrar.

Y estoy segura de que a él le ocurre exactamente lo mismo conmigo, lo que no quita que ese tira y afloja nos resultase divertido.

—Aunque no es en dormir en lo que estoy pensando —añade dedicándome una sonrisa ladeada.

—Eso sería tener mucha, pero que mucha suerte, y no eres un tipo tan afortunado —replico echándome a reír.

—Quién sabe, hoy me siento optimista —insiste sin perder en ningún momento la sonrisa.

—Una cosa es ser optimista y otra muy diferente no ser realista, tú estás siendo lo segundo.

—De ilusiones también se vive.

—Solo si quieres ser un iluso —rebato.

—Un iluso con quien podrías disfrutar mucho… —murmura alzando las cejas repetidas veces.

Me echo a reír.

—Es posible —concedo.

—No confundas posibilidad con certeza —me pide negando con el dedo índice.

—Para que fuese una certeza tendría que estar comprobado, y mucho me temo que eso es algo que nunca será demostrado —afirmo guiñándole un ojo.

—Auchhh —bromea agarrándose el pecho mientras pone cara de dolor—. He aquí una mujer de hielo que acaba de romperme el corazón.

Me echo a reír.

—No me atribuyas capacidades que no tengo.

—Estoy seguro de que eres capaz de eso y de mucho más —dice con sinceridad—. Pero no me importaría correr el riesgo.

—¿Para qué correr riesgos innecesarios?

—¿No conoces el refrán que dice que arriesgarse es de valientes?

—Lo conozco —asiento—. ¿Y tú el que asegura que de valientes está el cementerio lleno?

—Eres buena persuadiendo… —comenta achicando los ojos.

—Soy buena en todo.

—Me encantaría comprobarlo, pero no me dejas…

—Me temo que vas a tener que fiarte de mi palabra…

—¿Estás segura?

—Tanto como que Los Lobos van a machacaros esta temporada.

—Entonces todavía conservo la esperanza…

—No deberías.

—Ya veremos, la temporada es muy larga —comenta de buen humor.

Esa es una de las cosas que más me gustan de Scott: con él me siento cómoda para bromear y hablar de todo sin conflictos ni dramas.

Seguimos charlando durante algo más de una hora sobre todo tipo de temas: fútbol, la reforma que quiere hacer en la planta baja de su casa, mi trabajo con la campaña del Ayuntamiento…

—¿Te estoy aburriendo? —me pregunta al verme disimular un bostezo mientras me habla sobre el gatito que su sobrina ha adoptado y que todavía no sabe cómo le ha terminado endosando.

—Qué va, para nada, lo que pasa es que estoy muy cansada, creo que de un momento a otro voy a quedarme dormida sentada —reconozco de mala gana.

—Me temo que entonces deberíamos dar por finalizada la velada, te acompaño a casa y pido un taxi que me lleve al hotel —se ofrece.

—No hace falta.

—No me robes unos minutos de tu tiempo —responde haciéndose el ofendido.

—Está bien —accedo sonriendo.

Salimos de la cafetería y caminamos en silencio uno al lado del otro. Las farolas ya están encendidas y dan una tenue luz que dibuja luces y sombras jugando con las copas de los árboles.

Scott llama un taxi, le da mi dirección y después guarda el teléfono en su cazadora y mete las manos en los bolsillos de su pantalón a la vez que lo contempla todo con curiosidad.

—Me gusta esta zona, es mucho más tranquila que el centro —comenta—. Creo recordar que Maddy me contó que vivís todos aquí, ¿no?

—Sí —respondo—. La única que antes vivía en Brooklyn era Savannah, pero desde que está con Brad se ha mudado a su casa y ahora también ella es nuestra vecina.

—Menudo susto lo de Savannah…

—No te haces una idea, fue horroroso —me estremezco al recordar ese momento—. Pero por suerte todo terminó bien.

Giramos la esquina de mi calle y cruzo para detenerme delante de portalón.

—Esta es la mía.

Scott echa un vistazo rápido a la fachada y se acerca un par de pasos más a mí.

—¿Estás segura de que no quieres que entre? —Mis ojos buscan los suyos y, por primera vez, descubro en ellos un deseo que me hace darme cuenta de que no está bromeando, habla en serio y me siento incómoda, porque sospecho que quizás ese tonteo que nos traíamos entre manos desde que nos conocemos no era tan inocente para él como para mí.

—Muy segura —afirmo con rotundidad.

La decepción en su rostro es tan evidente que me hace sentir peor todavía.

—Scott —pronuncio su nombre con cariño—. Lo siento si en algún momento te he dado una impresión equivocada, yo…

—No te preocupes —me interrumpe—. No pasa nada.

—¿Estamos bien? —pregunto.

—Por supuesto —contesta regalándome una sonrisa un poco menos brillante de lo habitual.

—Seguimos siendo amigos, ¿verdad? —insisto porque no me gustaría que las cosas se estropeasen entre nosotros o acabasen mal.

—Eso siempre —me asegura.

El taxi gira la esquina en este momento y se detiene al otro lado de la acera, justo delante de donde nos encontramos.

Scott le hace una señal para que espere un segundo e, inclinándose, deposita un casto beso en mi mejilla a modo de despedida.

—Pero tengo que decirte que no sabes lo que te pierdes… —Me guiña un ojo y le doy un suave golpe en el brazo a la vez que niego con la cabeza, dejándolo por imposible.

Él se echa a reír y, mientras lo veo alejarse y meterse en el coche, pienso que comprendo por qué Kevin y Maddy lo quieren tanto: puede ir de duro todo lo que quiera, pero la realidad es que en el fondo Scott Rivers es un buenazo.

Capítulo 31
Sorpresa…

Aria

Contengo la respiración medio escondida en un lateral de la ventana mientras trato de mantener a raya la emoción.

—Luego te llamo, tío, creo que Brad comentó que podía estar bien ir a tomar algo esta noche —le escucho decir a Ryan en voz alta cuando detiene su coche delante del portalón.

Liam ni siquiera le contesta, se limita a hacer un gesto con la mano para que sepa que lo he escuchado y pulsa el código para que la puerta se abra.

—Intenta recuperar fuerzas —le ordena la capulla de Maddy dedicándole una sonrisa socarrona.

Sé de primera mano que la muy cabrona los ha exprimido hasta dejarlos exhaustos; por suerte, mañana no entrenan y pueden aprovechar para reposar, porque lo que es hoy, no pienso dejarle demasiado margen para descansar.

Tengo tantas ganas de verlo que ni siquiera me he planteado si mi pequeña intromisión le gustará…

Escucho la llave en la puerta principal y contengo la respiración a la vez que soy consciente del momento exacto en que se queda paralizado en el recibidor al verme en medio de su salón, plantada al lado de la mesa del comedor en la que descansa el delicioso guiso de carne rellena que la abuela me ha preparado con todo el mimo del mundo para la ocasión.

El protagonista de cada una de las fantasías que he tenido a lo largo de esta semana me contempla ojiplático, como si no pudiese

creer lo que ve, repasando mi cuerpo de arriba abajo y como si estuviese conteniéndose para no arrancarme a bocados la ropa.

—Bienvenido a casa, te echaba de menos —lo saludo con voz entrecortada, y ese es el instante exacto en que se acaba su contención.

Sin dudar un segundo, ni molestarse en contestarme, recorre a toda velocidad el espacio que nos separa y se abalanza sobre mí como si estuviese muerto de sed y acabase de encontrar un manantial repleto de agua.

Su boca se estrella contra la mía con prisa, a la vez que sus manos recorren mi cuerpo colándose debajo de mi jersey para acariciar con deleite cada centímetro de mi piel. Yo respondo con la misma necesidad, abriéndome paso con la lengua en su boca y llevando mi mano a su entrepierna, que me recibe dura como una roca.

Antes de darme tiempo a recuperar el aliento, me alza del suelo y, sin dejar de besarme con hambre, camina hasta que chocamos y nos dejamos caer sobre el sofá.

Nuestros cuerpos se rozan buscando la manera de encajar, deshaciéndose de todas las barreras que nos impidan tocarnos, sentirnos piel con piel y, cuando sus dedos se cuelan en mi interior, penetrándome una y otra vez, y mi mano rodea su miembro arrancándole un gemido desesperado, siento que todo da vueltas a mi alrededor y que algo detona en mi interior.

Los besos se intensifican, sus labios me saborean, los míos rodean su miembro haciéndole temblar de placer.

Quiero verlo estremecerse bajo el calor de mi cuerpo; necesito besarlo, poseerlo, lo quiero y lo necesito todo de él, con él.

Sus labios regresan a los míos, sus manos se aferran a mis muslos, las mías acarician sus hombros mientras me coloco a horcajadas sobre sus piernas.

Liam respira con dificultad y, cuando su mirada se enreda con la mía, de una fuerte estocada se introduce en mi interior conectándonos de una forma brutal e irreverente que va más allá de lo físico y nos acerca a la locura de un placer indescriptible y de una sensación de plenitud inmensa.

Cada jadeo, cada gemido, cada vez que mi cadera se encuentra con la suya mi corazón se desboca y tengo la sensación de que, dentro de mi pecho, más que latir, galopa.

Sus caricias nublan mis sentidos, su lengua enardece mi piel y cada milímetro de mi cuerpo es consciente de que le pertenece solo a él.

—Liam —susurro su nombre y me pierdo en el abismo tormentoso de sus ojos al dejarme llevar por un orgasmo que funde cada partícula de mi ser mientras él, con movimientos desesperados, estalla entregándome todo lo que tiene y todo lo que es.

Incapaces de detener el temblor de nuestros cuerpos, nos tumbamos sobre el sillón, abrazados, mientras tratamos de normalizar el ritmo de nuestras aceleradas respiraciones.

—Es el mejor recibimiento que he tenido en toda mi vida —murmura unos segundos después besando mi pelo con suavidad.

—Al final vas a cogerle el gustillo a eso de viajar con el equipo —me río.

Finge pensarlo durante unos segundos.

—Naaa, ni de coña, imposible a no ser que vengas conmigo, te he echado demasiado de menos —confiesa acariciándome la espalda con ternura.

—¿Tienes hambre? —pregunto al sentir su estómago rugir.

—Muchísima, pero me temo que tendrás que darme unos minutos…

—¡De comida, idiota! —exclamo golpeando su hombro con suavidad.

Él se echa a reír.

—¿Quién dice que tú no lo seas?

—Me atrevería a apostar que la abuela María —respondo—. No me gustaría estar en tu lugar si se entera de que has dejado enfriar su guiso de carne rellena.

—En ese caso, vamos ahora mismo a hincarle el diente —sugiere incorporándose para recoger alguna de las prendas que hemos dejado desparramadas por el suelo—. ¿Enfrentarme a tu abuela enfadada? No, gracias, no soy tan valiente.

Lo imito y un par de minutos después los dos estamos sentados a la mesa disfrutando del delicioso guiso que, aunque templado, sigue estando espectacular.

—Tengo una duda —comenta después de tragar una patata.

—Dispara.

—No me malinterpretes, no es que me queje, pero ¿cómo has hecho para entrar en mi casa?

Una sonrisa juguetona asoma a mis labios.

—Te recuerdo que Ryan tiene una llave de tu casa para emergencias.

—Sí que la tiene.

—Y yo tengo una llave de la suya que me dio Maddy cuando se fue a vivir con él por si alguna vez pasaba algo…

—Así que usaste la llave que tienes de la casa de Ryan y Maddy para coger la de mi casa y colarte.

—Exacto, el único problema es que Ryan no se acordaba de la clave para desactivar la alarma, por suerte, Brad la tenía anotada.

—Por lo que dices deduzco que estaban todos metidos en el ajo. —Niega con la cabeza—. Con razón Maddy y Savannah han estado todo el vuelo intercambiando sonrisitas y cuchicheos.

—Me hago una idea.

—Por no hablar de las indirectas que me lanzó tu amiga después en el coche —añade—. No obstante, reconozco que ha merecido la pena con creces.

—Me alegra saberlo —afirmo.

El teléfono de Liam comienza a sonar y, al ver que es Brad, lo pone en manos libres.

—¿Interrumpo? —pregunta él al otro lado de la línea.

—Estamos comiendo —respondo.

—Ehhh… —lo escucho murmurar con guasa.

—Un guiso de mi abuela —matizo al instante.

—Os llamo porque por la noche vamos a ir a tomar algo al Pepper Club. ¿Os apuntáis?

Liam me mira y asiento con la cabeza.

—Claro, allí nos vemos —responde.

—Perfecto, pues nada, ahora seguir comiendo —contesta conteniendo la risa.

Liam niega con la cabeza y cuelga el teléfono.

—Tenemos unos amigos idiotas, recuérdame por qué quedamos con ellos.

—Porque los queremos —digo sin más.

—Es cierto, aunque a veces no entiendo por qué, en el fondo los queremos —asiente.

Los dos nos echamos a reír contemplándonos con complicidad, regalándonos una mirada que sabe a confianza, a felicidad y a hogar.



En cuanto bajamos los tres escalones que nos separan del Pepper Club con los dedos entrelazados Liam señala una de las mesas más apartadas.

—Allí están —me indica—. Ya han llegado todos.

En efecto, Ryan, Brad, Savannah y Maddy charlan de forma animada en una de las mesas mientras disfrutan de una ración extragrande de patatas fritas y unas cervezas.

Todavía tomados de la mano, recorremos el local, que es de tamaño mediano e imita la estética de una típica taberna escocesa.

Me encanta este sitio; es cómodo y discreto, su interior está casi al cien por cien recubierto de madera, al fondo tiene un pequeño altillo de no más de cincuenta centímetros que hace las funciones de escenario donde algunas noches grupos pequeños tocan instrumentos o cantan a capela, y la combinación de luces tenues y música suave de fondo crean una atmósfera placentera.

—¡Por fin aparecéis! —nos recibe Maddy llevándose una patata a la boca—. Caramba, Liam, se te ve mucho más contento y relajado.

—Cierto —la apoya Brad—. Al menos, la cara de seta se le ha quitado.

—No tenía cara de seta —se defiende él acercando un par de taburetes para los dos.

—Tenías, tenías —replica Ryan—. Y de una bastante venenosa.

—Dadles un poco de cancha, es normal que se echasen de menos —los regaña Savannah.

—Eso lo dices porque tú no eras la que lo aguantaba llorando por las esquinas en la habitación del hotel —la contradice Ryan.

—¡Yo no lloraba por las esquinas! —exclama el acusado bastante ofuscado.

—Poco te faltaba —resopla Brad.

—No tengo ningún problema en reconocer que te eché de menos una barbaridad —asegura Liam colocando un brazo sobre mis hombros y besándome luego en los labios con suavidad.

—Ohhhhh —exclaman los payasos que tengo por amigos justo en el momento en que Kevin y Scott aparecen por detrás.

—¿Cómo está mi neoyorkina preferida? —pregunta el último guiñándome un ojo con cierta guasa, sin duda, recordando lo que le dije en referencia a mi amiga cuando anoche utilizó conmigo esas mismas palabras, a la vez que abre sus brazos en dirección a Maddy quien, sin dudarlo, salta del taburete y se lanza a abrazarlo.

Lo adora, es evidente lo mucho que lo quiere, y no me extraña teniendo en cuenta que, según tengo entendido, era el único amigo que tenía en Washington, y que, precisamente por eso, a pesar de la distancia hablan a menudo y siguen muy unidos.

—¡Cómo me alegro de verte, pensé que ya te habías marchado! —exclama ella.

—Tu padre nos dio un día libre y no iba a perder la oportunidad de pasar un rato contigo y con tu hermano, así que me quedaré hasta mañana por la tarde —contesta él.

Kevin sonríe encantado y le dedica a Liam un gesto vacilón.

—Me han contado un par de pajaritos que estos días se te han hecho muuuy largos —bromea.

—De pajaritos nada, los que te han dicho eso son estos dos loros tocahuevos que tengo a mi lado —responde él estrechándome más contra su cuerpo mientras señala a sus amigos, quienes sonríen encantados.

La expresión de Scott muda y se tiñe de sorpresa al percatarse de lo que está pasando.

—Vaya —comenta—. Eso lo explica todo. Ahora entiendo que me dieses calabazas.

—¿Que Aria te dio qué? —pregunta Maddy observándome con los ojos muy abiertos.

—¿Cuándo se supone que pasó eso? —inquiere Savannah.

—Anoche, cuando quedamos para cenar —responde él con naturalidad.

—Lo siento mucho, tío —añade en dirección a Liam—. No tenía ni idea de que estabais juntos. De haberlo sabido, no habría intentado nada.

—No hay problema —responde Liam de forma escueta y educada.

Pero está mintiendo, puede que para el resto resulte imperceptible el cambio, pero a mí cada músculo de su cuerpo me dice que sí que pasa algo.

Me revuelvo incómoda en el taburete, a pesar de saber que no he hecho nada malo.

—Me alegro mucho por vosotros, la verdad es que no me sorprende, se veía venir de lejos —añade Scott sonriéndonos a ambos.

—Gracias. Es reciente —responde Liam cogiendo una patata en la que centra toda su atención como si en lugar de un tubérculo cubierto de grasa tuviese entre los dedos la octava maravilla del mundo a su entera disposición.

Savannah intercambia una mirada conmigo y comprendo que ella también ha percibido la tensión.

—Cuéntanos qué tal va todo por Washington —le pide Maddy quien, a pesar de ser una persona muy observadora por norma general, está tan emocionada de haberse reencontrado con su amigo que no se ha dado cuenta de nada.

Scott comienza a hablar, poniéndonos al día de algunas de las anécdotas de los Blue Boys, y todos lo escuchan encantados, todos menos Liam quien ahora sí que tiene cara de seta venenosa, y yo.

Casi dos horas después, cuando Kevin y Scott se despiden, estoy preocupada y de mal humor.

—¿Te pasa algo? —le pregunto en voz baja, a pesar de que es evidente que sí, puesto que no ha dicho ni una sola palabra más.

A estas alturas no solo Savannah ha comprendido que algo va mal; los chicos, e incluso Maddy, que continuaba sumida en su nube de felicidad, se han dado cuenta de la situación.

—¿Por qué no le dijiste a Scott que estamos juntos? —Su mirada fría me atraviesa y sus palabras se clavan en mi pecho porque, aunque estén pronunciadas en forma de pregunta, es obvio que son una acusación.

—¿Perdona? —pregunto incapaz de decir cualquier otra cosa.

—¿Por qué no le dijiste a Scott que estamos juntos? —Su tono es tan gélido que me hace estremecer, nunca, jamás, en ninguna de nuestras discusiones me había hablado así y, en consecuencia, algo se pone a la defensiva dentro de mí.

—¿Se supone que estaba obligada a hacerlo? —Mi voz encierra una advertencia que él ignora por completo.

—Hubiese sido un detalle, igual que lo hubiese sido que me comentases que habías quedado con él.

No es tanto lo que dice, sino cómo lo dice lo que hace que la rabia crezca con fuerza en mi interior.

—No sabía que tenía que pasarte mi agenda.

—No es una cuestión de agenda, sino de comunicación —rebate—. Si estamos juntos y quedas con un tío, lo normal es que al menos me lo digas.

Tal y como lo dice, la palabra «tío» suena tan sucia y depravada que tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para que los ojos no se me llenen de lágrimas.

—No quedé con un tío, quedé con Scott.

—¿Ese Scott que acaba de admitir que intentó follar contigo? —cuestiona dolido.

—El mismo Scott que acaba de decir que lo rechacé y le dije que no —afirmo con rotundidad.

Eso debería ser lo importante, debería ser suficiente, tendría que bastarle, pero, por cómo me mira, comprendo que no.

—¿Por qué no le dijiste que estamos juntos? —repite la pregunta, y aprieto los labios con fuerza, tratando de controlarme

para no mandarlo a la mierda.

—Chicos, igual no es el mejor momento para… —Savannah interviene tratando de calmar los ánimos.

—No, no, déjalo, vamos a aclararlo —la interrumpo antes de clavar mis ojos en Liam—. A ver, sorpréndenos, ¿por qué crees tú que no se lo dije? Porque es evidente que ya has sacado una conclusión. ¿Qué piensas? ¿Que quería tirármelo?

—Liam… —Ahora es Ryan quien trata de poner cordura en la situación, colocando una mano sobre el hombro de su amigo para atraer su atención, sin embargo, este lo ignora y sostiene mi mirada mientras pronuncia una frase que me resulta lapidaria.

—No sería la primera vez —dice encogiéndose de hombros.

Me duele, que piense eso de mí me duele tanto que apenas puedo seguir respirando.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Tan poco me conoces? —cuestiono con la voz temblorosa.

—Igual ya te has aburrido; al fin y al cabo, ya hemos batido tu récord, llevamos juntos más de dos semanas —asegura, y la frase es tan cruel que me remata.

Incapaz de permanecer quieta durante más tiempo, me levanto y me marcho directa al baño, y no tengo ninguna duda de que justo detrás de mí, pisándome los talones, vienen Maddy y Savannah.

—¡Para! ¡Aria, para, por favor! —me ordena la primera cuando cierro la puerta del aseo de un portazo y comienzo a caminar como una posesa por su interior.

—¡No puedo! —exclamo—. ¡¿Es que no has escuchado lo que me ha dicho ese ese ese…?! —Trato de buscar una definición a la altura de mi cabreo, pero es que ni la encuentro—. Ese troglodita, ese neandertal que tiene el cerebro del tamaño de una ameba.

Ellas me escuchan en silencio, dejando que me desahogue, que lo suelte todo…

—¡Alguien tendría que explicarle a ese cromañón que ya no estamos en la época de las cavernas! —grito.

Lo peor es que no sé si estoy más enfadada, decepcionada o dolida, y eso me cabrea todavía más.

—Aria, ¿puedes estarte quieta un momento y escucharnos? —me pide Savannah, colocándose delante de mí para interceptarme el paso.

—¡¿Qué?!

—Lo que ha dicho Liam está completamente fuera de lugar —admite mi amiga con voz suave.

—Cierto, es injustificable —la apoya Maddy.

Ambas intercambian una mirada preocupada antes de seguir hablando, y retrocedo un paso, porque las conozco y sé que lo que viene a continuación no me va a gustar.

—¡No! ¡Ni se os ocurra decir un pero, porque en este caso no hay pero que valga! —exclamo.

Savannah se muerde el labio inferior e inspira con fuerza, tomándose unos segundos como si estuviese buscando las palabras.

—Sin embargo…

—«Sin embargo» es lo mismo que «pero» —la corto con voz temblorosa.

—Sin embargo —repite ella mirándome con cariño—, está claro que no era él quien hablaba, sino los celos.

Retrocedo un paso; si piensa que con eso me va a ablandar, no sabe lo equivocada que está.

—Los celos son una mierda, son destructivos, una enfermedad y, sobre todo, son problema del que los tiene, no de los demás —digo con frialdad.

—Tienes toda la razón —afirma Maddy con cautela.

—¡Mierda, ahora viene otro pero! —exclamo ofuscada.

—Pero tengo que reconocer que si Ryan quedase con otra sin decírmelo y no le contase que está conmigo cuando ella quiere acostarse con él… Me dolería —admite mi amiga.

—En ningún momento tuve la intención de acostarme con Scott —lo digo con vehemencia.

—No tenemos ninguna duda de eso, solo queremos que entiendas que no es tan raro que a Liam le haya sentado mal —susurra Savannah.

—No le he dado ningún motivo para desconfiar de mí —declaro con firmeza—. Ni mucho menos para echarme en cara si me he

acostado o dejado de acostar con uno o con cincuenta tíos.

Ambas me miran y yo continúo hablando.

—Nunca me he escondido, siempre fui clara con ellos y les dejé claro que lo que pasase entre nosotros era cosa del momento, que no iba a trascender a nada serio.

—Es verdad —reconoce Savannah—. Y dudo que Liam desconfiase de ti, creo que solo está herido.

—Yo nunca he engañado a nadie, nunca he mentido y jamás le haría daño a una persona con la que tengo una relación, por lo que considero que no le he dado a Liam ninguna razón para tener celos… Al menos hasta ahora… Porque, ya que por lo visto quiere ponerse celoso, al menos que sea con razón —digo apretando los puños a la vez que salgo del baño con determinación.

—La que se va a liar… —le escucho decir a Maddy entre susurros.

Sonrío, porque no sabe ella cuánto.

—¿Me invitas a una copa, guapo? —pregunto acercándome a un grupo de tres chicos que, apoyados en la barra, me miran como si acabasen de ganar el premio gordo cuando con aire coqueto le acaricio el hombro a uno de ellos.

—¡Por supuesto! ¿Qué te apetece tomar? —pregunta solícito.

—Un chupito de tequila.

—Barry, cuatro chupitos de tequila —le pide el chico al bueno de Barry.

El bueno de Barry coloca los vasos delante de nosotros, los llena con generosidad y, en cuanto termina de hacerlo, yo cojo uno, me lo llevo a los labios y lo vacío de un trago.

No me gusta el tequila, y me quema la garganta, pero me importa una mierda; la fiesta acaba de empezar.

Capítulo 32
Micrófono en mano

Liam

En el momento en que Aria sale disparada hacia el baño con las chicas detrás me hundo en el taburete y me masajeo la frente, compungido.

Me arrepiento de cada una de las barbaridades que acabo de soltar porque sé que no he sido justo y que ninguna de ellas es verdad, pero me sentí herido y decepcionado y, una vez que empecé a decir burradas, ya no pude parar.

Sobre todo, porque al ver que, en lugar de reconocer que había hecho las cosas mal, Aria se ponía a la defensiva, eso me encendió todavía más.

—Te has pasado un poquito —me acusa Ryan con gesto serio.

—Un poquito no, se ha pasado cinco pueblos —matiza Brad.

—Lo sé y lo siento —reconozco.

—Sabes que no había ningún motivo oculto en no comentarte que había quedado con Scott —añade Ryan.

Me quedo callado durante unos segundos.

—Sé que no tenía malas intenciones al no decírmelo —admito —. Pero también creo que es normal que me haya molestado que llevando todo el día juntos ni siquiera me lo haya comentado.

Sé que no he reaccionado bien, pero también soy consciente de que tengo parte de razón.

—El tío intentó acostarse con ella —afirmo, y solo con decirlo siento que se me revuelve el estómago.

—Es cierto —concede Brad.

—Y somos pareja, se supone que tenemos la suficiente confianza como para que me cuente esas cosas. —Lo digo con convencimiento, y Ryan suspira con pesar.

—Ahí tienes razón. Si un tío con el que ha quedado Maddy tratara de acostarse con ella y no me lo contase, tampoco me sentaría especialmente bien. —Me observa durante unos segundos —. Pero perdiste los papeles, tío.

—Exacto —incide Brad—. Y en el momento en que perdiste las formas, perdiste la razón.

Sé que es cierto: nada justifica la forma en que la traté; pero lo que hizo, o más bien lo que no hizo, me dolió.

—No comprendo por qué le cuesta tanto admitir que estamos juntos —confieso decaído—. Creí que ya habíamos superado esa etapa. Eso es lo que más me ha dolido, que no fuese capaz de decirle a Scott que estamos juntos ni siquiera cuando él intentó liarse con ella.

—Lo de estar en una relación formal es nuevo para Aria, quizás solo necesita algo de tiempo para acostumbrarse —deja caer él—. Lo primero que tienes que hacer es disculparte, y luego hablar las cosas con calma.

De repente la veo salir del baño y encaminarse hacia la barra.

—Pero ¿qué cojones…? —pregunto con los ojos abiertos como platos al verla acariciarle el brazo y ponerse a tontear de forma descarada con uno de los chicos, que la está devorando con la mirada.

—Hemos intentado hacerla entrar en razón —musita Maddy al llegar a la mesa—. Pero está muy enfadada.

—Y con razón —añade Savannah.

—¿Y eso justifica que esté sobando a ese tío delante de mis narices? —cuestiono al verla tomarse su segundo chupito a la vez que baila al ritmo de la música frotando su espalda contra el pecho del tipo en cuestión.

Ellas comparten una mirada preocupada.

—¿Qué? —pregunto con todo el cuerpo en tensión.

Ninguna de las dos parece dispuesta a contestarme, así que repito la pregunta por segunda vez.

—¿Alguna puede decirme de qué mierda va todo esto?

Savannah suspira y me mira con la tristeza reflejada en sus bonitos ojos.

—La acusaste de querer liarse con otros sin tener motivos —afirma—. Creo que ahora solo quiere que tengas motivos para pensar así.

—Tienes que estar de coña —murmuro justo en el momento en que el tipo pone la mano en su cintura y comienza a bailar muy pegado a ella.

—Después de cómo la trataste, ¿qué pensabas que iba a ocurrir? —la defiende Maddy.

—Desde luego no me imaginaba que iba a actuar así —respondo decepcionado.

Observo a Aria beber otro chupito de tequila justo antes de entrelazar los brazos alrededor del cuello de su acompañante quien, encantado, pone una de sus asquerosas manos sobre su culo.

Estoy tan enfadado que me arde la sangre. Soy un tío tranquilo al que no le gustan los enfrentamientos, sin embargo, en este momento, siento unas ganas tremendas de cargarme a alguien.

—Ya está bien —digo levantándome del taburete con toda la intención de dar por terminado este dantesco espectáculo.

—Liam, no creo que sea una buena idea… —Brad me agarra del brazo, pero me suelto de un fuerte tirón.

—No pienso quedarme quieto ni un segundo más viendo esto —le espeto con rabia.

Maddy me lanza una mirada de preocupación.

—No puede beber más, nunca toma más de una copa, como mucho, dos, porque no tolera bien el alcohol —me dice.

Me vuelvo hacia ella.

—Pues más a mi favor —le suelto antes de volver la mirada de nuevo hacia Aria.

Tiene las mejillas sonrojadas, los ojos vidriosos, y sus movimientos son tan exagerados que en otras circunstancias resultarían de lo más cómicos; hoy, sin embargo, no me hacen ni puñetera gracia.

El tío aparta sus rizos con una mano para plantar un beso en su cuello jaleado por sus amigos.

—Ni de puta coña —siseo encaminándome hacia ellos a toda velocidad.

—Aria, nos vamos —le digo con firmeza cuando llego a su altura.

Ella me observa durante unos segundos por encima del hombro, dedicándome una mirada llena de desilusión y tristeza.

—No me voy a ningún sitio, y menos contigo —responde arrastrando las palabras.

—Por supuesto que sí —replico.

El colega que la tiene cogida por la cintura me contempla con chulería.

—Te ha dicho que no se va contigo, tío —me espeta el muy idiota que, por lo visto, se siente muy valiente al estar arropado por sus amigos.

—Mi novia se viene conmigo —le aseguro cruzando los brazos sobre mi pecho.

El chico parece dudar durante un par de segundos, pero enseguida vuelve a su actitud chulesca del principio.

—¿Este es tu novio? —le pregunta a ella.

Aria se encoge de hombros y se pega más a él, dando a entender que lo que estoy diciendo no le interesa.

—Ya lo estás viendo —me suelta el muy gilipollas.

—No quiero problemas —le advierto.

—Pues deja de buscarlos.

—Me aburroooooo —protesta Aria—. ¡Barry, un chupito más! —exclama completamente borracha.

El bueno de Barry me dirige una mirada disimulada, y yo niego con la cabeza.

—¡Barry! —lo llama ella de nuevo al no recibir respuesta.

El tipo, que todavía la tiene agarrada por la cintura, le planta un beso en el cuello sin apartar sus ojos de mí en lo que viene siendo una clara provocación.

—¿Qué te parece si nos vamos de aquí, preciosa? —le susurra al oído lo suficientemente alto como para que la escuchemos yo y

todos los amigos que tiene alrededor.

Aria apenas es capaz de mantener los ojos abiertos y, sin esperar siquiera a que ella conteste, el muy cabrón le pasa la lengua por el cuello y añade:

—Verás qué bien te lo pasas con nosotros…

Eso es la gota que colma el vaso, más de lo que puedo soportar y, sin perder un segundo, lo empujo, separándolo de Aria, y me abalanzo sobre él. Y lo mantengo atrapado entre mi cuerpo y la barra mientras lo agarro por la camiseta y, con el puño en alto enfocado hacia su nariz, le digo a pocos centímetros de su cara:

—Vuelve a tocarla y te arranco la lengua.

Al instante siento que sus amigos me rodean, pero los míos no tardan ni dos segundos en hacer acto de presencia.

—Ella quiere venirse conmigo —afirma el muy idiota, al que estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano para no partirle la cara.

—Ella no sabe lo que quiere, está borracha y tú estás intentando aprovecharte —le espeta Maddy con dureza.

—Yo no la he obligado a nada —dice él sin rastro de arrepentimiento.

—Para el caso es lo mismo —contesta la entrenadora.

De repente la voz de Aria, quien por lo visto ha aprovechado la revuelta para escabullirse hasta allí, nos llega alta y clara a través del micrófono imitando (o intentando imitar, porque lo que sale de sus labios es un conjunto de berridos ininteligibles) a Madonna.

—Se acabó —afirmo sobrepasado.

De un empujón suelto al hombre que estoy agarrando y camino con paso firme hasta el escenario.

—Baja —le pido a grito pelado.

Ella me ignora, hace como que ni me ve y, sin pensarlo, la agarro por detrás de las rodillas, me la echo sobre el hombro como si fuese un saco de patatas y comienzo a caminar con ella cabeza abajo.

—¡Suéltame! ¡Esto es un secuestro! ¡Me están secuestrando! —grita a la vez que deja caer el micrófono al suelo y empieza a darme puñetazos en la espalda, revolviéndose e intentando librarse de mí, cosa que por supuesto no va a conseguir.

—Lo siento, Barry —me disculpo con el hombre cuando paso por su lado de camino a la puerta.

—Tranquilo —dice él negando con la cabeza.

Los chicos, Maddy y Savannah salen del local justo detrás de mí.

—¿A dónde vas? —pregunta Maddy, preocupada por el estado de su amiga.

—A mi casa —respondo enfadado.

—¿Andando? —pregunta ella.

—Voy, voy a… —nos interrumpe Aria con voz entrecortada.

Antes de que ella tenga tiempo de terminar la frase o yo de reaccionar y ponerla en el suelo, una arcada hace convulsionar su cuerpo y un río de vómito desciende por mi espalda.

Cierro los ojos e inspiro con fuerza.

—Sí, andando, estamos a un par de minutos y un poco de aire le sentará bien —afirmo con voz seca.

—Es mejor que se venga con nosotros —sugiere Savannah.

—Ni lo intentes —le advierto—. No lo va a tener tan fácil para librarse de esta.

Tanto Maddy como ella asienten y me miran con cara de pena. No les gusta dejarla en este estado, pero saben que yo nunca le haría daño, que conmigo estará bien y que, cuando vuelva en sí, ambos necesitaremos tener una conversación a solas, sin ningún tipo de intromisión.

Así que no insisten más y, despidiéndome de ellos con un movimiento de cabeza, avanzo por la calle cubierto de vómito y con Aria borracha colgada sobre mi hombro y murmurando palabras que no comprendo y, a decir verdad, prefiero no comprender.

Capítulo 33
Consecuencias

Aria

—¿Por qué hay un pájaro carpintero taladrándome la cabeza? —susurro al intentar abrir los ojos y sentir que me va a explotar la sien.

Me giro en la cama con pereza y siento que el estómago hace un salto mortal hasta mis pies.

—¿Qué narices…? —No termino la pregunta porque imágenes de la noche anterior comienzan a llenar mi mente en forma de flashbacks.

La llegada de Scott y Kevin, la discusión con Liam, mi momento en el baño con las chicas… El dolor, la tristeza, el resentimiento; todos esos sentimientos se vuelcan en mi cuerpo de nuevo, oprimiéndome el pecho y cerrándome la garganta.

También recuerdo empezar a hablar con unos chicos en la barra, tomarme un tequila, dos, tres y, después de eso, todo es borroso y no tengo ni idea de lo que ocurrió.

Me froto los ojos y, al abrirlos, descubro que no estoy en mi casa, sino en la habitación de Liam.

No sé cómo he llegado hasta aquí, pero como la única forma que conozco de encontrar respuestas es hacer preguntas, decido incorporarme y abandonar la cama.

En cuanto apoyo los pies en el suelo, siento que el mundo se abre bajo ellos. Estoy muy, pero que muy mareada, y el dolor de cabeza es tan fuerte que siento que me va a estallar.

Echo un vistazo a la mesilla y descubro un analgésico y un vaso de agua.

Me apresuro a tomármelo y camino hasta el baño, abro el grifo de la ducha y me meto debajo del agua, disfrutando de la sensación del chorro resbalando por la piel de mi espalda.

Me tiro dentro más de media hora, treinta minutos que dan para pensar y para preguntarme muchas cosas.

¿Por qué no le dije a Liam que Scott intentó acostarse conmigo? Esa respuesta es fácil: no estoy acostumbrada a dar explicaciones y simplemente no le di importancia, porque no pasó nada.

¿Me hubiese molestado a mí si hubiese sido al contrario? Un sentimiento de culpabilidad que no esperaba sentir se abre hueco en mi interior al darme cuenta de que sí, a mí también me hubiese molestado… Pero lo más importante no es eso, lo más importante es: ¿Por qué no le dije a Scott que estoy con Liam?

Una vez me siento limpia y el dolor de cabeza comienza a disminuir, salgo de la ducha, me seco con una toalla y, tras coger prestado del armario un pantalón de deporte que me queda enorme y una camiseta, me pongo mis zapatillas y bajo al piso inferior.

En la cocina, mi anfitrión tiene la mirada fija en el móvil; su cara es de circunstancias y, cuando la levanta hacia mí y me recorre de arriba abajo durante unos segundos, parece aliviado. No obstante, a continuación, su expresión cambia.

—¿Cómo te encuentras? —se interesa.

—Al menos ya no tengo un tambor dentro de la cabeza —reconozco.

Asiente y sirve un vaso de zumo de naranja que alarga hasta el extremo de la encimera.

—Supongo que no querrás comer nada.

—No, por favor, no me hables de comida —gimo llevándome una mano a los labios.

—Bebe esto, te sentará bien.

Me acerco y, tras tomar asiento en uno de los taburetes, agarro el vaso y me lo llevo a los labios.

Está fresco y resulta reconfortante.

—Tenemos que hablar —dice con seriedad.

—Lo sé —admito dejando escapar un suspiro—. No te oculté lo de Scott a propósito —añado buscando sus ojos—. Siempre lo he visto solo como un amigo. No imaginé que él quisiese algo más y, como no ocurrió nada, di por hecho que no había nada que contar. —Hago una pausa y continúo hablando—. Pero lo siento, comprendo que te haya molestado.

—Sé que no estás acostumbrada a dar explicaciones —lo dice sin un ápice de maldad, no me lo está echando en cara, solo está exponiendo una realidad—. Y tampoco pretendo que me las des. Solo quiero que tengas conmigo la suficiente confianza como para poder contárnoslo todo.

—Se te llena la boca hablando de confianza y, sin embargo, a la primera de cambio me acusaste de querer acostarme con él. —Mi tono está cargado de resentimiento, no puedo evitarlo porque sus palabras me hirieron y es así como me siento—. ¿Es esa la confianza que tienes en mí?

—¡Por supuesto que no! —exclama—. No tendría que haber dicho eso.

—Lo que me hace daño no es que lo digas, sino que lo pienses.

—Jamás se me ha pasado por la cabeza que pudieses engañarme —dice con total sinceridad, mirándome a los ojos—. No debería haber reaccionado así, pero me duele y no comprendo por qué te cuesta tanto admitir que estás conmigo, decirlo en voz alta —murmura apenado—. Es como si no creyeses en lo nuestro, como si fuese pasajero, algo que no merece ser mencionado para ti.

—No es eso… No tiene nada que ver contigo ni conmigo.

—¿Entonces? —pregunta.

Soy incapaz de contestar, porque ni yo misma lo sé.

Mi teléfono comienza a sonar y le echo un vistazo a la pantalla.

—Es Logan, tengo que contestar.

—Su rostro se contrae y enseguida sospecho que me falta información y que algo va muy mal.

—Te has hecho viral, estáis en todos lados. —La voz de mi primo es dura como el acero.

—¿Qué quieres decir? —pregunto confusa.

En lugar de responder, cuelga y me envía por WhatsApp un par de vídeos.

—Aria… —susurra Liam.

Ni siquiera puedo mirarlo, porque soy incapaz de despegar los ojos de la pantalla.

—¿Tú sabías esto? —pregunto levantando el teléfono.

—Me enteré hace un rato —confiesa.

—¡Cada uno es peor que el anterior! —exclamo, reproduciéndolos de nuevo.

Los vídeos en cuestión no tienen desperdicio; en uno de ellos se me ve magreándome contra un tipo en el Pepper Club, en otro, estoy subida a un escenario borracha perdida y desgañitándome, en el tercero, Liam amenaza y empuja contra la barra del club al chico con el que yo me estaba magreando, y en el último y más bochornoso, yo le vomito por la espalda en plena calle, rodeada de mis amigos mientras él me lleva como un saco de patatas.

Palidezco, palidezco de la vergüenza y la rabia…

—No puede ser —comento mientras comienzo a dar vueltas por la cocina.

—Intenta tranquilizarte —me pide él, levantándose para acercarse hasta mí.

—¡¿Que intente tranquilizarme?! ¡¿Que intente tranquilizarme?! ¡¿Tú has visto esto?! —grito meneando el móvil arriba y abajo.

—Claro que lo vi: en vivo y en directo, porque te recuerdo que estaba allí —dice sin demasiada delicadeza—. Y te aseguro que no fue algo agradable de presenciar.

—¡Es tu culpa! —lo acuso señalándolo con el dedo—. ¡Todo esto es tu culpa!

—¿De verdad tienes las santas narices de culparme a mí de que tú te hayas agarrado un pedo monumental mientras prácticamente te tirabas encima del primero que encontrabas? —me espeta con rabia.

—¡Síííí! ¡Claro que sí! ¡Porque si no me hubieses tratado como lo hiciste por lo de Scott, yo no habría hecho ninguna de esas cosas que acabas de decir!

—¡Manda cojones lo que tengo que escuchar! —exclama ofuscado.

—¡¿Cómo se te ocurre empujarlo y amenazarlo?! —bramo.

—¡¿Qué pretendías?! ¡¿Que me quedase quieto viendo como un tipo te manoseaba y te sacaba del local con sus amigotes cuando estabas medio inconsciente?!

Sus palabras me hacen retroceder un paso, porque no comprendo cómo pude llegar a colocarme en una situación así. Estoy furiosa conmigo misma, pero también con él, y la ira que siento es tan grande que no la puedo reprimir.

—¡No debí permitir que pasase! ¡Nunca debió suceder algo así! ¡Sabía que esto no era buena idea! —murmuro con el corazón encogido y los ojos llenos de lágrimas—. ¡Estaba segura de que antes o después se nos iba a ir de las manos!

Liam se queda paralizado con los ojos clavados en mí.

—¿Qué quieres decir? —pregunta achicando los ojos.

—Sabía que estar juntos solo nos traería complicaciones y problemas —repito—. Te dije que había demasiado en juego: amigos, trabajo… Te dije que era demasiado complicado y mira lo que ha pasado.

—Lo que ha ocurrido es que un tarado nos ha grabado, no tiene nada que ver con que estemos juntos o no —replica acercándose a mí despacio.

—Si no estuviésemos juntos, no habrías reaccionado así, yo no me habría cabreado, no me habría emborrachado y nadie nos habría grabado.

—No puedes hablar en serio. —La decepción que transmiten sus ojos me resquebraja por dentro.

—Tú eres uno de los jugadores estrella de Los Lobos, y yo, la jefa de Relaciones Públicas del equipo. ¿Qué crees que pensará la gente cuando vea esto? ¿Qué tipo de profesionales pensarán que somos?

—¿A quién le importa lo que piense la gente?

—A mí, a mí me importa… No tienes idea de cuánto he trabajado para hacerme un hueco en mi profesión, para que me

tomasen en serio. Y ahora todo eso está en la cuerda floja, ¿y total por qué? Por algo que debimos evitar y que nunca debió suceder.

Sus ojos se oscurecen y se vuelven duros e impenetrables.

—¿Eso es lo que somos para ti? ¿Algo que debimos evitar y que nunca debió suceder?

—Dados los acontecimientos, es evidente que sí. —Intento tomar aire, necesito respirar y, sin embargo, siento que soy incapaz, porque mis pulmones arden y todo mi cuerpo comienza a temblar—. Lo nuestro termina aquí.

El sonido de mi corazón rompiéndose dentro de mí resulta ensordecedor.

Liam palidece y cierra los ojos con fuerza antes de decir:

—¿Sabes lo que creo? Que has estado buscado una excusa para sabotear esta relación desde el primer momento, y la acabas de encontrar.

—Lo siento, Liam —susurro, incapaz de continuar mirándolo a los ojos ni un solo segundo más.

—Te aseguro que yo lo siento más —murmura con la mirada vidriosa—. Estás mandando a la mierda algo que podría haber sido único y especial.

—Solo hago lo que creo que es mejor para los dos —trato de convencerme a mí misma con voz temblorosa.

—Al menos deja ya de mentirnos a ambos —me reprocha—. Estás buscando la salida fácil.

—No es cierto.

—Lo es y tú lo sabes, pero tranquila; si eso es lo que quieres, eso es lo que tendrás. No pienso ser el único que lucha por lo que hay entre nosotros cuando está claro que tú ni siquiera lo vas a intentar. —El dolor que emana su cuerpo se mezcla con el mío, golpeándome sin piedad y, cuando lo veo ascender escaleras arriba, lo único que consigo hacer es dejarme caer en el suelo y comenzar a llorar.

Capítulo 34
La hora de la verdad

Liam

Camino hasta el congelador en busca de mi segunda tarrina de helado de chocolate del día.

Soy consciente de que no es lo más apropiado, y es probable que el nutricionista de Los Lobos se echase las manos a la cabeza si tuviese la más remota idea de las cantidades indecentes de helado que estoy ingiriendo durante estos últimos días, pero me trae sin cuidado lo que diga.

Abro el cajón y resoplo molesto al comprobar que mis existencias se han terminado.

Estoy a punto de coger las llaves del coche para salir a comprar más cuando escucho el timbre de la puerta y vuelvo a resoplar.

No tengo dudas de quién se trata; Brad y Ryan han estado tocándome las narices cada día durante toda la semana.

Por la cámara descubro que no vienen solos: esta vez han traído toda la artillería pesada.

Les abro el portalón y me dirijo a la puerta de la entrada a esperarlos.

—Dentro de poco vais a tener que alquilar un autobús para venir a visitarme —murmuro según van pasando todos por delante de mí.

—Eres un cascarrabias —me acusa Ryan.

—No debo serlo tanto cuando os pasáis el día metidos aquí —rezongo en voz baja.

Savannah se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla y me tiende una bolsa que lleva en la mano.

—Es helado de chocolate —susurra.

—Eres la mejor, Sav, me había quedado sin ninguna tarrina —afirmo esforzándome por dedicarle una sonrisa de agradecimiento que termina siendo una mueca bastante amorfa.

—Si salieses un poco de casa, no nos obligarías a venir —me dice Brad—. ¿Cuándo piensas volver a entrenar?

—Eso digo yo. Llevas cuatro días sin aparecer por el entrenamiento —me acusa Maddy.

—Tengo la baja hasta dentro de dos días más por malestar general —me defiendo—. Solo cumplo órdenes del médico del equipo.

Es cierto; cuando hablé con el cuerpo médico y le dije que me dolía todo el cuerpo me prescribió cinco días de descanso… (aunque es cierto que, al decir que tenía fiebre, exageré un pelín los síntomas para sonar convincente), además de que sobra decir que el buen hombre había visto los vídeos y seguro que sabía que se la estaba intentando colar, pero hizo la vista gorda y se portó fenomenal. Por si sirve de algo, es cierto que me encuentro mal, de hecho, más que mal, fatal.

—Tu malestar tiene nombre y apellidos —me espeta Maddy cruzando los brazos sobre su pecho—: Aria María Rodríguez y, mientras no muevas el culo y hagas algo por solucionarlo, esta situación, en lugar de mejorar, va a ir de mal en peor.

—Dijimos que íbamos a ser sutiles… —le recuerda Savannah, que me observa de reojo, preocupada.

—Con este par de cabezotas no hay sutilezas que valgan —le responde ella.

—No fui yo quien decidió dejar la relación —le recuerdo a la defensiva.

—Pero imagino que estabas en esa conversación, ¿o no? —me espeta ella.

La aniquilo con la mirada.

—¿Y qué cojones querías que hiciese? ¿Obligarla a estar conmigo cuando era evidente que eso no era lo que quería? ¿Atarla a la cama hasta hacerla cambiar de opinión?

—¡Sí! ¡Claro que sí, joder! ¡Cualquier cosa con tal de hacerla entrar en razón! ¡De haberlo hecho, ahora no estaríais como unas almas en pena los dos! ¡La una llorando por los rincones y el otro obsesionado con el helado de chocolate, pegándose atracones! —exclama Maddy quien, al parecer, hoy ha decidido dejarse la empatía en casa.

Les doy la espalda y camino hasta la cocina, porque necesito unos segundos para procesar lo que acaba de pasar.

Es cierto que no sé nada de Aria desde que hace cuatro días, tras nuestra última discusión, subí al piso de arriba y la dejé sola en la cocina; no obstante, me cuesta imaginarla llorando por las esquinas.

Estoy enfadado, dolido, frustrado y, a pesar de todo, es imaginarla sufriendo y sentir que el corazón se me comprime dentro del pecho.

—¿Aria está… —me cuesta tanto imaginarlo que ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta? — … mal?

—Está hecha una pena: no come, no duerme, se ha atrincherado en la casa de sus abuelos, lleva cuatro días sin ir a trabajar y casi ni nos coge el teléfono… Y si me escucha decir esto en voz alta, es capaz de coserme la boca con hilo y aguja para no dejarme hablar nunca más, pero me importa una mierda porque es mi amiga, la quiero, y a ti también, y veros sufrir de una manera tan absurda por algo que podría arreglarse con tanta facilidad me jode de una forma que no os podéis ni imaginar —me suelta la entrenadora de golpe.

Su sinceridad es aplastante y necesito tomar asiento para procesar toda esta información.

—No sé —musito frotándome la cabeza con la mano.

Me encantaría creerlo, me encantaría que lo que dice Maddy fuese verdad; daría todo lo que tengo por tener una oportunidad para arreglarlo, aunque solo fuese una, es pensarlo y mi corazón tiembla de felicidad. No obstante, desde el principio tengo la sensación de que yo soy el único que ha apostado de verdad por esta relación. De que lo que hubo entre nosotros nunca tuvo el

mismo significado para los dos, de que yo estaba dispuesto a darlo todo y ella no.

Como si pudiese leerme el pensamiento, Savannah se acerca a mí y toma mis manos entre las suyas.

—Liam, ella te quiere —anuncia con seguridad—. Te quiere tanto que el sentimiento se le ha ido de las manos y no lo ha sabido gestionar.

—Además, admitámoslo: lo de los vídeos fue un palo, eso le hubiese afectado a cualquiera —manifiesta Brad.

—Yo no la obligué a emborracharse ni a restregarse contra aquel tío del bar —me defiendo.

—No, no la obligaste —interviene Ryan—, pero de alguna forma sí la empujaste reaccionando a lo de Scott como lo hiciste.

—¿Te crees que no lo sé? —escupo las palabas con rabia—. No soy un tío celoso, nunca lo he sido, pero que le costase tanto decir que estaba conmigo me produjo inseguridad.

—Es comprensible —acepta Savannah—. Pero debiste hablar con ella y decirle cómo te sentías en lugar de acusarla de todas aquellas cosas horribles.

—Lo intenté a la mañana siguiente —reconozco con pesadez—, pero después vio esas puñeteras imágenes vídeos y todo se fue otra vez a la mierda.

—Te pregunté una vez si la querías y voy a preguntártelo otra vez —me dice Ryan con gesto serio—. ¿La quieres?

Los miro a todos, de uno en uno, con los nervios a flor de piel y una angustia que me tiene paralizado desde que ella se fue de mi lado.

—La quiero —admito.

—Pues entonces no sé qué cojones haces ahí sentado —me espeta mi amigo.

—No va a escucharme. —Niego con la cabeza.

—Liam. —El tono de Savannah no admite discusión. Sus ojos buscan los míos y encuentro un cariño infinito en ellos—. Haz lo que tengas que hacer para que te escuche, lo que sea necesario para arreglarlo; dile lo que sientes, desnuda tu alma y entrégale tu corazón, porque los dos os merecéis la oportunidad de intentarlo.

—Tenéis razón. —Salto del taburete.

—Siempre la tenemos —responde Ryan.

—Ahora deja de perder el tiempo y vete —me ordena Brad.

Asiento y salgo corriendo con el corazón palpitando con fuerza dentro de mi pecho. No sé si tendremos futuro o no, pero, si no lo tenemos, no será porque no lo haya intentado de todas las formas posibles, eso sí que no.

Aria

Estoy sentada detrás del viejo melocotonero del jardín arrancando briznas de hierba mientras hago lo mismo que he hecho durante estos últimos días…: nada.

Una lágrima puñetera desciende por mi mejilla y la seco con el dorso de la mano.

Nunca imaginé que renunciar a Liam iba a dolerme tanto, y mucho menos que su ausencia iba a hacerme sentir tan perdida y vacía.

—¿Se puede? —pegunta Logan tomando asiento a mi lado.

—Para qué preguntas si ni siquiera vas a esperar a que te conteste —respondo sorbiendo por la nariz.

Con Logan no tiene sentido disimular; él no solo es mi primo, desde pequeño ha sido mi cómplice, mi amigo, mi paño de lágrimas cuando ha sido necesario. A su lado sé que puedo permitirme estar destrozada.

—Las chicas han estado aquí hace un rato —anuncia.

—Lo sé, la abuela me lo dijo —reconozco.

—No has querido verlas. —No me está acusando, solo pone sobre la palestra un dato que refleja cómo de jodido está mi estado de ánimo.

—Necesitaba estar sola —musito.

Me siento como una mierda; las chicas han estado viniendo cada día y yo ni siquiera he tenido fuerzas para hablarles. Las echo de menos, pero en este momento no puedo enfrentarme a nadie, ni siquiera a ellas.

—Un poco de soledad de vez en cuando no es mala —dice él—. Sin embargo, dudo mucho que eso sea lo que tú necesitas.

—¿Y qué es lo que necesito según tú? —pregunto con ironía.

—Atreverte a ser sincera contigo misma.

Resoplo y al instante siento que los ojos se me llenan de lágrimas otra vez.

—Cuando llegaste aquí hecha un basilisco hace cuatro días y me contaste lo que pasó, lo dejé estar porque pensé que necesitabas algo de tiempo y que cuando te calmases tú sola te darías cuenta de la realidad, pero ahora creo que estaba equivocado y que, si no te doy un pequeño empujoncito, eso no va a pasar.

—No comprendo a dónde quieres llegar —susurro contemplándolo de medio lado.

—Pues yo creo que lo sabes de sobra.

Permanezco en silencio y él continúa hablando.

—Es cierto que Liam no reaccionó bien, y por ese lado tenías derecho a enfadarte, pero es normal que sintiese cierta inseguridad cuando él estaba entregándose al cien por cien y tú siempre tuviste tus reservas y nunca llegaste a arriesgarte.

—¿Qué estás diciendo? ¡Eso no es justo y mucho menos es cierto! ¡Lo nuestro estaba abocado al fracaso desde el principio! ¡Liam y yo ni siquiera nos llevábamos bien! ¡De no haber sido porque el Ayuntamiento pidió que trabajásemos en esa campaña juntos nunca habría pasado nada entre nosotros! Quizás esa realidad de la que hablas es que nos precipitamos, nos dejamos llevar sin pensar y pasó lo que tenía que pasar, que las cosas terminaron mal.

Él me observa con cariño y coloca una de sus manos sobre la mía.

—Hay algo que tengo que contarte —afirma en tono serio—. El Ayuntamiento no pidió que tú dirigieses la campaña.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto confusa—. Uno de los requisitos para darle la campaña al club fue que yo la dirigiese, te recuerdo que estuve en esa reunión, sé lo que escuché.

—Liam fue quien exigió que tú te encargases de la campaña —suelta mi primo, dejándome completamente descolocada.

—Tienes que estar de broma, en ese momento Liam apenas me soportaba.

Él niega con la cabeza.

—Estás equivocada, cuando le ofrecieron el proyecto a Liam, él vino a hablar conmigo y con el representante del Ayuntamiento, y para aceptar puso como condición que tú fueses la encargada del proyecto —me explica—. Quería trabajar contigo y dejó claro que, de no ser así, no lo haría. Si no te dije nada antes, fue porque él nos pidió que no lo hiciésemos, tenía claro que, si sabías que era cosa suya, no aceptarías.

—No me lo puedo creer —murmuro confusa.

—Y ahora que sabes esto, voy a hacerte una pregunta y quiero que me contestes con sinceridad. —Su voz es suave, pero firme, y soy consciente de que lo que sea que va a preguntarme no me va a gustar—. ¿Por qué no le dijiste a Scott que estabas con Liam? ¿Por qué te costaba tanto decirlo en voz alta cuando por cómo lo mirabas era evidente lo mucho que lo querías?

Su pregunta me desarma y empiezo a llorar. Niego con la cabeza y él aprieta mi mano antes de continuar.

—Por miedo —anuncia y, en cuanto la escucho de sus labios, esa palabra se reproduce como un eco en mi cabeza una y otra vez —. Viste a tu madre criarte sola, con fuerza y decisión, la viste salir adelante en los buenos y los malos momentos sin una pareja en la que apoyarse, y eso te llenó de orgullo y te ayudó a convertirte en una de las mujeres más valientes y decididas que he conocido, una mujer con las ideas claras, luchadora, inteligente, trabajadora y empoderada. —Hace una pausa e inspira con fuerza—. Pero al mismo tiempo, de alguna forma también te marcó, porque te hizo convencerte de que tu felicidad no debía depender de ningún hombre, sino de ti misma, y eso está bien.

Mi cuerpo tiembla con fuerza y mis ojos apenas ven a causa de la cantidad de lágrimas que albergan.

Logan pasa un brazo por mis hombros y continúa susurrándome con dulzura.

—Sin embargo, de repente, apareció Liam y, aunque intentaste resistirte, terminaste enamorándote de él —sentencia con naturalidad.

Un gemido escapa de mi garganta y, aunque me gustaría detenerlo y pedirle que se callase, porque sus palabras me matan, no lo hago y lo dejo continuar.

—Empezaste a sentir cosas que no habías sentido jamás, comenzaste a echarlo de menos, a imaginarte tu vida con él… Y eso te rompió los esquemas, hizo tambalearse tus principios y te entró miedo. —Un nuevo temblor recorre mi cuerpo—. Miedo de que estar con Liam, de que reconocer que lo vuestro era mucho más que algo temporal y pasajero significase perder una parte de quien eres, esa parte independiente que nunca ha necesitado a nadie, que siempre ha controlado su propia felicidad sin ningún hombre a su lado. —Hace una breve pausa y me aprieta contra su cuerpo.

La verdad de sus palabras me derrumba por dentro. Me asusté, es cierto, me asustó necesitarlo en mi vida, me daba pánico que mi felicidad dependiese de él, de cualquiera que no fuese yo misma.

—Me acusó de estar buscando una excusa para sabotear la relación y tenía razón —reconozco entre sollozos.

—Hay algo que no puedes olvidar —declara Logan con rotundidad—. No es lo mismo necesitar que querer, tú no estás con Liam porque lo necesites, sino porque lo quieres. Eso marca la diferencia.

—Es cierto —digo levantándome del suelo a toda velocidad mientras me limpio la cara y salgo en dirección a la entrada.

—¿A dónde vas? —grita Logan a mi espalda.

—A por mi coche —respondo sin darme la vuelta—. Ha llegado el momento de ser valiente de verdad.

Capítulo 35
Por los pelos…

Aria

Abro el portalón de la casa de mis abuelos y salgo corriendo hacia mi coche, que está aparcado a unos metros; no obstante, voy tan enajenada y alterada que no miro antes de cruzar y me abalanzo delante de un coche que pasa por delante.

Convencida de que no va a ser capaz de parar y me va a arrollar, me tapo la cara con las manos y contengo la respiración mientras escucho el chirrido de los frenos cuando las ruedas se clavan en el suelo.

Respiro con dificultad y ni siquiera me atrevo a mirar hasta que…

—¿Aria? ¡Por Dios, qué susto me has dado! ¿Estás bien? —Escuchar la voz de Liam hace que me dé un vuelco el corazón y, al apartar las manos de mi rostro y abrir los ojos, ya lo tengo a mi lado, observándome con una mezcla de ansiedad y emoción.

—No estoy bien… —murmuro.

No sé si es la emoción de tenerlo delante o la angustia de todos estos días lo que me hace comenzar a temblar casi con violencia mientras las lágrimas descienden por mis mejillas sin ningún tipo de contención.

Liam palidece.

—¿Te he dado? ¿Te duele algo?

—No… —consigo decir con esfuerzo—. Yo solo lo siento. Fui injusta contigo y lo estropeé todo.

Su gesto se relaja al instante, llenándose de alivio, y sus ojos me regalan una mirada llena de ternura que me rompe todavía más

el corazón.

—Tranquila, no hace falta que…

—Sí hace falta —lo interrumpo, sosteniendo su mirada—. Tenía miedo, estaba aterrada y ni siquiera me di cuenta de ello.

—¿Miedo de qué? —pregunta con confusión—. Yo nunca te haría daño.

—Lo sé —admito—. Pero me aterraba que mi felicidad dependiese de ti, de cualquiera en realidad. Me daba miedo quererte demasiado, extrañarte, y no era consciente de que incluso a pesar del pánico que sentía, ya te había entregado mi corazón.

Sus ojos se llenan de lágrimas y sus manos enmarcan mi rostro para acariciar mi mejilla con la yema de su pulgar.

—Aria, te quiero —murmura—. Te quiero porque eres pura vida, intensa, libre, dulce, una luz brillante y cálida que ilumina a todo el que tiene la suerte de cruzarse en tu camino y, sobre todo, porque me iluminas a mí cada día.

—Yo también te quiero —murmuro.

Sin dejar de mirarme, sus labios descienden sobre los míos en una caricia suave y sincera que me permite volver a respirar, y de repente, me siento de nuevo en casa, amada, y ahora sí, preparada para entregarme en cuerpo y alma, porque si algo he aprendido con Liam es que el amor de verdad no te ata, te da alas.

Epílogo

Aria

Estoy nerviosa, colocándolo todo, preparando cada detalle, rogando por que las cosas salgan como las tengo pensadas.

Llevo seis meses con Liam, hace poco más de un mes que me he mudado a su casa y no podría estar más a gusto ni más enamorada.

La temporada ya ha comenzado y Los Lobos están dándolo todo para clasificarse para los playoffs, y gracias a la campaña Conoce Nueva York, gran parte de los perritos del refugio han conseguido una adopción.

La vida nos sonríe, estamos en un momento de plenitud y, en general, no podría irnos mejor.

—¿Estás segura de esto? —me pregunta Savannah.

—Segurísima —respondo emocionada.

—Es una gran responsabilidad —me dice Maddy.

—Es el momento perfecto.

—De acuerdo, entonces no se hable más —afirma mi amiga abrazándome—. Mucha suerte, aunque no la necesitas, estoy bastante segura de que la sorpresa le va a encantar.

—Eso espero —suspiro.

—Brad acaba de escribirme, están a punto de llegar, así que nosotras nos vamos ya.

Las dos se marchan a toda prisa y yo me quedo sola pensando en las vueltas que dan las cosas; cuando Liam y yo nos conocimos no podíamos parar de discutir, y ahora no me imagino una vida que no podamos compartir, aunque la verdad es que él dice que nuestras discusiones eran solo nuestra forma de relacionarnos, porque ya sentíamos algo el uno por el otro y no lo podíamos admitir.

Escucho el portalón abrirse y, a pesar de que sé que no puede escucharme, contengo la respiración, los nervios me corroen por dentro, pero ahora sé que no son motivados por el miedo, sino por una mezcla de anhelo y emoción.

Liam

Llego a casa reventado, pero con unas ganas terribles de sentarme en la cocina y preparar la cena mientras paso tiempo con Aria. Es lo que sucede cuando tu pareja engloba amante y mejor amiga, que cualquier pequeño acto cotidiano se vuelve divertido, de hecho, creo que esos momentos con ella se han convertido en mi pequeña adicción.

Entro en casa y encuentro un pequeño sobre blanco en el mueble del recibidor.

Lo abro y descubro divertido una pista que leo en voz alta.

«Las preparamos juntos y desde entonces todo cambió».

No tengo ninguna duda de que se trata de una de las tortitas que preparamos en el obrador de Luci, por lo que me dirijo directo a la cocina.

En efecto, encima de la encimera hay un plato con una tortita y, apoyado sobre el mismo, un sobre azul en cuyo interior encuentro la segunda pista.

«Esta fue la primera vez que me enfrenté a mis miedos por ti».

Lo pienso durante unos segundos; el teleférico, tiene que ser el teleférico. ¡El mapa de la isla Roosevelt! Subo los escalones de dos en dos y entro en nuestra habitación, abro el primer cajón de su mesilla y, tal y como imaginaba, ahí está, el mapa que se trajo de la isla, y encima otro sobre cerrado que guarda una tercera pista. Esta, al leerla, me roba una sonrisa.

«Esa noche te convertiste en ladrón, pero, incluso antes, ya me habías robado el corazón».

Tiene que referirse a la tetera, la vieja tetera que le pedí a Maddy y Savannah que robasen de su casa para darle una sorpresa delante de la cascada.

Bajo de nuevo las escaleras y abro la vitrina de cristal del comedor, donde permanece la tetera, y dentro, tal y como sospechaba, hay otro sobre.

Lo abro con una sonrisa dibujada en la cara.

«Nuestro primer beso tiene nombre de fruta, y esa fruta en cuestión es un…».

Melocotón, es un melocotón, porque nuestro primer beso fue detrás del tronco del melocotonero de la casa de sus abuelos. Así que me dirijo al jardín, donde hemos plantado un árbol igual a ese para conmemorar tan importante ocasión.

Y, en cuanto pongo un pie fuera, la veo, apoyada en el tronco, preciosa, sonriendo y con Oreo entre sus brazos.

Camino hacia ellos sin comprender qué está pasando.

—No entiendo nada… —le digo en cuanto llego a su lado—. Anoche me llamaron del refugio para decirme que lo habían adoptado —declaro, confuso, acariciando al animal que tanto me recuerda a aquel amigo que tuve de pequeño y no pude salvar.

—Y es cierto, lo habían adoptado —afirma ella sin poder esconder su emoción—. Nosotros lo hemos adoptado.

Abro la boca de par en par mirándolos a ambos: al perrito, que mueve contento el rabo, y a ella.

—Liam… —dice con una sonrisa dibujada en su hermosa cara —. No sabía lo que era el amor hasta que te conocí, y cada día me repito lo afortunada que soy de poder vivir una historia así junto a ti.

Sus palabras me aceleran el corazón.

—Quiero compartirlo todo contigo, los buenos momentos y los malos, las alegrías y las penas; quiero ser tu mujer, envejecer a tu lado y formar una gran familia contigo… Y quiero que esa gran

familia empiece hoy, aquí, por eso te digo: ¿Quieres adoptar a Oreo conmigo?

La emoción me paraliza durante un par de segundos, pero enseguida reacciono abalanzándome sobre ella para abrazarla. Necesito sentirla y tocarla para asegurarme de que esto es real; acaricio al perrito, que nos contempla con curiosidad, y me fundo en la mirada de la chica sin la que ya no sabría vivir antes de decir:

—Lo quiero todo siempre y cuando sea contigo.

Sus labios recorren el espacio que los separa de los míos, y me regala uno de esos besos que se han vuelto para mí tan importantes e imprescindibles como el aire que respiro.

Tu valoración me importa

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí, ¡no te imaginas la ilusión que me hace! A continuación, tu Kindle te pedirá que evalúes este libro. Por favor, haz un último esfuerzo, puntúalo y, si puedes, deja una breve opinión. Apenas te costará unos minutos y yo te lo agradeceré eternamente.

Con cariño
Andrea López

Biografía



Andrea López nació en Vigo en 1984, donde reside desde entonces. Ha estudiado administración y dirección de empresas, pero a día de hoy, se dedica en exclusiva a su faceta de escritora. Algunas de sus novelas más destacadas son las pertenecientes a las series sueños, fuego y hermanos, también La chica de las zapatillas de colores, la bilogía momentos inesperados, el chico de la última parada, el último touchdown y la última jugada o El lugar donde todo empezó y un secreto en las Highlands estás últimas publicadas con la editorial Harper Collins y El chico del acantilado, publicado por Lantia editorial en el sello colección mil amores.

Ha día de hoy ha publicado dieciocho novelas. Todas ellas, historias de romántica contemporánea pero siempre entremezclado el romance con diferentes subgéneros como el suspense, la comedia o el drama.

Andrealopezbooks.com

Andrea López Saborido

 @andrealopezescritora

 andrealopez_escritora

Otros libros de la autora

Todos los libros tienen la versión audiolibro publicado en todas las plataformas digitales

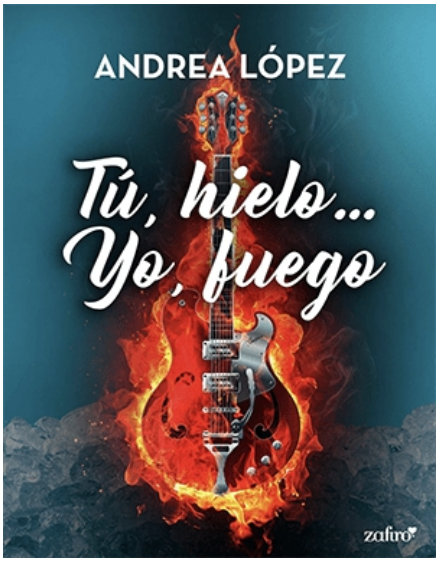
No sin ti



Lo encontré en tus ojos


Andrea López
LO ENCONTRÉ EN TUS OJOS
HERMANOS PIAGIANO II

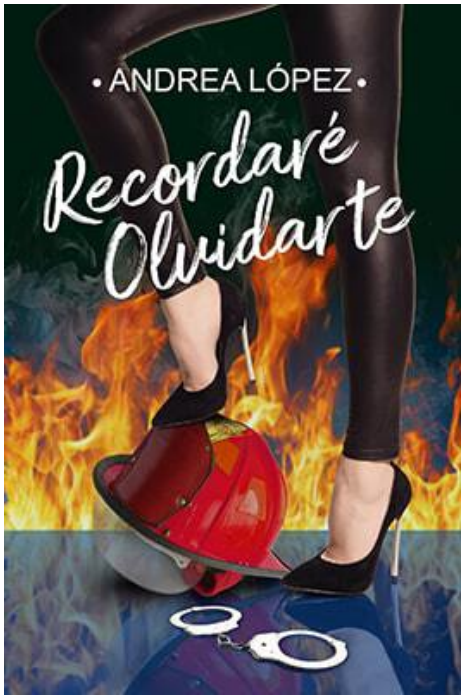
[Tú, hielo ... Yo, fuego]



[Pintaré estrellas por ti]



Recordaré olvidarte



¿Quieres soñar conmigo?



[¡Ni en tus sueños!]



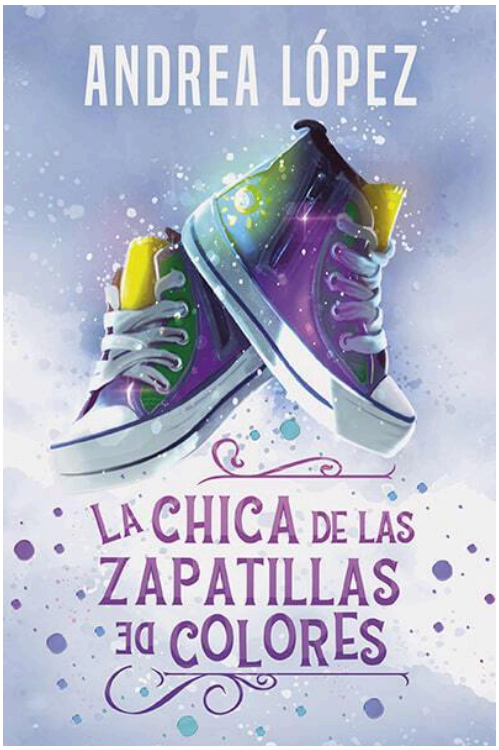
[Un sueño muy peligroso]



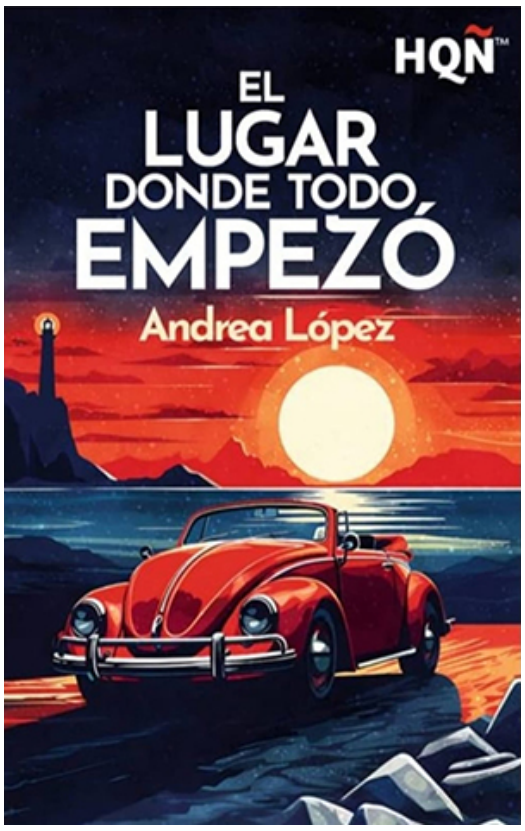
Un sueño para Mica



La chica de las zapatillas



[El lugar donde todo empezó]



[Un secreto en las Highlands]


Un secreto EN LAS Highlands
ANDREA LÓPEZ

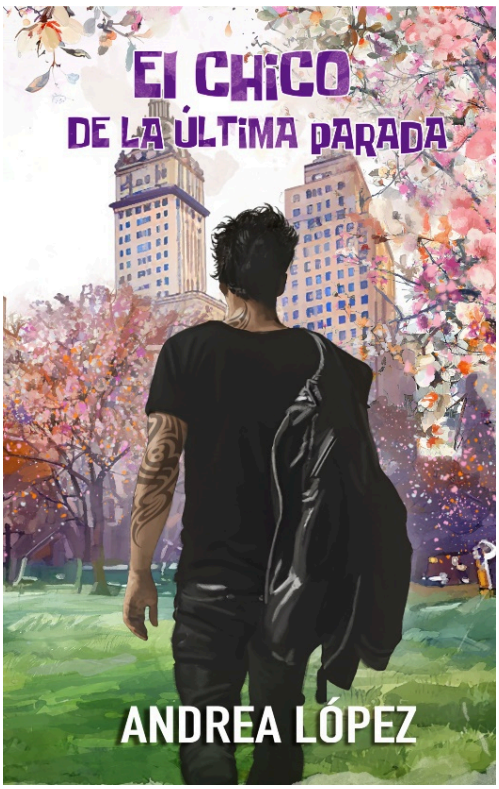
Un tropiezo inesperado



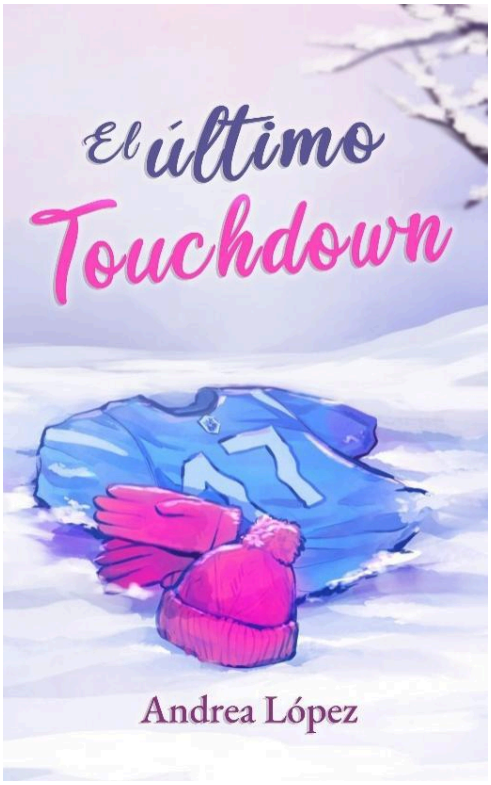
Un desafío inesperado


Un Desafío
inesperado
ANDREA LÓPEZ

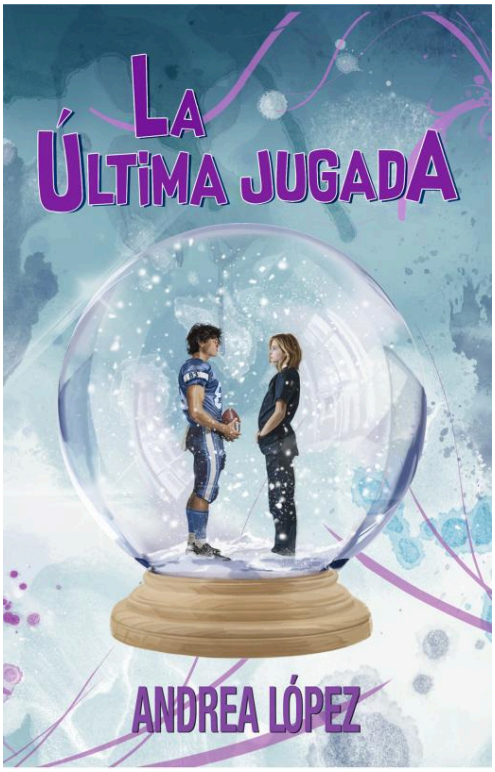
[El chico de la última parada]



[El chico último touchdown]


El último
Touchdown
Andrea López

La última jugada



El chico del acantilado

